

¡¡¡HIELO!!!

LA ERA
GLACIAR RETORNA



**ARNOLD
FEDERBUSH**

Lectulandia

Un joven meteorólogo neoyorkino, analizando los últimos datos suministrados por los satélites meteorológicos, descubre que la Tierra está entrando en un nueva Era Glaciar. Pero sus predicciones son ridiculizadas. A pesar de ello el avance de los hielos polares es, día a día, más amplio. Las poblaciones esquimales emigran hacia el sur y los primeros ejemplares de la fauna polar aparecen cerca de Nueva York.

De pronto se desencadenan los acontecimientos y un inmenso glaciar avanza hacia el sur. Las cosechas, las comunicaciones, todo el sistema de suministros de las naciones se ven destruidos por el hielo. La gente huye desesperadamente hacia zonas tropicales y la civilización se derrumba con el incontenible avance del hielo...

Arnold Federbush

!!!Hielo!!!

ePub r1.0

Titivillus 19.06.2021

Título original: *Ice!*
Arnold Federbush, 2021
Traducción: Lidia Porta

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

El satélite meteorológico más reciente era, y con gran diferencia, el más completo y el más logrado de una serie que empezó en 1960 con Tiros I. Seguía su órbita de polo a polo, en ángulo recto respecto al eje de rotación de la Tierra y regulado de forma que todos los días escudriñaba la superficie total del planeta, que giraba debajo.

El satélite detectaba y examinaba las corrientes de aire y de agua que abrían lentos y sinuosos senderos desde el Ecuador a los Polos, observándolas con una óptica más ampliamente perceptiva y sutil que la del ojo humano. Ciertos sentidos estaban afinados para percibir segmentos invisibles del espectro. Otros se enfocaban hacia el espacio y registraban las emisiones del Sol, de las estrellas y del espacio mismo. Todos los factores conocidos que influyen sobre el tiempo y el clima quedaban anotados y transmitidos abierta y gratuitamente a todos los receptores de radio de la faz de la Tierra.

Con sus baterías solares proporcionándole una energía inagotable y su órbita perfectamente equilibrada, los técnicos tenían motivos más que sobrados para jactarse de que el satélite funcionaría en el vacío protector del espacio exterior durante millares de años (aunque llegara el momento en que ya no se le necesitase, o hubiese sido reemplazado) transmitiendo interminablemente una gran complejidad de datos, sin preocuparse de si había un público que los recibía, ni preguntárselo siquiera.

De noche, brillaba, reflejando la luz del Sol, con todo el aspecto de una estrella, salvo por su gran velocidad aparente y por seguir un camino distinto al de las otras estrellas. Acaso un hombre perteneciente a una tribu primitiva contemplara el firmamento nocturno, tomara nota de aquella curiosa luz y se pusiera a meditar.

Groenlandia, 35 millas al suroeste del Glaciar de Humboldt

El poblado esquimal descansaba al pie de las montañas, protegido de los vientos árticos. La noche era sosegada. Fuera de los *igloos*, los únicos sonidos que se percibían eran las pesadas respiraciones de los perros de los trineos, que emitían apagados gruñidos ocasionales al soñar en la caza.

Uno de ellos se despertó y dirigió su adormilada atención hacia el *igloo*, opalescente por la luz de la lámpara de aceite que ardía dentro. Las movedizas sombras demostraban que alguien estaba despierto y andaba por allí; pero como esto le interesaba muy poco, el perro cerró los ojos y reanudó sus sueños.

Dentro, la anciana terminaba de coser sus ropas. Había resultado una tarea larga y ardua, pues no solamente disponía de unos utensilios primitivos (un hueso aguzado para aguja, cartílago de foca para hilo), sino que tenía los dedos anquilosados, los ojos cansados y los dientes, con los cuales ablandaba la piel, gastados hasta las encías... en el mejor de los casos, es decir, cuando le quedaba alguno. Pero el cariño que ponía en la tarea disminuía su dolor; porque aquéllas eran sus mejores prendas, las últimas, ricamente bordadas, suaves, recias y más cómodas que todas las demás; porque con aquellas prendas iba a morir...

De pronto, un ruido parecido a un inmenso cañonazo retumbó por el valle, despedazando la quietud.

La anciana se irguió y escuchó.

Se oyó un sonido agudo y desgarrador, un ruido de tono tan profundo que la anciana lo percibía en las entrañas. Luego vinieron una serie de disparos y estampidos, a veces combinados con el rodar de un trueno, al que algo respondía antes de que sus ecos murieran. Hasta el suelo se estremecía.

La anciana paseó la mirada a su entorno, contemplando a la familia dormida. Los durmientes se agitaron, se revolvieron en la cama, pero no se despertaron. En este momento, los ruidos, aunque espantosamente fuertes, no significaban nada para ellos, y en consecuencia, los ignoraban, lo mismo que una madre que duerme cierra su percepción a los ruidos del otro lado de la ventana, pero se despierta sobresaltada ante una irregularidad en la

respiración de su hijo. En cambio, para la anciana, aquellos sonidos tenían un significado grande, inmenso.

La vieja miró fijamente a su hijo y a su nuera, fuertes y sanos, y a los nietos, bien cuidados, bien atendidos. Los contemplaba con ternura, mientras ellos se sosegaban de nuevo y seguían durmiendo apaciblemente. Se acordaba de su propia madre, de cómo se había vestido con sus últimas y mejores prendas, cuando la tribu se trasladó a terrenos de caza mejores, mientras la vieja se quedaba allí, para morir de hambre o para enfrentarse con el gran oso blanco, si éste llegaba antes de que hubiera fallecido.

Era muy justo y natural que a la persona que ya no servía para cazar ni para coser, ni para contribuir de alguna manera a la supervivencia de la familia la abandonasen a su suerte, la dejaran morir. Y aunque en realidad se trataba de una ocasión gozosa, aunque la persona sentenciada sabía que pronto se identificaría con el Espíritu de Todos los Seres y se reuniría con los que habían fallecido ya, daba pena, sin embargo, despedirse de los vivos.

Generación tras generación había sucedido de este modo, hasta que le llegó el momento a esa mujer. Pero su muerte tendría una dimensión mucho mayor. A ella la llevarían dentro del propio hielo al seno del Espíritu de Todo Ser. Vería de nuevo a sus padres y abuelos, y no sentiría nunca más el dolor de la ancianidad.

La anciana sonrió ante esta idea, y luego se dio cuenta de que los ruidos habían cesado y la noche volvía a estar quieta y silenciosa. Amorosamente, dobló las prendas y las guardó con cuidado.

Pronto, muy pronto se las pondría.

Ciudad de Nueva York

—Jesús, soy demasiado viejo para librar batallas —suspiró Guzmán, secándose la frente perlada de sudor.

Sus ayudantes se miraron unos a otros, y comprendieron que las noticias no podían ser buenas.

—Quiero que sepáis que he luchado por todos nosotros. Os lo aseguro. Hice cuanto pude, menos ponerme a gatas y cantar “Mamaíta”. Desgraciadamente...

Todos miraban lúgubrementes sus notas depositadas sobre la mesa. Mark Haney contemplaba los dibujos de la pintura que se desconchaba y, en un raro vuelo de la fantasía, se creyó capaz de fabricar copetudos altocúmulos.

—¿De modo que nos dejan en la estacada de nuevo?

—Mirad, estos tiempos son malos para todo el mundo. Nueva York es una gran caja embanastada, no es preciso que os lo cuente, y la universidad no sale más perjudicada que todo el resto.

—Bueno, a mi departamento, seguro que sí le perjudica más que a nadie.

—Oye, yo les solté el mismo disco de siempre hay gran demanda de meteorólogos, es un campo abierto, hay montones de zonas de las que ocuparse, pero nosotros no desertamos...

—Sí, lo habitual. Quizá no nos oyen cuando estamos abajo, en los sótanos.

—Os oirán, si hacéis un poco de ruido, Haney.

—Pues, lo estoy haciendo.

—No quiero decir ante mí, ni tampoco ante la junta. Me refiero a un documento científico, un proyecto... ¡Algo! Que tu nombre salga a la luz.

—Perfectamente, dame unas bombillas.

—Muy divertido.

—Quiero decir, equipo, material que me permita trabajar. Biz Ad tiene la computadora, pero a nosotros no se nos conceden ni unos minutos de trabajo con ella.

—Hay una gran diferencia, Biz Ad es sexy.

—Arriba, los de Geología consiguen subvenciones a manos llenas, amén de equipo. ¿Desde cuándo es sexy la Geología?

—Desde que escasea la energía. Y lo mismo digo del departamento de Geometría, Oceanografía y todos los de arriba.

—¿Allí donde hay aire acondicionado?

Lew Fink intervino:

—Mark, si tú hicieras algo para mejorar el tiempo, en lugar de contentarte hablando...

—Sí —admitió el profesor Guzmán—. Ahí tenemos aquel satélite nuevo que elevaron, y tú cuentas con tu receptor de radio. Escúchalo.

—¿De qué sirve escuchar? Si no tenemos con qué grabar las señales, aquello queda reducido a un montón de dit-da-dit.

—Bueno, pues, tú que montaste una radio, monta una grabadora. ¡Improvisa! Compóntelas... Saca un conejo del sombrero.

—Primero he de tener el sombrero.

—¡Ah, con esto llegamos al punto clave de la cuestión! Me guardaba las noticias *buenas* —Guzmán puso la mano bajo la mesa en busca de un paquete bien envuelto—. Conseguí arrancarles dinero para un instrumento nuevo. Y me pregunté: “¿A quién debo dárselo? ¿Quién es el genio joven con más probabilidades de redactar el gran documento científico que nos pondrá a todos en primer plano?”.

Todos los rostros se volvieron hacia Mark con claras expresiones de celos.

—Me alegro de que todos estéis de acuerdo. Por consiguiente, aquí lo tienes, Mark. ¡Todo tuyo! Confío que con eso nos garantizarás la existencia por algún tiempo.

Mark ya estaba desgarrando la envoltura.

—Según entiendo —decía Guzmán mientras Mark dejaba el dinero sobre la mesa para que todos lo vieran—, cuando el tiempo parece bueno, sale la pareja de enamorados, Hansel y Gretel. Y cuando las cosas van mal, sale la bruja.

—Bien, ¿cuál es la prognosis? —preguntó Fink, sofocando una risita.

Mark miró sombríamente hacia la casita. La bruja ya estaba en camino.

—¡Uf! ¿Es de verdad eso, papá?

—Es de verdad, ciertamente. Los has visto en el cine. Uno de esos grandes monstruos cobra vida y se lanza por Times Square, derribando edificios... Sí, puedes apostar a que es de veras.

El muchacho contemplaba el esqueleto inmenso, el monstruo erguido sobre sus poderosas patas traseras, equilibrado por la enorme cola, con la

abierta quijada poblada de docenas de grandes y afilados dientes, remontándose a una altura casi excesiva para poder verlo bien.

—Bueno, quiero decir si podría suceder.

—No, no podría suceder. Murieron. Eso son huesos, nada más que huesos. No van a cobrar vida.

—¡Tú has dicho que eran de veras!

—Sí, son de verdad, pero están muertos. Murieron todos no sé cuántos años hace. ¡Un montón de años!

El muchacho pugnaba con la distinción entre “ser de veras” y “estar muerto”. Volvió a levantar los ojos hacia los espantosos esqueletos, de dos y tres pisos de altura, unas criaturas que habían sido dueñas del mundo. Hasta su padre, a quien el chico consideraba en otro tiempo un gigante, parecía bajito y desmedrado junto a ellos.

Pero, si unas criaturas poderosas murieron, ¿por qué no había de morir su padre? ¿Y por qué no él mismo, incluso?

Y con esto se puso a llorar.

—¿Qué diablos te pasa ahora?

—Murieron...

—¡Pues, claro, tienes razón, murieron! No querría ver unos bichos así rondando por Times Square.

—¿Por qué murieron?

—El porqué no lo sé. Oye, ¿no te alegra que muriesen? ¿Querrías que una de esas fieras penetrase en tu cuarto, rompiéndolo todo y te levantara de la cama agarrándote con esos dientes?

El muchacho soltó un grito de terror:

—¡Nooooo!

—Entonces, ¿no te alegra que muriesen?

El muchachito se calló en seco y, por un momento, el padre creyó que le había tranquilizado; pero en seguida el pequeño preguntó:

—Papá, ¿y nosotros...? ¿Moriremos?

El padre se quedó atónito, cortado, unos segundos. Nadie le había dirigido nunca esta pregunta, y comprendía que la respuesta que diese ahora tendría gran importancia, que podía afectar la vida del muchacho durante muchos años.

—No, no desapareceremos —dijo en tono resuelto—. Al menos, no nos extinguiremos como ellos.

Kankakee, Virginia Occidental

La dinamita, cuidadosamente armada, voló toda la ladera para llegar hasta los ricos filones de carbón escondidos debajo. Voló bosque y tierra de labor, suelo superficial y suelo profundo, en busca de algo más importante para una nación con un hambre terrible de energía.

Una enorme pala mecánica sacó una carretada entera de carbón y tierra. Mientras la pala lanzaba su espantosa carga sobre el vagón de ferrocarril que estaba aguardando, el viento levantaba volutas de la arrancada tierra y las arrastraba lejos, fuera de la vista. Nadie se fijaba.

Diecinueve mil kilómetros más arriba, el satélite describía círculos, y unos mecanismos giroscópicos delicados mantenían sus ojos orientados constantemente hacia el suelo. Desde aquella altura, el satélite veía con toda claridad aquello que escapaba a los ojos humanos, la tierra y el polvo que ascendían hacia vientos más altos, yendo a parar por fin a las corrientes de aire superiores que circulaban desde el Ecuador hasta los Polos.

El satélite iba girando, pasando por encima de los grandes sudarios de humo y hollín suspendidos sobre las ciudades del mundo. Allá abajo, fábricas y talleres creaban maravillas nuevas de metales, plásticos y fibras que habían de arrojar basuras cada vez más extrañas al basurero de la atmósfera. Coches, camiones, hornos quemaban combustibles que formaban óxidos y sulfuros complejos, algunos tóxicos y otros no, pero todos ellos alterando los procesos de la naturaleza.

Hasta la acción más inocua (el destapar una botella de gaseosa, una de champán, el dejar escapar hasta la fracción más pequeña de anhídrido carbónico) alteraba las proporciones de los componentes de la atmósfera, que se habían mantenido constantes muchos milenios.

Cuando descendía un platillo de la balanza de aquel equilibrio, el otro subía. En el campo, se eliminaban bosques, para la expansión de la agricultura, y se quemaban cosechas para poder cultivar con mayor comodidad. Se arrojaban detritus en los océanos y se derramaban en ellos

aceites y combustibles, ahogando las plantas marinas y desmontando así unos mecanismos que hubieran podido restablecer el equilibrio.

Y si bien el satélite quizá no hubiera observado cada una de las alteraciones y destrucciones individuales, sí podía, en verdad, medir la suma de todas ellas y sus efectos. Registraba el aumento de la temperatura, los cambios de la luz y hasta analizaba los contenidos de las macropartículas, las clases de polvos y materias polucionantes que se arrastraban por el planeta, cogidas en las grandes corrientes de aire superiores.

Sin el menor interés, registraba y transmitía el vasto almacenamiento de datos, dejando que otros los interpretasen, que averiguasen su significado.

La señal fue radiada en 136,89 megaciclos y requería una antena especialmente preparada para esta frecuencia.

Hacía calor, muchísimo calor en el terrado, mientras Mark trabajaba en los ajustes. Hasta el alquitrán se reblandecía bajo sus pies, y cada vez que se movía tenía que libertar los zapatos de aquel cerco, sólo para llevarse trozos de alquitrán con ellos.

Se sentía las piernas como de plomo, y cuando levantaba la vista al firmamento para orientar la antena, el Sol le parecía mucho mayor de lo que habría podido imaginar. Se sentía atontado por el calor. Durante unos momentos le pareció que el Sol crecía, se acercaba a la Tierra y se le caía encima.

Mark sacudió la cabeza para clarificar la visión y miró abajo. Vio los tristes y viejos edificios de la universidad, y a los estudiantes pegados a las paredes en busca de alguna sombra.

Al arrastrar los pies por el alquitrán para regresar al esperado refugio de la caja de la escalera, se sentía viejo y cansado. De pronto, la tarea que realizaba se le antojó inútil, sin objetivo, y la tarde entera, tiempo perdido.

Mientras bajaba las escaleras, las suelas de los zapatos continuaban pegándosele al suelo, y el hombre refunfuñaba, protestando por el trabajo que le causaría el limpiarlos.

“Todo aquello, ¿para qué?”, se preguntaba, mientras tiraba de la sirga de la antena que colgaba fuera de la ventana y la sujetaba al receptor. Sí, ahora podría recibir aquella señal; pero también podría hacerlo cualquier receptor sincronizado con aquella frecuencia.

Al principio sólo llegaban silbidos y ruidos parásitos; pero luego, a las tres y ocho minutos exactamente, captó otro sonido, apenas audible pero que fue

ganando intensidad hasta desplazar los demás. Sonaba como una música electrónica, desprovista de melodía. Mark podía oírlo unos tres minutos quizá, y luego se desvanecía, pasando a emitir para otros, para otra universidad y otro departamento de meteorología mejor equipado, quizá, que el suyo. Los componentes de este departamento tendrían, sin duda, una de aquellas máquinas registradoras que él necesitaba tan desesperadamente, y elaborarían sus propias teorías, desenredarían los nudos, sacarían sus propios nombres a la luz pública. Mientras, él permanecía eternamente atascado en aquel instituto decrepito, en medio de los barrios bajos de una ciudad, arreglándoselas con desechos y desperdicios. Con el tiempo sería tan viejo como el viejo Guzmán, cansado y quemado, sin nada propio que presentar.

La señal se fue desvaneciendo a medida que el satélite continuaba su camino.

Sacar un conejo de un sombrero. Improvisar. Arreglárselas con lo que tenía. ¡Estupideces!

El silencio pesaba como el plomo en la habitación; luego se oyó el zumbido del aparato de comunicación interior. Mark movió la palanca.

—Aquí, Haney.

—Mark —dijo Lew Fink—, tenemos aquí un experto que nos visita, un tal Daniel Magnusson. ¿Le conoces?

—No puedo decir que sí.

—Tú no eres un *public relations*. Él es famoso. Quiero decir, muy famoso...

—Yo no le conozco, pero esto no significa...

—Bueno, finge que le conoces. Tiene un proyecto en marcha y busca colaboradores. Pienso que esto cae de lleno en tus dominios.

—Podría ser.

—¿*Podría ser*, so babieca? ¡Es! ¿Qué le dirías a un fulano con muchas relaciones?

—¿Relaciones importantes?

—¡Federales! La verdad es que viste uniforme.

—¡Jesús! ¿De qué rango?

—Yo no sé interpretar esas cosas, pero parece muy elevado. Me figuro que está en el intríngulis de los contratos gubernamentales, dinero para fundaciones y todas estas cosas.

—Pues, claro que lo estará. Pero los militares son unos apasionados del protocolo. ¿Por qué no ha llamado por teléfono antes?

—¿Quieres que le eche a puntapiés?

—¡No, no! Pero, Dios mío, ¿qué le enseñaré? ¿La casita de muñecas?

—Él tiene material de sobra... Lo que busca son cerebros. ¿Quieres verle?

—Sí, por supuesto.

—Marcus, no esperaba menos de ti...

Se oyó el murmullo de una conversación en voz baja y la comunicación se cortó. Mientras aguardaba. Mark se iba preguntando qué hacía allí una persona importante. Luego se preguntó cómo no la había pescado ya ninguno de sus compañeros.

Daniel Magnusson entró en la estancia. Se lo habían descrito con bastante exactitud. Vestía uniforme, es cierto, aunque le caía mal. Y no era tan alto como Fink le había pintado. En realidad, medía sesenta centímetros menos.

Mark reconoció las condecoraciones. Entre ellas figuraban las insignias del Lince y del Lobo torpemente cosidas en el bolsillo izquierdo, mientras los galones de los hombros declaraban la madriguera y la manada locales a las que pertenecía. El rizado cabello sobresalía fuera del gorro de cuartel.

—¿Profesor Haney? Soy Daniel Magnusson. Me han dicho que usted me ayudaría —dijo muy serio, subiéndose las gafas por el puente de la nariz.

Mark estaba en el aparato de comunicación interior antes de un instante.

—¡Eh! ¿Esa idea tienes tú de un...? —pero se interrumpió al oír unas carcajadas fuertes y prolongadas—. Sí, me figuro que la tienes —comentó abatido, y cerró.

Aquí se volvió hacia el Explorador cachorro.

—¡Muy bien, chico, me la he buscado! Puedes contarles que metí las cuatro patas en la trampa...

El chico no sonrió.

—No entiendo qué quiere expresar. Ellos me han dicho que usted me ayudaría...

—Quiero decir que muchas gracias; la broma ha sido muy divertida y en mi próxima clase la explicaré. Lamento no poder hacer nada más, pero me has sorprendido en medio de un trabajo muy delicado.

—Me gustaría ver su trabajo —replicó el chico, que continuaba muy serio. Lo cierto es que tenía el aire de no haber reído en toda su vida. A pesar de su uniforme de “boy scout”, parecía el muchachito de diez años más viejo que Mark hubiera visto nunca. Estaba pálido y flaco, como si no hubiera ingerido jamás una buena comida, ni hubiera jugado un momento al aire libre. Mark se preguntó brevemente cómo serían sus padres.

—Lo siento. Tendrá que ser otro día.

—¿Qué día?

—No lo sé. Mira, chico, ha sido una broma estúpida. Puedes volver allá y decirles que he sido un hazmerreír. Te daría un caramelo, si lo tuviera, pero... —calló y se metió la mano en el bolsillo—. Mira, aquí tengo esto. Cómpratelo tú mismo, ¿te parece?

—No me insulte —replicó el muchacho con un acento sorprendentemente adulto, al tiempo que giraba silenciosamente sobre sus talones y se alejaba.

Mark sintió una cuchillada de culpa, como si en su interior hubieran tocado algo enterrado desde hacía muchísimo tiempo. Titubeó unos momentos, y luego apretó el botón del teléfono interior.

Los accesos de risa no habían cesado aún. De pronto sus colegas se le antojaron más infantiles que el visitante que acababa de salir.

Mark salió al pasillo.

—¡Eh, chico! Oye, ¿cómo te llamas? ¿Quieres repetírmelo?

El chico no volvió la cabeza.

—Daniel... Oye, Danny...

El chico dio media vuelta.

—Te pido excusas. Ven y hablaremos un rato. ¿Qué necesitabas?

El chico vacilaba.

—Necesitaba un consejero para mi optativa. Estoy en meteorología.

—¿En meteorología? ¿Y por qué no elegir una cosa más respetable?

El chico se sentía herido, visiblemente, y quiso marcharse. Mark lo atrajo hacia sí dulcemente.

—Está bien, está bien; respóndeme.

—Bueno, pues... —Danny titubeaba—. Cuando era niño, hacía todas las preguntas que los niños suelen hacer, hasta la de “¿por qué es azul el cielo?”.

Mark movió la cabeza asintiendo.

—Bueno, la gente... no tenía tiempo para contestarme. De modo que yo lo buscaba en los libros, y así me enteré de lo de la refracción y del vapor de agua. Pero entonces se me ocurrían preguntas sobre esto, y cuando seguí adelante y encontré las respuestas, otra vez se me ocurrían nuevas preguntas. Al principio perdía los estribos, porque yo quería respuestas, y no preguntas. Yo quería... bueno, yo quería la respuesta final, la que lo solucionara todo. ¿Comprendes? Después, crecí por fin y comprendí que nunca se llega a obtener una respuesta definitiva. El goce lo dan las preguntas y el descubrir cosas, y es como una larga, larguísima historia de intriga que se vuelve más y más intrigante cuanto más se avanza, y no termina nunca.

Mark estaba profundamente conmovido.

—¿Y todavía andas perdido por el bosque?

El muchacho afirmó con un cabezazo.

—Yo también, Danny, yo también. Pero no cambies. Eres una gran promesa. Vamos, ¿en qué puedo ayudarte?

—Necesito alguien que revise mi estación meteorológica y firme un documento. Aunque, sólo si le gusta.

—Estoy seguro de que me gustará. Deseo que a ti te guste lo que he montado yo.

Y se lo enseñó todo a Danny con más detención que si se hubiera tratado de una persona importantísima de un departamento federal.

Cuando se hubo marchado el chico, y luego de quedar citados para ir a visitar su estación, Mark sentía una curiosa mezcla de alborozo y vacío. Rememoraba sus propios comienzos, cuando su maravilla de niño ante el firmamento azul le conducía a respuestas que sólo servían para suscitar más preguntas, y el mundo se desplegaba delante de él, complejo, enigmático, intrigante. El reto y la oportunidad se combinaban y no terminaban jamás. Podía pasarse toda una vida, infinitas vidas, sólo hallando respuestas que abrían el camino a nuevas preguntas. Aquel mundo le incitaba, le excitaba y acabó por seducirle, y pronto supo que dedicaría su vida a responder la pregunta más trivial y más importante a la vez que pueda formularse en esta Tierra: ¿Qué tiempo hará mañana?

Pero, hete ahí que algo se le perdió por el camino. Y actualmente, cuando recibía el último número de la revista, leía los nombres de los autores antes que los títulos, sólo para ver quién se colocaba en primera fila. La Naturaleza ya no era su mayor adversario. Lo eran otros científicos.

Hoy, en cambio, meditaba una vez más sobre el aterrador e infinito misterio de todo aquello.

Mark levantó los ojos hacia la casita de muñecas. La bruja había salido fuera.

Mali, África Occidental

—Política, como de costumbre... —murmuró el doctor Schumer con amargura, al ver cómo los soldados echaban a los indígenas del camión. Estos soltaban gritos de protesta; pero los soldados los ignoraban, y por este motivo, seguramente, habrían sido elegidos para la tarea.

Sencillamente, el gobierno declaró que la sequía había terminado. No se podía discutir un hecho, ni tampoco una orden. Los granjeros tenían que regresar a sus campos y empezar a labrarlos.

El doctor Schumer vio que un indígena cogía polvo, se lo enseñaba al soldado y lo dejaba deslizar entre los dedos, con un gesto común a todos los labradores del mundo para mostrar que aquello tenía más de arena que de tierra seca.

El doctor conocía algunas causas que habían dado origen a la orden del gobierno, que no por esto resultaba una pizca más tolerable. La tribu de los bambara (la de los campesinos) se había convertido, simplemente, en una viva molestia en el cuello central de Mali. Durante generaciones, habían practicado la agricultura en el borde del desierto de Sahara; pero en estos últimos años las sequías habían empeorado, y los bambara habían visto cómo el desierto crecía y se dilataba lo mismo que un organismo viviente. Con lo cual, habían huido a los territorios vecinos, a los pastos todavía ricos de las tribus tuareg, que se dedicaban principalmente al pastoreo.

Aquello había sido una repetición del antiguo Oeste Americano: las mismas guerras poniendo en peligro a toda una nación que empezaba a crecer, hasta que, por fin, con la declaración de que la sequía había terminado y echando mano de la fuerza militar, los campesinos fueron devueltos a sus antiguos territorios y se les ordenó que se quedaran allí.

Al menos, al personal sanitario voluntario todavía no lo llevaban a otra parte. Pero, naturalmente, el razonamiento lógico no se haría esperar; si no había emergencia, no se necesitaban para nada trabajadores de emergencia y la presencia de éstos en la región sólo sería un estorbo.

El doctor Schumer sabía qué pasaría. La sequía continuaría, y él se vería abrumado por el desastre inminente. Sin embargo, no se podía marchar.

El doctor dio una patada de disgusto al suelo y levantó una nubecilla de polvo; polvo del Sahara que no existía el año anterior.

El viento arrastró la nubecilla y la dispersó prestamente; pero sus diminutos granos no se perdieron. A su debido tiempo, se elevarían por la atmósfera para ser arrastrados por las corrientes altas.

Ranier Park, Washington

—Ahora no impone demasiado, ¿verdad que no? Se le diría domesticado, casi un cachorrillo bonito; pero en otro tiempo fue el monstruo que conquistó el mundo.

El guía del parque aguardó a que los turistas sacaran las cámaras fotográficas y empezaran a disparar. Alineadas a su alrededor se desplegaban las hermosas sierras y las crestas con blancos penachos de la cordillera Cascade. Una calígene verde-azul se cernía sobre el redondeado pico de la más alta, el Monte Ranier. Más abajo, los venados pacían entre los abetos Douglas. Cascadas de lirios florecían a sus pies.

Los turistas se veían rodeados de belleza; pero lo que más les fascinaba eran los pequeños glaciares dispersos entre los montes como otras tantas piedras preciosas.

—Hace sólo unos doce mil años, un poco antes de Babilonia, el hielo cubría el continente, formando una capa de una milla de espesor. Aquel hielo trituró y arrasó montañas enteras, excavó los Grandes Lagos e hizo sentir su presencia hasta en los puntos a los que no llegaba.

—¿Sí?

—Pueden creerlo.

El glaciar que veían ahora allá arriba, sobre ellos, tenía un aire más bien mísero... cubierto de escombros y con el suelo asomando en algunos puntos, lo mismo que el relleno de los asientos de un coche demasiado viejo y usado.

—Todos se derritieron hasta parar en esos que ven y unos cuantos más que hay por el país, no mucho mayores. Con este calor, todos retroceden, se derriten y mueren, como los dinosaurios. Actualmente son una especie en peligro de extinción, y nosotros, las personas, los miramos con ánimo casi protector.

Los turistas pisaban el hielo animadamente. Uno cogió una piedra y la utilizó para cortar un pedazo.

—No lo haga, señor. El glaciar se acordará y algún día irá a pedirle cuentas.

Zanesville, Ohio

—¡Santo Dios! ¿Qué es eso? —el peón de labranza abrió la boca pasmado.

—¿Nuevo en el condado?

—Nuevo en Ohio. Pasaba por aquí casualmente cuando me enteré de que ustedes contrataban gente como locos.

—¡Muy cierto! —exclamó el granjero Bjork, gritando para hacerse oír sin detener el tractor—. Este año labro y planto hasta la misma orilla del río. Por eso no me gustan esas piedras.

—Míster, eso no son piedras. Eso... caramba... son unos señores monumentos.

—Unos señores estorbos, querrá decir. Nosotros los llamamos “cantos erráticos”. Hemos de rodearlas con el arado. No podemos quitarlas de ahí ni siquiera podemos dinamitarlas.

Aquellos grandes pedazos de roca constituían una espectacular anomalía en la perfecta llanura. Eran grandes como casas, aunque no había montañas ni depósitos rocosos en la región que hubieran podido producirlos; en toda direcciones se extendía únicamente el suelo blando, profundo y llano hasta el horizonte. Sin embargo, los grandes pedruscos estaban allí, muy reales y no obstante tan fuera de lugar como si hubieran caído del cielo.

El mozo sintió una especie de vértigo. No estaba seguro de si era por el calor o a causa de aquella desorientadora visión.

—Bueno. Entonces, ¿cómo vinieron a parar aquí?

Al granjero Bjork le fastidió aquella pregunta, que él se había habituado desde hacía mucho tiempo a dejar de lado, sin responderla.

—Por aquí corren toda clase de historias. Una antigua leyenda india dice que un dios las dejó caer. Algunos de esos bichos raros llamados “hippies” hablan de una raza que empleaba el poder de la mente, o algo así. Hace años, tuvimos aquí un profesor de Instituto que arrancó unos pedacitos de muestra, y se fue muy contento. Ese debía de saber algo, pero yo no quise enterarme.

—¿Y por qué no?

—Míster, yo no quiero contactos con quienquiera que fuese que trajera estas rocas aquí.

Theba, Arizona

Durante largos momentos, mientras corrían en coche a través de la Interstate 10, los Wilson contemplaban aquella especie de nube arrebolada y pardusca en la distancia. Aunque no tenían manera de juzgar su tamaño, parecía demasiado pequeña para causar inquietud. En verdad, hasta se hubiera dicho que otros coches ni siquiera se fijaban.

No obstante, constituía un elemento nuevo en su experiencia, y, por ello, les desazonaba.

—Quizá sea un tornado —dijo mistress Wilson, y por la mente le cruzó la idea de que la llevaban a Oz.

—No creo que se produzcan tornados por estas partes. Además, no tiene la forma...

Pero míster Wilson no podía estar completamente seguro. Desconocían este país. Habían venido de Nueva Inglaterra, donde mistress Wilson había contraído sinusitis, y el doctor le aconsejó que probara el clima de Arizona o el de California Meridional.

Míster Wilson estaba a punto de decir que no había por qué preocuparse, que quizá se tratara de una nube levantada por algún insecto de las dunas o un rebaño de animales, pero las palabras murieron en su garganta. La nube crecía visiblemente al acercarse y oían dentro una especie de ulular, como el de una aspiradora gigante.

Y lo peor del caso era que no sabían qué hacer, si pararse o acelerar, si cerrar las ventanillas o abrirlas, si poner el motor a toda marcha o apagar el encendido.

A guisa de ensayo, míster Wilson disminuyó la marcha, y su esposa se puso a cerrar las ventanillas. En aquellos momentos, la nube se cernía sobre ellos y les cerraba la visión del firmamento. Un instante después se abatía sobre ellos con unos alaridos espantosos.

La arena entraba, azotando, por las ventanillas que continuaban abiertas y los respiraderos. Míster Wilson tosía y se desgañitaba, mientras su esposa boqueaba en busca de aire. En pocos momentos la arena alcanzó un nivel respetable en el interior del vehículo. El matrimonio oía cómo el motor

chirriaba en su propia agonía, para terminar pereciendo cuando la arena se introdujo en sus articulaciones.

Al final lograron cerrar por completo ventanillas y respiraderos; mas, como movida por la cólera, la arena continuaba azotando el coche, llevándose una tras otra las capas de pintura, hasta dejar al descubierto el acero desnudo y brillante. Luego el cuadro desapareció de sus ojos, al volverse la arena contra las ventanillas, cubriéndolas como con una densa escarcha.

Si no podían ver, cierto que podían oír, y demasiado bien, cómo la arena se amontonaba en el exterior, amenazando con cubrir el coche por completo.

A los Wilson se les antojaba que los estaban sepultando, que quedarían totalmente sumergidos y que nadie descubriría jamás sus cuerpos.

Míster Wilson empujó la portezuela desesperadamente; pero la arena le azotó el rostro con furia, casi cegándole, y el buen hombre se apresuró a cerrar de nuevo.

Marido y mujer se abrazaron, llorando, y se pusieron a esperar una muerte que no sabían comprender.

Luego, tan rápidamente como había venido, la tormenta se disipó, y todo quedó sosegado y en silencio.

Con cautela, temblando, míster Wilson intentó abrir la portezuela. Empujó con más fuerza, y al final ésta se abrió con un chirrido y un ruido de abrasión que hicieron correr unos escalofríos por la columna vertebral del buen hombre.

Míster Wilson miró al exterior. La arena cubría la autopista en grandes acumulaciones, y pudo ver una serie de coches encallados como el suyo, cual rocas de colores asomando en el suelo del desierto.

Cuando las toses y los estornudos de mistress Wilson cesaron por fin, marido y mujer fueron a través de los arrastres de arena, hasta el coche más cercano. El conductor estaba sentado, en un estado que lo mismo podía ser de tranquila resignación como de conmoción total. Míster Wilson aventuró una pregunta:

—¡Eh! Oiga... ¿Sucedre esto con frecuencia aquí?

El edificio había sido rebautizado recientemente con el nombre de Ciencias Planetarias, título fino y modernista que no escondía la antigua arquitectura, que algunos llamaban Drácula Primitivo.

Bajo aquel paraguas se agrupaban unos cuantos departamentos, con los espacios distribuidos de un modo tan ilógico como injusto. Meteorología, con

su interés puesto en el firmamento, se hallaba en los sótanos, al paso que Geología tenía que examinar el suelo desde el piso más alto.

Un estudiante podía pasar libremente de un departamento a otro, en sus horas de clase; pero los profesores nunca se hablaban, mirando los respectivos departamentos como sendos feudos, y a los maestros del exterior como a gente extraña y sospechosa.

No obstante, había una habitación que compartían todos y que daba ocasión a que, de vez en cuando, se estableciera cierto contacto.

El encargado de Arqueología estaba utilizando un urinario cuando entró el profesor de Geología. Hubo entre ambos una mera inclinación de cabeza, y luego se estableció el silencio incómodo que constituye el ritual en vigor para tales casos, cada uno de ellos mirando al frente, con los ojos a nivel de los obscenos dibujos y las inscripciones de la pared.

El geólogo terminó y probó de lavarse las manos. No había agua caliente, y el grifo de la fría trepidaba de una manera alarmante. Como la válvula del suministrador de jabón estaba oxidada, no pudo sacar ninguno. No había servilletas de papel; tuvo, pues, que secarse las manos en su ropa, cosa que hizo con gesto vivo. Al final, pronunció las primeras palabras que se habían cruzado entre los dos departamentos durante años.

—¡Es el fin de la civilización!

—¿Eh? —el arqueólogo levantó la vista.

—Sí, cuando los cuartos de baño se van al diablo, es el final. Dentro de un millar de años, alguien del departamento de usted se pondrá a excavar, encontrará esta habitación y dirá: “Sí, aquí fue donde se derrumbaron.”

—Sería un gran documento. Léalo en la convención de marzo.

De nuevo reinó el silencio por unos momentos; luego el arqueólogo añadió con cautela, sin saber si al otro profesor le interesaba el tema de verdad.

—Ya sabe, en esa querella estamos actualmente: en las causas que provocaron el derrumbamiento de una civilización.

El de Geología movió la cabeza asintiendo, con lo cual demostraba un interés auténtico; de forma que el arqueólogo continuó:

—Se ve en la artesanía. Según la aproximación con que podemos establecer las fechas, valiéndonos del mísero equipo de radiocarbono que tenemos, existe una línea divisoria. Este año uno es civilizado, y el siguiente ya no lo es. Por supuesto, al llegar a este punto, el arte del cual nos ocupamos nosotros tiene algo más de clase que éste —y con el gesto indicó los dibujos de la pared—. El mesopotámico fue precioso mientras duró...

—Tengo una remota idea de aquellas obras. Pero, ¿dónde estaban?

—En el Irak, actualmente.

Ahora el de Geología sentía un interés vivísimo.

—Ya sabe, tenemos algunas taladradas de allí. Logramos una subvención de la Aramco, en ocasión de una búsqueda de petróleo.

—¿Qué es eso de taladradas?

—Unas extracciones especiales, con el interior hueco. Sacas una larga taladrada de estratos y puedes establecer su fecha. Y no sólo consigues el historial geológico, sino también la vida vegetal, la climatología, la tabla de agua...

—¿Terremotos? ¿Inundaciones?

—Sí, esto se vería también. ¿Usted cree que fue eso lo que sucedió?

—Bueno, si desaparece una civilización, uno da por completamente seguro que algo pasó, y probablemente en una escala así... Un desastre de grandes proporciones, no cabe duda de que constituye una lógica explicación.

El profesor de Geología se mordió el labio pensativamente.

—Echemos un vistazo.

Cuando entraron en el laboratorio de Geología, el arqueólogo se acordó vivamente de una biblioteca de pergaminos, tal como los antiguos egipcios habían de tenerlas. Largos y gruesos cilindros de cartón se amontonaban desde el suelo hasta el techo, cada uno con una detallada identificación. La taladrada del Irak estaba enterrada cerca del fondo, y el geólogo estuvo en un tris de provocar un pequeño alud al sacarla.

Había unas señales a todo lo largo del rollo, denotando los años. El arqueólogo podía poner el dedo en el punto de la Revolución Americana, o en el de la Peste Negra, o en el de la Carta Magna. Y retrocedió en el tiempo a medida que su dedo se movía a lo largo del cilindro, hasta que, por fin, encontró la Era adecuada.

—¡Aquí, aquí exactamente!

El de Geología cortó el cartón con una sierrecita especial, y quedó al descubierto la tierra antigua.

En seguida investigó si había habido desplazamiento de estratos, pero no halló ninguno.

—¡Nada de terremotos!

Luego indagó la tabla de aguas.

—Nada de inundaciones... Un poco más seca de lo normal, en todo caso.

A continuación realizó toda la batería de tests, y por fin, concluyó:

—Yo diría que hemos conseguido un gran cero. Nada geológico. Quizás algo meteorológico, un poco más de sedimentación de polvo y unos cuantos grados más de temperatura.

—¿Polvo? ¿Quedaron enterrados?

—No como en Pompeya. Si aquella gente era alérgica, pudo morir estornudando.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—Bueno... —dijo el encargado de Arqueología, después de un ratito de silencio—, ha sido un gran documento, casi.

“Improvisa...”.

De pronto, aquello parecía un reto más bien que un obstáculo insalvable. Mark se acordaba ahora de cómo se entusiasmaba el pequeño Danny ante cualquier aparatito, libro u ondulante pantalla, muy especialmente por el receptor de radio para toda clase de ondas, compuesto con piezas de aparatos de radio y de televisión abandonados.

La máquina impresora resultaba relativamente sencilla, comprendía Mark. Había encontrado casualmente una lavadora abandonada en uno de los numerosos edificios vacíos de los barrios bajos. Le quitó el motor y los engranajes, y al poco rato estaba soldando y acoplando, con un entusiasmo y un alborozo que no había experimentado desde hacía varios años.

Eran las tres y ocho minutos nuevamente, y Mark puso la radio a tiempo para oír la señal aumentada de volumen al pasar el satélite por encima de su cabeza. Los gorjeos electrónicos del satélite nunca le habían parecido tan fascinadores, y sintió renacer en él algo de la condición infantil. Luego la señal se fue desvaneciendo, hasta no dejar más que el silbido continuo que daba fe de su ausencia.

De pronto, se sintió amarrado al suelo y solitario. Contempló el receptor y se dio cuenta de que nunca había corrido la flecha más allá de aquella estrecha franja de una banda ciertamente muy ancha.

Y se puso a mover el botón pausadamente. El silbido se convirtió en pitido y se hizo intermitente, y luego el receptor captó una gran confusión de señales, voces, claves, música.

Las voces, incluso cuando hablaban en inglés, resultaban casi ininteligibles, con sus propias jergas especializadas; pero el mundo estaba vivo, complejo, y se comunicaba, abarrotando todo el espectro radiofónico. Por unos momentos, captaba emisiones de los países importantes: Radio

Vaticano en los 9.645, Radio Japón en los 9.505, Radio Suecia en los 5.990, Radio Mali en los 4.834.

Se emitían obras de teatro, conferencias, óperas, propaganda, noticias y, por supuesto, boletines meteorológicos. Todo andaba bien, o, por lo menos, normal.

Oía hablar a policías y bomberos, periodistas y obreros de servicios diversos y de la construcción, granjeros, médicos, taxistas, todas las intrincadas complejidades de la civilización atadas en una red de comunicaciones.

Fascinado, Mark siguió girando, y una banda nueva apareció en escena.

—Hola, CQ, CQ, CQ, CQ, llamando a alguno de la banda de los cuarenta metros. Aquí TL8XNT, Tango, Lima, Ocho, Rayos X, Noviembre, Tango, llamando desde Mali, en África, y a la espera. Hola, CQ, CQ, CQ, CQ...

Al principio a Mark le intrigaban aquellas jergas raras, científicas o pseudocientíficas, pero pronto se aburrió, al oír que repetían la frase una y mil veces. Se disponía a cambiar hacia algo más cultural, o al menos más variado, cuando de pronto detuvo su mano. Acaso fuera el tono de voz, o que la letanía adquiriese un acento más suplicante.

—Por favor, respondan... Hablaré con quienquiera que sea... CQ, CQ, CQ... Por favor, cualquiera que...

Al final le contestaron. Otra combinación de letras y números, seguida de:

—Llega usted en una ocasión excelente a las Islas Aleutinas. Vaya, estamos viviendo un período de tiempo excelente como no podíamos recordarlo, y da gusto vivir...

—Lamento interrumpir su charla ociosa, aleutianos, pero aquí necesitamos ayuda. Padecemos una sequía continuada. El monzón debería soplar desde hace mucho tiempo, y no sopla, las mieses se han marchitado, el ganado muere a centenares, los pozos se secan. Retransmitan mi CQ. Me llamo Henry Schumer, y soy médico. Necesito alimentos, agua, suministros médicos...

—QRS, Mali. QRS. Su señal se desvanece. Repita otra vez...

El doctor Schumer repitió la llamada, describiendo la sequía, el hambre general y prediciendo muchas defunciones.

Esta vez los aleutianos no contestaron. La señal se había desvanecido por completo. El doctor Schumer intentó reanudar el contacto, hasta que claramente exasperado revirtió al:

—Hola, CQ. CQ, CQ, CQ. llamando a cualquiera que esté en la banda de los cuarenta metros...

Mark escuchó que un doctor Schumer claramente afligido abandonó el intento y anunció que emitiría en aquella misma frecuencia dentro de veinticuatro horas. Luego la emisión se disolvió en aquel mismo silbido vacío.

Un desconcertado Mark sacó sus mapas. Los monzones eran tan regulares como los movimientos de la Tierra. Estaban conectados con las corrientes en jet, las grandes corrientes de aire que circundaban el globo, transportando la humedad de los mares y regando la mitad de las cosechas de la humanidad^[1]. Se sabía que en algunas ocasiones se habían retrasado un poco, unos días, una semana o dos a lo sumo; pero al parecer ahora el país se había quedado sin ellos, por completo.

Luego Mark recordó que el locutor de las Aleutianas había hablado de buen tiempo. Dichas islas se hallaban directamente en el camino de las tormentas y en ellas el mal tiempo era casi constante. Mark entrevió los comienzos de un misterio...

Entonces se acordó de la emisora del propio gobierno de Mali, y movió el botón haciéndolo regresar a los 4.834. El locutor de Mali estaba poniendo música popular africana y hablaba con una voz viva y alegre, matizada por un leve acento británico. Evidentemente, allí no pasaba nada anormal.

“Bien —pensó Mark, cerrando la radio—, cualquiera puede decir lo que le parezca ante un micrófono; hasta se puede permitir una fantasía o practicar lecciones de actor teatral”.

Durante un rato, aquello fue un gran documento.

Al otro lado del pasillo, el geólogo miraba lúgubrementemente la taladrada iraquí. No podía dejarla de lado sin echarle una segunda, y prolongada, mirada. Ciertamente, si los antepasados de Hideo Kashihara hubieran hecho otro tanto, habrían perecido en su mísero archipiélago del Pacífico.

Una vez más enfocó el microscopio sobre la muestra. Nada de interés. Sólo tierra y unas semillitas corrientes. Nada importante.

Preparó la cámara “Polaroid” y sacó una fotografía. A continuación hizo algo que antes no habría hecho jamás. Buscó el número de la habitación del Departamento de Botánica, y se quedó sorprendido al ver que estaba en su edificio.

Un seguida se preguntó hasta qué punto debía hablar, y hasta qué punto debía callar. Porque, en verdad, en aquel documento no quería otro nombre

sino el suyo. Decidió pues hacerse el desinteresado, preguntándolo todo, sin explicar nada.

—Al estilo académico —dijo, riendo.

Bajó las escaleras, se presentó a sí mismo y, con gesto despreocupado, entregó la fotografía a Botánica.

—¿Qué es esto?

—¿No lo sabe?

—¿Cómo he de saberlo?

—Usted es japonés, ¿verdad?

—Y usted es polaco. Vamos, ¿qué son esos granos?

—Arroz.

—¡Arroz!

—¿Es algo importante?

—No, simple curiosidad. Un pequeño detalle en un documento.

—¿Me citará?

—El arroz no tiene importancia; sólo el petróleo la tiene, en mi departamento. Pero si usted dispone de un minuto, hábleme del arroz.

—Pues, es una planta anual, que puede alcanzar una altura de unos sesenta centímetros hasta metro ochenta y cinco, con hojas largas y puntiagudas...

—¿Es delicado?

—¡Ea, no es una orquídea!

—Supongamos que se producen unos aumentos marginales de polvo, unos descensos marginales de lluvia y un par de grados más de temperatura...

—Entonces se pierde la mitad de la cosecha.

—¿La mitad? Yo pensaba que no era una planta delicada.

—Mire, a pesar de todo, necesita calor, humedad, canales de irrigación y un sinnúmero de tiernos y amorosos cuidados.

—Muy bien. Supongamos ahora que una cultura que descansa sobre el arroz pierde la mitad de la cosecha... ¿Qué pasa entonces?

—Eso no entra en mi departamento.

—¿A cuál he de acudir?

—Pruebe en Geografía. Ellos hablan de sociedades, ecología y todo eso. ¿Qué me dice de citarme en una nota marginal?

—Se lo comunicaré —respondió Hideo, mientras salía disparado.

El biólogo le siguió con la mirada.

—Déjeme plantearle un caso. Una cultura centrada en el arroz pierde la mitad de la cosecha. ¿Qué le pasa a esa cultura?

—Permítame que le responda planteando otro —dijo el de Geografía—. Uno personal. ¿Se acuerda de algo llamado Proyecto Noah?

—Si no se trata de Geología, sexo o béisbol no entra en mi departamento.

Yo lo recuerdo porque trabajé en él en mis días más idealistas. Inundaban un valle africano con un nuevo emplazamiento de un dique. Había un montón de animales que rescatar: leones, rinocerontes, elefantes... Me ofrecí voluntario. Partimos el cuello a unos cuantos animales; nos quebramos el pescuezo unos cuantos de nosotros, mas, por Dios que rescatamos toda el arca de Noé.

¡Felicidades!

Todavía no. Teníamos que ponerlos en alguna parte, no lo olvide. Pues bien, ¿qué pasa cuando uno se presenta de improviso en un sitio donde antes vivían dos leones y suelta dos más?

—Pues, que probablemente quedan allí unos leones furiosos.

—Peor todavía. Usted tiene allí cuatro leones muriéndose de hambre. Nosotros devastamos la ecología del país, y todavía no se ha recuperado.

Un proceder bastante estúpido para personas del departamento de usted.

El geógrafo pareció a punto de explotar, pero controló su enojo y se limitó a preguntar:

¿Qué cree que me llevó a este departamento? Muy bien, invierta la situación. En vez de doblarla población, corte el suministro de arroz por la mitad. ¿Qué pasa?

Hideo probó de representarse una sociedad con la mitad de sus víveres perdidos, con los graneros medio vacíos, con el gobierno y la Iglesia impotentes por igual. Y sintió que un miedo frío invadía su ser, justo cuando había de experimentar el júbilo de haber resuelto un misterio.

Finalmente dijo:

Muy bien, me figuro perfectamente el caso dándose en una selva, pero esto era una civilización.

¿Antes o después?

Atlántico Norte, 1.500 millas al NE. de las Azores

Capitán... es un... Yo no sé qué es.

¡Coordenadas, hombre, coordenadas!

Cae por el costado de babor... Es un chaparrón, pienso.

El capitán miró. Parecía, efectivamente, un aguacero que se acercaba: pero tenía un color amarillo pardusco y era algo opaco, como un cuesco de lobo que se hinchase lentamente, hasta que se hizo mayor que el barco. Luego, momentos después, la nave se vio totalmente inmersa, pero no en lluvia. Aquel polvo chamuscador estaba por todas partes: en cubierta, en la bodega, en la boca y la nariz de los tripulantes. El Sol se oscureció y se difuminó hasta despedir un brillo lechoso, que ahora semejaba proceder del interior de la tormenta, formando parte integrante de ella. Había llamaradas de relámpagos a las que respondía un extraño rodar de truenos, como el martillar del oleaje escuchado desde el interior de una caverna gigante.

Luego la tormenta se alejó.

Cuando, por fin, el capitán se hubo aclarado la garganta de polvo, pudo preguntarle a su segundo:

—¡Dios mío! ¿Había oído usted hablar de una cosa semejante?

El segundo movió la cabeza afirmativamente.

—En Oklahma.

Mark relevó sus notas.

—¡Jesús, no puede ser cierto!

Costaba trabajo creer que hubo un tiempo en que sabía descifrar la clave de Morse a la velocidad de treinta palabras por minuto; pero desde sus días en las Fuerzas Aéreas, cierto número de músculos se le habían reblandecido. Había de ponerse en forma de nuevo para conseguir su permiso de emisión, y se sometía al ejercicio de escuchar, simplemente, aquella clave de transmisiones.

La mayoría eran completamente anodinas; pero ésta resultaba extraña de veras.

—Vamos, déme confirmación —dijo a la radio, que no le escuchaba.

Para Danny, la voz de Mark había salido, como una explosión, de un silencio total. Mark llevaba auriculares y no se daba cuenta del volumen que daba a sus palabras.

—Sí, eso es lo que dijeron ellos —murmuró Mark al oír la confirmación habitual.

Danny observaba cómo Mark anotaba los detalles, la hora, la latitud, la longitud y otras particularidades en aquella taquigrafía meteorológica. Al final Mark dejó los auriculares y se volvió hacia Danny.

—Ya sabes, si yo no creo lo que ellos me cuentan, ¿cómo creerá la gente lo que cuento yo?

—Yo lo creeré.

Mark le pasó la mano por el cabello.

—Gracias. ¿Sabes qué eres tú?

—¿Qué? —preguntó Danny, entre la vanagloria y el miedo.

—Mi colega.

El muchacho se sonrojó, y Mark pensó que era el primer asomo de color que había visto en su cara. Lo cual motivó que se preguntase si le cuidaban bastante.

—Danny, hablame de tu familia.

El chiquillo se encogió de hombros.

—No hay nada que contar.

—Prueba conmigo.

—No, usted me cuenta lo que ha oído por la radio.

—Hablame tú de tu familia.

—Trocaremos lo uno por lo otro.

Mark suspiró.

—Me lo pones difícil. Está bien, tú primero.

—Primero usted.

Mark levantó la mano con fingida cólera.

—Te estás buscando un cachete, chico.

Danny retrocedió con un terror tan instantáneo y abrumador que asustó al propio Mark.

—¡Por amor de Dios! Era una broma, nada más. Ven acá...

Danny seguía titubeando, y hubieron de pasar unos momentos antes de que aceptara la cariñosa y tranquilizadora mano de Mark.

—¡Está bien, está bien! —le apaciguó éste—. Primero te contaré yo una cosa —aquí inspiró profundamente—. En primer lugar, yo estaba practicando

mi clave de Morse, porque se necesita si se quiere obtener un permiso para montar una emisora.

—¿Y por qué quiere usted el permiso para una emisora?

—Porque no basta con escuchar. Quiero hacer unas cuantas preguntas sobre lo que he oído.

—¿Qué ha oído?

—Voy a mantener insatisfecha tu curiosidad. Ahora te toca a ti. Háblame de su padre.

Danny vaciló un momento.

—Mi padre murió —dijo por fin, sin emoción visible.

—Lo siento de veras. ¿Cuándo fue?

—Ahora le toca a usted. ¿Qué oyó?

—Me ejercitaba en escuchar el alfabeto Morse, y estaba recogiendo partes meteorológicos de los barcos a la costa. En el mar no hay oficina meteorológicas; por consiguiente, todo barco que consiga informaciones relativas al tiempo transmite a la costa sus observaciones. Todo era normal durante un rato, hasta que oí lo que oí.

—¿Qué oyó?

—¡Ah, no; ahora es mi turno! ¿Qué me cuentas de tu madre?

—Ella vive. ¿Qué ha oído?

—No me ilustras mucho...

—Lo sé. ¿Qué ha oído?

—Han tenido una tempestad de polvo en el mar.

—¡Ah, eso es imposible!

Mark asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Entonces?

—Entonces hableme de tu madre. ¿Se porta bien contigo? ¿Te cuida mucho? ¿Te alimenta?

—Voy marchando —contestó Danny, levantando los hombros.

—¿Ella y tú os lleváis bien?

—¿Cómo se puede sufrir una tempestad de polvo en el mar?

Porque inyectamos polvo en el aire. El polvo asciende hasta las corrientes en jet y da vueltas alrededor de la Tierra. De modo que puede descender sobre cualquier parte y engendrar una tempestad.

—¿Cómo no había sucedido antes?

—No lo sé. Quizá las pautas de las corrientes estén cambiando.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé. ¿Por qué no quieres contarme nada más de tu madre?

—Tampoco lo sé. ¿Podré escuchar el satélite, cuando pase por ahí arriba?

Mark suspiró y sincronizó el receptor con la frecuencia del satélite. Ambos aguardaron el sonido y no dijeron nada más.

Suitland, Maryland

Como subrayando su compromiso con el gobierno que había dado origen al proyecto, por entero, la mayor computadora del mundo se albergaba en un edificio de seis pisos a una distancia de la capital del Estado que permitía un traslado fácil en los trenes de cercanías.

Aquella computadora se dedicaba a la tarea matemática más formidable que pueda imaginarse: a la predicción del tiempo. A pesar de los adelantos en el campo de los micro-circuitos, la máquina ocupaba la mayor parte del edificio.

La cantidad de datos era tan grande que suponiendo que toda la población de la Tierra se compusiera de matemáticos expertos y todos ellos se dedicaran a procesar datos, la tarea resultaría abrumadora.

La computadora contenía toda la atmósfera del planeta: una abstracción en un modelo matemático. Los científicos habían establecido el tiempo del mundo tal como era en un día de invierno en determinado instante y habían programado todos los factores conocidos que podían generarlo y afectarlo. Luego habían puesto el planeta en movimiento.

Si lograban llevarlo hasta el día presente, con una reproducción exacta de las condiciones de un día tras otro, la computadora se proyectaría con toda exactitud hacia el futuro, por espacio de días, semanas e incluso años.

El modelo funcionó al convertirse el 23 de diciembre en el 24, y en el tubo catódico se desplegó un mapa del tiempo con isóbaras e isotermas curvándose y retorciéndose exactamente igual a como lo habían hecho en los mapas del Servicio Meteorológico oficial durante aquellos días.

Pero cuando el 24 de diciembre desembocó en el Día de Navidad, y luego en el siguiente, los vítores de los técnicos se apagaron y se convirtieron en gemidos. Porque llovía allí donde sabían que de verdad hubo sequía. Y las temperaturas descendían en picado en un lugar donde realmente habían aumentado. El modelo se descomponía.

—Bueno —dijo uno—. Simplemente, no tenemos bastantes datos. Cuando hayamos conectado con el satélite...

—Sin duda. Entretanto yo regalo mi rodilla artrítica. Últimamente me ha dolido de lo lindo.

—Esto es el higrómetro —dijo Danny con una seriedad total.

Mark hizo un esfuerzo por conservar un semblante también serio.

—Muy impresionante.

Era un instrumento tan ingenioso como cualquiera de las improvisaciones de Mark. El higrómetro medía la humedad con el material más barato que podía hallarse: un mechoncito de cabello. Una cuerda sujeta al mismo y enrollada en una esfera ampliaba y medía la contracción o la dilatación del Cabello.

Un anemómetro giraba, midiendo la velocidad del viento. Lo había fabricado con embudos de cocina y giraba alrededor de un mango de escoba.

Mark movía la cabeza afirmativamente y emitía unos doctos “Hummm” muy complacido interiormente por el ingenio del muchacho. Aunque el placer que aquello le causaba quedara mitigado por la ansiedad que le producía el propio Danny, siempre tan pálido y reservado. Era evidente que el muchacho, para enseñar su estación meteorológica, había elegido una hora en que su madre no estuviera en casa.

—¡Tienes mi visto bueno! —dijo Mark—. Apuesto a que esto te da una categoría tremenda entre tus hermanos exploradores.

—No... no lo sé.

—¿Qué dicen?

—No lo sé. Estoy siempre aquí.

—¿No tienes amigos?

—Pues... pues aquí se está muy bien. Siempre pasa algo.

—¿No sales nunca?

—Claro que sí. La observación directa es muy importante.

—¿Se interesa tu madre? ¿Es una buena amiga, una persona con la cual hablar?

Hubo un silencio.

—¿Le gustaría ver el mapa del tiempo que he trazado para hoy?

—¡Claro!

—Lo dibujo en el comedor, porque es donde está la mesa más grande —explicó Danny, acompañándole a través del apartamento.

Las habitaciones eran grandes, típicas de las viviendas de la vecindad, antes elegante y ahora agostada. Evidentemente, el espacio se necesitaba para el equipo de Danny, y para algo más, según descubrió Mark cuando el chico abrió la puerta.

El comedor estaba sucio y atiborrado de artefactos extraños, primitivos. Había esculturitas de marfil y piedra de animales tales como focas y ballenas, un objeto que parecía un cenicero desmesurado, pieles de animales, tambores, un arpón y, exhibido en lugar preferente, un látigo con una correa larguísima.

—Es de mi madre —anunció Danny, en tono concluyente.

—¡Jesús! —fue todo lo que supo responder Mark. Sabía que hubiera tenido muchísimo más que decir, y acaso algunas cosas que hacer.

Campeche, México

El señor Avila nunca usaba mapas oceánicos, pero conocía los vientos y corrientes tan al dedillo como le convenía.

Entre todos los signos, el más evidente era el camino de la Corriente del Golfo, un río verde que corría por el océano azul. Si bien ningún mapa le había enterado de su inmensidad, él había llegado a conocer minuciosamente aquel limitado sector. La pesca más rica se lograba en aquellas aguas verdes.

Él tenía su paraje favorito, que encontraba alineándose según unos accidentes de tierra firme, confirmados por la forma de las olas, la dirección del viento y unas cuantas señales más que reconocía tan instintivamente que ni siquiera había de pensar en ellas, del mismo modo que una persona conoce el camino hacia su propia casa sin que sepa indicarlo, quizás, a un amigo.

Y hete ahí el motivo de que ahora Avila sintiera tan gran inquietud, sin ser capaz de comprender la causa. Las cosas no estaban donde debían estar. ¡Vaya absurdo! El río verde no había cambiado de curso en la memoria de las personas actualmente vivientes, ni en la de su padre, para el caso. El hombre no entendía lo que pasaba, y estaba profundamente preocupado. El pueblo entero dependía de la pesca, para sobrevivir.

No obstante, pronto olvidó estas cavilaciones, porque las redes rebosaban de una clase nueva de pescado.

¡Ay Dios!

Eran unos peces grandes, con una carne apretada. Avila supuso que habrían emigrado de un paraje septentrional, donde la densidad de la carne los protegía de la frialdad de las aguas. El día tomaba buen rumbo, a pesar de todo.

La Corriente del Golfo serpenteaba debajo de él, río verde en un océano azul.

Monte Robson, Alberta (Canadá)

El llevar el correo en avión había sido siempre un trabajo soso para Bouchard, especialmente por aquello de seguir la misma ruta una y mil veces. Y no importaba que cruzase algunos de los panoramas más espectaculares del mundo. Todo lo que podía desear era que aquel viaje durase menos que de costumbre. El volar se había convertido en horas de aburrimiento limitadas por el terror del comienzo y del final, combinación fatigosa, enervante. No había remedio, aquello acabaría produciéndole una úlcera el día menos pensado.

La torre había dado garantías de que la atmósfera estaría despejada y sin nubes, salvo por unos tenues cirros, que eran nubes de buen tiempo. Hasta un simio habría podido pilotar el aparato (a Bouchard le cruzó por la mente unos momentos la fantasía de que un día vendría al trabajo y encontraría un mico con chaqueta de cuero y gorro sustituyéndole).

La parte más fea del vuelo era el ascender, el remontar el Monte Robson, pero hasta esto acababa resultando aburrido.

Al acercarse, los cirros que rodeaban el pico ya no le parecían tan familiares. Aunque luciendo una blancura de buen tiempo, parecían hervir y revolverse como nubes de tormenta.

Bouchard se estremeció y dirigió una breve mirada a los mapas del tiempo. Allí no figuraba ninguna turbulencia local, y sus instrumentos confirmaban que todo continuaba estable. Su alarma se mitigó al acercarse un poco más para examinar el extraño fenómeno, aunque siempre siguiendo el curso general sobre la montaña.

De pronto, el avión pareció desplomarse debajo de él. Bouchard soltó una exclamación y tiró con fuerza de la palanca. El aparato apenas se movió.

Ahora parecía como si una mano gigante hubiera cogido el avión y jugara con él, haciéndole dar unas vueltas locas, cabeza abajo, mientras el motor aullaba. Luego, de manera igualmente repentina, la mano le soltó. La nave se enderezó por sí misma, y el motor se sosegó.

—*Merde!*

Luego el aviador abrió la emisión:

—Control de Acercamiento de Prince George. Control de Acercamiento de Prince George, habla Cessna tres-ocho-uno Bravo, que se mantiene al sudeste de Monte Robson.

Hubo de repetirlo varias veces antes de conseguir una respuesta. y. cuando la obtuvo, le llegó singularmente débil y bañada en ruidos parásitos.

—Cessna tres-ocho-uno Bravo, aquí Prince George. Su señal se corta, su radio está defectuosa.

—Niego, Prince George, mi radio funciona perfectamente. Aquí hay algo endiabladamente anormal.

Y describió lo que había ocurrido, sólo para que le respondieran que en los mapas no había ninguna turbulencia ni nada de particular. Sin duda a su avión le pasaba algo raro. Luego le aconsejaron que regresase al punto de partida.

—He pasado más allá del punto que no admite el regreso. Prince George. Ahora todo está despejado. Acaso el motor se atragantara con un hueso. Probaré los controles.

Con gran cautela, los maniobró todos, uno por uno. Y todos respondieron limpiamente.

Bouchard levantó la vista hacia la montaña. Aquellas mismas nubes raras continuaban presentes, pero no se veía signo alguno de ninguna otra cosa fuera de lugar.

Bouchard pensó que probaría a remontarse más, con el fin de disponer de una vía más libre y segura. Comunicó su propósito al aeropuerto, y la señal volvió a sonar viva y clara. El piloto se tranquilizó; a pesar de lo cual continuó observando el altímetro cuidadosamente, duplicando su margen habitual.

La manecilla del altímetro se elevaba satisfactoriamente, indicando el apoyo de unas corrientes ascendentes suaves, para tramontar, pero su visión periférica indicaba que allí ocurría algo raro.

Bouchard levantó los ojos, y se quedó casi helado. Sus instrumentos se equivocaban. No salvaría el obstáculo de la montaña.

Apenas había tenido tiempo de empuñar la palanca de nuevo, cuando la misma mano gigante pareció agarrar el aparato otra vez, haciéndolo girar cabeza abajo. La montaña giraba locamente, y Bouchard oyó un alarido que o procedía del avión, o procedía de él mismo.

¡Prince George. Prince George, aquello se repite! Estoy luchando por recobrar el control...

Y continuó haciendo comentarios como si con ello pudiera enfocar mejor sus acciones, pero no pudiera aguardar respuestas.

Con los instrumentos girando tan locamente como el aeroplano, probó de centrarse en el horizonte; pero comprobó horrorizado que le empujaban hacia la montaña.

Era una bolsa de aire como no la hubiera encontrado nunca, una especie de torbellino gigante. Luchaba por ganar altura al mismo tiempo que el avión recibía unos embates tan fuertes que parecía que los mismos remaches iban a soltarse.

Bouchard decidió volar a favor de la corriente en lugar de luchar contra ella, y empujó el palo adelante. El avión se hundió inmediatamente y él se puso a luchar desesperadamente para no chocar contra la montaña; pero ahora notaba que en este momento giraba en un sentido, luego en el otro, y luego, casi demasiado bruscamente para que pudiera enderezarlo, se zarandeaba entre corrientes y contracorrientes.

Bouchard notaba algo familiar en aquella sensación, y entonces se acordó de las carreras en piragua por las revueltas aguas precipitadas de un río salvaje de aquellas montañas. Su única esperanza se cifraba en la fracción de segundo en que aquella extraña corriente de aire chocara con el suelo del fondo y adquiriese un curso seguido y suave... si es que no le estrellaba primero, o no lo arrastraba en un remolino contra la montaña.

El altímetro indicaba que tenía espacio más que sobrado para maniobrar, y Bouchard aprovechó aquellos pocos segundos para explicar su propósito a Control de Acercamiento, acordándose demasiado tarde de que sus instrumentos le traicionaban.

Lo último que vio fue el suelo y los árboles precipitándose hacia arriba, a su encuentro.

La señal de la radio de Mark murió bruscamente; sólo quedaba el silbido vacío, resonando como una tormenta de lluvia distante en la desierta oficina.

Al principio faltó poco para que sintonizara más allá. Aquello parecía una comunicación típica avión-tierra; pero pronto se dio cuenta de que un extraño salto atmosférico le permitía oír a un piloto que se hallaba en Alberta (Canadá). Y la curiosidad se convirtió pronto en horror, al escuchar, impotente, cómo el piloto moría.

Mark sabía la causa de la turbulencia. Era una ola de montaña, una manifestación de la corriente en jet descendiendo súbitamente montaña abajo

como una terrible cascada de agua. Le habían hablado de aquel fenómeno cuando estaba en la Fuerza Aérea, y sabía que había ocasionado la muerte de algunos pilotos. La corriente monstruosa estropeaba instrumentos y aparatos de radio al tiempo que hundía los aviones en mortíferos torbellinos.

Pero el fenómeno en cuestión sólo se producía en la corriente en jet, no tenía nada que hacer allá arriba, en Canadá.

Mark sintió el afán de comprobar que todavía quedaba vida normal por el ancho mundo de allá fuera. Hizo girar el botón y, de súbito, el cuarto se llenó de ruidosos visitantes.

—Doma dos, doma dos.

—Sí, domador, siga adelante.

—Muchas gracias, dieciocho-ruedas. Aquí. T-Bone Tyson. ¿Qué alias usa usted?

—Mobile John. T-Bone.

—Diez cuatro, diez cuatro, compañero, Eso me gusta. ¿Ha visto algún Oso Ahumado?

—Pues, claro. Pues, claro. El humo es muy denso en Red Hook Junction, compañero mío...

Mark escuchó cierto número de conversaciones en la Banda de los Ciudadanos: oyó a transportistas informándose unos a otros sobre emplazamientos de patrullas de vigilancia de carreteras; adolescentes manifestando ufanos su sexualidad bajo el manto del anónimo, a gente encerrada manteniendo contacto con el exterior, a pretendidos actores y cantantes...

Y siguió más allá, desde los brinquitos locales de los usuarios locales de la Banda de los Ciudadanos, rudos y vocingleros, hasta los almibarados locutores, corteses y deferentes, de alcance mundial. Una voz familiar le detuvo de pronto.

—Permitan que les describa a ustedes —los truhanes a quienes no importa o simplemente no les preocupa— qué es una sequía. El suelo se abre en grietas como si hubiera sufrido un millar de pequeños terremotos. La parte superior desaparece, arrastrada por el viento, como si fuera polvo liviano. Y por todas partes, el ganado perece. Los animales se tienden bajo el sol, los cuerpos ennegrecidos, las lenguas y los estómagos hinchados, cubiertos de moscas y demasiado débiles para espantarlas. La carne se desprende de los huesos y se abre en grietas como la tierra, dejando salir el pus.

”Esto es una llanura, de modo que uno puede ver el espectáculo hacia cualquier parte que vuelva los ojos, desde donde esté hasta el horizonte. Y lo

que le está sucediendo al ganado, les ocurrirá a los niños. Abundan ya la gastroenteritis, la neumonía, el cólera, la disentería. ¡Necesito suministros, so truhanes, medicinas, alimentos, agua! Pero lo que más necesito es que hagan circular la noticia. ¡Todo el mundo, todo el mundo para este CQ! TL8XNT en Mali, África Occidental. Volveré a OSO. a la hora acostumbrada, a cantar unas cuantas verdades”.

La señal desapareció.

Mark permaneció inmóvil en su asiento, paralizado, un buen rato, escuchando el silbido vacío. Al final se apartó de la radio, cogió el teléfono y se puso a marcar el número del *Times*.

“¡Ah, me tomarían por un tonto de remate! Ya deben de saber lo que sucede allí” —pensó. Y volvió a colgar.

Pero cogió el teléfono de nuevo y marcó. Mientras esperaba, percibía los latidos de su propia sangre en las arterias.

—Diga...

—¿Es la madre de Danny?

Hubo una pausa.

—¿Quién es usted? —preguntó la mujer en un tono de recelo que desembocó en ansiedad—. ¿Ocurre algo? ¿Le ha pasado algo a Danny?

—Danny está en la biblioteca. Quiero decir en la colección de libros. No llega a la categoría de biblioteca.

—Perdone. ¿Quién es usted?

Mark suspiró. Naturalmente, ella no podía saber de qué le estaba hablando.

—Lo siento. Me llamo Mark Haney. Soy profesor...

—¡Ah! —la mujer exhaló un suspiro de alivio—. Danny habla mucho de usted.

—Yo... sí... me figuro que habla. Oiga, mistress Magnusson, yo quería hablarle de Danny, precisamente.

—¿Sí?

Mark percibió la sospecha en su tono de voz.

—Pues... mire, no me resulta fácil explicarlo. He pasado a ser un amigo de Danny, un amigo íntimo; sé cómo vive.

—¿Y qué?

La clara impaciencia de la mujer le hostigó y le hizo soltar el resto de golpe.

—Francamente, mistress Magnusson, a mí se me antoja que usted no vela por Danny tan atentamente como debiera.

—Comprendo... —hubo una pausa—. No es que sea cosa que le incumba, míster Haney, pero no pienso ocuparme de Danny en mayor medida.

—¿Qué... qué significa eso?

—Lo que dicen las palabras exactamente. Si Danny quiere andar por ahí desnudo, inyectarse droga, robar bancos o pasar el tiempo en las bibliotecas, es asunto suyo, de Danny.

Mark se quedó atónito.

—Usted es su madre, y, por lo que puedo colegir, el chico no tiene padre, la tiene a usted solamente...

—Sí, y como única progenitora suya, tengo derecho a criarle tal y como me parece más adecuado. Y ahora se me figura, míster Mark, que si usted ha dicho todo lo que tenía que decir...

—No, no lo he dicho, ni por asomo. Lo que usted me ha contado sólo confirma lo que ya me temía...

—En realidad, a mí no me importa lo que usted tema o deje de temer...

—Pues creo que debería importarle. Tengo serias dudas sobre las aptitudes de usted como madre...

—¿Aptitudes? ¡Vaya, hombre! ¿Quién diablos se...?

—Podría dar parte a Tutela de Menores.

—¿Qué? Oiga...

—Que vayan a su casa, la inspeccionen bien y saquen sus propias conclusiones...

—Oiga, yo no soy responsable ante usted ni ante ningún fulano de la Tutela, ni ante nadie. Yo crío a mi hijo como me parece conveniente...

—Estupendo, luego les explica sus ideas acerca de no ocuparse de Danny. Y entonces verá qué pueden hacer los “fulanos de la Tutela”.

—¡Estamos en un país libre, míster Haney!

—No pienso discutir de política, mistress Magnusson. En el caso de Danny, no sólo está en juego una vida humana, sino una mente preciosísima. Usted podrá protestar cuanto quiera, pero ellos la llevarán al juzgado y cuidarán de que Danny encuentre un hogar conveniente.

—¡Ya tiene un hogar conveniente! Danny... Usted no sería capaz de dar un paso así.

—Lo daría, mistress Magnusson. Sé lo que hay en juego en este caso, aunque parezca que usted no lo sabe.

—¿En juego? Yo... ¿En qué país vivimos? ¿Por qué me persiguen todos ustedes? ¿Qué quieren de mí? Eso es una maldita conspiración, ¿verdad? ¿Verdad que sí?

Mark no respondió, y cuando la mujer habló de nuevo lo hizo en un tono muy distinto, enervadoramente frío, casi calculador.

—Míster Haney, ¿dónde está Danny?

—Ya se lo he dicho, está en la biblioteca.

—Usted... usted no ha dado ningún paso todavía, ¿verdad que no?

—Primero quería hablar con usted, mistress Magnusson. Y, francamente, lo que acabo de oír no me satisface mucho.

El pánico se apoderaba nuevamente de la mujer.

—Tendríamos que hablar. Tendríamos que conversar un poco más. Usted no tiene derecho a...

Por el tono de su voz se habría dicho que iba a perder los estribos de nuevo, pero luego se dominó.

—Deberíamos hablar, al menos... ¡No haga nada hasta que hayamos hablado, míster Haney!

—Muy bien.

—¿Podría venir usted aquí?

Súbitamente, Mark se vio a solas con una paranoica histérica armada de aquel látigo tan largo, y sin testigos.

Su mente se puso a galopar. Necesitaba un lugar público, donde la presencia de otras personas sirviera de amortiguador, y donde hubiera alguien para socorrerle si la buena señora se excitaba demasiado. Un lugar que no infundiera sospechas, por supuesto.

—Muy bien, en la cafetería de la Universidad.

—Vaya... vaya lugar raro para conversar...

—No, mistress Magnusson. Créame, no lo es.

A diecinueve mil kilómetros de altura, los contactos eléctricos se cerraron y se generó una corriente alterna. Unas ordenaciones especiales de antenas y amplificadores enfocaban y reforzaban la señal, y la transmitían hacia la Tierra. Encerradas en ella había miles de millones de pequeñas informaciones, de observaciones de una máquina meteorológica tan inmensa que podía dar cabida a sesenta mil tormentas de truenos al día, y por otra parte tan sensible que la menor alteración, la caída de una hoja en Australia, el brinco de un saltamontes en China, alteraba unos átomos, los cuales alteraban a otros átomos, abriéndose paso, con el tiempo, por todo el globo para modificar la situación atmosférica de América.

Al correr hacia el sur, en su trayectoria de polo a polo, el satélite dejaba atrás la ciudad de Nueva York y cruzaba por encima de la capital de la nación.

La señal de radio atravesaba una complicada distribución de varillas y barras, delicadamente sincronizadas para responder a ella, y no a ninguna otra señal posible. Vibrando por simpatía millones de veces por segundo, las antenas engendraban la señal correspondiente suya propia: una señal que se retenía, se alimentaba, reformaba y amplificaba para ser retransmitida luego por otra alineación matemática de antenas a través de la Bahía de Chesapeake hasta un receptor que aguardaba, y, finalmente, introducida en la computadora mayor del mundo.

Todos aquellos mecanismos actuaban obedientemente y sin la menor irregularidad. Ninguno podía evaluar aquellos datos ni verles mayor sentido que los pájaros que volaban, indiferentes, a través del haz de ondas.

La señal del satélite narraba las crecientes aberraciones atmosféricas del planeta, los incrementos de polvo, anhídrido carbónico, calor, las desviaciones de la corriente en jet y de la del Golfo de México, el hielo que retrocedía en Washington y el desierto que avanzaba en Mali. Traía noticias de las influencias de los astros, los cambios en la órbita y las emanaciones del espacio exterior; todo ello con una claridad y una totalidad que no estaban al alcance de los observadores situados en la superficie de nuestro planeta. Los datos del momento se completaban con los que ya poseía anteriormente la computadora, llenando lagunas, definiendo nuevamente procesos, perfeccionando definiciones.

Dotados de un saber nuevo, hombres y máquina, en concurso, establecieron la situación meteorológica del mundo tal como se había dado en determinado día de invierno de la historia reciente, y pusieron nuevamente a la Tierra en su movimiento de rotación. Esta vez, a medida que las líneas verdes del mapa meteorológico electrónico se retorcían y enroscaban, encajaban perfectamente con los mapas actuales. En la pantalla, los días se sucedían en el espacio de unos minutos. Enero desembocaba en febrero, y éste en marzo.

—¡Funciona!

Las estaciones cambiaban, las tempestades llegaban y se disipaban, todo en su debido lugar. Y a medida que los meses transcurrían conservándose la exactitud y el acierto de la computadora incólumes, una nueva salva de vítores se levantaba.

Al final, la máquina llegó al momento presente, y mostró el mapa del tiempo que hacía realmente en el exterior.

—¡Maldita sea, cálido y seco, en la medida exacta y precisa de la realidad!

Los vítores se repitieron.

—Muy bien, chicos, sigamos adelante.

La computadora cruzó la frontera del futuro, de lo desconocido.

—¡Eh, ahí tenemos un respiro! —dijo uno, cuando la computadora predijo el fin de la ola de calor.

—¡Ya era hora!

Y surgió un corro de sonrisas.

Unas sonrisas que pronto se marchitaron, a medida que las señales tomaban un rumbo inesperado, a tiempo que el verano se perdía en el otoño y éste en el invierno. Los presentes no sabían hacer otra cosa que mirar atontados, hasta que uno rompió el silencio con una exclamación involuntaria dirigida a la pantalla de la computadora:

—¡Dios mío!

No sería preciso decirlo, revisarían todo el proceso; pero aun así tendrían que hacer viajes, trasladarse a puntos determinados y tomar medidas sobre el terreno. En este punto, la verificación tenía una importancia crucial, aunque ninguno dudaba de veras de las horrorosas implicaciones de los cambios de las verdes líneas.

Desde hacía mucho tiempo, la información meteorológica era el lenguaje más internacional de todos, la información de los gobiernos más abierta y accesible. En el punto álgido la guerra fría, los gobiernos ruso, americano, chino, indio y francés seguían enviándose los datos meteorológicos, unos a otros, por encima de las altas vallas de que se habían rodeado. Ninguna información permanecía tan ajena a la política ni era tan crucial.

Pero esto era diferente.

Tenía una importancia excesiva para que los presentes en aquella habitación decidieran (decían algunos) o para que decidiera ningún científico (decían oíros) o para que decidiera ningún político (decían los demás). Era demasiado importante para tenerlo en secreto y aun demasiado terrible para revelarlo.

Aunque todos los presentes en la habitación, hombres y mujeres, sabían que la decisión escaparía pronto de sus manos.

Por supuesto, previsiones como aquélla continuarían, el planeta seguiría enviando sus imágenes a todo el que pudiera recibirlas, aunque de una forma

degradada e incompleta. Pero la proyección de los datos, la predicción a largo plazo del tiempo continuarían en secreto hasta que se decidiera qué camino había que seguir.

La cafetería era una confusión de ruidos y de gente. Tenía aire acondicionado, por supuesto; pero, al parecer, los ingenieros de la ciudad no habían incluido el calor de la multitud en sus cálculos de potencia de refrigeración. Aquello hubiera resultado mucho más fresco si hubieran dejado las ventanas abiertas. Naturalmente, ahora estaban herméticamente cerradas.

Mark sopesaba las maneras posibles de enfocar la cuestión, desde una actitud razonable hasta una imperiosa, desde la súplica hasta la exigencia. Todo dependería, claro está, de la mujer con quien se enfrentaría.

Esperaba encontrar una hembra alta, de esqueleto recio y semblante duro. Y no se habría fijado en la mujer menuda y pálida de la cola de la cafetería, de no haber sido por su comportamiento más bien singular.

La chica esperaba hasta el último momento antes de adelantarse para cerrar un espacio. El estudiante que tenía detrás le dio un ligero empujón y ella, en vez de moverse, lo sorprendió cediéndole el puesto de buena gana.

A Mark se le antojó que la cola de una cafetería tipificaba a una sociedad, con su delicado equilibrio entre saber cuándo hay que empujar adelante y cuándo hay que esperar. La muchacha parecía arrojada aquí súbitamente desde otro tiempo y otro espacio, e incapaz de desenvolverse en un entorno extraño.

El proceso se repitió varias veces más, y a medida que la gente de la cola se volvía más agresiva abriéndose paso a su alrededor, ella cedía más fácilmente, más y más confundida por momentos. Parecía capaz de permanecer eternamente en el mismo sitio y morirse de hambre.

Finalmente Mark fue hasta ella y la cogió dulcemente por el brazo.

—Quizá yo pueda ayudarla. ¿Qué le gustaría?

Ella se volvió con gesto agradecido.

—Cualquier cosa fría. Muy fría.

Mark la guió hasta la sección de las bebidas frías, fijándose cuidadosamente en ella, mientras la mujer escogía, fila tenía la bebida en la mano cuando él le dijo:

—Ni siquiera sabe abrirse paso en una cola, y espera poder hacer danzar a Mark Haney a su antojo.

A la mujer se le cayó el vaso de la mano. Él la sujetó, diciendo:

—No pasa nada. Sentémonos.

—Usted es...

—Sentémonos. Junto al acondicionador de aire, si quiere.

Ella movió la cabeza afirmativamente y le siguió hasta la mesa, sentándose en plena corriente.

Guardaron silencio hasta que la mujer hubo apurado la bebida y suspiró profundamente.

—¡Dios mío! —sacudió la cabeza y continuó—: Lo siento infinito... Yo... yo... hubiera querido causar una buena impresión... Me... me temo que no lo consigo demasiado, que no actúo demasiado bien.

—Créame, actúa mejor de lo que yo esperaba.

Hubo una pausa larga, embarazosa, y Mark acabó decidiendo que había de ser él quien hablase primero.

—Quiero que sepa que yo sólo busco el bien de Danny.

La mujer se indignó.

—Bueno, ¿y qué se figura que busco yo?

—Ahí está el problema. No lo sé. Mire, Danny es un chico brillante, con una mente brillante; pero es frágil. Podría derrumbarse en cualquier momento.

La mujer asintió con un gesto.

—Lo sé. ¡Si lo sabré yo, Dios mío!

Mark la miró fijamente.

—No sé cómo compaginar el caso. Por teléfono, se puso histérica, y confesó que le tenía descuidado...

—No, no. Usted no lo comprende...

—¿No dijo que no le importaba lo que le ocurriera?

La mujer se quedó completamente boquiabierta.

—La psicología no entra en mi departamento —continuó el profesor—, pero Danny se porta como una persona apaleada. Y allí está aquel látigo que tiene usted, junto con los otros objetos estrambóticos. Aunque no parece bastante fuerte ni para batir un huevo.

—¿Quiere decir que piensa...?

—¿Y qué tengo que pensar?

La mujer apoyó la cabeza en la mano y soltó un gemido.

—En otro momento y otro lugar, esto me daría risa —hizo una pausa y miró a Mark—. La gente con la cual viví, jamás pegaba, zurraba ni tocaba siquiera a un niño, como no fuera con mano amorosa. No les imponen jamás ningún castigo. No les mandan nada en absoluto. Ni siquiera les dicen cuándo es hora de comer o de irse a la cama. Creen que los niños son, por naturaleza,

buenos y sabios. Les prodigan amor, pero dejan que busquen su propio camino. Y aquellos niños crecen y se convierten en las personas más herniosas y cariñosas de este mundo de Dios.

—¿Los esquimales?

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Haga lo que haga un niño, es porque él lo ha decidido, y habrá decidido bien.

—¿Hasta si se inyecta droga o roba bancos?

—Ninguno ha hecho tales cosas todavía.

—Entonces, ¿cómo se ha vuelto Danny como es?

Ella se encogió de hombros con gesto triste.

—Yo no estuve con él. Me figuro que si usted tuviera que encontrar el peor pecado que he cometido yo, sería éste. No he sido una madre para él.

—Entonces, ¿quién lo ha sido?

—Durante el año pasado, el orfanato. No sé qué pasó allí. Danny nunca se refiere al orfanato, y yo no quiero incitarle.

Mark aguardó. La mujer se sinceraba despacio; pero una vez iniciado el proceso, parecía muy ansiosa, en realidad, por descargar sobre alguien parte del peso que la abrumaba. Años atrás estudiaba antropología, y se enamoró; tuvo dos amores a un mismo tiempo: la cultura esquimal y su profesor. En determinado momento, se fueron ambos a Groenlandia, a estudiar sobre el terreno. Poco después de haberse casado y haber tenido ella a Danny, el profesor se lió con una alumna nueva.

—La antropología resulta sexy —refunfuñó Mark.

—Él sabía muchas cosas de los esquimales, aunque nunca las asimiló de veras. No sabía hacer otra cosa que empujar, atropellar, pisotear al vecino. Antes de que me diese cuenta, había publicado bajo su solo nombre el trabajo que habíamos realizado juntos y se fue a vivir con su nueva esposa. Yo sólo tenía a Danny.

”Me quedé destrozada. Perdí la cabeza y huí. Huí corriendo y no me detuve hasta Groenlandia. Los esquimales fueron mi consuelo. Aprendí de nuevo lo que realmente importa, encontré una especie de felicidad y...

—A pesar de todo, yo a eso le sigo llamando desertar.

La mujer levantó los hombros con gesto de cansancio.

—Y no es el primero.

—¿Quién más? ¿Danny?

Ella asintió con un gesto.

—Desde Groenlandia una no obtiene derechos de visita. ¿Y quién podía cuidar de él, o comprenderle siquiera? Su padre luchaba por destacar en su carrera, su mujer no era la verdadera madre, y yo le había abandonado.

Mark pensó en las razones por las que Danny se había refugiado en la ciencia, buscando amor, y se preguntó si había de explicarle jamás al muchacho cuánto exigía el saber y cuán poco devolvía.

—¿Qué pasó entonces?

—Su padre falleció.

—¿Cómo?

—De tanto abrirse paso... la mujer sonrió, como dirigiéndose un reproche. No, claro que no. Lo habitual: sufrió un ataque cardíaco. Y allí quedó una viuda adolescente que no podía encargarse de un niño prodigio... De modo que me buscaron a mí. Necesitaron cuatro meses para encontrarme, y yo necesité seis para regresar.

—¡Vaya! No podrá negar que se tomó su tiempo.

Ella se puso tensa.

—Me encontraba en una de las partes más remotas de Groenlandia. Cuando me encontraron, había empezado el deshielo, y no pudimos cruzar. Los trineos de perros no son aviones a reacción. Pero si usted no lo ha comprendido ahora, puede imaginar lo que pensaba Danny, encerrado en la trampa de aquel orfanato. Todo sucedía a la vez, choque cultural, complicaciones legales, probar de ganarme la vida y ser una madre para Danny... Y entonces llega la llamada telefónica de usted.

—Lo siento. Yo no sabía... todo eso. Sólo me interesaba por Danny. Dios sabe lo que podrá llegar a ser, si las circunstancias se le muestran favorables.

La mujer suspiró.

—Yo sólo desearía que pudiese ser un niño.

Tucson, Arizona

Ruth Cooper había llevado su clase de tercer curso a un viaje de estudio al desierto. La niña señalaba el animal de buenas dimensiones y con aspecto de comadreja que pasaba raudo.

Pues, aquello es... hummm... no lo sé. Lo repasaremos cuando regresemos a la escuela.

La enciclopedia animal proporcionó la respuesta: “Martes pennanti. Hábitat, el norte de los Estados Unidos, en especial Washington”. Curiosa, mistress Cooper telefoneó al museo del desierto. La *martes pennanti* no tenía nada que hacer en el desierto. Debía de haberse escapado de un zoo, o de algún coleccionista particular.

Interesante, dijo el celador. Añadió que no sabía que faltase ningún animal de ninguna parte, pero que cierto número de criaturas aposentadas en el norte habían sido vistas por el desierto últimamente. Él no sabía por qué.

—¡Oigan, truhanes, no me importa quién me sintonice, y no tengo tiempo para mis letras de llamada y todas esas zarandajas! Hoy he visto la agonía de una niña. Tenía la barriga hinchada; pero en todas las demás partes los huesos aparecían a través de la piel. No ha llorado. Esta gente no llora. Pero debió sufrir lo indecible. Iba expulsando fluidos de los que no podía prescindir. Necesitaba plasma, necesitaba antibióticos, necesitaba alimento y agua. Diablos, necesitaba alguien que se ocupase de ella. En este campamento solamente hay un millar que morirán como ella, y el gobierno no despierta. A los del gobierno les importa un comino, y lo mismo sucede con ustedes que me escuchan. O acaso los del gobierno estén intentando disimular el error más estúpido que hayan cometido en la historia. ¿Dejarán que cien mil seres humanos perezcan como esa niña antes de despertarse? ¡Si es eso lo que quieren ustedes, canallas, si quieren cien mil cadáveres, los tendrán! ¡Créanme, los tendrán!

Hubo una pausa, y cuando habló de nuevo, su voz sonaba cansada y monótona.

—Aquí TL8XNT, Mali, África Occidental. Cierro y desenchufo.

La señal desapareció, dejando solamente el silbido familiar.

Mark se apartó del altavoz para volverse hacia Danny. El muchacho empezaba a tener un aspecto más sano; su rostro adquiriría color.

Mark miró por la ventana. Los niños jugaban a una especie de béisbol infantil, o se mojaban con el agua que se derramaba, malgastada, de la boca de riego. Algunos mascaban barras de mantecados del vendedor del Buen Humor.

Al final Mark cogió el teléfono y llamó el *New York Times*. Después de que le hubieran pasado, de uno a otro, a varios reporteros y de una llamada por parte del periódico para confirmar que era realmente profesor de la Universidad. Mark habló con un redactor de la sección de noticias del extranjero.

—Las informaciones que hemos recibido de Mali han sido altamente contradictorias —dijo el hombre—. Es un país inestable. Hubo una revolución, y el nuevo gobierno está tanteando el terreno, meramente. Las comunicaciones han sido siempre lentas y actualmente son casi inexistentes. En lo tocante a la sequía y al hambre, el gobierno lo niega todo. Dicen que la sequía ha terminado, que dominan la situación y que en las ciudades los negocios siguen...

—Bien, si habla de sequía, entra usted en mi jurisdicción. Y yo digo que no ha terminado.

—Sí, bueno, todos sabemos que los gobiernos disimulan. Pero mírelo de este modo; si alguien entrara ahora mismo en nuestra oficina y nos asegurase que vio lo que usted me ha contado, podríamos pensar que tenía en la mano un reportaje interesante; pero, en verdad, querríamos una confirmación.

—Pero él está en Mali, no en la oficina de usted. ¡Es un testigo ocular!

—No en lo que nos concierne. Es una voz sin cuerpo, y no podemos averiguar quién es.

—Le daré la frecuencia. Hable usted mismo con él.

—No sirve. Quiero decir, hace un momento, justamente, he telefoneado a la Universidad para asegurarme de si usted es lo que afirmaba ser. ¿A quién telefono allá? Verificación se llama este juego, y en estos instantes las pruebas van por el camino contrario. En lo que a mí me concierne, ese hombre es un charlatán, lo mismo si llama desde la cabina de la calle vecina que si es un radioaficionado de la otra parte del mundo.

—¿De modo que no seguirán la pista?

—Mire, tendremos un ojo atento hasta que se nos filtre alguna prueba procedente de allá, pero...

—Sí... lo comprendo —Mark estaba a punto de colgar el teléfono con furia cuando el periodista habló de nuevo.

—Oiga, usted es meteorólogo. ¿Verdad que sí?

—Sí...

—¿Y dice que en el clima de allá ocurre algo raro?

—¿Quiere decir si se producen cambios de clima significativos?

—He ahí la idea exacta. ¿Qué significa eso? ¿Perdura todavía la sequía? ¿Continuará? ¿Qué otras cosas nos reserva el futuro?

—¿Todo eso no es un artículo para un editor de temas científicos?

Hubo una pausa.

—Sí, pero...

Mark sonreía.

—... Pero entonces nosotros tendríamos algo.

—Y a nosotros nos gustaría tener algo, ¿verdad que sí?

—Le oigo bien, pero hay unos cuantos problemas. El claustro está formado por más de uno.

¿No podría ponerles de acuerdo?

—Sí, en las bodas del Papa. Aun en el caso de que yo tenga una idea de lo que está pasando, debo seguir los conductos de rigor. Tenemos el *Journal of Meteorology*. Primero les envías el borrador del artículo, que pasa a manos de los expertos. Ellos comprueban, tú arguyes, ellos arguyen: tú escribes uno nuevo, que pasa a sus manos también. Finalmente, si sobrevive, lo publican, y luego todos los meteorólogos habidos y por haber se arrojan sobre tu teoría. Si ésta sobrevive a todos estos percances, entonces ellos (no yo, *ellos*) la entregan a los periódicos.

—Si todos los reportajes sufrieran este proceso, todavía estaríamos informando sobre la Guerra de 1812.

—En efecto... Bien, entre nosotros se hace así.

—Salte por encima de todo eso. Nosotros estamos dispuestos a recibir los disparos.

—Pero yo no. Yo seguiré los conductos reglamentarios.

—De acuerdo. Pero recuerde solamente que tiene una plataforma, si la quiere.

Se cruzaron unas frases de despedido, y Mark colgó. Luego se volvió y sorprendió a Danny mirándole espantado.

—¡Usted habría podido salir en el periódico!

—Sí, saldría en el periódico, y saldría de mi carrera...

—¿Por qué?

—Porque las cosas no se hacen así. Porque la verdad surge de un proceso de trituración. Porque requiere tiempo.

—¿Mucho tiempo?

—La mayoría de nosotros nunca llegamos al final. Lo cierto es que la mayoría ni siquiera lo intentamos.

—Usted lo intenta, ¿verdad?

Mark dirigió una mirada a su improvisado equipo y se acordó de la lucha por encontrar un significado en unos datos que habían desafiado computadoras.

—Creo que sí. Aunque quizá no valga la pena.

Hubo un silencio. Finalmente. Danny preguntó:

—¿Morirá más gente?

Mark le miró un instante.

—Sería mejor que nos pusiéramos a investigarlo, ¿no te parece?

Empezó en la biblioteca, sacando números actuales y atrasados de periódicos de todas partes del país y compilando tablas con los registros meteorológicos que traían. Pronto extendió sus pesquisas a ciudades de todas partes del mundo, retrocediendo cada vez más en el tiempo, listaba alerta, a la caza de nuevos reportajes sobre trastornos anormales del clima. Hojeó almanaques, diarios personales y relatos de actividades desde la agricultura a la zoología, en todos los campos afectados por el clima.

—¿Qué busca? —preguntó Danny.

—Mínimos, máximos y valores normales.

Danny pareció desconcertado unos momentos: luego se le iluminó el rostro.

—Mínimos, máximos y normales. Temperaturas y lluvias. ¡Apuesto a que sí!

Mark expresó su aprobación con una mirada.

—Estoy buscando pautas, y luego desviaciones de las mismas. Suponiendo que existan las pautas siquiera.

—Déjeme ver algo —Danny se puso a recorrer con la mirada viejas anotaciones y periódicos antiguos con una vehemencia infantil, si bien al mismo tiempo con una pasmosa atención de hombre maduro.

Ambos estuvieron pronto sumergidos en números, buscando la clave en grandes montones de datos. Cuanta más información acumulaban, más se daba cuenta Mark de que necesitaba una perspectiva mucho más amplia que la que le podía proporcionar la historia escrita.

Hideo estaba trabajando en la taladrada iraquí cuando entró Mark. Receloso de plagios, el geólogo se apresuró a echar algo sobre su trabajo, escondiéndolo, aunque dando al gesto un aire natural.

Después de unas breves presentaciones, los dos científicos hablaron del triste estado de la ciudad en general y de la universidad en particular.

—Los informes de geología que tiene usted, ¿cuentan algo sobre el clima?

—Es posible —Hideo se revolvió, un tanto incómodo—. ¿Qué quiere saber?

—Busco una pauta, ciertos elementos coincidentes en un mismo momento.

—¿Sí?

—Un calor desacostumbrado, aumento del polvo atmosférico, un cambio (en cualquiera de los dos sentidos) del régimen de lluvias.

Hideo estiró el cuello.

—Pues... hummm... Es posible que tenga algo por el estilo. No sé por qué... eso me suena a cosa familiar.

—¿Es todo lo que piensa decirme?

Hubo un silencio incómodo. Finalmente Hideo dijo:

—¿Qué beneficio saco yo?

Los altos vientos de la feroz tempestad de truenos bramaban a través de las llanuras de Ohio, arrancando, casi, el trigo fuera de sus raíces. El granjero Bjork había de dar las órdenes a gritos para dominar el ruido mientras luchaban por sacar la cosechadora y hacerla trabajar.

Por un fugitivo momento agradeció la presencia de aquellas grandes piedras que llamaban “almiars” (los cantos erráticos), al proporcionarle un breve abrigo del viento. Pero el respiro sólo sirvió para dejarle ver mejor el horror de la destrucción de la abundante cosecha. El hombre sacudió la cabeza atontado al ver descender la lluvia casi en lienzos sólidos. Bjork no sabía distinguir si la humedad que sentía en las mejillas se debía a la lluvia, o si eran lágrimas.

Aunque filtrada por la señal de radio, Mark seguía oyendo la voz de aquel hombre, que llegaba ronca y cansada.

—¡Dios mío! Se ven muertos y moribundos, un espectáculo nada nuevo, si uno es médico. Pero yo estoy viendo morir un pueblo, una nación, sólo por

falta de lluvia...

”¡Ah, lo de aquel pozo! Animales y personas luchando... Pisoteaban a los *niños* para llegar al agua, más barro que agua. Se llenaban la boca de aquello; mataban por barro... Los soldados son peores. No hay gobierno, no hay ley. Yo trato de permanecer alejado de ellos. Hago lo que puedo, pero... Temo que me matarán, incluso a mí. Las provisiones se han agotado casi... Las llanuras están alfombradas de cadáveres, de animales y de personas... Nadie sabe cuántos son. Cien mil, o acaso doscientos mil. El polvo está por todas partes... —el hombre logró soltar una carcajada amarga—. No puedo seguir atormentándome. Quizá vuelva a utilizar esta frecuencia a la hora acostumbrada, si estoy vivo... TL8XNT cierra... desconecta”.

—¡Cristo! —exclamó Mark—. Las Naciones Unidas envían expertos para procurarse detalles, y no hay detalles. Preguntan: “¿Qué necesitan ustedes?”, y Mali contesta: “Nada. Estamos perfectamente”. Echan una mirada a su alrededor, y no hay nada anormal. Si se estrella un avión, nos enteramos. ¡No se puede esconder la muerte de doscientas mil personas! Ese fulano es un charlatán; un charlatán que sabe manejar una emisora de aficionado. Quizá no esté en Mali siquiera. Quizás esté en Brooklyn, o en Bellevue, más probablemente.

—Yo creo que dice la verdad —replicó Danny.

—También yo —confesó Mark—. Y ahora ¿qué?

En esto volvió su atención hacia el impresor óptico, engrasando piezas y realizando ajustes. Luego sincronizó la radio con la frecuencia del satélite y aguardó.

—El viejo tres coma ocho, a la hora de costumbre —dijo cuando los pitidos y gorjeos salieron por el altavoz.

Danny observaba atentamente mientras Mark ponía el tambor en marcha. El motor de la vieja lavadora chillaba mientras el papel fotosensible giraba en el tambor y absorbía la señal.

Danny entró en el cuarto oscuro detrás de Mark y contuvo la respiración cuando éste deslizó el papel dentro de la bandeja de revelado. La imagen del planeta visto desde el espacio exterior, apareciendo lentamente, emergiendo del seno de aquella blancura, tenía algo de mágico.

Mark estaba menos embelesado. Los números identificadores se veían claros, pero la fotografía resultaba débil y blanquecina, como si la Tierra se viese a través de una neblina.

Mark colgó la fotografía en la pared, retrocedió y miró fijamente y en silencio. Danny se reunió con él.

El meteorólogo cogió un lápiz y rodeó con un círculo las pautas más interesantes de nubes y calígine. Al final comentó:

—El curso de la tempestad cambia, como también la corriente en jet y la Corriente del Golfo... Pero, ¿qué significa el cambio?

Danny intentó contestar. Mark se puso a reír y le desordenó el cabello.

—No lo intentes. Reventarías.

Luego se puso a hacer unos cálculos en la pizarra; pero en seguida arrojó la tiza, disgustado. A continuación, cogió el teléfono y llamó a la Administración de Negocios.

—Soy Haney, de Meteorología. Necesito la computadora un rato. Es muy importante.

—Oiga. Haney, la Sección de Anuncios es importante. Nuestros muchachos salen al mundo exterior, y traen tocino. ¿Qué hace usted?

—¡Decirle a usted si el tocino se mojará! —replicó Mark, colgando el teléfono de un golpe.

Luego se volvió hacia Danny.

—Ahora tengo que sacar un conejo de un sombrero; pero antes tienen que concederme el sombrero.

—¿Eh?

—No puedo conseguir la computadora para un modelo matemático, de manera que he de lograr un modelo del modelo dijo, colocando un impreso de solicitud de concesión en la máquina de escribir.

—Esto es toda una lista de compra —comentó Guzmán.

—Lo necesito, señor... de toda necesidad. Lo he anotado lo más económico que he podido; pero barraré el edificio, me compraré las tizas con mi propio dinero, lavaré los platos, haré lo que usted quiera, para conseguir ese equipo.

—¿Qué documento está redactando?

—En verdad no puedo decirlo todavía.

—¿No puede, o no quiere?

—Ambas cosas.

—¿Pero cree que será algo gordo?

Mark hizo un gesto afirmativo.

—Veo la expresión. Es su gran oportunidad. Si triunfa, será un héroe. Si fracasa, quedará atascado aquí para siempre —se recostó en el sillón y fijó la mirada en el techo—. Isaac Newton inventó el cálculo a los veintiocho años.

Einstein publicó la Relatividad a los veintiséis. Es un juego para jóvenes — aquí exhaló un profundo suspiro—. Y la juventud pasa pronto.

Guzmán volvió a fijar su atención en la lista.

Chicago, Illinois

Para un inexperto, la escena parecía de caos: hombres agitando dedos y manos, chillando por la habitación, sin dirigirse a nadie en particular. Sin embargo, las órdenes de comprar hallaban sus parejas en las de vender, mientras unos hombres apresurados anotaban en la pizarra los precios ofrecidos y los precios pedidos.

Normalmente, el movimiento era mucho más rápido en el mercado de venta anticipada de cereales que en la Bolsa, y hoy concretamente parecía haberse desatado a un ritmo de locura.

Bajo las miradas de los especuladores, los precios subían en un diez y luego en un veinte, un cincuenta, un ciento por ciento.

La combinación de sequías terribles y tormentas se cobraba su impuesto en los suministros de cereales. Los efectos pronto se harían sentir en todo el sistema económico, y serían los primeros temblores del gran terremoto.

—¿Para qué es?

—Para demostrar el Efecto Haney.

—¿Y qué es eso?

—No lo sé.

Danny escuchaba con semblante inexpresivo las explicaciones de Mark. El hielo seco representaba los polos, Norte y Sur. Había agua para representar los océanos, ventiladores para las corrientes de aire, y una bombilla eléctrica para el Sol. Varias obstrucciones representaban la topografía de la Tierra, que interrumpía y desviaba las corrientes.

Habitualmente las fuerzas de la naturaleza se mantenían equilibradas, el calor del Sol irradiándose sobre el Ecuador compensaba el calor que se propagaba hacia los polos. Actualmente, los cambios de las corrientes en la fotografía del satélite, la evidencia de cambios en la atmósfera, indicaban que el equilibrio se había alterado. Mas, en qué sentido, en qué medida y para qué fin, eran preguntas que el modelo había de contestar.

Mark encendió la bombilla eléctrica, puso los ventiladores en movimiento e inyectó un humo blanco neutro, con objeto de ver mejor los cambios de la

corriente. Calentado por la bombilla, el humo se levantó; enfriado por el hielo, descendió. Los ventiladores lo impulsaron dando rodeos alrededor de las obstrucciones. Aparatos registradores midieron las corrientes de aire, la opacidad, la temperatura, la humedad y todos los aspectos pertinentes que se pudieron introducir en el montaje. Mark anotaba las lecturas y luego añadía las anomalías recientes. Aumentaba la intensidad de la luz, para el calor añadido, inyectaba polvo, arena, anhídrido carbónico y materias polucionantes. El humo blanco se ennegreció, los trayectos se modificaron y los calibradores iniciaron una danza loca. Mark anotó la nueva situación.

Danny acabó por aburrirse y bostezar.

—¿Te entra sueño?

El muchacho negó con la cabeza.

—No, no; estoy bien.

—¿Sabes qué? Nos relevaremos. Tú podrás comprobar cómo está esto por la mañana y tomarás las lecturas. ¿De acuerdo?

Danny dio unos vigorosos cabezazos y Mark le entregó la llave.

—¿Me dedicarás una nota marginal en tu documento?

—Cuando menos.

Los labios de Danny casi dibujaron una sonrisa.

—¡Eso es bonito! —y le dio las buenas noches con un buen apretón de manos.

Mark miró su reloj, y anotó una vez más las lecturas. Se imaginaba la portada del documento: “ti Hice to Haney”. Sonaba bien.

El tiempo pasaba despacio. El humo se elevaba en extrañas espirales y las manecillas danzaban. Unas cosas habían aumentado, otras habían disminuido, aunque ninguna significativamente.

“Id síndrome Haney...”. Pero no había un síndrome claro.

Las volutas de humo y el ruido de los ventiladores tenían un poder hipnótico. Mark volvió a tomar nota de las lecturas. Las que antes habían aumentado, ahora disminuían, y las que habían disminuido, aumentaban.

“La paradoja Haney...”. No sonaba tan bien como efecto o síndrome. Dejaba demasiados interrogantes e invitaba a demasiada gente a realizar el trabajo suplementario. Luego, ya se sabía, la persona que lograba el resultado práctico inmediato se llevaba los honores. Edison fue el último de la lista de Dios sabe cuántos investigadores y teorizantes, pero fue quien vio su nombre escrito con lámparas eléctricas y el único a quien se concedió la facultad de encenderlas.

Mark volvió a mirar, el modelo igualaba, consumía, lo mismo que todos los procesos de la naturaleza, igual que la vida misma, como la ciudad, como el viejo Guzmán, como el propio Mark Haney... Un sinfín de movimientos, pero nada ni nadie llegaban a ninguna parte.

“La Basura Haney...”.

Esto lo compendia todo. Mark Haney se quedaría en este ruinoso colegio para siempre. Había malgastado su vida, tal como había malgastado su tiempo en esto.

Y recordó de nuevo la estupidez concreta de subir al terrado en medio de una ola de calor sólo para montar una antena. Se le antojaba que nunca había sentido tanto calor: los pies se le pegaban al alquitrán derretido. Podía mirar abajo, por encima del borde del terrado, y ver la miseria del colegio, los edificios del Drácula Primitivo y los barrios bajos que se extendían más allá. ¡Todo su mundo! Sí, estaba encallado aquí, lo mismo que sus pies lo estaban en el alquitrán.

El aire estaba sofocante y quieto, y el Sol colgaba, enorme y blanco, del firmamento. Nunca le había parecido tan próximo. Y mientras lo miraba, se acercaba todavía más, volviéndose más gigante aún y caliente.

Mark miró frenéticamente a su alrededor, en busca de abrigo o sombra; pero no vio ninguna de ambas cosas. Probó de gritar, pero el calor le dejaba sin fuerzas, y estaba solo, con los pies sólidamente pegados al alquitrán. No podía hacer nada, sino mirar, paralizado, y ver cómo el Sol llenaba todo el cielo, al desplomarse sobre la Tierra.

Luego se produjo la colisión. El Sol se despedazó en un millón de luces de miríadas de colores. Nunca se había dado cuenta de que la muerte fuese tan fresca y hermosa. Al final se había librado del dolor.

De pronto, vio todas las leyes de la vida y la muerte y de la materia. Tenía todo el saber a su alcance; aunque demasiado tarde... demasiado tarde... Veía cómo su vida se alejaba por el seno de aquella blancura. Nunca había estado tan frío...

De repente, se halló despierto y temblando.

Tardó unos momentos en orientarse, listaba en su cuarto, entre el sosiego de las primeras horas matutinas. Los ventiladores del modelo continuaban girando con su ruido continuamente acelerado.

Mark inspiró profundamente. Lo soñado continuaba atosigándole con excitada sensación.

Al volver la mente atrás, inspeccionando cálculos, leyes y ecuaciones, vio que todo encajaba dentro de una trama. Ahora veía hacia dónde se dirigían

aquellas espirales de humo y supo que tenía en las manos un documento mucho mayor de lo que podía imaginar.

Se oyó un chasquido en la puerta, y Danny entró.

—¿Todavía aquí?

—Pues... sí.

—¿Pasa algo?

—Muchísimo —respondió Mark. Y le contó su teoría.

Danny se quedó atónito unos momentos.

—¿Estás... estás seguro?

—No del todo. Tengo que entrar en otros campos e introducir en esta tarea a varios profesores más.

—¿Querrán participar?

—Danny, una cosa puede decirse de los científicos: cuando se presenta un tema que les deja chiquitos, los celos mezquinos quedan a un lado. Entonces lo que cuenta es el equipo. Espera hasta que los veas juntos, Danny. Verás la auténtica ciencia en acción.

La única pieza de arte visible allí todavía daba un aire más deprimente a la sala de conferencias. Era un mural *sui generis* de los años treinta con la historia de las Ciencias Terrenas, como se las llamaba por aquel entonces. Pasaba de los dinosaurios a los pozos de petróleo en cinco paneles. No sólo se trataba de una realización pobre, sino que además el artista se las había compuesto para mezclar totalmente las edades, y los reptiles gigantes del Jurásico devoraban mamíferos del Paleoceno.

A pesar de las abiertas ventanas, el aire estaba sofocante y pesado. Mirando fuera, Mark veía los edificios de los barrios pobres, con los moradores tratando de escapar del calor en las escaleras de las fachadas y los chicos duchándose en las abiertas bocas de riego.

Danny estaba callado, sentado en un rincón, leyendo otro libro de meteorología y levantándose cada dos minutos para consultar laboriosamente un diccionario enciclopédico.

Link entró.

—Hola, Mark. ¿Quién es el profesor enano?

—¿Sin el uniforme no le reconoces?

—¡Oh, el Explorador Cachorro! —y se volvió hacia Danny—. Oye, chico, esto es cosa de adultos... ¿Por qué no juegas fuera hasta que nosotros...?

—¡Danny se queda!

La vehemencia de Mark cogió por sorpresa a Fink.

—Me han dicho que vas a publicar algo en el *Scout Digest* y que lo titularás: “Soy una gota de lluvia”.

Guzmán entró mirando el reloj.

—Espero que esto no durará mucho.

—Creo que valdrá la pena.

Guzmán señaló a Danny con el gesto.

—¿Es tuyo el niño?

Danny levantó la vista.

—Se me puede hablar a mí directamente, creo.

—¡Dios mío! —exclamó Fink—. *Es realmente un hombrecito.*

—Mark, so canalla... —susurró el arqueólogo, llevándoselo furtivamente aparte—, ¿qué diablos es eso? Aquí hay una tía a la que le debo dinero y me paso el año procurando no encontrármela.

—Haney —dijo el encargado de Astronomía, más furtivamente aún—, ¿quién es la pollita?

—La “pollita” es una vieja amiga del departamento de Historia.

—¿No te has acostado nunca con ella?

—Está aquí para colaborar.

—¡Y que lo digas! Bueno, si no te importa, trataré de que colabore conmigo —con lo cual se sentó al lado de la joven e inició una conversación.

Otros se mostraban menos cordiales, sintiéndose como personajes de una historia de intriga en la que unos extraños se reúnen en una mansión solitaria. La mayoría ni siquiera se fijaron en Danny, o acaso le mirasen, simplemente, como a una pieza rara más en una reunión bastante extraña.

—Muy bien, señores, me gustaría empezar —dijo Mark.

Fink remedó:

—Supongo que todos se están preguntando por qué les he llamado aquí en este día.

—Sí, supongo que se lo preguntan. Bien, pronto será evidente. No quiero aburrirles con toda una lección de meteorología.

—No. Mark, tú siempre valiste mucho para tomarlo a risa.

—Las risas te las dejo para ti —replicó Mark sin perder la paciencia—. Se están dando unos cuantos fenómenos peculiares en el tiempo.

—¿Sólo unos cuantos?

—Muy bien, demasiados. Siempre son demasiados, y el problema está en descubrir una pauta. La mayor computadora del mundo está en Maryland, y ella encontrará la pauta, debemos suponer.

—Te desvías...

—Lo siento. Entretanto, lo que he recogido es bastante serio. —Mark se acercó al mapamundi y esbozó en él las otras anomalías de que tenía noticia—. Acaso no parezca una pauta consistente, pero lo es. He construido un modelo mecánico con todos los factores pertinentes: calor, anhídrido carbónico, tierra, polvo. Y los resultados no han sido muy alentadores. En pura realidad, yo diría que son francamente devastadores.

Mark hizo una pausa y se deleitó con la profunda atención que le escuchaban todos.

—¿Qué estás haciendo. Mark? ¿Una pausa para unos anuncios intercalados? Limítate a darnos los hechos concretos.

—Perfectamente, primero permitan que les cuente por qué hace tanto calor —aquí sacó una foto tomada por el satélite—. Esto es una fotografía de infrarrojos: lo que impresiona la placa no es la luz, sino el calor. Observarán que las ciudades grandes son lugares calientes.

—Sin duda lo son, muchacho, sin duda...

Mark miró furioso a Fink y continuó:

—La verdad es que, por término medio, están a un poco más de tres grados centígrados por encima de la comarca que las rodea.

—Eso tiene una explicación —dijo Fink—. En las ciudades hay más colegios y universidades.

—¿Qué tiene que ver?

—Cuanto más centros de enseñanza, más grados se dan; hay más graduados.

—Oye, Fink, si no puedes aportar nada sustancial...

Fink levantó las manos.

—Yo sólo trataba de aligerar la lección.

—La desarrollaré sin tu concurso, gracias.

Link hizo la pantomima de cerrarse los labios con una cremallera, cruzó las manos como un angelito, y por fin, Mark prosiguió:

—Aparte de la industria y la gente, que son grandes máquinas de calor, todas las poluciones que estamos vertiendo calientan la atmósfera. Por añadidura, arrasamos bosques enteros y eliminamos el plancton del océano, que habría mantenido en un nivel bajo el anhídrido carbónico.

—¿Y qué efecto produce eso?

—A eso se le llama el “efecto invernadero”. El CO₂ retiene luz solar en forma de calor, exactamente igual que un invernadero. Por no mencionar la

gran cantidad de CO₂ que añadimos cada vez que abrimos una botella de bebidas carbónicas o usamos un aerosol.

—De modo que, con todo eso, la atmósfera se pondrá cada vez más caliente, quieres decir, ¿verdad?

—No, por desgracia, el proceso se invertirá.

—¿Por qué “por desgracia”?

—Ahora verán... —Mark se volvió hacia Hideo—. Empecemos por usted.

—De acuerdo. Yo tengo taladradas de rocas de 4.500 años antes de JC., de Mesopotamia.

—¿Qué muestran?

—Un calor desacostumbrado, elevada proporción de CO₂, polvo volcánico, sequía.

—Si adelantamos unos decenios, ¿qué pasa?

—Se enfrió perceptiblemente.

—¡Eh, pare! —estalló el arqueólogo—. ¿Cómo no me dijo que emprendía la investigación?

—Porque nunca me lo preguntó. Mire, si de esto saliera un documento, le mencionaría a usted.

—Gracias por la nota marginal. Yo plantaré una nota marginal en ese culo gordo que tiene usted, so...

—Eh, chicos... —interrumpió Mark—. ¿No podríamos simular que somos gente de carrera?

La historiadora quiso puntualizar:

—Cuando ha dicho que se enfrió “perceptiblemente”...

—Lo bastante para que se notase. Algo más de un grado, por término medio.

—¿Y eso tiene importancia?

El arqueólogo aprovechó la oportunidad para tocar el hombro de la joven.

—Verá usted, fue en ese momento, poco más o menos, cuando la sociedad se derrumbó.

—Yo no retrocedo tanto. ¿Por qué fue?

El arqueólogo estaba en la gloria con la atención que le prestaba la historiadora.

—Los datos son escasos, porque apenas se registraban los sucesos. Pero hubo un cambio de gobierno, motines, malestar general...

—Aunque nada que se refiriese a la disminución de temperatura.

—Por esto no se me ocurrió. La economía de Mesopotamia descansaba en el arroz, de modo que cuando la cosecha de arroz se perdía, detrás seguía todo el resto. Se incrementó el hambre, surgieron motines debido a la escasez de víveres, y la sociedad entera se hundió... Sí, comprendo el cuadro —y se volvió para fijar en Hideo una mirada iracunda—. Veo el cuadro perfectamente.

Fink meneó la cabeza con aire triste.

—De verdad que echo de menos aquel arroz mesopotámico.

—¡Vamos! —exclamó la historiadora con un retintín feo—. Gibson llenó volúmenes para explicar las causas de la caída del Imperio Romano, y aun creo que no agotó el tema, ¿y ahora ustedes me lo cuentan con un simple descenso de temperatura?

—¿Por qué no?

—Porque es simplista. Las sociedades no son simples. Puedes redactar documentos de treinta centímetros de grosor sobre las complejidades de cualquier pequeña tribu de donde sea.

—Las sociedades son realmente simples. Tienen que proporcionarle a uno un lecho donde dormir, unas cuantas comidas satisfactorias y acceso al sexo.

—Eso suena bien —dijo Fink.

—Oigan, ahora que estamos en esto —intervino el arqueólogo—, hubo una coincidencia a la que no prestó gran atención. Allá por el año 2000 antes de J. C. destacaron dos civilizaciones: Egipto y el Valle del Indo, en la India. Parece que se desintegraron por la misma época, aproximadamente.

—Tenían unas cosas en común —replicó Hideo—. Sequía, calor, polvo, una cantidad elevada de CO₂, todo ello seguido por un enfriamiento.

—¿Cómo es que conoce mi territorio?

—Sentí curiosidad y cogí un libro suyo.

—¿Sin mi permiso?

—A usted no le necesitaba.

—¡So canalla!

Los dos hombres estaban de pie, con los puños cerrados. Con alguna dificultad les convencieron de que volvieran a sentarse, y se restauró aparentemente el orden. Quedó un silencio tenso. Los representantes de Arqueología y Geología miraban en direcciones opuestas.

Mark suspiró y se volvió hacia el botánico.

—¿Usted, qué tiene?

—Anillos de los árboles.

—Cosa mala —dijo Link—. Conozco un médico que la cura.

—Podemos juzgar de la cantidad de lluvias y la temperatura por la anchura de los anillos, que son estrechos en los años malos, y anchos en los buenos, y poseemos datos que se remontan hasta el año 1000 después de J. C.

—¿Qué manifiestan los anillos?

—Hasta el año 1400 hizo mucho calor.

—¡Ea! Resulta bastante traído por los pelos, pero puesto que estoy aquí... —dijo la historiadora—. Los vikingos realizaron sus exploraciones antes de esa fecha. Fue también la época en que el cristianismo se extendió por toda Europa, y la época en que se construyeron más catedrales; obra que supera a las pirámides, bajo mi punto de vista. Tomada en conjunto, fue una época de expansión social.

Luego vino el frío. La época fría duró hasta el siglo XIX.

—¿Cuál fue el período peor?

—Yo diría desde finales del siglo XVI hasta la primera parte del XVII.

—Es toda una coincidencia. En la década de 1690 se padeció hambre en Gran Bretaña. Y fue más devastadora que la Peste Negra. El hambre acabó con la independencia de Escocia. Las colonias escandinavas de Islandia quedaron barridas, y las naciones escandinavas ya no volvieron a ser potencias coloniales.

—¡Bueno, al diablo! —intervino el astrónomo—. Un mínimo de manchas solares...

Mark se volvió hacia él.

—Hete ahí que oímos noticias de otro departamento. ¿Puede explicarse con más detalles?

—Las manchas solares son tormentas en el Sol. Sabemos que alteran las transmisiones por radio: sobre los otros efectos cabe la discusión. Las noticias que tenemos sobre manchas solares empiezan en...

—¡No me lo diga! —cortó Fink—. Empiezan justo en el año en que usted interrumpió.

—Cierto, en 1690. Por aquellas fechas ya tenían telescopios, y empezaron a observar las manchas solares. Un mínimo de manchas solares significa un mínimo de energía, y un mínimo de energía significa... bueno, lo que ustedes quieran que signifique. También vieron que las temperaturas se suceden en ciclos.

—¿Muy largos?

—Once años en ascenso, once en descenso.

—Interesante... —dijo el botánico—. Se nota un ritmo regular de veintidós años en los anillos de los árboles.

—¿Quiere decir once años buenos y once malos?

—No del todo. Justo un sutil ritmo regular de los mayores. Bien. Si quiere un punto de coincidencia general. 1816 fue, un año verdaderamente malo para los anillos de los árboles.

—Claro —adujo Fink—, hoy en día apenas encuentras un buen anillo de árbol de la cosecha del 1816.

—A 1816 —dijo la historiadora— lo llamaron “el año sin verano”. El puerto de Nueva York se heló, de manera que la navegación quedó paralizada. En la parte alta del Estado, en junio la temperatura era inferior a la de la congelación del agua, de modo que perdimos las cosechas. Estábamos probando de reponernos de las calamidades de la guerra de 1812 y por culpa de aquella estación por poco no lo logramos. El país entero estuvo a punto de derrumbarse.

—¿Qué les parece esto? —intercaló el astrónomo—. En 1816 hubo otro mínimo de manchas solares.

—¡Y tuvimos polvo! —exclamó Hideo, volviendo a sumarse al grupo—. El año anterior hubo una explosión volcánica de gran consideración en Indonesia. Envío polvo hacia todas partes del mundo. Y afectó al tiempo, no cabe duda, porque trajo vientos en torbellino.

—La temperatura se elevó bastante después del 1865 —observó el botánico.

—¡1865: apertura del Oeste Americano, advenimiento de la Edad Industrial, era del imperialismo, todo el brote de la civilización moderna!

—Muy bien —dijo Mark—. Ello nos trae al momento presente. Los mismos factores: calor, polvo, sequía, gran cantidad de CO₂. Volvemos a encontrarnos en el camino de descenso... significativamente.

—¿“Significativamente” viene a ser, poco más o menos, lo mismo que “sustancialmente”?

—Deje que se lo explique —brindóse Fink—. “Sustancialmente” es estiércol de caballo, y “significativamente” es boñiga de vaca.

Mark preguntó en tono amable, entre los apretados dientes:

—¿Y por qué lo crees así?

—Porque nosotros no somos mesopotámicos, ni indios, ni vikingos. Ni siquiera somos lo que éramos en 1816. Estamos civilizados hasta la médula de los huesos, y si la atmósfera se enfría, lo único que tenemos que hacer es elevar el termostato, y la civilización se habrá salvado.

—¿De dónde saldrá el combustible? —inquirió el geógrafo—. Eloy, tal como estamos ya, tenemos un déficit de combustible.

—Si me lo preguntan, la escasez de combustible se debe, en un noventa y cinco por ciento, a la política.

—Entonces, ¿qué piensa usted que es la civilización?

—Cama, comida, sexo.

—Bueno, deseo que tenga cama y sexo, puesto que comida no la tendrá —dijo el geógrafo—. Con un grado de descenso de temperatura, la temporada de crecimiento de las cosechas se acorta en dos semanas. Todo el suelo cultivable de este planeta ha sido roturado ya. Es posible que seamos civilizados, pero nos hallamos en un equilibrio muy precario.

En esto, la historiadora volvió a preguntar, con un leve deje de espanto:

—¿Cuán significativamente, Mark?

—¿De veras quieres una respuesta? —diciendo lo cual se volvió hacia el representante de Geología—. ¿Cuántas Eras Glaciales hemos tenido?

—La cuenta aumenta continuamente. Según la última, unas veinte.

—¿Qué intervalo de tiempo las separa?

—Muy a groso modo, diez mil años.

—¿Y cuánto tiempo hace que tuvimos la última?

—Unos diez mil años.

Mark paseó la mirada por la habitación.

—Me figuro que todos están atentos a lo que digo —volviéndose hacia su colega de Geología, preguntó—: ¿Y qué muestran las taladradas de rocas cuando terminan los períodos calientes?

El geólogo se mordió el labio.

—Alto porcentaje de anhídrido carbónico, aumento del calor, cambios en las precipitaciones, grandes cantidades de polvo.

Hubo un silencio, roto por la animada voz del portavoz de Astronomía:

—Por si les interesa, nos hallamos en un período de un mínimo de manchas solares. Más todavía, esas condiciones que mencionan existían en el planeta Venus: nubes, polvo, CO₂. Lo llaman el “efecto superinvernadero”.

—¿Cómo está ahora?

—Por lo que podemos colegir, ahora es todo hielo.

Mark movió la cabeza asintiendo. Hubo unos momentos de silencio: luego la habitación estalló en una algarabía, y por fin el arqueólogo logró hacerse escuchar:

—¿Quiere decir que entramos en una Era Glacial de tomo y lomo?

—Eso parece.

—¿Quiere decir que habrá oso polares ahí, delante de la ventana?

—Eventualmente.

—¡Oh, Jesús! —lamentóse Fink—. ¡Todas las calles llenas de mierda de oso!

—¡No crea que sea cosa de risa!

—Supongo que también tendremos mastodontes y tigres con dientes de sable.

—Cuando uno se ha extinguido, se ha extinguido.

—¡Bah, tonterías, Haney! Estás hablando como si la Era Glacial llegase el próximo martes. Hubo de tardar miles de años, sin duda.

—Ya saben —dijo Hideo, pensativo—. Alguna que otra vez, encuentran mastodontes y mamuts enterrados en hielo, perfectamente conservados. Algunos exploradores irreflexivos hasta se cortaron unas chuletas de mastodonte para la comida.

—Ya sé —intervino Fink—. En la cafetería las comimos la semana pasada. ¿Y qué?

—Pues esto. ¿Cómo se explica, si ha de pasar tanto tiempo para llegar al final de la eliminatoria, que los encontremos con comida en la boca?

—A mí eso me parece perfectamente lógico.

—Piénselo bien, cabeza de chorlito. Si uno muere con la boca llena, es que muere de repente. Esto significa que quedaron cogidos en la trampa.

—Fuese lo que fuese, nosotros no somos mastodontes —Fink se volvió hacia Mark—. Tú mismo has dicho que estamos alterando el clima.

—Inadvertidamente.

—Entonces, también podemos cambiarlo dándonos cuenta.

—Quizá podamos, con el tiempo.

—¡Ea! Tiempo tenemos bastante, ¿verdad que sí?

—No lo sé.

—No sabes mucho... que digamos.

—Cierto, no sé mucho.

—Tienes una gracia especial para las líneas rectas. Marcus. ¿Nace de ahí tu aptitud para jefe de grupo?

—Mira, Link, a nuestro planeta le estamos haciendo cosas que no le habían hecho nunca, de modo que las viejas normas las hemos tirado por la ventana. Yo sé que los factores se han reunido con un grado de congruencia mucho mayor que en cualquiera otra ocasión pasada. Esta vez, sucederá mucho más rápidamente.

—¿Cuán rápido es eso de “mucho más rápidamente”? ¿Cinco mil años? ¿Quinientos? ¿Cien? ¿Hora y media?

—No sé cuánto tiempo tardará en completarse el ciclo, pero ha empezado ya.

—En verdad que sería capaz de engañarme —dijo el encargado de Astronomía.

—Mira cómo nos estamos helando ya —comentó Fink, secándose el sudor de la frente.

Mark clavó en el tablero una serie de fotografías tomadas por el satélite.

—Estas son un poco borrosas porque no dispongo de un equipo demasiado bueno. La Corriente del Golfo se ha desviado, a consecuencia de la cual traerá consigo aire frío. Alrededor de Terranova tenemos ya un aumento de la capa de nubes y de niebla. Las rutas de las tormentas cambian, lo cual significa que los países que contaban con los monzones ya no cuentan con ellos, mientras que nosotros soportamos las tempestades que solían sufrir los aleutianos.

—Vamos, al menos todo queda el familia. No es como si hubiéramos de hacernos cargo de lo de Venus.

—Ustedes conocen el Ranier Park, del Estado de Washington. No nos sentiríamos excesivamente dichosos con aquel clima.

—¿Por qué no? Allí puedes esquiar cuanto quieras.

—Y no es maravilla. Tuvieron veinticuatro metros de nieve en una temporada.

—Adelante, Mark. Hazme desgraciado.

Mark guardaba unas fotografías en la mano.

—Todas éstas son del Glaciar de Humboldt, en Groenlandia. Esperen... —las hizo correr, y una mancha blanca de las fotografías pareció cobrar vida y avanzar, despacio, adelante—. Los animales ya están reaccionando. Los lobos van descendiendo desde latitudes más septentrionales. Martas, lemmings, carneros almizcleros... todos han emigrado más hacia el sur. Se ha encontrado algunos en puntos tan meridionales como el desierto de Arizona.

Mark presentó una serie de gráficos.

—Aquí tienen —continuó— las temperaturas medias de algunas ciudades del mundo. Tómenlas cada diez años y verán que han aumentado todas a la vez; pero adviertan que ahora descienden súbitamente, todas a un tiempo —aquí miró a sus colegas—. ¿Están todos conmigo?

El arqueólogo objetó:

—No lo tome como cosa personal...

—Ahora no es momento para tomar nada como cosa personal.

—Perfectamente, pues. El gobierno debe de estar mejor informado que usted.

—Eso es lo que nos han dicho siempre.

—Mire, ellos cuentan con los mejores cerebros, el mejor equipo. Han de saber qué está ocurriendo.

—No lo dude.

—¿Cómo no han dicho nada?

Mark levantó los hombros.

—Cuéntenmelo ustedes.

—Deben de celebrar reuniones como las nuestras —ironizó Fink.

—Sí —replicó el de Arqueología—, pero tarde o temprano...

—Tarde o temprano nos enteraremos todos. Sólo que entonces será demasiado tarde.

—Vamos, Mark... ¿Crees que dejarán que muramos todos? ¿Lo crees de veras?

—Mira, ellos declaran guerras y nos envían a morir a ellas. Yo no tengo ganas de esperar hasta descubrir qué sabe el gobierno. Yo propongo que nos ocupemos abierta, públicamente de este problema. Ahora. Saltemos por encima de convenciones, de juntas de revisión, de periódicos profesionales. Yo establecí contacto con el *Times*. Podemos celebrar una conferencia de prensa, hacerles saber cuál es nuestra postura...

—¿Podemos? ¿Nosotros? ¿Qué significa ese podemos?

—Tengo el cuello muy corto, Haney. No suelo ponerlo en peligro a menudo.

—Nosotros nos dedicamos a la ciencia, no al negocio del espectáculo, Marcus.

—¡Maldita sea! —exclamó Mark—. ¡Se nos está echando encima un juicio final!

—Difícilmente. Esa Edad Glacial de usted acaso no llegue en mil años. Usted mismo ha dicho que no lo sabe.

Mark movió la cabeza asintiendo.

—No es preciso que llegue de repente y hasta sus últimas consecuencias. Con sólo el comienzo hay bastante. Has oído que nos hallamos en un equilibrio precario. Que desciende la temperatura alrededor de un grado centígrado más, y empezamos a derrumbarnos como aquellas otras sociedades. He seguido por la radio que eso está sucediendo ya en estos momentos, en una nación del África Occidental —aquí se interrumpió— y habrá otras. Y con el tiempo nos llegará el turno, “civilizados” o no.

El silencio se hizo, de repente, opresivo. Fuera oían a los niños jugando al *stickball*, y cuando el silencio de la habitación se hizo más profundo, hasta pudieron oír, al otro lado, el rugido de la misma ciudad.

—¡Aguarda un minuto, Mark!

Guzmán tenía los gráficos y las fotografías del satélite en una mano y los observaba pensativamente. Los demás se habían olvidado de su presencia en la sala. Ahora que acaparaba la atención de todos, parecía un poco avergonzado y muy cohibido. Por fin preguntó tímidamente:

—¡Eh, Mark! ¿Conoces la zorra roja del Canadá?

Mark parpadeó, desconcertado.

—Personalmente, no.

—Bah, no me sorprende; no es un animal muy importante, y, por otra parte, no entra en tu departamento. Pero, vamos... Solía hallarse hasta cerca de Saskatchewan. Ahora la han encontrado cada vez más al norte, incluso en el mismo Círculo Ártico, y según se cree, porque la temperatura aumenta.

Aquí hizo una pausa. Los otros contenían la respiración; la tensión se hacía casi palpable.

—Bueno —di jo Mark pugnando por sacar la palabra fuera, pues se daba cuenta de que la garganta se le había quedado seca—. Un solo animal siempre puede presentar una conducta excéntrica.

—¡Oh, hasta varios pueden presentarla! Tú eres el que está buscando pautas.

—¿Qué me decís de mi departamento? —preguntó la historiadora. Antes no se me habría ocurrido; pero ahora se me figura que sí se nota una pauta.

—Bien, tu departamento no es el mío, pero tú has dicho que el mundo se enfrió... ¿cuándo?

—A partir del 1400, y ello afectó la vitalidad social.

—¿No se produjo una cosa llamada el Renacimiento que empezó entonces justamente? —volviéndose hacia el geólogo, inquirió—: ¿Ha dicho usted que en el 1815 hubo una explosión volcánica?

—En la Isla de Sumbawa, Indonesia. Una de las mayores de la historia. Envío polvo a todos los rincones del mundo.

—¿Cuándo fue la del Krakatoa?

—En 1883.

—Bien, mi departamento tampoco es Geología. Pero la del Krakatoa fue la mayor de todas, y no recuerdo ningún período frío después.

Hideo asintió con un pausado movimiento de cabeza.

—*Touché*. Pero, ¿qué me dicen del período interglacial llegando a su fin? Al fin y al cabo, en otro tiempo tuvimos aquí el clima de Groenlandia. Y podría ocurrir de nuevo.

—Bien, hizo más frío, en efecto; pero ustedes han visto taladradas de más al norte. ¿Aquello ha sido siempre tan frío como ahora?

—¡No, caramba! En las extracciones de Alaska se descubren restos de higueras y de magnolias. Y en Spitbergen había palmeras.

—De modo que, en verdad, también hizo más calor. Bien, yo no soy bastante listo para saber en qué sentido avanzamos ahora; pero creo que tampoco lo sabe nadie más.

—¿Qué dicen de... las gráficas? —preguntó Mark.

—Sí, yo las estaba mirando —Guzmán las blandía—. Son unas gráficas buenas, y sé que es corriente tomar cada diez años como norma; pero, sólo para divertirme, yo tomé intervalos de doce y dibujé mis propias líneas. Y... en fin, no hay ningún ciclo de descenso. La verdad es que yo no veo ninguna pauta, en absoluto —el profesor Guzmán pasó las gráficas de unos a otros—. Con lo cual, vuelvo a mi tesis: Yo no veo ninguna pauta en ninguna parte, ni creo que nadie pueda verla. Podemos predecir el tiempo con veinticuatro horas de anticipación, e incluso prolongarlas, con grandes dificultades, hasta veinticuatro. Si queremos predecir el tiempo de dentro de una semana, nos exponemos a fracasar. Quizás algún día (no durante mi vida, pero sí durante la de ustedes) podamos predecir el tiempo con dos semanas de antelación. Mas, aquí termina todo.

Mark no pudo pronunciar palabra cuando procedía a levantar en alto las fotografías de Groenlandia tomadas por el satélite.

—¡Ah, sí, el glaciar! Lo confieso, el glaciar es la fábrica del tiempo, y si ese glaciar crece nos hallamos en apuros. El glaciar es lo que realmente cuenta.

Mark hizo un gesto de asentimiento.

—Mark, ¿con qué velocidad dirías tú que se mueve un glaciar?

—Pues, me sabe mal repetir un tópico, pero...

—No es tu departamento.

Mark dio un cabezazo de conformidad. Se sentía turbado.

—Es el mío —replicó Hideo—. Podían habérmelo preguntado a mí. La verdad es que habían de preguntármelo a mí. Generalmente, un glaciar avanza unos pocos metros al año, quizá...

—¿Y no hay más que... contar?

—Es un hecho raro, pero se da... Se han registrado casos de glaciares avanzando hasta media milla en un día. Por supuesto, a los pocos días han perdido el empuje.

—¡Muy bien! —admitió Guzmán—. Concedo la media milla. Digamos, hasta una milla. Pero no veinte millas por hora.

—¡No, Jesús!

—Bien, Mark, ésta es la velocidad que lleva el glaciar de usted... a menos que esta mancha blanca no sea un glaciar, sino nubes.

El aludido miró las fotografías y emitió un gemido, acompañado de un débil gesto de afirmación.

—Bien, he ahí un error que se puede cometer fácilmente, sobre todo con la pésima resolución de estas fotos —y se desplomó en el asiento.

El gozoso alarido de Fink rompió el silencio.

—¡Que-e-ee pena! ¡Al diablo la fama y la fortuna para nuestro joven genio!

—A mí me ha tenido en vilo durante un rato —confesó Hideo.

—Da gusto volver a encontrarnos en medio del calorcito —dijo el arqueólogo.

La historiadora se inclinó y le dio un apretón en el hombro.

—Lo siento, Mark. Lo siento de verdad, te lo prometo.

—Bonita presentación —dijo Guzmán, dando una palmadita en la espalda a Mark—. Será un poco difícil comprobar todo eso algún día —y agitando los papeles, preguntó—: ¿Quieres que te los devuelva?

Mark meneó la cabeza.

—Mañana te veré en la galera de los esclavos.

El de Botánica preguntó si alguien podía llevarlo en coche hasta el centro de la ciudad. El astrónomo cogió a la historiadora por el brazo y le preguntó si le gustaría ver las maravillas de las estrellas en el observatorio.

Finalmente, Mark se quedó solo en la habitación, con un Danny muy silencioso sentado en el otro extremo.

—Bueno, ¿todavía me quieres para tu trabajo en los exploradores?

Danny movió la cabeza afirmativamente.

—¿Cómo es posible?

—Guzmán no ha refutado la hipótesis.

—¡Ah, tú eres el único colega que me admira! ¿Quieres que nos emborrachemos juntos?

—Hummm... Creo que echaría a perder la comida.

—¡Ah! La madre de mi colega no se lo permite. De acuerdo, vete a casa.

—Quizá si yo observase, o...

—Vete a casa, Danny.

—Ya sabes. Yo debería llevar un registro mejor que...

—Danny, me ves más tiempo a mí que a tu madre...

—Está bien así. A ella no le importa.

—Ella dice que te quiere.

Danny se encogió de hombros.

—Yo... me figuro...

—Vamos, dale una oportunidad. Déjala ser una madre para ti. Y. por tu parte, puedes empezar a ser un niño.

—Preferiría...

—Yo preferiría que te fueses a casa.

—¿Me excluyes de tu investigación?

—No solamente eso, sino que te echo a puntapiés. ¡Adiós!

La faz de Danny se endureció. El muchacho giró sobre sus talones y salió.

Mark se quedó solo un buen rato, sentado en aquella sala de reuniones, y luego se fue con aire fatigado a su oficina.

El modelo del sistema climático del mundo había llegado al final de su función. El hielo seco se había evaporado, el polvo se había posado, las corrientes se pararon. Era el estado de la Tierra en entropía, en su terminación, un millón o quizá mil millones de años en el futuro. Mark sintió un escalofrío. Era como si estuviera contemplando un cadáver.

Casi desesperadamente, abrió el receptor de radio.

La vida del planeta llenó la habitación: los gobiernos emitían noticias, música, cultura y propaganda; los individuos y las instituciones estaban inmersos en su comercio diario y sus diversiones, mientras las complejidades del clima del mundo sonaban en forma de *dit-da-dits*, desafiando a todos los humanos, fuesen quienes fuesen, a encontrarles un sentido.

Era la hora de la transmisión desde Mali. Mark sincronizó con la frecuencia del doctor Schumer y esperó. Sólo se oía el silbido de un canal abierto.

Quizás hubiera sido una broma, desde el principio hasta el fin. El resto del mundo continuaba funcionando, como había funcionado siempre, como seguiría haciéndolo, hasta que llegara la entropía dentro de mil millones de años.

No había necesidad de precipitar los acontecimientos.

Una llamada a la puerta interrumpió sus divagaciones. Mark levantó los ojos y vio a la madre de Danny.

—¡Hola!

Él contestó con un movimiento de cabeza.

—Danny me ha explicado la solemne reunión.

—No ha pasado nada... Sólo que mi teoría se ha venido abajo de un solo disparo.

—Habrás sido penoso.

Mark se encogió de hombros.

—Me figure que podía serle útil un poco de consuelo. ¿Le gustaría cenar con nosotros?

—No querría ser entrometido.

—No será ninguna interferencia. Créame, no lo será.

El hombre titubeaba aún.

—Se lo ruego.

Mark cerró el aparato y salió detrás de la mujer.

El profesor Guzmán contempló atentamente los papeles largo rato: gráficos, recortes recientes, fotografías del satélite... Luego cogió el teléfono.

—¿John? Soy Guzmán. Sé que habíamos hablado del asunto otras veces, pero estoy dispuesto a invertir unos ahorrillos en bienes inmuebles. Muy hacia el sur, creo.

—Bien, las Carolinas son muy bonitas...

Guzmán dirigió una mirada al mapamundi.

—Yo estaba pensando en algo más exótico. El sudoeste de México, o Guatemala. Te lo diré pronto, más concretamente.

Era tarde y Danny dormía en su cuarto. Mark tenía en la mano las tallas esquimales mientras hablaban.

—Lo peor de todo es justamente... el no saber; no saber qué ha pasado en Mali, ni lo que le pasa al mundo. ¡Es una cosa tan inexorable!

—Pues, sí, lo es —dijo Karen—. ¿Por qué no puede aceptarla, sin más?

—Aeep... ¿Quiere decir aceptar, ni más ni menos, lo que la naturaleza nos echa? ¿No solamente las tempestades y la sequía, sino también las enfermedades y la muerte?

—La civilización ha hecho grandes cosas... —comentó ella, sonriendo.

—Muy cierto.

—Entonces, ¿por qué estoy yo más segura andando por el Cabo lee de Groenlandia que por las calles de estas ciudades?

—Pues porque no todas las partes de la civilización actúan siempre de la mejor manera posible; pero la civilización en conjunto sí actúa.

La mujer meneó la cabeza.

—Hay otras maneras de vivir.

—Si aquello lo llama vivir...

—¿Qué le pide, concretamente uno a la vida? Vivir y ser feliz; vivir para uno mismo y para los seres amados. Es lo único, en realidad.

—¡Vaya lista tan corta!

—¿Qué más necesita usted?

—Muchísimo más.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Porque eso es lo que nos hace humanos.

—Una vez le pregunté a un esquimal qué le pedía a la vida. Me dijo que le gustaría tener bastantes animales para alimentarle y vestirle, y para alejar la tristeza y el dolor de las personas allegadas —la mujer suspiró—. Era humano. Yo pensé que era un hermoso ser humano.

—Ellos... —Mark titubeó.

—Dígalo.

—De acuerdo. Ellos viven tal como vivían hace mil años. No han progresado ni un par de centímetros.

—Quizá por esto les guste el punto donde están.

—Pero, ¿dónde están? No han hecho nada, no han conquistado nada.

—Usted tiene algo en la mano.

Mark contempló la talla que sostenía entre los dedos. Estaba exquisitamente trabajada, con el detalle de un artesano que había tenido un cuidado infinito, trabajando, evidentemente, por amor al trabajo en sí y por amor a la naturaleza. A pesar de lo cual continuaba siendo una cosa ajena a Mark. El artífice no había hecho ningún esfuerzo por comprender la naturaleza, entender su mensaje y, en último término, conquistarla. Meramente, la aceptaba, y si hubiese venido una tempestad a barrerle, también la habría aceptado, sin conocer las razones ni las fuerzas, y sin importarle siquiera el conocerlas o no.

Trastornado, Mark la dejó.

—No me satisface.

—¿Por qué no aprender de ella?

—¿Aprender? Yo estaba pensando que a los esquimales quizá pudiéramos enseñarles algo.

—Yo le pedí a un esquimal que me cantase su himno de guerra, para grabarlo en una cinta. Y él me preguntó qué significaba la palabra guerra —la mujer levantó los hombros con aire triste—. Me temo que se lo enseñé.

Mark inspiró profundamente.

—Bien, me figuro que podríamos pasar toda la noche discutiendo. Y eso no cambiaría al mundo.

—¿Y por qué ha de cambiarlo?

—Mire —contestó él, levantándose y llevando la mano a la chaqueta— hoy me han humillado, deshinchado, deshumanizado, y no estoy de humor para argüir sobre los herniosos procedimientos del género humano —se interrumpió—. Lo siento... yo... Gracias por la cena. Déle las buenas noches a Danny en mi nombre.

Ella le siguió hasta la puerta y le puso la mano en el hombro.

—Oiga, usted sigue siendo el hombre bueno que ayudó a Danny, y me ayudó a mí en la cola de la cafetería.

—Me alegra que esto importe un poco.

—Es lo único que importa —replicó ella, y le besó.

Sorprendido, él correspondió, besando sus cerrados labios. Unos labios que se partieron, mientras la lengua buscaba a la del hombre, tiste correspondió de nuevo, al tiempo que se extrañaba de su propio comportamiento.

Su lengua se hundió debajo de la de la mujer, percibió la seda húmeda y la acarició. Su mano derecha fue en busca de los botones del vestido, al mismo tiempo que la izquierda los empujaba fuera de los ojales.

Aun sabiendo que pronto estarían en la cama, advirtió con satisfacción y alivio que ella no llevaba sostenes, y que, por consiguiente, no tendría necesidad de desabrochar presillitas metálicas, aparentando a la vez que allí no pasaba nada.

Su mano penetró más, y tuvo la sensación de llegar hasta las mismas entrañas de la mujer y de encontrarla temblando. Al tiempo que la acercaba a sí, sabía que toda ella era suya, no para poseerla, sino para abrazarla y mimarla.

Luego su mano descendió por la espalda, percibiendo las vértebras una por una, recorriendo la columna vertebral femenina que se curvaba hacia dentro, primero, y luego hacia fuera, al suavizarse en unas flexibles nalgas. Mark las acarició y dejó que sus dedos se hundieran en la grieta, que acarició

también. La mujer aceptó la mano, tal como había aceptado los labios y la lengua.

Una sombra de duda le asaltó, puesto que, después de todo, había muchos “hombres buenos”. ¿Aquella mujer se los llevaba a todos a la cama... antropólogos, esquimales, sombras a las que él ni siquiera hubiera sabido dar nombre?

Mark levantó la mano, tiró de las colgantes haldetas del vestido, trayéndolas adelante, alrededor de los hombros. Lila dobló los brazos, para liberarlos mejor, dejando que el vestido resbalara hacia el suelo. Y se quedó así, delante de él, desnuda, vulnerable y confiada.

A él era a quien quería y aceptaba; a él precisamente, ahora mismo, en este mismo instante. Las sombras de otros no tenían sustancia ni significado.

Mark la besó al rodearla con los brazos, acunándola, levantándola hacia sí. La notaba liviana en sus brazos, y sería muy amorosa en la cama.

Era lo único que importaba.

Mark se despertó poco a poco, como emergiendo de la más profunda oscuridad del fondo del mar.

Yacía junto a ella, y se dio cuenta de que la mañana había llegado ya. Su pareja aún dormía. Antes de que se despertase, quería meditar bien todo aquello: el proceso a través del cual había llegado a esta sensación, tan poco familiar en él, de debilidad y terror, y al delicioso placer de despertar junto a aquella mujer por vez primera en la vida.

Se daba cuenta de que siempre había mantenido cerrada a cal y canto una parte vital de sí mismo, temiendo que una rendición total sería pariente del morir. Pero esta vez era distinto.

Recordaba que ella le había dirigido, que en cuanto la penetró, ella se puso a guiarle. Él había vacilado un momento, porque a pesar del buen número de mujeres que había llevado a la cama, ahora se sentía singularmente inocente, sufriendo de nuevo el dulce espanto de la primera vez.

Poco a poco se había dado cuenta de que no experimentaba ni asomo del remordimiento habitual, que no se dirigía ningún reproche. En la comunicación que establecía el contacto sexual, la más profunda de todas, y por muy profundamente que sondease el ser de la mujer, la sensación se comunicaba de uno a otro tan claramente como si sus mentes estuvieran tan entrelazadas como sus cuerpos, y advertía que nada de lo que pudiera hacer o decir sería antinatural, ni ajeno, ni hostil.

Se daba cuenta de que durante toda su vida aquello había sido distinto, de que ciertos aspectos del cuerpo le recordaban que no era más que un animal. La sociedad entera en que había vivido había enterrado furiosamente tales aspectos bajo una capa de actitudes y cosméticos, y cuando aparecían, a pesar de tantos esfuerzos, eran recibidos con repugnancia, se fingía pasarlos por alto, o se pedían excusas, prometiendo en seguida que no reaparecerían nunca más.

Mas, Mark era diferente. Para ella no había nada que no fuese natural. Aceptaba la naturaleza animal de una persona, la aceptaba, la acogía con gusto.

De modo que derribaron un tabú tras otro, y ella le aceptó a él totalmente, y él se entregó con toda la plenitud de su ser animal.

Ahora Mark la veía pasar por las mismas fases. Los ojos de ella se abrían, parpadeando, abrumados y asustados por la luz del mundo, retrayéndose unos momentos y luego saltando adelante para verle, recordarle y recibirle en el seno de su vida.

—Buenos días... —dijo Karen.

—Que los tengas muy buenos.

—¿De qué te sonríes?

—Ha sido dulce.

—Sí, lo ha sido; pero tu sonrisa no nace de ahí.

—Estaba pensando... que los esquimales sólo frotan la nariz contra la otra nariz.

—Para empezar...

Él le frotó la nariz.

—¡Es un buen comienzo! —luego se la besó—. Naturalmente, con tanto hielo, no se puede hacer mucho más.

—¡Ah, no es todo hielo, solamente! —le acariciaba el cabello y se lo acercó a sí.

—¿No? —él le besó los párpados.

—El cielo estaría todo gris, pero luego saldría el sol... y eso sería como oro fundido penetrando dentro del hielo...

—Oro fundido... —Mark le mordisqueó el lóbulo de la oreja—. Mmmm...

—Y hasta el cristal más chiquito captaría la luz y centellearía... con todos los colores del arco iris... y habría montones de diamantes.

—¡Bonito cuadro! —Mark le introdujo la lengua en la oreja y escuchó la extasiada exclamación que ella profirió.

—Y el cristal hace ruidos cuando se mueve, un ruido de resquebrajamiento, y luego un rodar de trueno que... parece justamente retumbar por toda la eternidad. Habrá silencio largo rato, y te engañará... Luego, ¡pom... bam... bum!, y te sacudirá hasta hacerte saltar de la cama.

—¡Puum! —Mark hizo resbalar la lengua por el cuello de la mujer, hasta el seno, y la hizo girar en círculo alrededor del suave pezón. Lila le agarró el cabello con más fuerza.

—Y hay esculturas de hielo labradas por el agua... A veces son flores de cristal... y cuando reflejan el sol... no hay nada más hermoso.

—¡Ah, sí, lo hay!

—¿Eh...?

—Tú.

—Gracias —ella sonrió y le mordisqueó la oreja.

Mark notó que se iba durmiendo de nuevo, y empezó a soñar en aquella tierra donde el hielo era fango, y el silencio era rodar de truenos, y todo ello se burlaba de los sentidos de uno, de modo que uno pensaba que imperaba el silencio, cuando súbitamente el silencio exclamaba:

—¡Sooo! —con la voz de la mujer... ¿Su voz?

Mark abrió los ojos.

—¿Qué decías?

—He dicho: “¡Sooo!”. No quiero que te me duermas precisamente cuando estaba actuando tan bien.

—¿Qué diría el hielo?

—¿El... hielo?

—Los ruidos.

—¡Ah! Pues, primero se oye una especie de ruido de resquebrajamiento, luego un retumbar de truenos, y a veces notas que el suelo tiembla como en un terremoto, aun cuando...

—¿Cuánto tiempo ha ocurrido eso?

—Últimamente, cada vez con más frecuencia. Cuando se mueve, notas su avance. Probablemente cruzaría un espacio como esta habitación en un día; pero últimamente ha...

La mujer se interrumpió. Mark había saltado ya de la cama.

—Tengo que utilizar tu teléfono.

—Claro. Pero, ¿con quién?

Él ya estaba marcando.

—¿Hideo? Mark Haney... No, no sé qué hora es ni lamento haberte despertado. Ahora ponte la cabeza en su puesto y escucha.

Karen contemplaba a un Mark completamente desnudo que hablaba febrilmente de un glaciar en movimiento, olvidándose incluso de que ella estaba allí.

—Claro que era una cobertura de nubes. Mas, la cuestión es, ¿qué diablos está haciendo una cobertura de nubes sobre Groenlandia? Aquello es un desierto... Sí, de hielo, pero un desierto. Allí no nieva, al menos hasta ahora...

La conversación se hizo cada vez más técnica, hasta que Mark colgó.

—¡Acepta la idea! Sí, el muy granuja, acepta la idea. Además, le han dado una subvención de una fundación y puede pasármela. Lo único que hay es que...

—¿Qué?

—¿Tú quieres volver?

—¿A dónde?

—A Groenlandia, al glaciar. Saldrá de maravilla. Conoces a la tribu, puedes proporcionarnos guías...

La mujer sacudió la cabeza, desconcertada.

—Esto es muy repentino... ¿Cuándo tendría que...?

—Tan pronto como tengamos el asunto en marcha.

—¿Es importante?

—De una importancia vital.

—¿Y Danny?

—Verá cuán necesario es. Comprenderá que liemos de comprobar el...

—¡Mark! ¿Me estás pidiendo que le deje solo?

—Vamos, Danny comprenderá, sin duda, que no se trata de una excursión de los Exploradores Cachorros.

—¡Dios mío! —gimió ella—. Ya sabes las conmociones que ha sufrido. ¿Cuánto amor ha recibido de ninguno de nosotros, y especialmente de mí? Y ahora me pides que le abandone de nuevo.

Mark la miraba fijamente, pasmado.

—¿Se me pasa algo por alto? Se me figura que hasta le divertiría. Le dejaríamos comida de sobra en la nevera...

—¡Oh, no! —casi se le escapaba la risa mientras negaba con la cabeza—. ¿Estás de broma?

—¿Cuál es el problema?

—¿Sabes cuánto tiempo tendríamos que estar fuera?

—Pues, dos o tres días para el viaje... pongamos, para establecer contactos y para lo demás...

—Lo cual significa que te pones a la tarea apenas llegar allí.

—¿Entonces...? —dijo Mark con un cabezazo afirmativo.

—Mira, estamos a finales de verano. Yo calculo que estaríamos de regreso a mediados de invierno.

Mark abrió la boca, desencantado, dejándose caer sobre la cama.

—Supongo que no habrá manera de... de pisar a fondo el acelerador, o lo que sea que hagáis para correr más con aquellos trineos tirados por perros.

—¿Dar con la aguijada a los perros, por ejemplo?

Mark hizo un gesto afirmativo.

—Los esquimales pasaron seis mil años aprendiendo a viajar. Si hubiera algún modo de...

Mark levantó las manos en un gesto de rendición.

—De acuerdo. Tenemos problemas. Tres, para ser exacto. Uno, Danny; dos, dinero; tres, convencer a mi jefe —de pronto se le alegró el semblante—. En realidad, quizá sólo tengamos uno. Si convencemos a Guzmán, los otros dos problemas ya no existen.

A Mark le parecía que, ciertamente, tendrían un solo problema. Guzmán continuaba sin dejarse convencer, a pesar de la nueva prueba.

Mark estaba llegando al final de su correa emocional y mental. ¿No había dicho el propio Guzmán que el glaciar era el factor climático crucial?

—Los movimientos de los glaciares no son nada nuevo.

—Ese glaciar no se mueve meramente, se encrespa. Karen suplicaba a los indígenas que mudasen el poblado de sitio porque se hallaba directamente en el camino del glaciar.

—Entonces, ¿cómo no aparece en las fotografías tomadas por el satélite?

—Jesús, señor, usted fue precisamente quien hizo notar la capa de nubes. Y aquella misma capa de nubes significa que el área empieza a sufrir turbulencias.

—Lo cual puede significar cualquier cosa.

—Significa algo. La única manera de saberlo consiste en medir... medir la densidad, el ritmo de movimiento, la fuerza... Oiga, eso corresponde al departamento de Hideo. Y ése ha quedado convencido.

Hubo un silencio.

—¿Quién te sustituirá en las clases?

—Puede sustituirme cualquiera. En este semestre sólo tenemos materias elementales.

—No estoy tan seguro. Opino que una clase puede sufrir graves contratiempos con un cambio de profesor.

De pronto, a Mark se le antojó que las objeciones de Guzmán no descansaban sobre una buena base ni en el terreno de los hechos ni en el de la lógica. Y probó una táctica nueva.

—Acaso tenga usted razón. Puede ser que no suceda nada. En tal caso, le entregaría todo mi material a usted, por supuesto. “La imposibilidad de una predicción del clima a largo plazo”. Un título que sonaría muy bien con su nombre debajo.

Al jefe le interesaba la idea —se decía Mark—; ya era hora, precisamente.

Mientras Mark argüía con Guzmán, Karen tomaba una decisión. Describió el viaje detalladamente a Danny, el cual la escuchaba con aire tan solemne que a ella le daban ganas de cogerle por los hombros y zarandearle hasta que se le cayera aquella máscara de hombre adulto. Pero en vez de zarandearle, le preguntó:

—Danny, ¿te gustaría ir?

—¿Contigo?

—¡Con nosotros, a Groenlandia!

“Al fin y al cabo —pensaba ella— a todos los chicos les encanta una aventura. El enfrentarse con un mundo nuevo, un mundo al que tendría que adaptarse, quizá le ayudase a volver a la infancia, a su verdadera edad”.

Por un momento vio la lucecita de la ilusión en sus ojos, pero pronto se apagó.

—¿Es... primitivo?

—Sí. Es interesantísimo.

—Meses y meses de... nieve y hielo. Yo... yo no lo resistiría.

—Los niños esquimales lo resisten. Les conocerás.

Danny arrugó la naricilla.

—Primitivos... ¿De qué hablaré con ellos?

—Aprenderás más que en el colegio.

—Oh... Yo no puedo perder el colegio. ¡No, no puedo perder el colegio!

La madre quería preguntar: “¿Ni siquiera por mí?”. Pero no lo preguntó. Sabía cuál hubiera sido la respuesta.

Después de haberse marchado Mark, el profesor Guzmán sintió un escalofrío, a pesar de que en la habitación hacía calor. Cogió el teléfono, marcó un número de fuera del edificio, y al poco rato estaba hablando con el director del banco.

El director del banco había realizado unas pesquisas. No había nada que valiera la pena en terrenos ni debajo del suelo. Él obedecía las órdenes, por supuesto, pero no quería ver cómo Guzmán perdía la camisa en algo tan claramente inútil.

—Digamos que me he vuelto loco. Oiga, ¿qué tiempo mínimo necesita para cerrar el trato allí?

—Se necesitaría algún tiempo —contestó el funcionario—. Habría problemas de cambio de moneda, operar a través de intermediarios, etcétera. Las negociaciones se prolongarían.

—Olvide las negociaciones. Cójalo, nada más, al primer precio que le pidan.

—Que olvide... ¿Está seguro de...?

—Le he dicho que estaba loco, ¿verdad?

El satélite cruzaba por encima de la ciudad, midiendo los cambios a medida que el verano se marchitaba. Las masas de aire perezoso que habían mantenido a las grandes ciudades del Nordeste achicharrándose empezaron a fragmentarse por fin. Las complejas espirales alrededor del planeta se doblaban y retorcían bajo la presión. Montañas de aire cambiaban de forma y tamaño. Frentes fríos chocaban con frentes cálidos en violentos enfrentamientos, y debajo de aquellas montañas la gente bendecía la interrupción de la ola de calor.

Mientras el planeta continuaba recorriendo la órbita, su relación con el Sol se alteraba, y los caminos derechos de los rayos del astro rey avanzaban pausadamente hacia el sur.

Por un momento, el centro del Sol quedó suspendido sobre el Ecuador celeste. Era el equinoccio. El día y la noche eran iguales en todas partes del mundo.

En el hemisferio septentrional, los días se acortarían y las innumerables formas de vida del planeta realizarían sus ajustes instintivos, retirándose, encogiéndose, ahondando sus madrigueras, recogiendo el calor, que iba en descenso.

El profesor de Astronomía observaba con sus instrumentos cómo el hecho se producía en aquel preciso instante. Por un momento se acordó de una vocinglera reunión sobre una Era glacial inminente: pero eso se había disipado. Hasta sus habituales frustraciones acerca de lo inadecuado del equipo con que contaba, del documento científico que nunca escribiría, de la fama que jamás conquistaría, quedaban eclipsados por la ratificación de la constancia del sistema solar.

En el *Times*, a un periodista le encargaron un trabajo que no le entusiasmó nada, de momento: el editorial sobre el cambio de estación. Las noticias que se consideraban dignas de la letra de molde solían ser las malas: los cambios solían pasar de lo malo a lo peor. Pero esta vez no.

“Ya pensábamos que el otoño no llegaría nunca, pero aquí está, como siempre...”.

Arriba, el satélite describía sus círculos, reuniendo informaciones que el periodista ignoraba.

El Glaciar de Humboldt, Groenlandia

Un antiguo explorador griego lo llamó: “Un mar perezoso y helado que no se puede cruzar, ni andando ni navegando”. Era como la escultura de un gran río, liso y cristalino, en el que un río habría corrido seguido, seguido, pero cuyo lecho, abajo —a veces hasta la profundidad de una milla— era desigual y rocoso, y las cataratas se exageraban hasta formar hendiduras y picos gigantes.

El antiguo explorador que suponía que no se podía cruzar el glaciar se habría quedado pasmado si hubiera visto los dos trineos tirados por perros. El conductor esquimal, guiaba con gran pericia el trineo que iba delante por los espacios lisos del río de hielo, de modo que lo único que Mark oía era el silbido de los patines del trineo y el ruido ocasional de los pedacitos de hielo que aplastaban.

Alguna que otra vez, los perros titubeaban y perdían el paso, mordiendo los talones de los de delante, y la travesía dejaba de resultar suave, seguida. Entonces el esquimal soltaba unas maldiciones y repartía unos azotes con el látigo, que alcanzaba hasta una distancia de más de nueve metros por la hilera de los perros.

El látigo descendía una y otra vez, siempre doloroso, y luego danzaba fuera del alcance de los animales, cuando éstos intentaban derribarlo a bocados.

Al final, percibiendo que el dueño del látigo era también su dueño, los perros gimoteaban malhumorados y reanudaban la sincronizada carrera.

Permanecer sentado cerca del hielo le daba a Mark la ilusión de correr a gran velocidad. Le parecía estar volando en alas del viento.

Y aumentaba su embeleso el hecho de encontrarse entre las piernas de Karen, sentada detrás de él. De vez en cuando, echaba la mano atrás para acariciarle los muslos, y ella le reprendía dándole un empujón.

Mark recordaba que ponerse en marcha no había sido tan agradable. Cada uno de los perros había gruñido y batallado ferozmente cuando lo ataban al tiro, originando peleas entre otros perros de la hilera. Cuando por fin se pusieron en movimiento, los perros aprovecharon la ocasión para vaciar el

intestino, y el trineo hubo de deslizarse sobre la colectiva evacuación. Dicho sea en honor del Ártico impoluto.

Mark miró detrás de sí y vio que Hideo disfrutaba con el viaje. El conductor esquimal venía detrás, saltando alguna que otra vez para correr junto a la hilera y arreglar las correas, que se habían enredado. Cuando Hideo comentó lo mucho que se parecía él a los esquimales, Karen mencionó que, según la ciencia moderna, los esquimales descendían de unos asiáticos que habían cruzado por un puente terrestre que por aquellas fechas unía Siberia y Alaska con Norteamérica.

Mark se volvió adelante. Los distantes picos helados parecían muy cercanos y de dos dimensiones solamente, como en unos tapices medievales. El sol se filtraba en el gris de las puntas de los picos, que reflejaban la luz antes que el resto, dando la sensación de que el resplandor salía de las entrañas del monte, para descender poco a poco como un fuego que se propagase.

Siguieron viajando en silencio, como llevados por unas aves gigantes. Mark tenía la sensación de hallarse fuera del tiempo. Notaba que la mente se le extraviaba.

El conductor profirió un grito. Casi por arte de magia, parte del sólido hielo se partió y cedió como una pelusilla. Ante ellos se abrió un abismo, y los perros de cabeza desaparecieron por encima del borde, aullando, mientras Karen chillaba:

—¡Sooo! ¡Sooo!

Mark se sentía volar.

Hubo un pandemonium de maldiciones humanas y aullidos animales. Una docena de perros arañaban patéticamente el hielo, estrangulándose mientras los de cabeza se enredaban en una serie de nudos gordianos. Los dos esquimales estuvieron inmediatamente en el borde del precipicio, tirando mano sobre mano con toda la fuerza, subiendo poco a poco a los histéricos perros a nivel del hielo.

Hideo vino corriendo. Su expresión gozosa desentonaba de lo que acababa de ocurrir. Y le echó una mano a Mark.

—¿Qué... qué diablos ha sido eso?

—Ha sido lo que andábamos buscando.

Hideo acompañó a Mark hasta el borde del precipicio.

—Esta es la grieta mayor. Quedan otras cubiertas de nieve suelta y no puedes localizarlas. Es como una emboscada. De esta forma, perderíamos trineos enteros.

—Jesús... So canalla, has permitido que nosotros pasáramos delante.

—No, Mark, los perros han pasado delante. Si hubiésemos utilizado trineos a motor, habríamos perecido ya.

Ahora que la nieve se había caído, Mark pudo ver que la grieta tenía unos doce metros de anchura. Reuniendo su coraje, miró al fondo. Las paredes eran tan afiladas e irregulares como la más escarpada ladera de montaña, pero parecían iluminadas desde dentro, con matices de verde y azul. De muy abajo retumbó un sonido inesperado, el rugido de agua espumosa.

—¿Qué profundidad dirías que hay?

—Pues, si te cayeras, sería como caer del piso decimoquinto. Pero no tengo intención de caer.

—¿Bajarás ahí abajo?

—Para eso estoy aquí. Una cosa te digo desde este mismo momento. Cuando hay grietas como ésta, hay hielo en movimiento.

—¿Cómo lo sabes?

—El hielo del fondo está comprimido. Aquí arriba es ligero y quebradizo, de modo que cuando el fondo se mueve, la superficie, arriba, se agrieta.

—¿A eso le llamas tú una grieta?

Los esquimales trajeron el equipo, e Hideo desenvolvió una serie de instrumentos. Uno de los esquimales soltó una carcajada y dirigió un comentario a Karen.

—Dice que parecen juguetes de niño.

—¡Vaya juguetes del diablo!

Hubo otro comentario, y Karen tradujo:

—Dice que guió a unos empleados del gobierno aquí arriba, hace unas semanas, y que ellos tenían las versiones para adultos.

—Pregúntele si uno de los instrumentos parecía un espejo partido en cristales pequeños.

Karen tradujo, e Hideo pudo observar el gesto afirmativo del esquimal.

—Lásers. Buscan lo mismo que yo —y se sentó malhumorado en el hielo.

—¿Cuál es el problema?

—Nuestro documento se ha ido al diablo. Lo que yo voy a encontrar, sea lo que fuere, lo encontraron ellos ya.

—Pero no han anunciado nada. Por consiguiente, mira la cuestión desde este ángulo: Lo que ellos encontraron, sea lo que fuere, vas a encontrarlo tú.

Hideo le miró.

—Hete ahí la frase más estúpida de todas las que pronunciaste en la reunión —y se levantó de un salto—. Pero comprobémoslo.

Alpinista experto, Hideo descendió valiéndose de la sogá, gritando órdenes que tenían que esperar a que Karen las tradujese. Los instrumentos siguieron detrás, mientras Hideo se amarraba de manera segura, para pasarse una hora arrancando pedazos de hielo, extendiendo cuerdas y sondas eléctricas de un punto a otro y haciendo girar un taladro de mano para sacar muestras del interior. Los golpes del martillo y el roer del taladro parecían violaciones de aquella herniosa desolación.

Los perros se ponían inquietos. Uno de los esquimales murmuró algo, ansiosamente, a Karen, la cual transmitió el mensaje.

—Dice que suba usted rápidamente.

La voz de Hideo retumbando desde el fondo:

—Ya casi estoy listo.

—Dice que en seguida.

—Dentro de un minuto...

Se oyó un ronquido que Mark percibió en las entrañas, tan profundo y bajo que al principio pensó que se trataba de una mera sensación de desasosiego. Pero, paulatinamente, se hizo más fuerte e ominoso.

—¡Esto ha sido un aviso! —gritó Hideo—. ¡Sáquenme de aquí!

Todos tiraron.

—¡Arriba, presto, maldita sea!

El rumor aumentaba, y Mark se sentía invadido por el pánico.

—¡Estamos tirando!

Los perros aullaban de terror mientras aquel rodar se convertía en una sacudida violenta y el hielo, de una milla de espesor, parecía deslizarse fuera de sus amarras. Mark dirigió la vista al lado opuesto de la hendidura y vio que se iba cerrando ruidosamente.

—¡*Vamos!*

La hendidura empezó a cerrarse desde el fondo, con Hideo escapando apenas de su garra. Se veía aporreado contra los salientes del hielo, al tiempo que trataba de salvar los instrumentos y las muestras de hielo.

Mark sudaba copiosamente a pesar del frío; en el sacudido hielo le resultaba cada vez más difícil conservar el equilibrio mientras tiraba denodadamente de la sogá.

Al final Hideo llegó al mismo borde, luchando por hallar dónde agarrarse, al mismo tiempo que se revolvía de un lado para otro como un pez fuera del agua. Iba chillando:

—¡Los instrumentos! ¡Los malditos instrumentos!

—¡Olvídelos!

—¡No! —y se volvió hacia la soga para tirar junto con los otros—. Ahí vienen...

El conductor extendió el brazo sobre la grieta para coger mejor el paquete, pero he ahí que el hielo se resquebrajó por todo su alrededor, y el fragmento separado se hundió en la grieta. El pobre hombre agitó los brazos, impotente, y cayó soltando un alarido. Pronto chocó contra el fondo con un golpe sordo que apagó su grito. Seguidamente, los bordes de la grieta se juntaron. Era el fin.

Después, de manera tan repentina como había empezado, el rumor del hielo cesó y la enorme masa quedó quieta.

Sollozando, Karen corrió hacia la hendidura, o lo que había sido una hendidura. Apenas se notaba una leve raya señalando el lugar.

Mark la rodeó con el brazo y se la llevó dulcemente. Hideo miraba atontado los rescatados instrumentos.

Los cálculos fueron largos y tediosos. Hideo analizó muestras de hielo para saber la densidad, opacidad, propiedades eléctricas y térmicas y, finalmente, trasladar estos datos estadísticos a promedios de movimiento.

Mark copió los cálculos, transformando la geofísica glaciaria en física atmosférica, midiendo el efecto de los glaciares en la meteorología. Luego Hideo retransformó estos cálculos para saber el efecto del tiempo en los glaciares.

Cuando por fin llegaron a la razonable aproximación que los científicos del gobierno habían encontrado con el satélite y la computadora más complicados del mundo, Mark reaccionó exactamente igual que un científico anónimo del gobierno.

—¡Dios mío!

Al levantar los ojos, vio a Karen fuera, esperando. Fue hasta ella y le dio un apretón en la mano.

—Lamento... lo de tu amigo.

Karen le dio las gracias con un movimiento de cabeza.

Mark permaneció callado unos momentos, y luego estalló:

—No, no lo siento. Quizás hasta le envidio. La muerte le ha sobrevenido de la mejor manera posible, repentina y rápida. Y no sufría por un documento, ¡un mísero documento...!

—¡Mark, por el amor de Dios!

Él inspiró profundamente.

—La civilización genera una gran cantidad de calor, que ha evaporado agua de los océanos y añadido una considerable capa de nubes, lo cual enfría más la atmósfera.

—¿Lo suficiente para corregirse por sí misma?

Mark soltó la carcajada.

—Nosotros le hemos echado una mano a la Naturaleza para esa corrección; hemos añadido partículas de polvo, liemos alterado las corrientes de aire y de agua... Le hemos dado los medios para fabricar nieve.

Karen sintió un nudo en la garganta.

—¿Cuánta?

—Pues, cuando el período cálido pase, terminará con una tempestad. Yo imagino que azotará el Nordeste con la cellisca mayor desde 1888.

—Eso no es el fin del mundo. Aquello fue malo, pero Nueva York sobrevivió.

—También nosotros sobreviviremos a ésta. Lo malo es que sólo significa el comienzo. Enfriará más todavía todas las cosas y desatará la mayor tempestad aquí. La tempestad alimentará el glacial —después de una pausa, añadió—: Será mejor que lo digamos a la gente del poblado.

—Decirles ¿qué?

—Que se trasladen.

—Yo me esforcé en decírselo. Pero, ¿hasta dónde llegará el glacial?

Mark la miró.

—¿Hasta dónde? —se recostó abandonadamente contra la tienda—. ¡Oh, Dios! —y levanto la vista hacia las montañas que hasta el presente lo habían encerrado—. El glacial crecerá y se abrirá camino por el paso de la montaña. Esto significa el fin del poblado.

—Se irán más allá.

—El glacial también. No se detendrá hasta llegar al mar. Pero esto no es todo. Pronto se llegará a un punto tal en el que el planeta no absorberá la luz del sol, la cual, simplemente, rebotará en el hielo.

—¿Dónde se detendrá?

Mark dibujó un tosco mapa del continente en el hielo.

—Aquí está el Estado de Washington... eso es Nueva York. Habrá un grueso glacial de uno a otro de estos puntos^[2], justo como en la última Era Glacial, excepto que no tardará diez mil años en formarse.

—¿Cuánto... tiempo, pues?

—Como dijo Fink, hora y media.

—Mark, sé realista.

—Ya casi es demasiado tarde. Si emprendiésemos el regreso inmediatamente, quizá pudiéramos hacer frente a la primera ventisca. Luego, habrá un proceso acelerado. No sé cuánto se tarda en evacuar un país, pero no apostaría en favor de nuestras posibilidades.

—Pero... un glaciar no puede avanzar tan aprisa.

—Ni es preciso que avance. Moriremos mucho antes. El glaciar rematará, simplemente, lo que haya quedado.

—Todavía habrá lugares seguros.

—No demasiados. En el supuesto de que tengan primavera, no tendrán verano, lo cual significa que no podrán cultivar plantas alimenticias.

—¿Ni siquiera en los trópicos?

—Los trópicos estarán a salvo; pero fíjate que tienes que restar parajes como los Andes y el Sahara, y, por supuesto, los océanos; que estarán muertos, de todos modos. No queda mucho suelo disponible donde poder vivir.

Mark hizo una pausa larga, triste.

—¿Qué harán tus nobles esquimales?

—Nada. Lo aceptarán, simplemente.

—Volvemos a lo mismo. Aceptar. Bien, esta vez aceptar significa quedarse aquí y ser arrollados.

Karen hizo un gesto de aquiescencia.

—Conocen las reglas. Han vivido sujetos a ellas, y morirán del mismo modo. Tan natural es lo uno como lo otro.

—No es natural. Nadie muere tan sencillamente.

—Cuando llegue el glaciar, se marcharán, pero dejarán atrás a los viejos, los enfermos, los lisiados, exactamente igual como lo haría la naturaleza. Y los ancianos se pondrán sus mejores prendas de vestir y se enfrentarán con esa muerte alegremente. Así lo han hecho durante un millar de años.

—Eso... eso es un asco.

—¿Eh? Dime, cómo tratamos nosotros a los ancianos.

—Pues, muchísimo mejor.

—Volveré a preguntártelo cuando seas viejo.

—Si alguno de nosotros llega tan lejos.-

—Algunos llegaremos.

—Pero, la mayoría, no.

Karen se encogió de hombros, con indiferencia.

—¿Aunque estés comprendida tú?

—Cuando suene la hora.

—Bien, quizás haya llegado nuestra hora.
—¿Y no te da miedo el morir?
—A ellos no les da —replicó la mujer, indicando el poblado con un gesto.
—Porque son demasiado estúpidos.
—O demasiado listos.
—¿Listos? Serán barridos del mundo como los dinosaurios.
—¿Y qué será de nosotros, las personas “civilizadas” que hemos creado el problema?
Esto impuso unos momentos de silencio a Mark. Luego exclamó:
—¡Maldita sea! ¡Nosotros no somos dinosaurios! ¡Todavía no! —Aquí le sacudió un escalofrío—. Todavía no.

La Tierra continuaba su lenta revolución alrededor del Sol, y la inclinación de su eje colocaba al hemisferio Sur bajo los caldeadores rayos al tiempo que la mitad septentrional se enfriaba. Los cambios estacionales se abrían a través del sistema, y un mundo entero se ajustaba a ellos de manera tranquila, instintiva, familiar... aunque cada vez aumentaban las excepciones.

El satélite giraba alrededor de la Tierra, del mismo modo que el planeta giraba alrededor del Sol, resiguiendo las complejidades de las corrientes, anotando los distanciamientos de la norma que sólo unos poquísimos expertos habían descifrado. Pasaba sobre un desierto africano donde habían perecido doscientas mil personas, siguiendo lo que ordinariamente habrían sido las rutas de las corrientes en jet (aquellos altos y rápidos vientos) hacia el creciente fértil, la extraordinaria región de la Tierra que alumbró al Hombre y ahora sostenía la mitad de su población. Aquí, lo que gobernaba las estaciones no era el paso del Sol, sino los océanos y los vientos.

Las corrientes de aire mayores afectaban a las menores. Los vientos que habitualmente soplaban hacia el mar, en su momento invertían el curso, trayendo la humedad, el fresco aire marino, dando entrada al otoño y desatando las lluvias monzónicas.

Por toda el Asia, los labradores observaban el cielo y rezaban en los templos.

Bhandara, India

Nadie recordaba cuándo fue construida la noria gigante, pero los ingenieros pretéritos la habían construido bien, como entendidos en la materia. El peso de un solo labrador subiendo por las tablillas de un extremo equilibraba exactamente el peso del agua elevada en el otro extremo. De esta manera regaban los campos.

Pero los monzones que antes alimentaban el río se habían retrasado de un modo inexplicable, y el río se estaba convirtiendo en barro. Costaba mucho más hacer girar la rueda, y el labrador necesitaba el concurso de sus dos hijos para aumentar el contrapeso.

La madera crujía peligrosamente.

Bombay

El teléfono sonó más temprano que de costumbre, y un soñoliento doctor Singh hubo de revolverse un poco, para despertarse, antes de contestar. Antes de oírlas, ya sabía que las noticias no serían buenas. En un país donde el monzón era cosa de vida o muerte, al meteorólogo se le veneraba más que al cirujano de corazón.

Y ahora, mientras al doctor Singh le ponía al corriente de la situación, el meteorólogo de guardia nocturna, aquél reaccionó tan ceñudamente como el cirujano a quien cuentan las recaídas de un paciente.

Las informaciones procedían del Océano Indico, del Mar de Arabia, del Golfo de Bengala. No había cambios de viento ni de presión. No había signos del comienzo del monzón.

El doctor Singh sabía que cuando llegase a su despacho encontraría mensajes suplicantes de todos los funcionarios del gobierno, y él no podría dar ninguna respuesta, ninguna solución. Y sintió congoja por su empleo.

Luego sintió congoja por su país.

El satélite seguía su camino, observando que mientras ciertas turbulencias habían dejado de producirse como debían, muchas áreas habían sufrido precipitaciones que no solicitaban y para las cuales estaban mal preparadas.

En su giro, el satélite pasaba por encima del Polo Sur, observando el traslado de masas de hielo, y llegaba hasta los accesos de América del Sur. Los graciosos remolinos de nubes de las Orkneys y del Cabo de Hornos eran en realidad los aguaceros salvajes de la región de la Tierra más azotada por las tormentas.

Eventualmente, llegó a la América del Norte, al Cabo Hatteras, a la altura de las Carolinas. Aquí sus sensores vigilaban las confusiones de masas de aire conflictivas y corrientes oceánicas, el aire frío chocando con el caliente en un conflicto interminable. Este era el semillero de las tempestades que en un momento subían costa nordeste arriba, hacia el área más poblada e industrializada del mundo.

Aquí se estaba formando un centro de bajas presiones. Era solamente uno de tantos, y el satélite no se interesaba más por éste que por los otros. En verdad, los meteorólogos que predecían el tiempo, como no tenían noticia de factores tales como los cambios de la corriente atmosférica en jet y los de la del Golfo de México, las alteraciones de las rutas de las tormentas, las acumulaciones de polvo y materias contaminantes, tampoco le prestaban mayor atención.

La etapa final del vuelo transcurrió sin novedad. Mark se pasó la mayor parte del tiempo mirando las nubes por la ventanilla, como si hubiera de ver los primeros signos de la turbulencia que se acercaba. Todo lo que veía eran tenues cirros, mensajeros de buen tiempo.

Mark se volvió hacia Karen. Había olvidado las discusiones, y comprendió que Karen estaba pensando, al igual que él, en la primera noche que pasaron juntos. Si las normas sociales —y los asientos— lo hubieran permitido, habrían hecho el amor allí mismo, en aquel preciso instante. En compensación, se amaron con los ojos y las manos. A Karen la tendría siempre consigo, aun cuando el mundo se desmoronase a su alrededor.

Mark se acordó de Hideo, que se había sentido fascinado por los esquimales y por el gran parecido que tenía con ellos. Y como se empeñó en quedarse un tiempo, le dejaron allí.

La filtrada voz del capitán cortó los pensamientos de Mark.

—Damas y caballeros, llegaremos a Nueva York dentro de un par de horas, aproximadamente. El Servicio Meteorológico anuncia que vendrán a nuestro encuentro unas leves ráfagas de nieve. Probablemente, no se producirá ninguna acumulación, y me dicen que los depósitos de agua de nuestro país agradecerán la que les procure esa nieve.

Los pasajeros murmuraron. Uno se inclinó desde el otro lado del pasillo y le dijo a Mark:

—Bueno, las cosas han vuelto a la normalidad.

Mark sonrió cortésmente.

Karen se echó hacia atrás y susurró:

—¿Es ésa la ventisca que decías?

Mark asintió con aire grave.

Ordinariamente, la tormenta no habría llegado a la madurez; se habría precipitado costa arriba, habría espolvoreado el Nordeste con algo de nieve o de lluvia antes de escabullirse hacia el Atlántico, y aquí habría fenecido, joven.

Sin embargo, esta vez, el calor en aumento y el acrecentado vapor de agua la alimentaban. Por añadidura, la cambiante corriente en jet y la del Golfo de México combinaban sus fuerzas para mantenerla más tiempo en el semillero, prolongando su infancia y permitiendo que se hiciera mayor y más feroz antes de enviarla a correr camino.

Incluso antes de su plena madurez, esta tormenta sería una fuerza con la que habría que contar.

La voz femenina, grabada en cinta, continuaba alegre, hasta musicalmente:

—Previsión del Servicio Meteorológico de los Estados Unidos para la ciudad de Nueva York y región adyacente... —elevando la aguda voz en “ciudad” y luego descendiendo hasta un tono más de todos los días para describir los diversos datos registrados, para a continuación predecir que las ligeras precipitaciones de nieve terminarían dentro de un par de horas a lo sumo.

“Esto no puede ser cierto”, pensó Danny. Siempre había dado por descontada la omnisciencia del Servicio Meteorológico, y había utilizado previsiones del Servicio como modelo para corregir las suyas propias. Pero esta vez *sabía* que se equivocaban.

Por un momento tuvo la idea de llamar a su oficina y hablar con el meteorólogo jefe. Pero Mark le había enseñado que este proceder sería, probablemente, fútil. Aquella gente se encerraba en sus previsiones para veinticuatro horas, el mundo de corto alcance. Danny sabía con certeza que no tomarían en serio a un niño de diez años.

Haría lo que pudiera, dadas las circunstancias. Marcó el número del despacho del colegio y pidió hablar con el director.

—No ha llegado todavía. ¿Quién llama, si se me permite preguntarlo?

—Daniel Magnusson.

—¿A qué se debe la llamada?

—A la situación atmosférica actual.

—¿Sí?

—Bueno, la cosa es más bien complicada, y en realidad no hay motivo para entrar en detalles, pero va a producirse una tempestad tremenda, quizá la mayor de este siglo.

—¿Pertenece usted... a la Oficina Meteorológica?

—Ahora lo llaman Servicio Meteorológico.

—¡Ah, lo siento! Pero acabamos de oír la previsión del tiempo...

—Se han equivocado.

—Pero, ¿por qué?

—En lugar de perder tiempo hablando, usted debería mandar aviso de que el colegio estará cerrado y aconsejar a la gente que se quede en casa.

—Esto ha de venir del centro.

—Oiga, usted puede hablar al centro con más autoridad que yo.

—¿Cómo...?

—Sé que mi previsión es acertada. Ahora sé que no debo ir al colegio en el día de hoy, como tampoco debe ir nadie.

—¿Usted... es un estudiante?

Danny se dio cuenta de su error, pero era demasiado tarde para desdecirse.

—Oiga, he tenido por maestro a Mark Han...

—Vamos, escucha bien, Daniel Magnusson, será mejor que estés aquí cuando suene la campana.

—Pero le estoy diciendo...

—Te has metido en conflictos, jovencito. Voy a darle tu nombre al profesor. No agraves tu culpa haciendo novillos.

Antes de que la telefonista colgara, Danny oyó como decía:

—¡Eh! ¿Queréis que os cuente la que quería jugarme un chiquillo?

El chiquillo tuvo el silencioso aparato en la mano todavía unos momentos, antes de dejarlo, suspiró, y contempló el cielo gris por la ventana.

Habría sido una tempestad importante, una tormenta capaz de exasperar a una comunidad, pero no de tullirla, ciertamente. Pero esta vez la comunidad colaboró en su propia destrucción.

La costa nordeste de los Estados Unidos es un extenso apéndice. Una ciudad toca con otra para formar una megalopolis gigante, y esta enorme fábrica de calor se engulló la tempestad, azotando su ciclón hasta ponerlo en un frenesí.

El vapor de agua se dispersaba a través de la tormenta en gotitas tan pequeñas que se hubiera necesitado un millón para formar una gota de lluvia,

y tan livianas que flotaban hasta los confines más altos y fríos de la atmósfera. Allí se enfriaban hasta una temperatura inferior a la de congelación, aunque continuando en forma de agua, y necesitando únicamente una sacudida para transformarse en hielo. Allá, en aquellas lejanías atmosféricas aguardaban las fuentes de esa sacudida, los diminutos granitos de tierra, polvo y contaminantes.

Era casi como el encuentro del espermatozoide y el óvulo. Cada grano de tierra o polvo penetraba dentro de una gotita de agua. Las moléculas se estremecían, se reordenaban y casi al instante se producía una metamorfosis. El agua se transformaba milagrosamente en hielo, pero en forma cristalina, en estrellas exagonales. La turbulencia mantenía en movimiento y agitación aquellos cristales innumerables, mientras los brazos originaban dibujos exquisitos, barrocos e intrincados, casi infinitos en sus variaciones, de modo que entre aquellos billones de estrellas no había dos que fuesen exactamente iguales.

Eventualmente, se hicieron demasiado pesadas para que las nubes las retuvieran. Primero de una en una, luego a millares y a cientos de millares, empezaron a caer sobre aquellas extensiones de suelo aparentemente interminables.

El panorama a través de la ventanilla del avión parecía revolotear a medida que mechones de nubes cruzaban raudas. Luego aquellos mechones se hicieron más consistentes y el vuelo se hizo súbitamente más brusco y pesado.

Se encendió la señal de que se pusieran los cinturones de seguridad, y el capitán les dirigió la palabra:

—Estas son las ráfagas de nieve que les dijimos, pero no hay motivo de alarma.

Mark soltó un gemido. Karen meneó la cabeza.

—Ahora no puedes hacer nada.

Hubo un largo silencio mientras ambos contemplaban las desenfrenadas danzas de la nieve contra la ventanilla.

—¿Sabes? —dijo Mark de pronto—, tenía un amigo que era meteorólogo de la Fuerza Aérea. Yo estaba celoso como el diablo. Los de la Fuerza Aérea son los muchachos deslumbrantes, los vecinos inmediatos del propio Dios. Ellos dicen a los generales cuándo deben volar. Yo era solamente un guardacostas, y nosotros no le decíamos nada a nadie.

”Bueno, pues un día mi amigo erró un cálculo. En nuestro oficio, es muy fácil equivocarnos; sólo que aquella vez la consecuencia fue que cuatro aeroplanos no regresaron jamás. Mi amigo se pegó un tiro. —Después de una pausa, continuó—: Yo dije que no quería verme nunca en aquel caso. Me dediqué a la docencia y jamás pesó sobre mí la responsabilidad de unas vidas.

Mark se recostó en el asiento, guardando silencio, aunque se agitaba más y más a medida que el avión iba perdiendo altura. Al final, se desabrochó el cinturón y se puso en pie.

—Tendrá que sentarse —le dijo la azafata.

—Tengo que hablar con el capitán.

—Lo siento, señor —replicó ella mucho más secamente—, pero tendrá que sentarse.

Mark titubeó y se sentó. Volviéndose de nuevo a Karen, dijo:

—Sí, ahora pesará sobre mí el mundo entero, por supuesto.

El aeropuerto apareció a la vista, y todos escucharon en silencio el rugido, cada vez más fuerte, de los motores al frenar y el gemido del tren de aterrizaje.

Mark miró su reloj.

—Justo en estos momentos, todo el mundo se estará dirigiendo hacia su trabajo.

Karen palideció.

—Danny estará camino del colegio. Se verá cogido en la tormenta.

—Danny tiene sentido común —refutó Mark, meneando la cabeza—. Sabe qué está ocurriendo.

Karen cerró los ojos y pidió a Dios que todo se acelerase, que las ruedas tocaran al suelo, que el avión se parase, que los pasajeros se apresurasen a cruzar las portezuelas mientras la azafata les dijera adiós a todos con la sonrisa y las frases estereotipadas habituales.

Pero en vez de suceder así, cada fase del proceso se realizaba con una lentitud espantosa, interminable; hasta que, por fin, ella y Mark se hallaron en la terminal, buscando infructuosamente una cabina telefónica libre.

Danny miró por la ventana, al caer los dispersos primeros copos, siguiendo su trayectoria mientras descendían más y más, para derretirse al entrar en contacto con el cálido asfalto. Pasó unos minutos contemplando el cuadro, hasta que se dio cuenta de que iba a llegar tarde. Se puso la chaqueta más recia, amén de un suéter debajo, y bajó las escaleras corriendo... para

detenerse a mitad de camino. Sabía que de momento todos se reirían de él; pero cuando terminasen las clases, él sería quien reiría el último.

Retrocedió, pues, fue hasta el armario y sacó un abrigo que nunca había osado llevar, un regalo de su madre. Era una prenda de piel de foca para niños esquimales. Aquella prenda le fastidiaba: la caperuza, cuyo pelo le escondía la cara, prácticamente; los pantalones de piel, los mitones y las botas interiores y exteriores.

Danny vacilaba, oyendo de antemano las pullas de sus compañeros de colegio. Se hacía tarde.

Danny probó de ignorar el timbre del teléfono, que le seguía escaleras abajo.

—¡Maldición! —decía Karen.

—Sigue llamando.

Detrás de ellos, la cola se agitaba inquieta.

—¡Eh, señora, vamos ya!

Karen apretó los labios y retuvo sombríamente el aparato.

Mark se permitió una ligera sonrisa.

—Has aprendido algo sobre las colas, desde la primera vez que nos conocimos.

Ella estaba a punto de colgar cuando oyó un chasquidito.

—Diga...

—¡Oh, Jesús, Danny!

—¡Hola, madre! Me alegro de que hayas regresado —dijo el muchacho, con la debida cortesía.

—Y yo de estar aquí de nuevo contigo. ¿Dónde estás tú ahora?

—Ya me iba al colegio. Ya estaba en la calle.

—¡Dios mío, qué bien que retrocedieras! Se nos echa encima una tempestad de nieve espantosa.

—Lo sé, madre. Por esto he retrocedido. ¿Sabes aquel traje de esquimal que me trajiste...?

—Danny, no vuelvas a salir.

—Es preciso, madre. Tengo que ir al colegio.

—El colegio no importa tanto, Danny. Quédate en casa; no perderás un día de clase porque ni siquiera habrá colegio.

—Madre, no puedo faltar al colegio.

—Te daré una nota. Diré que estabas enfermo. Por amor de Dios...

—Eso sería deshonesto, madre; conquese queda fuera de discusión. Hay colegio, y tengo que ir.

—Paso el aparato a Mark...

—Mark sabe mejor que yo la importancia que tiene el colegio. Lo siento, madre; voy a llegar tarde ya. Te veré cuando regreses. Adiós, no te preocupes.

Y colgó. Karen se quedó mirando el callado receptor. Finalmente se volvió hacia Mark para explicarle lo que había pasado.

—¿Cómo puede ser tan tonto un chico tan listo? —exclamó Mark.

—Me figuro... que el colegio se ha portado con él mejor que yo.

Mal podríamos reprocharle a un chiquillo que tuviera consciencia del deber. Por toda la ciudad, el proceso se repetía entre los adultos. Los trabajadores despachaban el desayuno, besaban a sus esposas, o a sus amantes, les decían adiós y se iban al trabajo. Ponían sus coches en marcha, o aguardaban los autobuses, o los metros, o los trenes de cercanías. Cuando la temperatura empezó a descender y la nevada se hizo más copiosa, la mayoría sintieron un escalofrío.

A ninguno de ellos se le ocurrió, ni por un instante, el quedarse en casa. En verdad, a sus patronos no les habría gustado la idea, y ninguno se hallaba en posición tan desahogada que pudiera perder un día de salario. Al fin y al cabo, no eran unos primitivos viviendo en la selva. La nación más poderosa e industrializada del mundo no detiene sus actividades por culpa de unos cuantos copos de nieve.

Mark contemplaba por la ventanilla de observación la nevada cada vez más copiosa. Ahora el suelo estaba frío, y los copos de nieve, al caer, ya no se derretían, sino que empezaban a acumularse. Resultaba obvio que aquella primera nevada de la estación no se fundiría tan pronto como se predijo.

—Como explorador, Danny no sabría salir de un bosque. Será un chiquillo extraviado.

—Mark, hemos de encontrarle. Yo sé cómo puede ser una tempestad de nieve.

—Olvida el equipaje y salgamos de aquí. —Así diciendo, la cogió por el brazo y se dirigió hacia la puerta de salida.

Los taxis estaban en fila, sin otra concesión a la nevada que la de tener los limpiaparabrisas en marcha. Ni por un momento se les ocurría renunciar a los viajes llevando pasajeros al aeropuerto o sacándolos de allí, puesto que representaban su fuente de ingresos más considerable.

Cuando Mark dio la dirección de la parte sur de Manhattan, al taxista no se le ocurrió, ni mucho menos, que quizá nunca llegase allá. No, Richie Fuselli hizo lo de siempre: anotó el punto de destino en su librito, y lo comunicó por el aparatito emisor de radio.

Un momento después se oyó el graznido de respuesta, un ruido ininteligible para Mark y Karen, pero que dejó satisfecho al taxista.

El cual salió de la hilera y se encaminó hacia la Autopista Van Wyck.

—Da gusto ver un poco de nieve, para romper la monotonía.

Mientras recorría las tres manzanas que acababa de dejar atrás, Danny decidió que se uniría a las carcajadas que soltarían sus compañeros cuando le viesen y que fingiría se trataba de una broma.

En verdad que le habría parecido una estampa risible a todo el que se hubiera tomado la molestia de mirar: un esquimalito con lentes, escabullándose por las calles de la ciudad, con el traje de pieles saltando holgadamente alrededor de su flaco cuerpo.

Las prendas eran demasiado calientes, y antes de haber salvado otra manzana, Danny estaba sudando. El aliento y el calor del cuerpo le velaban las lentes, de modo que tenía que quitárselas con frecuencia para limpiarlas. Aunque no veía mucho más cuando se las ponía de nuevo. La nieve caía abundante y el viento la sostenía y hacía revolotear por el aire.

Danny miró la hora en el reloj de una tienda. Era tarde, muy tarde. Sería la primera vez que llegase tarde al colegio.

La joven Peggy Bjork miró por la ventana de la granja y comprendió que no tendría que ir a la escuela.

A la naturaleza no se la tomaba tan a la ligera en una granja de Ohio. Los elementos corrían por la inmensa llanura sin nada que les cerrase el paso, excepto aquellos grandes cantos erráticos que ellos llamaban almiar de heno. Peggy sabía cuán peligrosa puede ser una tempestad de nieve, y se quedaría en casa.

Lo único que echaría de menos del colegio serían las historias de pioneros. Le embelesaba la idea de unas familias firmemente unidas, haciendo causa común, a través de penalidades espantosas. La pobreza tenía una especie de atractivo romántico.

Y lo cierto era que a medida que la finca crecía más y más, su padre parecía disponer de menos y menos tiempo para ella y para su madre.

Sí, había de haber algo muy especial en una familia que transportaba todas sus posesiones en un pequeño carromato. Claro que al leer las descripciones de las fatigas de los pioneros encerrados en el Paso Donner, Peggy agradecía la buena fortuna de hallarse en su cuarto, calentito y grande; mas, a pesar de todo, sentía también un estremecimiento de deseo.

Míster Bjork no albergaba tales ilusiones románticas, ni tenía tiempo para entretenerse con ellas. Había que seguir dando de comer a los animales. Después de haber perdido la cosecha a causa de aquella anormal tormenta de truenos, los animales importaban más que nunca. En la planta baja, miró por la ventana, murmuró unas cuantas maldiciones y apuró el café matutino que le quedaba en el vaso.

Mistress Bjork miraba el mal tiempo con mejor humor que su marido. Si la tormenta era realmente fuerte, quizá pudiera ponerse al día en la tarea de costura, que había ido dejando para luego.

En la ciudad, las nubes de tormenta corrían por entre las cimas de los rascacielos, las gotitas de agua se estrellaban contra la fría piedra y el acero. En cada saliente, en cada cornisa o adorno se formaba una película de hielo que, a su vez, captaba otras gotitas, y las transformaba de tal modo que, milímetro a milímetro, la capa de hielo se iba engrosando.

Docenas de metros más abajo, la nieve se acumulaba en marquesinas y chimeneas de estufas. Unos tenderos mal hablados hurgaban en las marquesinas con palos y mangos de escoba y desalojaban la nieve acumulada. Algunos enrollaban las marquesinas para que no se repitiese el fenómeno. Otros se decían que quizá los transeúntes buscaran refugio debajo de ellas, y quizá luego se les ocurriera entrar en la tienda, con lo cual dejaban aquéllas bajadas.

Salientes tales como las escaleras de escape de incendios no presentaban problema. La nieve se acumulaba en las estrechas tiras metálicas hasta que la pila formada se volvía inestable y se caía, añadiendo su pequeño aporte a la tormenta.

Una marquesina de un teatro formaba un profundo hoyo en el que podía acumularse la nieve, escondiéndola del viento y de la vista de los transeúntes que pasaban por debajo.

La expresión “liviano como copo de nieve” resulta engañosa. Más que ser la nieve ligera, tiene una forma aerodinámica tal que el viento puede llevarla muy lejos. Un metro cúbico de nieve pesa unos ciento noventa y dos kilogramos, y si está muy apretada puede pesar hasta setecientos ochenta y pico.

Aquel teatro lo construyeron a finales de los años veinte, en los días del optimismo respecto al negocio del cine, de modo que la marquesina la construyeron muy grande; sus tres dimensiones daban un total de más de trescientos metros cúbicos. Los soportes y el mortero estaban viejos, aparte de que, en verdad, no habían sido diseñados para sostener el peso, cada vez en aumento, de tantísimos copos de nieve acumulados y que ya igualaba al de un automóvil.

Los peatones pasaban apresurados. Pero algunos buscaban refugio bajo aquella marquesina.

La Autopista de Long Island se estaba volviendo peligrosa a medida que las cubiertas de los vehículos comprimían la nieve, formando con ella un aguachirle que luego se endurecía en forma de capas de hielo.

—¡Jesús! Necesito instrucciones —Richie Fuselli cogió el micrófono—. Oficina, aquí el veintitrés...

Soltó el botón y esperó la respuesta, pero oyó la voz de un extraño:

—¡Eh, so plomo, deje libre este canal!

—¿Quién diablos habla?

—Está obstruyendo el canal, amigo. Estoy atascado en la nieve y comunico pidiendo ayuda. Conque, ¡largo de ahí!

—Cuidado con lo que dice, compañero, está en un canal abierto...

—Apriete otro botón, o apriétese el ombligo, fulano; no me importa cuál de las dos cosas. Lo que importa es que deje...

—¿Quiere decirme dónde está, so bocazas...? —recordando que transportaba pasajeros, se volvió y dijo con acento de excusa—: Todo el mundo sale por la banda de los radioaficionados, y a veces alguno de esos bocazas... la primera tormenta que se te echa encima... —murmuró una maldición y probó de continuar adelante, poniendo los cinco sentidos en la carretera y procurando esquivar otros vehículos.

Karen se mordió el labio.

—Danny es meticuloso. Encontró el mejor camino, y siempre lo sigue.

—¡Estupendo! —dijo Mark—. O llegará al colegio, o le encontraremos por el camino.

Karen le dio un apretón en el brazo, agradeciendo la seguridad que le infundía.

Un esquimalito con gafas anadeaba, empujaba adelante, resbalaba en las superficies heladas y procuraba seguir su camino a través de los remolinos blancos, a pesar de que se le velaran las gafas. En la Calle Greene hubiera debido girar hacia la izquierda, pero los rótulos estaban cubiertos de nieve. Las acumulaciones parecían borrar los detalles familiares, convirtiéndolos en matices de blanco. Danny siguió adelante, en vez de girar.

La jovencita Peggy Bjork miraba por la ventana, entusiasmada. Sí, sería una tempestad considerable, en efecto. Sobre las líneas eléctricas caería algún que otro árbol, cortando la corriente. Tendría que sacar lámparas de petróleo y velas. Nadie se aventuraría a salir de casa. Permanecerían alrededor de la mesa del comedor, bien arrimados unos a otros. Hablarían y contarían cuentos. Vivirían como pioneros. Sería una gran aventura.

En la ciudad, el viento barría las gotitas superenfriadas que caían de las capas de la atmósfera para formar películas de hielo al nivel de la calle, motivando que personas y vehículos resbalaran y patinaran con grave peligro.

Los árboles de Central Park no tardaron en resplandecer bajo heladas fundas, y sus ramas se doblegaron bajo el peso de la nieve.

En los diversos puentes que unían Manhattan con los otros burgos, la hermosa capa de hielo hacía muy peligroso el circular por ellos. El hielo cubría cables, calzadas, barandas e inmovilizaba por completo la maquinaria de los puentes levadizos. Un coche que resbalase por una calzada tan cubierta de hielo podía saltar muy bien por encima de la baranda, y algunos conductores recelosos preferían abandonar sus vehículos en los puentes antes que exponerse a este riesgo.

El hielo traía también otro peligro, no tan inmediato, pero cargado de implicaciones más graves para la supervivencia de la ciudad. Antes del 1888, los hilos eléctricos y telefónicos estaban sujetos a postes, de forma que la ciudad tenía los nervios al descubierto; mas la tormenta del citado año

devastó de tal modo las líneas de energía y de comunicaciones que a partir de entonces los enterraron en el subsuelo. Sin embargo, en los burgos periféricos más distanciados el enterrar cables se consideraba económicamente inaceptable. A medida que la ciudad crecía, este factor económico variaba, si bien mucho más rápidamente que la situación. O sea, que los cables continuaban suspendidos sobre el suelo.

Y ahora la nieve se acumulaba sobre ellos. Cuando las pilas de nieve se derrumbaban provocaban en los cables unas vibraciones que sacudían el resto de la acumulación.

El hielo era otro cantar. Lo mismo que en los edificios, se iba formando poco a poco, y cada gotita añadía su propia masa. Con lo cual, por toda la ciudad, los cables al descubierto empezaron a combarse bajo el peso de los diminutos cristalitos de hielo.

Si la tarea de enterrar cables quedaba fuera de las posibilidades de la ciudad, el enterrar kilómetros de líneas elevadas de tránsito era puramente un sueño.

La cabina del conductor del tranvía eléctrico tenía una sola ventanilla de observación, más pequeña que un parabrisas de automóvil. Su único limpiaparabrisas resultaba inadecuado para aquella nevada tan grande, y el conductor había de seguir el vaivén de la escobilla para ver algo del exterior. Aun así, la vista le alcanzaba hasta unos metros solamente, motivo por el cual disminuía la marcha de tal modo que el vehículo casi parecía un gusano reptando por el suelo.

El conductor cogió el radioteléfono e informó de la situación al regulador de salidas.

En la oficina de éste, una serie de luces en un mapa esquemático señalaban los lugares en que se hallaban cada uno de los tranvías en un momento determinado. El regulador enviaba órdenes, moderando la marcha de un vehículo, modificando el trayecto de otro. Con este sistema, al menos no había peligro de choques.

Por supuesto, los pasajeros que se hallaban en la estación no gozaban de este sistema. Cada vez se amontonaba más gente en el andén, ignorando las demoras. La gente se empujaba y entrechocaba sin querer, pedía excusas y adoptaba posturas forzadas, intentando leer el respectivo periódico. Las conversaciones sobre la repentina ola de frío alternaban con críticas dirigidas al servicio ferroviario. Algunos tenían costumbre de estirar el cuello desde el mismo borde del andén para ver cuándo se acercaba el convoy, como si de este modo hubiera de llegar antes.

A medida que se agolpaban sobre el andén nuevas avalanchas de gente, las personas que se hallaban delante sufrían el empujón de las de detrás y tenían que acercarse más al borde.

Inevitablemente, un hombre cayó abajo. Hubo un coro de gritos, y la gente empujó para atrás. Era una caída de poco más de un metro, y como el hombre estaba más trastornado que lesionado, se agarró a la primera mano que descendió para prestarle ayuda y volvió a subir.

—¡Oh, canastos! ¡De buena me he librado! —supo decir solamente. Y en verdad que al decirlo no pensaba en la tempestad.

A la hora en que el granjero Bjork terminaba de dar la comida a los animales, las acumulaciones de nieve llegaban a la altura de la rodilla. El viento levantaba la nieve en diminutos torbellinos y la enviaba contra su rostro. Mientras él avanzaba contra el viento, éste robaba calor de su cuerpo, de forma que cada milla por hora que aceleraba el paso significaba un descenso de más de un grado centígrado, a consecuencia de lo cual el frío resultaba tan penetrante como cualquiera del Ártico.

En cuanto a su hija, allá en casa, el encanto de la tormenta se desvaneció por completo cuando oyó que el viento entraba por todos los marcos de ventana. La estufa de petróleo llegaba al límite de sus posibilidades, y no obstante la muchacha veía que la temperatura del termostato continuaba descendiendo.

Ella y su madre embutían frenéticamente trapos en las rendijas de las ventanas. Luego embutieron toallas, y finalmente, prendas de vestir.

Richie Fuselli conducía lenta y cuidadosamente, agarrando el volante con más fuerza a medida que la nieve iba cayendo.

—¡Maldita calefacción!

Aunque lo tenía puesto al máximo, el control del descongelador apenas desviaba algo de aire caliente hacia el parabrisas, y no lograba derretir la creciente acumulación.

—Estos malditos coches son cepos de muerte... —pero se volvió hacia los dos pasajeros—: Perdonen. No lo dije de veras. Son... unos buenos taxis. En la ciudad, nunca pasa nada malo. Uno siempre está cerca de quien puede socorrerle.

—No aparte la vista del camino —recomendó Mark.

—Claro —Fuselli miró al frente de nuevo y vio que se acercaba a una cuesta abajo—. ¡Eh... oh! —exclamó viendo unos coches encallados en el

fondo, pisó el freno con fuerza.

El coche dio unos bandazos y continuó bajando por la cuesta, con la parte trasera por delante. El taxista iba dando pisotones al freno y movía el volante de un lado para otro, en un esfuerzo por recobrar el gobierno del vehículo.

Mark empujó a Karen contra el asiento y le gritó:

—¡Agárrate! —al mismo tiempo que apoyaba fuertemente las piernas contra el asiento delantero.

Chocaron contra el montón con un impacto que mandó a Fuselli contra el volante y derrumbó de costado a Karen y Mark.

—¿Estás bien? —preguntó Mark.

—No me he roto nada, me parece.

Mark se volvió hacia el taxista:

—¿Y usted?

—No lo sé. Me duele el pecho.

—No se mueva de ahí. Vamos a buscar ayuda.

—La radio...

—Sí, demos gracias a Dios por contar con ella —Mark la abrió y al instante se halló bajo un diluvio de voces. Al momento apretó el botón del micrófono.

—¡Accidente! ¡Accidente! ¡Accidente!

—¡Otro, Dios mío!

—¡Abandone la cochina línea, señor accidente!

—¡Tengo un caso de urgencia, aquí! —chilló Mark.

—Bueno, ¿y quién no lo tiene? ¡Mueva las posaderas!

Mark sintonizó con el canal de urgencia, casi con los mismos resultados.

—Oiga —le dijo a Fuselli—, nosotros no podemos quedarnos. Conseguiremos ayuda tan pronto como podamos; a menos que usted quiera acompañarnos.

—Ah, no; yo no me marchó, con este tiempo. Aquí se está cómodo. Tengo la radio, y tengo el calor. Quiero decir que esto no es el Polo Norte.

—Está bien. Buena suerte.

—¿Para mí? Usted es quien la necesita.

Cuando Mark abrió la portezuela, faltó poco para que una ráfaga de viento y de nieve le tumbara para atrás.

—Tiene razón... —finalmente logró salir y vio sus buenos cincuenta vehículos amontonados en la carretera, mientras otros venían a sumarse a la pila.

—¡Jesús, qué lío!

Veía las torres del Puente de Brooklyn allá delante.

—No estamos muy lejos de casa.

—Hemos de reunir un grupo —dijo Karen.

—¿Para aquello?

Karen hizo un gesto afirmativo.

Mark se dirigió al taxista.

—¿Estará bien aquí?

—Mejor que usted.

Mark sonrió y le hizo adiós con el ademán, al tiempo que cerraba la portezuela.

Fuselli observó la sonda del combustible, vio que tenía gasolina en abundancia y puso el motor en marcha. Luego sacó el transistor, lo abrió y dejó que runruneara en la banda de los radioaficionados.

—Confío que estarán ustedes calentitos y a gusto, contemplando esa tormenta indecente desde un amable hogar de la lumbre —decía el amable locutor antes de poner un disco nostálgico.

—Nos apañaremos —contestó Fuselli.

En seguida puso la calefacción a tope y cerró bien las ventanillas. Aceleró el motor, y, al encender el gas, la combustión transformó una serie de productos químicos en otros, algunos de los cuales, tóxicos. El monóxido de carbono era el más destacado entre los malos: incoloro, inodoro y engañosamente apetitoso para los glóbulos rojos, los cuales cedían muy fácilmente el oxígeno para apoderarse de este gas nuevo.

Entre el chófer y el motor había la protección de un pretendido cortafuego. Durante años de duro servicio en manos de varios taxistas, se habían formado unos agujeros adicionales alrededor de los pedales del freno y el acelerador, y los gases del tubo de escape penetraban dentro del coche poquito a poco.

A cada inspiración que hacía Fuselli, otras células más de su organismo morían.

La música nostálgica seguía sonando, y Richie Fuselli se relajaba en el seno del calorcillo. La civilización se hallaba justo al otro lado de la portezuela y el hombre no tenía de qué preocuparse.

Las personas que habían abandonado sus coches se desplazaban de acá para allá, al parecer en busca de un jefe.

—Amigos —anunció Mark—: aquí tenemos a una antigua esquimal como guía. Ella dice que deberíamos apiñarnos y formar grupo.

—¡Oye! —protestó Karen—. Yo no era el guía, sino la guiada. Dirige tú, y si a mí se me ocurre algo, te lo diré en voz baja.

—De acuerdo. ¿Quién se decide?

—Conserven la cara apartada del viento, aunque de ese modo tengan que avanzar sin saber a dónde van, y sujétense unos a otros.

—Con mucho gusto —dijo uno.

Alguien se puso a cantar “Noventa y nueve botellas de cerveza en la pared”, y otros se le sumaron.

La masa de coches se desvaneció detrás de los torbellinos de nieve, mientras que el puente se levantaba allí delante.

Mark, que cogía la mano de Karen, se la estrechó con fuerza.

—¿Qué te apuestas a que Danny está a salvo y en un sitio agradable, y a que nosotros somos los que estamos en apuros?

En estos momentos, Danny se había extraviado por completo. A su alrededor, firmamento, edificios y calles se confundían en una mancha blanca, y la nieve se le filtraba cuello abajo a través de la suelta caperuza. Danny se la sujetó mejor y miró en torno suyo, en busca de socorro. Tenía ganas de llorar, pero procuró interrumpir las lágrimas al notar que se le helaban sobre las mejillas.

No se dieron cuenta del rugido hasta que murió. Ahora, en el pavoroso silencio, advertían que aquel ruido los había animado todo el rato. El granjero Bjork expresó esta sensación con palabras.

—Es el quemador. Se nos terminó el combustible.

Bjork cogió el teléfono, pero no oyó nada. Las líneas se habían venido abajo.

En la quietud, el viento, fuera, silbaba como una bruja triunfante. Luego oyeron otro ruido, más débil pero más aterrador. Venía del ático, un crujido ominoso producido por las tablas de madera bajo la tensión del peso de toneladas de nieve.

Al subir las escaleras, oyeron que los crujidos se hacían más fuertes por momentos, y cuando llegaron al ático pudieron ver que las tablas se doblaban bajo el peso, gemían resistiéndose, se tensaban... para doblarse más todavía a

medida que el peso aumentaba y la resistencia de la madera disminuía. Por algunas rendijas abiertas empezaba a rezumar ya algo de nieve.

Peggy Bjork miró a sus padres en busca de segura energía, y sólo vio en ellos terror impotente.

La primera previsión del tiempo sólo había anunciado ráfagas leves, y las líneas aéreas habían trazado sus planes en consecuencia. Los empleados de oficina repetían las palabras optimistas a los que consultaban por teléfono, y como consecuencia de todo aquello, millares de pasajeros que llegaban para salir en avión se encontraban encallados allí.

Tenían calor, ciertamente; pero poco más.

Ante los restaurantes y los puestos de comidas se formaban largas colas, y los establecimientos estaban agotando las reservas.

Del altavoz salieron las palabras de la locutora, alegres, optimistas. No se refirió para nada a la previsión anterior, equivocada. En cambio ahora el Servicio Meteorológico predecía fuertes nevadas, que terminarían en un par de horas.

En verdad, no había motivo de alarma.

Los trenes de cercanías, que corrían a cielo descubierto en los suburbios poco poblados, eran más vulnerables que los metropolitanos.

Aquello era una imagen de un noticiario de tiempos de guerra: el tren lleno a rebosar de refugiados entrando en una estación igualmente atestada. Con gemidos y maldiciones, los pasajeros que esperaban todavía intentaban abrirse paso a la fuerza. Sonaban gritos de:

—Vamos, compañero...

—No hay sitio. ¿Qué le pasa a usted?

—Métase allá. ¡Déjeme un poco de sitio!

Al mismo tiempo que los que iban dentro del tren estaban cada vez más apretados, algunos del exterior probaban a colgarse en condiciones precarias, con uno o ambos pies fuera de los peldaños, agarrándose a las barandas para salvar el pellejo.

Viniendo del norte, se entraba a la ciudad por una serie de tajos abiertos, en los que la nieve se reunía en montones tan altos como el propio tren. El maquinista los vio allí delante, frenó, y las ruedas echaron chispas, pero

continuaron resbalando sobre los raíles hasta que el vagón delantero se hundió en la nieve acumulada.

La gente salió despedida hacia delante casi en una sola masa, soltando ruidosas maldiciones, o frases de excusa, y el cobrador chilló pidiendo silencio:

—Amigos, ¿pueden prestarme un momento de atención, por favor?

Tuvo que repetirlo varias veces, y cuando al final se la prestaron, explicó que la compañía del ferrocarril enviaría una máquina quitanieves. Que tuvieran paciencia, por favor.

—Hace veinte años que tengo paciencia —dijo un pasajero.

—Yo voto por ir andando —dijo otro—. ¿Quién se viene conmigo?

Le siguieron varios. Cuando salieron fuera, el viento los azotó rudamente.

—¡Dios se compadezca de los marinos que navegan en un día como éste!
—dijo uno, retrocediendo y metiéndose dentro nuevamente.

Lo llamaban un barco de observación oceánico, sostenido por los Guardacostas para observaciones meteorológicas. En su mayor parte, el trabajo había resultado interesante, y el comandante Manujian había adquirido unas ligeras y dispersas nociones de meteorología de los civiles que llevaba a bordo; pero la parte fea del trabajo venía cuando el barco tenía que afrontar tempestades en el mar como parte de la investigación que estaban realizando.

Y ésta era muchísimo peor de lo que los meteorólogos habían anunciado. Ciertamente, nadie les pedía que sacrificaran sus vidas, y ahora todos se pegaban, horrorizados, a los agarraderos que encontraban a mano y se enteraban una vez más del poder de la naturaleza y de lo imprevisible de su conducta.

La situación era bastante apurada.

Con todo, salían mejor librados que el capitán y la tripulación, que trataban de salvar el barco. En cubierta, varios hombres habían de eliminar el hielo que se formaba en el aparejo, que crujía bajo el peso. La nieve y las rociadas de hielo hacían que las hachas resbalasen en sus manos, y un marinero se abrió un profundo tajo en una pierna. Atontado, veía cómo el viento se llevaba lejos la sangre.

—¡Vete abajo! —gritó Manujian, probando de hacerse oír por encima del temporal; pero hubo de terminar yendo allá y dando un empujón al atónito marinero. Mientras éste se alejaba cojeando, una ola gigantesca se abatió sobre el barco y rodó por la cubierta. La tripulación se mantuvo en sus

puestos, boqueando y escupiendo; pero al marinero atontado lo sorprendió en el borde de la cubierta y se lo llevó por encima de la borda.

Un marinero gritó:

—¡Hombre al agua!

—Es un hombre muerto. ¡Yo tengo un barco que salvar! —Manujian se juró que si salía de aquélla con vida, abandonaría para siempre aquel trabajo de orates.

El peatón se sacudió la nieve del abrigo en cuanto se halló al abrigo de la marquesina del teatro, reuniéndose con una docena de personas que ya estaban allí, pataleando y soplándose las manos para conservar el calor.

—¡Jesús, he sido un tonto al salir con este tiempo!

—Tiene compañeros; todos los que estamos aquí debajo.

—Bueno, no soy tan tonto como para volver a salir con este tiempo. Me quedaré aquí hasta que despeje.

Y alzó la mirada confiado.

En la profunda artesa de la marquesina, la nieve continuaba acumulándose, apretando la del fondo, haciendo salir el aire, acrecentando la densidad de las capas inferiores, multiplicando así el peso de cada decímetro cúbico, y añadiendo más toneladas de peso sobre un acero oxidado y un mortero demasiado viejo.

Aparecían ya, delgadas como cabellos, las primeras grietas, propagándose hacia el exterior, ensanchándose, tanteando el camino hacia los puntos débiles lo mismo que raíces de árboles buscando humedad.

Mark contuvo el aliento cuando vio el panorama. El viento cruzaba sin obstáculos a través del río East, silbando y chillando al pasar a través de la intrincada red de cables de encima del puente. A los coches más ligeros los volcaba, los hacía girar como veletas y los amontonaba a docenas. A la gente que abandonaba los automóviles la arrojaba unos contra otros, y Mark se imaginaba perfectamente los gemidos de sufrimiento y terror sumergidos en la tormenta.

Luego se volvió hacia Karen y la vio casi conmovida. Ella conocía los peligros mejor que él.

—Dios Santo... —Mark temió que se desmayara, pero ella le empujó adelante.

El peatón que andaba detrás de él se soltó.

—Olvidalo. Yo no sigo.

—Bueno, pues, nosotros vamos a cruzar —dijo Mark—. ¿Quién más?

Todos se quedaban atrás, hasta que un ama de casa se adelantó.

—Yo tengo dos chiquillos esperando la comida.

Un hombre bien vestido, con una cartera de diplomático se les unió.

—Soy el que tiene las llaves de la vivienda.

Karen indicó la cartera con el ademán.

—¿Necesita eso?

El hombre respondió con un gesto afirmativo.

—¿La cartera o lo que contiene?

—Lo que contiene.

—Métase los papeles debajo de la chaqueta y arroje la cartera. ¿Alguien más?

No hubo nadie más.

—Manténganse de costado al viento y cójanse a los puntos de apoyo que puedan, aunque no con las manos desnudas.

Se enlazaron fuertemente con los brazos, y Mark dio el primer paso por la abierta calzada. Los embates del viento le sofocaban y casi le rechazaron contra la baranda. Iba a cogerse a una vigueta...

—¡Con las manos desnudas no!

Entonces él sacó un pañuelo y lo usó como protección, al mismo tiempo que seguía avanzando.

El panorama de la ciudad inspiraba pavor, con el viento levantando la apretada nieve en extravagantes remolinos alrededor de los rascacielos, al tiempo que continuaba empujando al cuarteto contra barandillas y viguetas.

Todos se envolvían bien con los cuellos, mantenían los ojos apartados y seguían andando.

El ama de casa, que era la última de la hilera, resbaló súbitamente, arrastrando al hombre de negocios en su caída. Al verse arrojada contra el larguero de la baranda y contemplar con aterradora claridad el río allá abajo, desde una altura de veinte pisos, la pobre mujer profirió un alarido de terror, se cogió al larguero y apretó con fuerza.

El grito de Karen llegó demasiado tarde. Cuando la mujer hubo recobrado el equilibrio, quiso abrir la mano, pero se la encontró soldada al metal.

—¡No! —chilló Karen, al ver que la prisionera probaba a tirar para soltarse—. ¡No! ¡Perdería la mitad de la mano!

—Dios... Dios... —gemía la retenida. Mientras contemplaba la mano prisionera, las rodillas se le doblaron. Arrodillada sobre la nieve, vomitó.

—¿Qué podemos hacer? —gritó Mark.

Karen palidecía, mirando el cuadro.

—Yo... no sé...

—¿Qué utilizaría aquella gente del Ártico?

Karen casi soltó la carcajada de puro impotente.

—Sangre de foca... o aceite...

—Foca... —Mark se interrumpió. Bajando la cabeza contra el viento, se abrió paso hasta un coche abandonado y desapareció debajo. Un buen rato después reaparecía con unas latas.

—Agradecemos a Dios que haya quien abandona cosas por las calles.

—¿Qué hay dentro?

—Aceite de foca, de treinta y ocho —Mark se acercó con gran cautela a la baranda.

—Vayamos despacio —hubo de usar casi todo el contenido de una lata antes de que los dedos de la mujer empezaran a soltarse poco a poco.

—Creo que deberías actuar con presteza, antes de que el aceite se hiele también.

Entonces le bañaron la mano con todos los botes a la vez, y al final la mujer pudo separarla del larguero. En seguida se agarró al brazo del vecino, y todos continuaron avanzando.

Mark caminaba cogiéndose de vigueta a travesaño y los demás le seguían; pero mientras se encaminaban penosamente hacia el centro del puente vieron que la nieve se había amontonado contra las barreras, de modo que tendrían que trepar por encima de éstas para pasar al otro lado.

Aquí el viento lanzaba unos alaridos más amenazadores.

—Esto se está helando...

—Clava bien un pie antes de adelantar el otro.

El hombre de negocios notó que los papeles le resbalaban de debajo de la chaqueta y libertó los brazos para cogerlos.

—¡Olvídelos! —le gritó Karen.

Los papeles volaron en todas direcciones, y el hombre los persiguió. Algunos saltaron por encima de la baranda, y él estiró el brazo. Así chocó contra la baranda, y el extendido brazo procuró, justo, el peso suficiente para alterar el equilibrio y hacerle dar la voltereta. Los pies se le levantaron del suelo, y un segundo después volaba por el vacío... Su alarido se mezclaba con el ulular del viento... Luego, el río se lo tragó.

El ama de casa se puso a llorar, y Karen le gritó:
—¡Olvídelo! ¡Usted tiene que pensar en sus propios hijos, ahora!

La chica del bikini yacía bajo el cálido sol, sorbiendo un refresco, viendo cómo los practicantes del esquí náutico resistían largo rato en equilibrio. Una ola subió por la arena y le acarició los pies. La joven movió los dedos dentro del agua caliente.

Los pasajeros del avión miraban y suspiraban.

—Parece magnífico. ¿Cuándo llegaremos allí? —un pasajero levantó la cortina de la ventanilla del aeroplano. La nieve se agitaba por el aeropuerto.

La línea aérea había abierto las portezuelas de algunos de los aparatos parados en el campo, e incluso proyectaba películas, que generalmente eran conferencias ilustradas sobre los países de destino, ahora más remotos que nunca.

En la terminal, hasta las máquinas automáticas que expendían caramelos habían quedado vacías. No obstante, aún podía comprarse licor, que calentaba el cuerpo y daba una sensación de bienestar. Al principio, los pasajeros pedían una copita en el bar, pero pronto adquirirían botellas.

La animación no tardó en volver, a medida que el calor de las mejillas de uno se propagaba a las de sus vecinos. Alguien encendió fuego en el suelo y lo alimentó con periódicos y revistas. La gente se reunió alrededor de las llamas, todos apoyaron los brazos en los hombros de los dos vecinos y se pusieron a cantar canciones antiguas, nostálgicas. En los rincones escondidos de la terminal, unas cuantas parejas se envolvieron con las mantas del avión e hicieron el amor.

El viento amontonaba más cantidad de nieve en ciertos obstáculos, y menos en otros.

Danny descansó un rato en el pobre abrigo de una farola antes de divisar el umbral de una tienda casi completamente libre de nieve. Danny se dijo que el dueño debía de estar allí, que debía de ser quien quitaba la nieve, y con la última reserva de energía que le quedaba se arrastró por la gruesa alfombra blanca.

Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. Quiso volverse, y la nieve se levantó a su alrededor, cercándole.

La mayoría de empleados de la limpieza se veían imposibilitados de llegar a sus puestos. El Departamento, viéndose con insuficiente potencial humano, decidió limpiar las arterias principales y dejar para otro día las calles secundarias. El Paseo del Río East era una de las vías más importantes, por lo cual habían concentrado allí un buen número de máquinas quitanieves y camiones.

Harry Teague percibía que el camión temblaba como un juguete al recibir las toneladas de nieve de la espiral de carga. Uno de los placeres que causa el conducir un camión pesado es la sensación de estabilidad, hasta de poder que proporcionaba y no cabía duda que en una tempestad de nieve como ésta era el vehículo más seguro de todos. Sin embargo, aquellos saltos le infundieron una angustiosa, si bien pasajera, congoja, y Harry Teague se apretó el cinturón de seguridad, gesto muy raro el él.

—¡Llévatela a Florida! —dijo al supervisor.

“Florida” eran las márgenes del río East, aunque la broma tenía más significado de lo que ellos mismos se figuraban. Ciertamente, en ocasiones habían cargado la nieve en vagones de mercancías y la habían llevado hacia el sur, cuando no había ningún sitio donde arrojarla.

De todos modos, el río East le parecía muy bien a Teague; aunque otros conductores no querían correr ni las pocas manzanas que les separaban del muelle y, sencillamente, descargaban en la primera calle secundaria cuyos vecinos parecieran menos inclinados a protestar. Probablemente, Teague tenía un poco más de pundonor. Con el camión completamente cargado, más pesado que nunca, recobró la sensación de seguridad.

“¡Apártate del camino, señor mundo, que aquí viene Harry Teague!”, y el hombre emprendió a buena marcha, rodeando el montón de coches abandonados y exultando con la sólida tracción y el único sentimiento de poder que había experimentado en su vida.

Estaba pasando bajo el Puente de Brooklyn cuando vio una pareja haciéndole señas desesperadamente. Normalmente, no habría pensado siquiera en recoger autostopistas, pero hoy no era un día normal. Teague paró.

—¡Eh! —dijo bajando el cristal de la ventanilla—. ¿Quieren que les sirva un poco de nieve?

—¡No, gracias! —contestó Mark, riendo—, pero necesitamos de toda necesidad que nos lleven a la calle Houston.

—Eso queda más allá de mi recorrido; pero pueden subir hasta donde yo voy. —Se inclinó y les abrió la portezuela.

Al subir, Karen dio un suspiro de alivio.

—¡Calor, Dios mío! Nunca hubiera creído que un día yo necesitase calor.

—Sí, de veras que han de tener ustedes alguna necesidad muy urgente para ir a donde fuere que vayan.

—Trato de encontrar a mi hijo. Pienso que habrá quedado aprisionado por la tormenta.

Harry rezongó:

—¡Diablos!, encontrará un portal abierto, u otro refugio donde meter la cabeza.

Karen hizo un signo de asentimiento.

Continuaron en silencio, hasta que Harry hubo dejado atrás el muelle.

—Bueno, ahí es donde descargo... —e hizo una pausa.

—¿Entonces...?

—Nada... —siguió adelante, hasta la calle Houston, y les dejó—. Encontrará a su hijo, no se apure. ¡Esto es Nueva York!

Les siguió con la mirada mientras ellos cruzaban la parte del centro de la ciudad y se internaban por las acumulaciones, hasta que desaparecieron en la blancura. Luego viró y buscó un sitio apropiado donde descargar, junto al río, no queriendo transportar la carga todo el rato para luego dar media vuelta completa y retroceder todo lo andado. Finalmente halló un espacio libre, maniobró y retrocedió con cuidado hacia el borde, preguntándose si la buena acción que acababa de realizar merecería, quizás, una gran recompensa.

—¡Mira, río! Harry Teague está arrojando su carga en ti...

Puso en marcha el motor de elevación de la caja, y notó que el vehículo se aligeraba a medida que aquélla se elevaba e inclinaba. La sensación de seguridad pareció abandonarle... y luego la inseguridad se convirtió en alarma, cuando las ruedas, desaparecido el peso de la carga, perdieron por completo la tracción. Luego las ruedas resbalaron, se deslizaron de un lado para otro, y antes de que Teague hubiera podido invertir la marcha, todo el vehículo se balanceó, y las toneladas de nieve lo arrastraron para atrás.

Las ruedas traseras pasaron sobre el borde del muelle, mientras Teague luchaba con el cinturón de seguridad, y luego, lo mismo que un juguete deslizándose fuera de la mesa, el camión resbaló hacia el río. Un momento después el agua helada ahogaba el alarido del chófer.

Empezaron con la mesa. Luego apilaron sobre ella todo lo que encontraron en el ático. Cuando Peggy Bjork paró unos instantes para recobrar el aliento, se maravilló de cómo trabajaba en colaboración con su familia. Esto debía de parecerse a los tiempos de los pioneros, quizás exactamente como cuando los indios atacaban y las mujeres y los niños cargaban los mosquetes y los pasaban a los padres. Ahora pasaban muebles a su padre, y él los apilaba bien para sostener el tejado.

Al final pareció suficientemente reforzado, y todos suspiraron de alivio.

—¡Nos hemos salvado del peligro!

Todos rieron y se rodearon con los brazos en una pifia humana. Volvían a ser una familia.

Cuando bajaron abajo, les pareció extrañamente oscuro. El granjero Bjork miró por la ventana y vio que la nieve subía de nivel, hasta formar acumulaciones que casi llegaban al segundo piso.

—¡Dios mío, podría cubrir toda la casa!

Volvió a subir corriendo al segundo piso y miró al exterior.

—Tengo que ir a buscar auxilio. No queda otro remedio.

—¿Con... este tiempo?

El hombre hizo un gesto de impotencia.

Se acurrucaban en la cabina telefónica, mientras el viento apilaba nieve contra el cristal. El ruido era tan fuerte y la conexión telefónica tan débil que Karen tenía que cubrirse con la mano el oído libre.

—Daniel Magnusson... —repitió la telefonista del colegio—. ¡Oh, no... confiaba en que no oiría más este nombre!

—¿Qué... qué pasa?

—Dígame, ¿cómo se explica que sepa más del tiempo que la Oficina Meteorológica?

—¿Ha ido al colegio?

—No. Ya le he dicho que es listo. Nosotros los adultos somos los estúpidos.

—¿Está segura de que no está ahí?

—Señora, sé perfectamente cuáles son los idiotas que han venido. Estamos todos amontonados, sitiados aquí.

Por la expresión de Karen al colgar, Mark adivinó la situación.

Sin pronunciar ni una palabra más, se arrastraron lúgubrementemente por los montones de nieve, volviendo la vista hacia todos los umbrales que podían ofrecer un cobijo, lanzando el nombre de Danny al viento, parando a personas desconocidas. Y Karen estaba más desesperada por momentos.

Pronto notaron que se estaban helando ellos también, y buscaron abrigo.

—¡Debajo de aquello!

Anduvieron a tropezones hasta la marquesina del teatro para ver desde allí cómo los peatones andaban fatigosamente, soplándose las manos para calentarlas, o miraban desesperadamente por el cerrado cristal el vestíbulo interior. Se saludaron unos a otros con movimientos de cabeza; eran desconocidos hermanados por una misma calamidad.

Karen y Mark miraban sombríos cómo el viento seguía soplando y los montones de nieve llegaban a mayor altura todavía. A Mark le pareció oír un rumor extraño, ajeno a la tormenta. Miró a su alrededor. El ruido había cesado, y Mark no se acordó más.

—¡Mira! —exclamó por fin—. Si nosotros sabemos buscar un refugio donde meternos, él también sabe. Más aún tratándose de un chico listo como Danny...

—En primer lugar, un chico listo no habría salido de casa.

—La mayoría de madres se vanaglorian de lo listos que son sus hijos.

Karen se limitó a suspirar y a mirar a la calle.

—Lo mismo que allá. Una pensaría que si el dueño hubiera tenido un poco de seso habría subido la marquesina. Dentro de unas horas, ya no la tendrá.

En efecto, la marquesina se doblaba bajo la acumulación.

—Ea —la animó Mark—, creo que Danny es bastante inteligente para no quedarse bajo una marquesina.

—Sí, tranquilízame.

—No lo hemos encontrado bajo ninguna. La verdad es que, como no le hemos encontrado en ninguna parte, esto significa que está dentro de un edificio, tomando... —Mark oyó de nuevo aquel extraño rumor. Miró arriba, luego al otro lado de la calle, a la marquesina combada... Pensó en la naturaleza de la nieve, en su fácil comprensibilidad, en la densidad que puede alcanzar si se la comprime mucho... Pensó en la marquesina que les protegía y en sus grandes dimensiones; se representó la nieve aprisionada en el foso, realizó unas evaluaciones aproximadas del volumen de nieve que sostenía, empezó a multiplicar unas cantidades supuestas...

Se oyó otro ruido sordo.

—¡Salgan de aquí! —Mark empujó a Karen y se volvió hacia los demás —. ¡Salgan de aquí!

Mientras empujaba, encima los pernos de metal se soltaban y el mortero viejo cedía. Los tirantes de acero salían volando por el aire, la brea y el asfalto se rasgaban como papel. Era como un temblor de tierra, o un cañonazo, o el Día del Juicio.

La mayoría de personas ni siquiera vieron el acero y las piedras que las aplastaron. Un hombre quedó aprisionado con vida, y chillaba.

Mark cogió una barra de acero que había quedado suelta, utilizó derribos como fulcro y logró levantar un poco el pedazo de marquesina. Sudando, levantó la vista y vio gente asomada a las ventanas.

—¡Pidan socorro!

Una mujer estaba hablando por teléfono con Kansas, con su hermana. Balbuceó unas palabras explicando lo que había ocurrido, y colgó para marcar el número de los servicios de socorro. Pero no logró ni que el aparato diera la señal de llamada. Renunció pues y se estrujó las manos frenéticamente.

No obstante, un hombre del otro lado de la calle consiguió la señal de llamada casi inmediatamente. A toda prisa, marcó el número de la patrulla móvil de la Policía. El timbre sonaba interminablemente.

—¡Vamos, so hijos de perra...!

Los policías estaban sentados junto a una cadena de conducción. Su tarea consistía en tranquilizar a los comunicantes, al mismo tiempo que tomaban nota de la naturaleza y localización de la emergencia. Las notas las enviaban mediante la cadena de conducción a los departamentos pertinentes. Pero la ironía que acompaña a los desastres, en este aspecto, es que reclaman los servicios que al mismo tiempo ellos mismos paralizan. Mientras las llamadas pidiendo socorro se acumulaban en el cuadro de distribución, no había policías suficientes para atender los teléfonos. Cuando se necesitaban más que nunca ambulancias, coches de policía y otros vehículos de emergencia, dichos vehículos estaban atascados en la nieve.

Simultáneamente, los cables llevaban la carga máxima de llamadas y sostenían la máxima acumulación de hielo. En el preciso instante que un cable telefónico cedía, docenas de conversaciones quedaban cortadas, y los comunicantes maldecían el pésimo servicio.

Los empleados de reparaciones habían trabajado cerca de veinte horas sin dormir, ni apenas descansar, emergiendo del sueño, treparon de nuevo al camión del material y salieron a enfrentarse otra vez con la tempestad.

Pronto localizaron el corte, y dos hombres subieron prestamente por el helado poste para llegar al cable roto. Mientras la nieve y el viento les azotaban el rostro y las manos, lograron acercar los cabos rotos y los unieron con un forro de cobre.

Cuando suspiraban de alivio y uno decía que iba a dormirse en el camión descubierto, aun a pesar de la nieve, vieron que la línea se rompía en dos sitios más, casi simultáneamente.

—No puedo... Jesús, no puedo... —gemía Karen.

Mark metía cascotes debajo del pedazo de marquesina para aligerar el peso que prensaba al anciano.

—¿Cómo se encuentra? —le gritó—. ¿Puede salir a rastras?

—No... no siento nada.

—¡Tendrás que tirar de él! —le gritó Mark a Karen.

—Pasaremos horas aquí...

—Hasta que llegue la brigada de socorro.

—Se demorarán horas y horas...

—De acuerdo, pues, horas y horas.

—¿Y Danny?

—No sé. ¡Por amor de Dios, Karen, ha de haber una docena de personas atrapadas ahí debajo!

—¿Dónde está Danny?

—Le encontraremos, pero tienes que ayudarme...

—Lo... lo siento... —Karen lloraba y tiraba desesperadamente de Mark—. ¡Déjalos! Hemos de encontrar a Danny.

—¿Dejarlos? ¡Están muriendo!

—Están muriendo por todas partes. Yo no soy responsable de toda la maldita ciudad.

Karen tiró de él con más fuerza, hasta que Mark se soltó con una sacudida, le dio un bofetón, le cogió los brazos, los colocó en los hombros del anciano y chilló:

—¡Cuando te diga que tires, tira! —en seguida apalancó el fragmento—. ¡Tira!

Sollozando histéricamente, la mujer tiró. El viejo se revolvió y quedó libre. Llorando a lágrima viva, dio las gracias a Mark y se cogió a su pierna con brazo débil.

Mark correspondió dándole una palmadita tranquilizadora y se volvió hacia Karen.

—¡Lo siento! Tenía que hacerlo...

Ella seguía llorando.

—Un viejo. Justo un viejo. En Groenlandia le hubieran dejado morir.

Los calentadores de petróleo eran ilegales; pero, en verdad, la prohibición no estaba en la mente de mistress Ramírez cuando lo encendió. La mujer se preguntaba cómo diablos abandonó jamás el hermoso trópico puertorriqueño. Se acordaba del terror que la invadía la primera vez que vio caer del cielo aquella extraña materia blanca.

Ahora experimentaba algo de aquel viejo terror. El camión del petróleo no podía efectuar el reparto, y el radiador y los tubos del agua caliente estaban casi tan fríos como el aire libre. Mistress Ramírez ya veía su propio aliento.

Mistress Ramírez previno a los niños que no se acercasen, trasladó la estufita a un rincón seguro, cerca de la ventana y regresó a la cocina, donde pudo arrimarse al horno.

Los vapores continuaban calientes hasta bastante más arriba de la llama del petróleo, y calentaron las cortinas de la ventana, las cuales absorbieron calor hasta llegar a su punto de ignición, y entonces se encendieron. Las llamas ascendieron por una cortina y se propagaron a la otra. Finalmente cayó un pedacito de tela inflamada sobre el sillón tapizado, y lo inflamó también.

Cuando mistress Ramírez oyó los alaridos de los niños, la habitación ya era un infierno en llamas.

El viejo adagio renació con todo vigor: “Entre Ohio y el Polo Norte no hay otra separación que una valla de alambre espino”. El viento, que, ciertamente, parecía bajar sin rodeos del Ártico, había transformado la llanura en una sucesión de montículos.

El granjero Bjork ya se arrepentía de haber salido en busca de ayuda. Tenía la sensación de que los pies le pesaban una tonelada, mientras trataba de escalar un montón monumental, al mismo tiempo que el viento le echaba para atrás.

Con más o menos pena, pensaba, si podía llegar a la cima, sobreviviría. Luego vendría una cuesta abajo.

Realizando un esfuerzo, que estaba seguro era la última reserva de energía que le quedaba, llegó a la cima del montículo y miró a su alrededor. Más allá sólo había otras colinas, todavía mayores.

Miró atrás, anhelantemente, hacia la casa de campo; pero había desaparecido detrás de la cortina blanca que parecía colgar fuera de su alcance.

Soltando un gemido, se hundió en aquella blandura casi hasta la cintura. Daba una sensación agradable, y el granjero pensó en cosas mullidas, tales como lechos y edredones de plumón. Era mucho mejor rendirse que luchar; tenderse sólo un poco, sólo un minuto, sólo para descansar.

Dejó que la nieve le acunara. Se experimentaba una sorprendente sensación de calor, y el granjero sintió el deseo pueril de arrojarse con ella. Reposaría un momento, cerraría los ojos brevemente, y emprendería la marcha de nuevo. Sólo unos momentos, se dijo.

En el primero de aquellos momentos quedó dormido, y la nieve se rizó a su alrededor.

Se había hablado de instalar aparatos de radio de recepción y emisión en aquellos trenes, pero las líneas de los suburbios eran, financieramente hablando, negocios puramente marginales, y una y otra vez se aplazó la instalación de unos aparatos tan caros, pues al fin y al cabo, la mejora habría significado otro aumento del precio de los billetes, y los pasajeros no lo habrían tolerado.

Además, el sistema de señales y agujas de cambio de vía prestaba buenos servicios desde unos setenta años atrás. Si un tren se paraba, el revisor izaba una banderola de señales o encendía una luz de aviso a una distancia suficiente para advertir al tren que viniera en aquella dirección. Hasta de noche, la luz se veía desde más de kilómetro y medio.

Sin embargo, hoy la tempestad era demasiado tremenda para que el revisor saliera al aire libre, de modo que el hombre se contentó encendiendo una luz en el vagón de cola. Se decía a sí mismo que ningún otro tren vendría a mucha velocidad. Todos tendrían la cordura de circular a la velocidad mínima, si no habían parado por completo.

Pero el tren que venía detrás no tenía semejante precaución. También ése estaba lleno de viajeros ansiosos, encareciendo al maquinista que corriera

cuanto pudiese. Y el maquinista, que había perdido tiempo en la estación, afrontaba la tempestad a toda la velocidad posible.

Entonces vio la linterna de aviso y tiró del freno de emergencia. Seiscientos viajeros cayeron de bruces, casi en montón. Los frenos despidieron un diluvio de chispas mientras las ruedas amontonaban nieve y continuaban resbalando por los raíles hasta que este segundo convoy chocó con el primero, metiéndose por debajo con una explosión de vidrios y metales. La máquina levantó el vagón de cola del otro, sacándolo de la vía, descarriló al siguiente y lo tumbó al sesgo antes de descarrilar por fin a su vez.

Algunos pasajeros murieron aplastados por el choque. Otros fueron despedidos, pero murieron decapitados o desgarrados por los restos cortantes o puntiagudos de los vagones. La nieve se empapó de sangre y los gemidos de centenares de heridos aumentaron el pavor del cuadro.

El hielo que se acumulaba en cornisas y salientes del centro de la ciudad, docenas de metros más arriba del nivel del suelo, sobrepasaba su punto de estabilidad. Más parecido a estalactitas que a carámbanos, el hielo colgante se rompía, una pieza tras otra, acelerándose a cada segundo en su caída hacia el suelo, de modo que la velocidad actuaba sobre la masa, la masa sobre la presión y la presión sobre los puntos agudos, con esas espantosas leyes de la física que hicieron pasar gabillas de trigo a través de árboles y ahora convertían el hielo en lanzas cortantes como navajas y lo hacían penetrar fácilmente en las ropas, la piel, la carne, los huesos.

El incendio que se había iniciado a causa de una estufita de petróleo se propagaba de una habitación a otra y de un apartamento a otro mientras los coches de los bomberos avanzaban fatigosamente por la nieve, se precipitaban por una calle, al final la encontraban obstruida por los montones de hielo y de coches abandonados, y tenían que retroceder. Si sólo les cerraban el paso un par de coches, los apartaban a un lado; pero el recorrido que normalmente habría requerido unos minutos ahora exigió hora y media, y cuando por fin los coches llegaron a su destino, el edificio entero estaba en llamas.

Aunque lo cierto es que no llegaron a todos sus destinos, porque las estrechas calles de los barrios pobres estaban obstruidas, y los coches de los bomberos hubieron de aparcar unas manzanas más allá.

Los bomberos corrían con las mangueras, haciéndolas serpentear por las áreas despejadas, al paso que tentaban en busca de bocas de riego enterradas. Sus propios gritos se mezclaban con los alaridos de los asediados por el fuego mientras apartaban la nieve de las bocas de riego, sólo para encontrarlas incrustadas de hielo.

Los bomberos golpeaban el hielo con hachas una y otra vez, hasta que se volvía blanco y se desprendían unos pedazos.

Con las gruesas llaves, hacían girar las válvulas, y otros enchufaban las mangueras, aguardando que viniera el agua.

Pero habían llegado demasiado tarde. Durante las últimas horas, la temperatura del agua de las conducciones principales había paulatinamente descendido lo mismo que la de todas las otras materias del universo; el líquido se había enfriado y contraído. Pero luego, con esa propiedad que sólo el agua posee, al llegar al punto de congelación se había dilatado de nuevo. Privada de libertad, empujaba las paredes de la cárcel con una fuerza terrible, un kilopondio sumándose a otro, hasta alcanzar una presión de más de cien atmósferas por centímetro cuadrado.

Finalmente, los debilitados tubos estallaban, con detonaciones que, a través del asfalto y el cemento, y dado el ruido de la tormenta, apenas se oían.

Y ahora, los bomberos, que esperaban cataratas de agua, sólo recibían un silbido vacío que descendía de tono hasta quedar en suspiro antes de morir por completo. Por último, y mientras las llamas saltaban al edificio contiguo, manaban unas míseras gotitas.

—¡Dame eso, hijo de mala madre! —dijo el de la cara redonda, tirando de la botella que tenía su compañero.

—Veamos cómo la coges, cara de cerdo.

El primero quiso cogerla con ambas manos, y su compañero le golpeó con ella.

En el otro extremo de la terminal, una muchacha gritaba y pataleaba mientras un hombre se la llevaba, separándola de su novio, le manoseaba los pechos y probaba de abrirse paso entre las piernas, ignorando los golpes que le propinaba el chico.

La camaradería se había evaporado y por todas partes estallaban peleas. Se peleaba por bebidas, por mujeres, por los goles de los partidos de fútbol, por cualquier cosa.

Un guardia de seguridad probó a telefonar pidiendo refuerzos, pero la línea no funcionaba.

Por el Nordeste, la gente se desesperaba aguardando a familiares y amigos que no comparecían. La mayoría no podían utilizar los teléfonos porque las líneas estaban sobrecargadas, o porque los hilos se habían caído. No podían pedir ambulancias, médicos, la policía, los bomberos, o, simplemente, unas palabras tranquilizadoras. En algunos lugares, las conducciones eléctricas estaban cortadas, lo cual significaba que no había energía para las bombas. Los grifos estaban secos; los inodoros, llenos; la comida de las neveras empezaba a corromperse. Las viviendas con calefacción de petróleo o carbón se enfriaban.

Aviones, trenes, camiones, transportadores vitales de combustible y víveres, o no salían de sus reductos o quedaban en la nieve. Los trenes que traían leche vendían la carga a unos precios ridículamente bajos a parroquianos que acudían a comprarla con baldes, mientras unos kilómetros más allá la gente se empujaba y peleaba por unos cuartillos de leche superaguada.

El temporal arrojaba los barcos contra los muelles, o los aporreaba en el mar como a veleros de juguete.

Lo mismo que un organismo inmenso, la ciudad se marchitaba en sus extremidades, y luego, poco a poco, la muerte reptaba hacia sus centros vitales de comunicaciones, hacia su sistema nervioso.

Había algunas espasmódicas y enérgicas chispas de vida. La banda de los radioaficionados emitía desde coches y camiones (bullendo de gritos, parloteos y súplicas) sobrecargada ya como las líneas telefónicas de una fiesta con demasiados chismosos. Los radioaficionados expertos actuaban en los canales más libres, contestando o retransmitiendo los mensajes que podían.

Los más importantes, en este sentido, eran los locutores de radio y televisión, con los ojos enrojecidos y el genio destemplado, y los escasos y agotados miembros del personal de las emisoras, cargados de sueño y de cansancio, que a veces pulsaban botones que no debían y cortaban las noticias en mitad de una frase.

Privada de sus comunicaciones, la ciudad había retrocedido un siglo, había vuelto a la época de los vendedores ambulantes, que ahora vendían unas míseras cantidades de víveres y combustible a precios diez y veinte veces superiores a los normales.

Para las personas que no podían salir de casa, el salto atrás era muchísimo peor aún, era el retorno a una edad en que las tribus se amontonaban en las cavernas para combatir la pavorosa oscuridad del exterior. Ahora temblaban en angostas, solitarias viviendas, y se preguntaban si existía siquiera un mundo más allá del borrón blanco de las ventanas.

En el terrado del Servicio Meteorológico estaban los aparatos receptores, sensitivos, de los diversos instrumentos, todos helados, sólidamente cerrados, con lo cual hasta los meteorólogos eran incapaces de saber cuánto duraría la tormenta.

No obstante, un instrumento continuaba libre. Fin los sótanos del edificio de Ciencias Planetarias de la vecina universidad, había una miniatura delante de una casita en miniatura.

Sin embargo, muy poco a poco, el hilo de catgut del que colgaba la bruja empezó a retorcerse a medida que se encogía con el descenso de la humedad. Poco a poco, la bruja entraba dentro de la casita, y salían Hansel y Gretel, los enamorados.

En la terminal del aeropuerto, con sus grandes ventanas panorámicas, alguien advirtió el primer aligeramiento de la nevada y que el firmamento clareaba un poco.

—¡Eh, por fin se acabó el mal tiempo!

Al principio, su grito apenas se oyó entre aquella algarabía; pero el hombre volvió a gritar con más fuerza.

Todos suspendieron las peleas para levantar los ojos hacia lo alto, y vieron que tenía razón. Entonces se precipitaron hacia las ventanas de observación y contemplaron las nubes hasta que pudieron ver la vaga silueta del sol. Algunos lloraban. Otros, que se estaban peleando hacía unos instantes nada más, se abrazaban y reían.

Otros rescatadores habían venido en ayuda de Mark y Karen. Mark decidió olvidar el arranque anterior de la mujer; sabía que por lo común no se hubiera mostrado tan espantosamente egoísta. Mark atribuyó el hecho a una alteración emocional.

Por toda la ciudad, la gente salía de sus casas a bendecir al sol, y abría caminos para poder circular.

Los pasajeros de un tren elevado prorrumpieron en vítores cuando una enorme escalera de bomberos fue a descansar contra la portezuela de un vagón. Esperaban a un bombero, pero lo que les deparó la suerte fue un muchacho flaco y picado de viruelas que dijo llamarse Herbie y que cobraba diez dólares por cabeza a los que quisieran utilizar la escalera.

—¿Que nos dejas utilizar la escalera? ¡Vete al diablo!

Herbie encogió los hombros y volvió a bajar.

El indignado caballero salió y puso el pie en un peldaño; pero Herbie, desde abajo, se puso a mover la escalera. El caballero soltó un grito y volvió a meterse en el vagón. Herbie esperó hasta que el hombre le mostró un billete de diez dólares. Cuando el primer usuario llegaba abajo, otros formaban ya una cola arriba, cada uno con un billete de diez dólares en la mano.

Cuando los policías llegaron junto al taxi, el chófer parecía sosegadamente dormido. Pudieron oír las dos radios en marcha dentro; la de radioaficionados y el transistorcito. La portezuela estaba cerrada, así como los cristales de las ventanillas. El guardia dio unos golpecitos a la ventanilla.

—¿Está perfectamente bien, amigo?

No hubo respuesta, ni siquiera cuando el policía dio unos golpes fuertes. Al final el policía pasó un lazo a través de los burletes y levantó el cierre de la puerta. Los gases acumulados le hicieron lanzar una exclamación sofocada, y Richie Fuselli cayó sobre la nieve, a sus pies, sin vida.

—¡Ahí vienen!

—¡Gracias a Dios, por fin!

Los pasajeros corrieron hacia la ventana de observación para ver cómo sus rescatadores apartaban la nieve con las palas. Venían cargados de emparedados y café.

—¡Ah, hermano, cómo nos alegra verle!

—Eso me figuraba. El café vale cinco dólares; los emparedados, diez.

—¿Está loco?

—Depende. ¿Tiene hambre?

Cuando la tempestad cesó, el silencio fue total y también pavoroso, a su manera. Luego mistress Bjork y su hija oyeron el ronroneo distante. En seguida encendieron fuego y utilizaron ropas mojadas para producir humo negro.

El helicóptero de patrulla vio la señal. Un hombre bajó por una escalera para preguntar si estaban bien y qué necesitaban.

—¿Mi marido está bien, entonces?

El hombre la miró inexpresivo.

—Fred Bjork. Llegó hasta ustedes, ¿no?

—Pues... no. Nosotros estábamos dando un recorrido general y hemos visto este humo.

—¡Está ahí fuera, por alguna parte de la llanura!

El hombre volvió la vista hacia los campos y meneó la cabeza.

—No podremos encontrarle hasta que se derrita la nieve.

Míster Christedes pensó que debía abrir sin más tardanza la zapatería. Después de todo, la gente necesitaría botas, chanclos y probablemente zapatos nuevos para reemplazar los que habían arruinado; de modo que cogió una pala sin esperar a que las brigadas de la limpieza quitaran la nieve.

Al acercarse a la puerta, se asustó ante un ser que parecía un animal grande y peludo acurrucado en el umbral. El zapatero se preguntó si había de llamar a la policía. Luego vio el destello de las gafas y se dio cuenta de que el animal era un ser humano, un chiquillo en realidad.

Ahora paleaba con más fuerza, y cuando llegó hasta Danny probó a despertarle zarandeándolo.

Pero Danny no se novia.

Cuando la noticia se iluminó en el rótulo eléctrico que rodeaba la torre del *Times*, la gente aislada en la Times Square (La Plaza Times) prorrumpió en sonoros hurras. Habían sobrevivido a una tempestad de nieve peor que la de 1888, con trece centímetros más de nieve que entonces, el viento a una velocidad de trece kilómetros más por hora y con acumulaciones de nieve de dos y tres pisos de altura.

Luego vino la ducha de agua fría de las estadísticas dando números de los que no habían sobrevivido a la tempestad, de accidentes de trenes y coches, asfixias, congelaciones, incendios, hambre...

Los negocios habían quedado destrozados y las pérdidas monetarias eran enormes. Motines, estafas, saqueos y otros crímenes crecían como la espuma.

Lejos de estar en mejores condiciones que algunas culturas primitivas para resistir tamaña catástrofe, la sociedad moderna resultaba más frágil. Las acumulaciones aéreas se desbarataban más fácilmente que con automóvil; los automóviles se estropeaban más fácilmente que los trenes, y los trenes más fácilmente que los caballos.

Se aseguró que se realizarían investigaciones, y se prometieron mejoras. Se instituirían sistemas y servicios de urgencia, y no volverían a ocurrir colapsos parecidos en todos los servicios.

Pero la tormenta había terminado, y los que habían sobrevivido a ella tendrían algo que contar a sus nietos.

Danny yacía inconsciente debajo de una tienda de plástico. Se le veía débil, vulnerable. Un tubo le penetraba en una ventanilla de la nariz y por el tubo descendían líquidos nutritivos. Karen lloraba al verle, aunque el médico decía que estaba fuera de peligro.

Karen cogió la mano de Mark.

—Cuando esté mejor... nos marcharemos, antes de que descargue el gran golpe.

—Naturalmente. Todo el mundo se irá.

—No... no. Sólo nosotros.

Mark le apretó la mano y no dijo nada.

La nieve se estaba volviendo negra, a causa del hollín y los humos, con manchas amarillas, por obra de los orines de los animales. Los niños jugaban en las montañas de nieve formadas por las máquinas, mientras los peatones andaban recelosamente por las zanjas limpiadas, que en algunos puntos habían de formar una especie de túneles.

La atmósfera se había calentado de nuevo, enviando continuos hilos de agua sucia a los apartamentos subterráneos, mientras el sol cocía los montones de basura no recogidos aún.

—Cierra esa maldita ventana. Entra un hedor horrible —dijo Fink.

Mark obedeció, y luego se volvió hacia los reunidos.

—Y esto ha sido solamente el principio, como una degustación de lo que vendrá.

—¡Ehhh...! —Fink desechó la afirmación con un manotazo.

—¡Oh, Jesús! ¿Quieres decir que después de todo esto no estás convencido todavía? Esto ha sido peor que lo de 1888.

—Sí, todos sabemos lo que ocurrió en 1888. Pero, ¿qué me dices de la famosa tempestad del 89?

—¿De qué estás hablando? En el 89 no hubo ninguna tempestad.

—Este, mi querido Watson, es el detalle significativo de la tempestad del 89.

—No te entiendo.

—Después del 88, las cosas volvieron a la normalidad. Lo mismo que ahora. Tu Era Glacial ha llegado y se ha ido, Marcus. Fíjate, hace calor de nuevo. Abre la ventana... No, no la abras. Créeme bajo mi palabra, ha vuelto la buena temperatura.

Mark se volvió hacia su amigo.

—Hideo, ¿no tienes nada que decir?

Como la mente del geólogo andaba por otras regiones, Mark tuvo que repetir la pregunta. Al final, Ehdeo levantó los ojos, se encogió de hombros e indicó que “no” con un movimiento de cabeza.

La profesora de Geografía recogió el argumento.

—Fink tiene razón. La tormenta ha sido demoledora, es cierto, pero quedó relativamente localizada. ¿Y no fue usted quien nos dijo que en el planeta se producen sesenta mil tempestades al día?

—Pero ésta ha tenido un significado especial. Es la Bomba A, que disparará la Bomba H.

—Bueno, tenemos tu teoría de la bomba contra mi teoría del eructo —replicó Fink—. Sufríamos un gran dolor producido por los gases de allá abajo, del Cabo Hatteras; los gases subieron hasta el punto donde nos hicieron eructar, y ahora todos nos sentimos muchísimo mejor.

—Yo no me siento mejor —replicó a su vez Mark, meneando la cabeza.

—Bien, aun suponiendo que tenga razón —dijo la geógrafa—, ¿qué espera que hagamos?

—Trasladarnos.

—¿A dónde, y con qué?

—Con todo, hacia los trópicos, donde podamos sobrevivir.

—La bautizaremos el Arca de Mark. Una pareja de cada especie viviente, ¿no?

—Si lo quieres interpretar así...

—Sí, quiero —contestó Fink—, siempre que me encuentres una pareja viviente bonita.

Los otros ya se repartían en grupitos separados, hablando de sexo y fútbol y de lograr que les publicasen un documento. Después se marcharon, dejando a Mark y a Hideo solos.

Mark meneaba la cabeza maravillado.

—No puedo creerlo. Son avestruces, desde el primero al último... —en esto se dirigió a Hideo—. ¿Y tú? ¿Dónde estabas?

Hideo estuvo unos momentos sin responder.

—No habría servido de nada. ¿Quieres que te hable del sinfín de casas construidas en la falla de San Andreas? —Apoyando los pies sobre la mesa, se inclinó hacia atrás y clavó la mirada en el techo.

Mark suspiró exasperado.

—¡Maldita sea! Te he recogido yo mismo en el aeropuerto, pero no juraría que hayas regresado del todo.

Hideo movió la cabeza lentamente.

—Y es que no he regresado... no —hizo una pausa—. Ya sabes, viven muy a gusto aquellos esquimales. Allí aprecias cosas en las que nunca habías pensado: el calor de la lumbre, el cazar para comer, los niños... No piensas tanto en el ayer ni en el mañana; pero el momento presente se vuelve hermoso de veras.

—Bien, quizá tu “presente” lo fuese; el nuestro, no. Nosotros tuvimos una pequeña muestra de tu hermosa Groenlandia, sólo una muestra, y por poco nos mata a todos. ¿Qué sucederá cuando venga el azote auténtico?

Hideo sonreía levemente.

—Allá arriba parecía bonito.

—Allá arriba quizá lo sea, y a mí no me sabría mal que continuase allí. Pero yo estuve aquí durante la tormenta; en cambio tú no estabas; de modo que no me vengas con balbuceos sobre verdades y bellezas ahora que la nieve ya se derrite. Lo único que yo veo venir es una matanza general. ¿No me hablaste de la antigua Mesopotamia sin arroz? Pues mira, lo que viene será el mundo entero sin mundo.

—Está bien, está bien. Me has convencido —y se levantó para irse.

—¿A dónde diablos vas?

—A enterrar la cabeza en la arena como todos los demás —en la puerta, se detuvo un momento—. O en la nieve —y desapareció.

Mark miró un rato el teléfono, y finalmente llamó al periodista del *Times*.

El periodista escuchó con gran paciencia todo el relato, y, cuando Mark hubo terminado, se puso a reír.

—Titulares: “El Mundo ha llegado a su fin. Resultados de fútbol en las páginas interiores”.

—Me alegra que lo considere divertido.

—Mire, Haney, hemos tenido historias diciendo que el mundo estaba terminando desde que grababan periódicos en piedras. Y hasta el momento, el mundo sigue ahí.

Mark hizo un esfuerzo y dominó la cólera.

—Está bien. ¿Qué se precisa? ¿Qué necesita?

—Por una parte, corroboración. ¿Tiene la facultad detrás de usted?

Mark hizo una pausa.

—Pues... le diré... se irán convenciendo.

—Pero todavía no lo están.

—No es... su departamento, en realidad; mas, lo cierto es que yo lo afirmo rotundamente. Yo, Mark Haney, y pongo todo lo que soy en el envite.

—Lo cual (mírelo cara a cara, Haney) no es mucho.

—Oiga, espere un seg...

—No pretendo ofenderle, Haney. Yo también soy un hombre de poco peso en este polo de los totems. Por esto estamos hablando. Yo mismo me pondría en peligro, en ese caso.

—¿No dijo una vez que estaba hecho para correr riesgos?

—Pero no tantos. Usted me ofrece un reportaje explosivo, y yo no tengo la talla suficiente.

—¿Quiere decir que tiene miedo?

—Pues, claro que lo tengo.

—Le traeré las pruebas, las fotografías, las medidas realizadas, los cálcu...

—Quedaría por encima de mis facultades. Mire, todo eso enséñeselo a otros expertos de su campo.

—Tardaría demasiado.

—¿Cómo ha de tardar? Ustedes deben de tener alguna red de comunicaciones, de la clase que sea: un teletipo, o algo así.

—Sí. Nos reunimos una vez al año y hablamos de nuestras cosas en el vestíbulo o en un bar.

—Un esquema muy adelantado.

—Un poco lento sí los es. Y aun así, no nos fiamos unos de otros.

—Empiezo a ver la causa. Está bien, al menos acuda al jefe de su departamento. ¿O es que tampoco le ve más de una vez al año?

Mark titubeó.

—No me diga.

—Está... está ausente, con permiso.

—¿Ah, sí? ¿Y a dónde se ha ido?

—Pues... no lo sabemos bien. Dijo que se pondría en contacto con nosotros, cuando se hubiera acomodado.

—Es una pena. Lo siento.

Incluso mientras mentía, Mark sufría pensando si el pobre Guzmán estaría vagando por las calles.

Al regresar con su barca de la jornada de pesca, el señor Avila tenía varios motivos para estar desazonado. Los nuevos peces que había pescado en la Corriente del Golfo ya no abundaban tanto. El descenso había sido notable y continuo, y los peces antiguos no habían regresado para compensar la diferencia. En el océano ocurría algo muy raro.

Ahora, al acercarse al muelle, vio a un forastero, observándolo todo como un turista. Era un ciudadano de los Estados Unidos, no cabía duda, el primero del invierno.

Avila tenía opiniones contradictorias con respecto a los turistas. Traían dinero, por supuesto, y a veces le alquilaban la barca para un día de pesca. Eran exigentes, eran arrogantes, y si venían demasiados... bueno, sólo había que echar una mirada a Tijuana.

Pero dándose tan mal la pesca como se estaba dando, el dinero era dinero.

Avila se dijo que se mostraría simpático con los americanos, mentiría un poco respecto a la pesca, y quizá le alquilaran la barca, pagándole por adelantado. Primero había de trabar relación con ellos.

—¡Buenos días, señor! ¿Es usted americano?

El otro asintió con la cabeza.

—Baja usted temprano.

—Ha venido temprano el frío —contestó Guzmán.

En el silencio de las dos de la madrugada, su voz sonaba fuerte.

—TL8XNT... TL8XNT... Hola, TL8XNT... Doctor Schumer... —Mark hizo una pausa, y luego, tomando un poco de aliento, pronunció por vez primera sus propias letras de llamada—. Aquí es W2QRV... Aquí W2QRV... Whisky, Dos, Quebec, Romeo, Víctor, llamando a TL8XNT y a la espera.

Repitió las siglas de llamada del doctor y las suyas propias varias veces más y esperó. Y esperó. Sólo llegaba el silbido.

—¡Maldita sea!

Mark se volvió y vio que el cuarto estaba vacío. Karen había ido a ver cómo estaba Danny.

Entonces él fijó la mirada en los utensilios esquimales, en el hueso aguzado que servía de aguja de coser, en el cenicero descomunal que era en realidad un candil de aceite de ballena, y en el látigo, con su mango complicadamente labrado y su larga tira de cuero. “Algún día necesitaremos eso aquí mismo”, musitó.

Al final, pasó a otra frecuencia, una que resultó atiborrada de una confusión de señales, entremezcladas con zumbidos, silbidos y chasquidos de interferencias atmosféricas, formando en conjunto la cacofonía de la civilización.

Mark siguió escuchando hasta que Karen entró de nuevo en la habitación, tranquilamente desnuda, a pesar de que el aire estaba frío.

—¿Qué tal va? —preguntó Mark.

—Duerme satisfactoriamente. Todavía está débil. Necesitará un tiempo para recuperarse.

—Sí, suponiendo que nos quede tiempo.

—¿Qué estabas haciendo? —se había plantado detrás de él y miraba la radio, a la vez que le acariciaba la nuca.

—Trataba de despertar a los muertos —y soltó la carcajada.

—No se puede. Aprende a aceptar la naturaleza tal como es.

—¡Ya volvemos a las andadas!

—El único punto de desacuerdo entre nosotros. —Karen se deslizó a su alrededor para sentársele en el regazo, y le abrazó.

—Sí, y el de tener la habitación tan condenadamente fría.

—Tú y yo nos damos calor recíprocamente.

—Mmmm... —le besó los dos pechos.

Ella le estrechó con más fuerza y permaneció unos momentos callada.

—Mark...

—¿Mmmm?

—¿Por qué escuchas eso?

—Me gusta la música.

—Lo que... —la mujer titubeó.

—¿Qué?

—Lo que les ocurre a ellos, no quiero que nos suceda a nosotros.

—No es preciso que nos suceda a ninguno de nosotros. Con el tiempo suficiente, todos se convencerán.

Karen meneó la cabeza.

—¿Qué quieres decir: que no habrá tiempo suficiente, o que no se convencerán?

—Quiero decir que no te preocupes. Dejemos que suceda lo que deba suceder. Nada más.

Mark escuchó las voces de la radio.

—Esos que hablan ahí son seres humanos.

—Son voces, solamente voces. Nosotros somos la única realidad, tú, Danny y yo.

—Somos una civilización. Lo que nosotros somos, lo que nosotros hacemos... Suelta tres hilos y la tela se deshace.

Se arrimaron más el uno al otro y estuvieron un rato sin decir nada.

—Mark...

El suspiro de Mark tenía cierto timbre resentido.

—Aquel profesor de Geografía, ¿cómo se llama?

—Lo que sea.

—Sí, el profesor Lo-que-sea. ¿Te acuerdas de los leones?

—¿Qué leones?

—¿De cuando salvaron todos aquellos animales y los llevaron a limar seguro?

—¿Qué?

—Pones cuatro leones donde sólo vivían dos, y terminas sin ningún león.

Mark la apartó un poco para mirarla bien.

—Eres una mujer sosegada y con pleno dominio, y sabes perfectamente bien lo que estás diciendo.

Karen movió la cabeza afirmativamente.

—Muy bien. Pues, dilo.

—El gobierno lo sabe, y no lo dice.

—¿No?

—Y hace bien.

—¿Hace bien? Será una carnicería mayor que la de una guerra nuclear. Morirá el noventa por ciento del globo.

—El diez por ciento restante sobrevivirá. Pero no ocurriría así si todo el mundo se precipitase hacia los trópicos.

—Yo no puedo impedirlo.

—Quieres decir que no corresponde a tu departamento.

—No entra en mi departamento, en efecto. Yo tengo que hacer lo que considero conveniente para mí.

—Para nosotros.

—Muy bien, para nosotros.

—Mark, nosotros somos nosotros.

—¿Eh?

—Somos los únicos nosotros.

—No te sigo. Te estoy perdiendo.

—No, me tienes. Me tienes. —Le abrazó de nuevo, dejó que un seno le llenase la boca, le acarició las orejas y notó que le entraba el deseo. Ella casi lloraba, de desesperación—. Mark... vivamos *nosotros*.

En seguida le levantó la cabeza, la atrajo hacia sí y le besó, abriendo la boca para recibir su lengua; luego cerró los labios alrededor de ella. Jadeaba extasiada. Tuvieron que separarse para poder respirar.

—Tú hablabas de aceptar la muerte —dijo él.

—En su momento, cuando sea justo, cuando deba venir. Hasta entonces, quiero vivir, quiero que vivamos.

Mark deslizó la mano hasta el muslo de Karen y notó que se humedecía de deseo. Y la abrazó con nueva ternura mientras ella daba la vuelta, dejaba caer la pierna y le rodeaba con ella, a la vez que se arrimaban más y él notaba cómo la iba penetrando, cómo se deslizaba dentro de ella con deliciosa facilidad.

Las señales de radio seguían sonando, un centenar de voces que no estaban en el dormitorio, procedentes de rincones apartados del globo, a distancias que quedaban fuera de la comprensión y el interés.

Las corrientes de aire seguían recorriendo sus sendas fundamentales, tan inalterables a su manera como las leyes fundamentales de la física, calentadas por el sol en los alrededores del Ecuador y luego transportadas hacia la frialdad de los Polos. Pero pronto empezarían a seguir caminos nuevos, a describir nuevas pautas.

Se había desencadenado una tempestad en el Nordeste, la peor que recordaban la mayoría de ciudadanos vivientes; pero al marcharse, siguiendo su curso, había dejado de preocuparles.

Es cierto, normalmente la tempestad se habría disipado en el mar; pero tal como la humanidad lo iba advirtiéndolo, la normalidad se desvanecía a toda prisa. En primer lugar, el calor que producía vapor de agua sobre el Atlántico

hacía lo mismo sobre los mares árticos, de modo que había unas nubes aguardando sobre la gran sábana de hielo de Groenlandia, una humedad que revitalizaría a la tormenta antes de que ésta muriese.

Al poco tiempo, lejos de la vista de los hombres, una nueva tormenta bramaba. Centímetro a centímetro, la nieve se acumulaba sobre el hielo; los copos individuales se posaban livianamente, separados por las ramas de los otros copos. Pero al caer más nieve, a medida que los centímetros se convertían en decímetros y los decímetros en metros, la nieve del fondo se aplastaba, como puede uno aplastar un puñado en la mano. Los bracitos de los copos se partían bajo la presión, y los cristales se apiñaban para formar hielo granuloso.

El glaciar sobrealimentado helaba a su vez el aire de encima, trayendo más nieve aún, metro tras metro, tonelada tras tonelada. El hielo granuloso se comprimía más y más, hasta que las últimas bolsitas de aire salían despedidas fuera y se transformaban en un hielo especial con una densidad increíble, e inamovible, impenetrablemente sólido según todos los cálculos humanos.

No obstante, la naturaleza actúa con fuerzas mayores. Millones de toneladas continuaban acumulándose en la cima, pero ya no había nada que expulsar del fondo. No había ningún otro sitio a donde ir sino fuera, con lo cual aquel hielo, el sólido más duro de todos, rezumaba como melaza.

Físicamente, se estaba aplanando, extendiéndose bajo su propio e inmenso peso. Se comportaba como un ser vivo, una ameba de centenares de kilómetros de diámetro, enviando a ciegas extensiones exploratorias de sí mismo, dedos de hielo que tanteaban entre peñas y pedruscos, engrosándose a medida que encontraban paso y el enorme cuerpo, cachazudo, del glaciar inmenso venía detrás.

Peñas y pedruscos eran arrancados, arrastrados rodando para convertirse en dientes o limas gigantes, de modo que ahora el glaciar podía triturar y pulverizar todo lo que hallaba a su paso, así como tragárselo entero.

Al final llegó a la cordillera de montañas, y ahí se quedó cohibido. Los dedos parecían retraerse, al tiempo que llegaba más hielo, y el glaciar se replegaba sobre sí mismo.

Ciento sesenta kilómetros más atrás, la nieve continuaba alimentándolo, de modo que su frente se elevaba, ascendiendo despacio, con gran paciencia por la ladera de la montaña, hasta que alcanzó el paso, y luego se derramó por él. Físicamente, los movimientos de avance, y hasta los de retroceso, no eran producto de la concordia, sino de la lucha loca y desordenada, en la que

innumerables cristales cedían de mala gana, se retorcían, cambiaban de forma y finalmente se entregaban.

En la base del glaciar, las inmensas presiones mantenían estos conflictos en una masa gelatinosa. Sin embargo, en la cima se manifestaba esa pugna, y el hielo se partía y se separaba en un millar de grietas que crecían y disminuían, se soldaban y se reformaban a cada curva del suelo.

Más allá estaba el poblado de los esquimales. Los habitantes habían huido, dejando atrás a una anciana, que ahora estaba sentada delante de su *igloo*, aguardando. Hacía mucho tiempo ya que aguardaba en esta postura, sin moverse, tranquila, callada.

Se acordaba de cuando fue ella la que dejó a sus padres atrás. A la sazón, habían de enfrentarse con el oso blanco, o, simplemente, morir de hambre. Las antiguas leyendas contaban que hubo tiempos en que la gente se enfrentó con el propio gran hielo en su lenta marcha.

Ciertamente, era mucho mejor morir así dentro del abrazo de la misma Tierra, ir a participar del Espíritu de Todos los Seres.

Los truenos se volvían casi ensordecedores a medida que el hielo resbalaba adelante, engulléndolo todo. Era un espíritu de un hambre infinita, o de infinito amor. Se acercaba a los *igloos* y se los llevaba sin dificultad, devolviendo el hielo al hielo. Un día lo fabricaría todo de nuevo: *igloos*, montañas, osos y personas... ¿Y quién podía decir cuál de estas cosas sería entonces la anciana?

Ahora se le echaba encima. La vieja no podía ver la cumbre, pero podía mirar adentro, y miró. Vio su luz, todos los colores soñados y no soñados, un deslumbrador caleidoscopio que giraba furiosamente, extendiéndose hasta el infinito. Era la luz del mismísimo Espíritu, y al mirar más adentro, la vieja pudo ver ahora su Todos-Los-Seres, los osos y focas y peces que su familia había matado, todos ellos dándole la bienvenida.

La vieja miró más profundamente aún, y vio a los otros espíritus, su marido, sus padres, sus abuelos, todos llamándola, todos tendiéndole los brazos, esperándola. Ella extendió los suyos, y en el último momento los tocó a todos, tocó la eternidad.

Veinte kilómetros más arriba, el satélite observaba la destrucción del pequeño poblado. Veía cómo el glaciar crecía por momentos, medía el calor que el hielo del glaciar robaba a la atmósfera y el frío que devolvía en su puesto, insuflándolo a las corrientes que circundaban el planeta.

Cuando el aire frío chocara con el caliente, habría nuevas convulsiones, nuevas tempestades, más destrucción. Todo esto, el satélite lo observaría

impasible, lo anotaría, lo transmitiría. Importaba poco si abajo había o no una inteligencia que recibiera la transmisión. Alimentado por las baterías solares, estable en su órbita, el satélite continuaría formando sus gorjeos electrónicos, tanto si alguien los escuchaba como si no los oía nadie.

Valle de Owens, California

—¡Mamá, es hermoso!

Peggy Bjork echó los brazos alrededor del cuello de su madre y lloró exactamente igual como lo hizo años atrás al encontrar un caballo-mecedora, bajo el árbol de Navidad, aunque por todo lo demás esto de ahora se parecía muy poco a la Navidad. El día era luminoso y los campos estaban verdes, de cosechas que crecían.

En verdad, nunca había recibido un sol tan caliente. Ohio quedaba muy lejos, lo mismo que la nieve, lo mismo que la muerte de su padre.

Mistress Bjork también lloraba, embargada por las mismas emociones con que uno hace frente a una vida nueva, mezcla de alborozo y miedo, amén de un extraña incredulidad. Sabía, de todos modos, que no podía seguir viviendo en Zanesville, no podía continuar en aquella granja donde su marido había perecido helado, ni podía resistir allí otro crudo invierno.

El banco se había ocupado de resolver los problemas: la venta de una granja y el arriendo de otra. Quizá Peggy y sus leyendas de pioneros influyeran en que escogiesen California; pero en todo caso parecía una elección sensata.

A mistress Bjork le sorprendía un poco la facilidad y la rapidez con que se había resuelto todo. Lo de proceder a un arriendo y no a una compra-venta pura y simple parecía desacostumbrado; pero el antiguo anhelo de “tierra propia” de mistress Bjork se había agriado, y ahora más bien se le antojaba una esclavitud.

Aún más peculiar resultaba el hecho de que el auténtico dueño de la finca, al final de una larga lista de agentes, fuese el Condado de Los Angeles, prácticamente en la otra punta del Estado, quinientos sesenta kilómetros más al sur. Extrañas eran en verdad, las cosas del gobierno.

Aunque, en realidad, los procedimientos del gobierno eran, a veces, astutos y previsores. Medio siglo atrás, el Condado había enviado agentes a comprar aquellas granjas del norte, sólo para adquirir los derechos sobre las aguas subterráneas, y luego las había arrendado a los antiguos dueños.

Para mistress Bjork, esto tenía un interés puramente académico, a lo sumo. Ella sabía conocer una finca bien llevada, un buen suelo de cultivo, un

clima benigno con una luz solar apreciable y un cuidadoso equilibrio entre ganado y cosechas.

Aquí no había que temer tempestades de lluvia, de granizo o de nieve. La naturaleza había sido manipulada y domesticada. Bajo el cielo estable, se había conducido agua en cantidades reguladas y medidas dentro de acequias de riego, conectadas a su vez con los fenomenales depósitos alimentados por las nieves de Sierra Nevada. Y en caso de que los acueductos fallaran, estaban los pozos que extraían el agua subterránea, al parecer inagotable. Cuando mistress Bjork la cató, la encontró pura, fresca y muy potable, muy distinta a la insípida agua de lluvia y la contaminada agua del río de Ohio.

La naturaleza se mostraba generosa e inagotable, y tanto la madre como la hija comprendieron que habían encontrado su nuevo hogar.

El noticiario de la televisión mostraba a unos aldeanos bajando una estatua religiosa de su pedestal y acercándola a un lazo corredizo, para luego amenazar al dios que representaba con colgarle si no llovía pronto.

El locutor proporcionó luego la información abstracta de que los Estados Unidos no tenían problemas inmediatos de seguridad, pero estaban observando la situación de muy cerca. El colapso inminente del gobierno de la India, la muerte por inanición de muchos millones de personas, debida al inexplicable retraso de los monzones, y los motines resultantes no se consideraba que tuvieran implicaciones directas; pero, por supuesto, el gobierno americano correría cuanto antes en ayuda de los afectados.

Se pudieron ver brevemente las instalaciones del Servicio Meteorológico indio, y hubo una entrevista con el doctor L. V. Singh, que apenas sabía articular una frase, ti buen hombre parecía conmocionado, y el locutor cortó la entrevista sin rodeos.

Mark intuyó la emoción que embargaba al doctor Singh. Él también la había experimentado. Y reconoció algo más, que apenas se advertía entre la masa de instrumentos: un receptor de radioaficionado.

El noticiario pasaba a ocuparse de cuestiones locales más inmediatas; pero Mark ya estaba pasando las páginas del registro de radioaficionados, buscando las letras de llamada del doctor Singh, y calentando su transmisor. Al cabo de unos momentos, emitía aquellas letras, seguidas de las suyas propias.

Le costó un rato llamar la atención del doctor. No dedicaron más que unos segundos a la charla preliminar, con las abreviaciones que los

radioaficionados han inventado para salvar la barrera de los idiomas, y empezaron a hablar de cosas más importantes. Lo cierto era que el doctor Singh hablaba un inglés casi irreal de tan perfecto, producto típico de la esmerada educación superior de una antigua colonia británica.

—Doy gracias a Dios de que usted esté enterado —dijo Mark—. Ya empezaba a pensar que me había vuelto loco de verdad.

—Tranquilícese, amigo mío, si esto le parece tranquilizante, y esté seguro de que es el mundo el que está loco. Y se pondrá más aún. Las avestruces tendrán que hundir la cabeza mucho más profundamente en la arena.

—Mire, el problema está en hallar refugios seguros. Hemos de encontrar parajes en el Ecuador, o muy próximos. Ha de ser una sociedad que funcione y que siga conservando los testimonios de...

—Ustedes quizá sí, nosotros no. Bombay está en los dieciocho grados solamente de latitud norte. El Ecuador se encuentra ahí, calle abajo, como quien dice.

—Entonces el hielo no les afectará. Pueden sobrevivir ahí...

—Efectivamente, el hielo no nos afectará; pero no sobreviviremos. Ya estamos agonizando. Los monzones alimentaban a la mitad de nuestros ríos. Las nieves del Himalaya alimentan el resto. ¿Qué sucederá cuando ya no se derritan? Somos seiscientos millones de personas. Y no tenemos a donde ir; no, ningún lugar.

Mark se quedó callado un rato.

—Oiga, eso es como una casa en llamas. Como no se puede salvar todo, se salva lo que se puede. Aun en el caso de que sobrevivamos pocos, si permanecemos en contacto...

—¿Qué, entonces?

—Lucharemos.

—¿Luchar? ¿Contra quién? ¿Contra el planeta, contra los dioses?

—Entonces, ¿usted se quedará con las manos cruzadas, esperando la muerte?

Hubo una pausa larga, y por un momento Mark pensó que se había cortado la comunicación; pero al final el doctor Singh habló de nuevo:

—Tenemos una larga perspectiva, míster Haney. Nuestra sociedad se construyó sobre las ruinas de otra, y ésta sobre otra anterior. Alguien edificará sobre la nuestra.

—Si no queda nada, ni nadie, nuestra sociedad terminará cuando termine usted.

—Entonces terminará al terminar nosotros.

—Oiga... —dijo Mark al cabo de un rato—. Deje los canales abiertos. Me pondré en contacto con otros. Podemos trazar planes... hacer algo. Se trata de algo más que de una sociedad. Está en juego la propia raza humana. Seremos dinosaurios.

—Nobles criaturas. Aventajaron muchísimo al Hombre. Su reinado duró cincuenta veces más que el nuestro.

—Hilos no lucharon por evitar el exterminio. Nosotros lucharemos.

—¿Sabe usted contra qué está luchando?

—El enemigo no es el planeta, ni lo son los dioses. Es simplemente el maldito hielo.

Thule, Groenlandia

Un gobierno que había librado batallas clandestinas, y hasta guerras enteras en Asia en secreto, no halló problema en cubrir con un velo su batalla más extraña. El enemigo estaba muy lejos, todavía no se acercaba a la base de la Fuerza Aérea. Todas las comunicaciones de radio necesarias se transmitían en complicadísimas claves, y a los científicos que habían salido en avión de Maryland, rumbo al Norte, se les proporcionaron los despachos habituales.

Todos miraban en medio de un pavoroso silencio cómo el hielo descendía lentamente por la ladera de la montaña lo mismo que lava blanca, con sus innumerables grietas y fisuras ensanchándose y volviéndose a cerrar, su retumbante tronar y su quebrarse repetidos por el eco kilómetros y más kilómetros. En aquel momento, parecía una fuerza de Dios, implacable, majestuosa, y ellos eran meros insectos en su camino.

—Sólo algo de hielo cochino, y nada más —decía el comandante de artillería.

Naturalmente, él había combatido contra enemigos más torvos, unos enemigos que cambiaban de posiciones fácil e impredeciblemente, que se escondían detrás de inteligentes camuflajes, que demostraban una inteligencia comparable a la suya propia y, lo peor de todo, que también sabían disparar.

El comandante transmitió, por radio, unas órdenes a los móviles Howitzer, y éstos lanzaron unos rugidos y se colocaron en posición, con las cadenas de las orugas levantando surtidores de nieve.

—Capitán —dijo el experto en glaciares—, si necesita un blanco, las mejores posibilidades se las ofrecen las líneas azules. Marcan las costuras.

—¿Las mejores posibilidades? —el capitán casi lanzó un bufido, pero transmitió la noticia al jefe de sección.

El Howitzer M110 era el cañón más pesado de la artillería de campo, y, por añadidura, muchísimo más mecanizado que los engorrosos cañones de la última gran guerra. Más bien parecía un tanque abierto de treinta toneladas, autopropulsado y transportando su propia dotación de cinco artilleros. Ahora, mientras cada uno se situaba en el emplazamiento más favorable, y mientras el jefe de sección daba las órdenes, especificando elevaciones y situaciones,

los motores diesel y los complicados engranajes hacían girar los cañones de más de cinco metros de longitud en posición de disparo.

El comandante dio la orden de fuego, y a los pocos momentos los cañones respondieron con rugidos que no desmerecían en nada del glaciar que se estaba acercando.

Cada proyectil pesaba más de noventa kilogramos, a pesar de lo cual el Howitzer podía lanzarlo a más de dieciséis kilómetros, y aun a tal distancia podía perforar cerca de treinta centímetros de hormigón. El comandante tenía motivos sobrados para soltar el bufido.

Una salva tras otra estallaban contra los muros de hielo, levantando géiseres de polvo blanco; pero cuando después de varios minutos aquellos muros seguían firmes y no se habían derrumbado como las murallas de Jericó, el comandante dio la voz de alto el fuego.

Se habían arrancado unos pedazos de hielo, cada hoyo tendría quizás unos centímetros de profundidad, tal como podrían producirse golpeando un bloque de hielo de un refrigerador doméstico, mas, aparte estos rasguños, el glaciar parecía perfectamente inalterado.

El comandante miraba atónito con los gemelos.

—¿Qué diablos es eso?

Los aviadores habían estado esperando la oportunidad, y ahora la jocosa voz de uno de ellos emergía de la radio.

—No dejen los vasos de Martini. Nosotros iremos a servirles unos cubitos de hielo.

El glaciárológico se limitó a refunfuñar, pero mientras contemplaba el vuelo de los aviones, procedentes de Thule, tuvo que reconocer que el cuadro resultaba espectacular de veras. La bombas caían en formación perfecta, tan cuidadosamente espaciadas y tan sonoras como un grupo de vicetiples bien ensayadas. Y estallaron una tras otra como en unos fuegos artificiales inmensos.

En una época en que la palabra “rompebloques” se aplicaba despreocupadamente a estrellas de cine lo mismo que a campañas publicitarias, es difícil reproducir el terror que en otro tiempo causaba. Formaciones de bombas idénticas a éstas, cada una pesando cerca de cinco mil kilogramos, arrasaban ciudades enteras: Berlín, Francfort, Essen, y más tarde, Hanoi. Después de un bombardeo así, uno podía andar kilómetros y kilómetros por la calle central de una población viendo meramente montones de ladrillos y cascotes, con algún que otro obús descubierto, y costaba trabajo

imaginar que allí hubo una gran ciudad sólo pocos días atrás, y no cinco mil años ha.

Bien colocada, cada una de aquellas bombas habría reducido una manzana entera de casas —quizá media docena de casas de vecinos, o un gran muro— a un montón de ruinas. En las selvas del Vietnam abría en un instante un cráter en el que podían aterrizar bandadas de helicópteros.

—¡Jesús! ¿De qué diablos está hecho ese material? —inquirió por radio la voz del pasmado aviador.

El glaciólogo no contestó. Estaba consultando ya al Cuerpo de Ingenieros del Ejército. Esa gente era cauta y seria. Trazó planos, estudió fotografías, analizó pautas de tensión, probó muestras y concluyó que emplear bombas de termita era perder el tiempo. Supieron al instante que sólo tenían una posibilidad buena.

Para ella se necesitaba una orden especial del Presidente, el visto bueno del Consejo de Seguridad Nacional y de la Comisión de Energía Atómica. Todo ello se obtuvo con la rapidez exigida por un caso de emergencia.

La perforación se realizó con un taladro especial utilizado por las compañías petroleras para perforar granito; un taladro singularmente indicado para este caso. En vez de punta de diamante, utilizaba varios chorros de llamas al rojo blanco, alimentadas por hidrógeno gaseoso a presión.

Sin embargo, la buena localización resultó extremadamente difícil a causa del movimiento constante del hielo, pero al cabo de cierto tiempo, el pozo quedó abierto y se implantó la carga.

Cuando la hicieron estallar, provocó un pequeño terremoto. El hielo retembló, volaron pedazos en todas direcciones, y se oyó un ruido chirriante, silbante, como el de una caldera descomunal hirviendo. El vapor ascendió a la superficie y tomó la forma ya familiar del hongo atómico.

Los ingenieros prorrumpieron en vítores. Aquel era el ingenio que desde mucho tiempo atrás anhelaban utilizar a diestro y siniestro, que hubiera podido excavar un puerto de un solo golpe, o abrir los ochenta kilómetros del Canal de Panamá en un solo día. Pero un público miedoso prohibía estúpidamente su empleo. Quizás cuando al fin se permitiera que supiesen cómo había salvado una base de la Fuerza Aérea y, por añadidura, un continente entero, cambiarían de idea y la Humanidad podría entrar plenamente en la Era Atómica.

Pasaron un par de horas antes de que la nube se dispersase y pudieran inspeccionar los destrozos causados. Se había abierto en el hielo un cráter de más de ciento treinta metros de diámetro. Las fisuras se extendían en todas

direcciones hasta distancias de medio kilómetro, quizá. Pero ahora mismo, mientras miraban, el agua formada aflucía de nuevo, cerrando las fisuras, llenando el cráter, helándose de nuevo. El glaciar se sanaba por sí mismo.

—Capitán —dijo el glaciólogo, adivinando la pregunta del oficial—, ¿recuerda el terremoto de Alaska del año 64?

—No es fácil olvidarlo.

—No me sorprende. Fue el peor terremoto de toda la historia de la América del Norte. Se hizo sentir en una extensión de unos ciento treinta mil kilómetros cuadrados. ¿Sabe qué les hizo a estos glaciares?

—No me enteré.

—No me sorprende, no valía la pena mencionarlo.

—Entonces, ¿por qué lo menciona usted ahora?

—Lo que quiero decir, capitán —contestó el científico con cierto retintín—, es que una catástrofe que equivalió a veinte mil Bombas H no tuvo un efecto notable en los glaciares, que sólo rezongaron y volvieron a su estado anterior. Me figuro que en este momento sí vale la pena mencionarlo.

El capitán lanzó un silbido.

—Ya lo creo que sí. Pero, si concentráramos aquella fuerza...

—Sí, podemos concentrarla. Podemos utilizar todas nuestras energías contra el glaciar todo el día, o todo el año, y luego, ¿qué habremos hecho? Quizás habremos derretido un poco de hielo; sólo que el que se haya convertido en vapor subirá a las capas altas de la atmósfera, se condensará y volverá a caer convertido en nieve. Y esta vez será nieve radiactiva precisamente.

—¿Qué hacemos entonces?

—Retirarnos. Evacuar.

—Evacuar, ¿qué? Retirarnos, ¿a dónde?

El glaciólogo soltó una carcajada amarga.

—Yo confiaba que me lo diría usted a mí.

Guzmán estaba sentado en el porche de la hacienda. Hubiera debido estar gozando de la vida dulce e indolente, del merecido retiro de todo alto funcionario que haya trabajado mucho. Pero no gozaba.

Miraba hacia el norte, hacia las montañas, como si esperase que de aquella parte bajara algo en tropel. Se levantó con gesto nervioso, paseó por el porche y luego se metió dentro del edificio.

La casa era un verdadero almacén de alimentos en conserva y deshidratados, más que suficientes para toda una vida. Contenía prendas de vestir, mantas y combustible bien escondido debajo de las planchas del suelo. No podía faltarle nada, lo sabía, en todo el resto de su vida.

Y sin embargo, no se sentía seguro.

La mujer de la limpieza le miraba pasmada. Se había hablado mucho del americano loco; ahora veía que estaba más alterado de lo que se decía, y que hasta podía ser peligroso.

Guzmán abrió la radio, un aparato extraño, complicado, con muchos interruptores y esferas. Movía unos y otros, y escuchaba. Se oyeron unos pitidos y unos silbidos peculiares, y luego muchas voces hablando a la vez en una variedad de idiomas.

Finalmente sintonizó bien una, y la mujer pudo ver que la expresión del rostro se le endurecía.

A continuación el profesor hizo una cosa realmente alarmante. Abrió una caja fuerte con una llave. Dentro había rifles, pistolas, un fusil ametrallador, granadas... Lo examinó todo, pareció satisfecho y volvió a cerrar de un portazo.

Luego salió otra vez y miró hacia las montañas, dejando la radio tan alta que resonaba por toda la casa.

Y en aquel momento y lugar, la buena mujer decidió no continuar más en aquella casa, ¡y al diablo el dinero!

“Dit-dit, da-da-dit”.

“Dit-dit, da-da-dit”.

“Dit-dit-da, dit-da-dit-da, dit-dit-da-da-dit-dit”.

“Dit-dit-da, dit-da-dit-da, dit-dit-da-da-dit-dit”.

A Danny le costó un esfuerzo ímprobo no estallar en carcajadas, aun sabiendo que aquel juego era una cosa muy seria.

—Más, más —dijo, dándose unas palmadas en el muslo, al inclinarse adelante en la cama, observando a Mark con gran atención.

—Está bien —contestó Mark—. Dit-dit-dit-da-da-da-dit-da, dit-dit-da-da-dit-dit-da-da-da-dit...

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Karen, entrando con la medicina de Danny.

—Un juego. Nada más —contestó Mark.

—No me digas que Danny se entrega de veras a un juego.

—Bueno, pero con un propósito serio —puntualizó Danny, recobrando la gravedad del semblante y su aspecto de viejecito—. Estoy aprendiendo radio. Hay un montón de cosas que aprender, madre. Es un lenguaje completo. —Volviéndose hacia Mark, pidió—: Pruébame en vocabulario. Vamos ya.

—QNP.

—QNP, no puedo copiarle a usted.

—QTU.

—QTU... hummm... ¿A qué horas está abierta su estación? —Danny captó la expresión de Mark, y se volvió hacia su madre, pensando cosechar el mismo aplauso; pero sólo encontró un ceño fruncido.

—Yo creo que podrías aprender un idioma de verdad —dijo Karen—, uno que un día tengas que hablar. El castellano, por ejemplo, si vamos a parar a Sudamérica.

—¿Castellano? Madre, esto es un lenguaje auténtico, y, además, hermoso. ¡Es tan conciso! Con las mismas tres letras puedes hacer una pregunta, y también dar una respuesta: “¿QSL?”. (¿Se ha enterado?). “QSL”. (Sí, me he enterado). ¿Ves? Y es internacional. Puedo hablar con una persona de la China, o de la India, o de...

—Sólo hasta cierto punto, me figuro. Si yo hablo con alguien de la China, me gustaría saber qué tal vive, qué familia tiene, conocer sus sentimientos, las esperanzas de todos ellos, detalles que no se pueden expresar con números.

—No debes hablar de tales cosas. Esto es tan exacto que no ha lugar para malentendidos. A ti no te gusta la ciencia, madre, he ahí tu problema.

—Eso creo yo también. Levanta la cabeza, te traigo la medicina.

Karen quería ponérsela en la boca, pero él se la quitó indignado. Danny captó la mirada que su madre dirigía a Mark.

—Me figuro que ahora queréis salir para poder hablar de mí.

—¿QNX, un minuto? —preguntó Mark, acompañando a Karen hacia la puerta.

—Eh... QNX... ¡Un minuto! —respondió Danny cuando Mark cerraba la puerta detrás de ellos.

Fuera de la habitación, Mark estaba a punto de explicarle la abreviación a Karen, cuando los labios de ésta se posaron súbitamente sobre los suyos, la lengua acariciando, solicitando entrada. Mark suspiró, reaccionando lógicamente, notó que le venía el deseo, y luego se apartó.

—A veces me sorprendes.

—¿Cómo?

—Precisamente cuando yo pensaba que no existía buena armonía entre nosotros.

—Existe una relación excelente, realmente excelente —aseguró ella.

—En posición horizontal, sí. En posición vertical, no siempre.

—Casi siempre.

—¿Excepto en lo referente a Danny?

—Unas leves cosillas referentes a Danny.

—¿Cómo lo de enseñarle a manejar la radio, por ejemplo?

—Hay cosas más importantes, Mark.

—Por ejemplo...

—El mundo está llegando a su fin, por ejemplo. Menudencias así.

—Hago lo que puedo —dijo Mark.

—Todo equivocado.

—Tenemos una civilización que salvar.

—Tenemos que salvarnos nosotros. Danny pronto se encontrará bastante bien para viajar. ¿Por qué no sacas los pasaportes? ¿Por qué no preparas en equipaje y no compras tierras en alguna parte?

—¿Cómo pongo una civilización en el equipaje, Karen? ¿Qué nombre le daré? ¿El Traslado del Espino Blanco?

—Una cosa aprendí de los esquimales: la experiencia les enseñó a viajar con poco equipaje. Lo cargaban todo en un par de trineos, se marchaban y sobrevivían. Veamos. ¿Qué es lo que realmente y de verdad necesitas? Redúcelo a lo más imprescindible, empaqueta y marchémonos de aquí.

—Y luego, ¿qué?

—¿Qué quieres decir con eso de “y luego qué”? Viviremos, donde sea y como sea, pero viviremos.

—¿Sin arte, sin cultura, sin ciencia?

—Si cuesta demasiado transportarlos, los dejamos aquí...

—Supongo que en eso incluyes la radio.

—Muy especialmente. No comprendo tu obsesión por esa maldita caja de ruidos.

—Pues bien, hay quien sí la comprende —dijo Mark apartándose y volviendo a entrar en la habitación de Danny—. Muy bien —le dijo al muchacho—. ¿Dónde estábamos? Dit-dit-da-da-dit-dit-da.

—Dit-dit-da-da-dit-dit-da —respondió Danny, riendo.

Karen los miró un rato; luego se fue.

El gran glaciar empujaba y tanteaba a ciegas en un frente de cerca de un kilómetro de anchura, hasta llegar al mar. Allí se introducía en el agua como un bañista indeciso y el arrastre triturador caía al fondo en un diluvio de rocas.

La marea, al subir y bajar, zapaba el saliente falto de apoyo, empujando y tirando hasta que la superficie del mismo se resquebrajaba en un millar de puntos. El mar continuaba, prolongando más y más las grietas por el hielo, hasta que encontraban las líneas azules, las costuras. Ahí las grietas se juntaban todas en una sola fractura, hasta que, por fin, el mar realizaba lo que ningún amia fabricada por el hombre había podido conseguir.

Con un rugido de trueno que se extendía millas y millas, el glaciar alumbró un hijo de nada más, ni nada menos, que millón y medio de toneladas de peso.

El tremendo pedazo de hielo se hundió bajo la superficie, luego asomó y se escondió repetidamente, y en cada movimiento el agua del mar descendía por su frente formando cataratas gigantes. Al hundirse, se revolvía y giraba, luchando por hallar su equilibrio, y cada oscilación y cada giro provocaban una oleada submarina que recorría de veinte a treinta millas, para estrellarse eventualmente sobre la costa, alcanzando alturas de olas de marea desbordada.

Con el tiempo, el recién nacido iceberg encontró el equilibrio y su corona capturó la luz en innumerables cristales centelleantes, esculpida su forma en fantásticos salientes y espiras, verdadera catedral gótica tanto en complejidad como en tamaño. Algunos de sus retoños se elevarían hasta la altura de un rascacielos, pero aun así, entre todos sólo representaban una décima parte de su volumen total.

A pesar de sus enormes dimensiones, el iceberg sería empujado por el viento y arrastrado por la corriente, navegando por fin hacia la alta mar y cruzando las rutas marítimas más frecuentadas del mundo.

Detrás, el glaciar volvía a gemir, empujando otra gran lengua de hielo que flotaría sobre el mar.

—Ahora no impresiona mucho, ¿verdad? Parece domesticado, casi como un cachorrillo dormido. Pero en otro tiempo fue el monstruo que conquistó el mundo.

El guía del parque había contado esta historia tantísimas veces que casi se veía a sí mismo poniéndose en marcha como un magnetófono. Estaba

aguardando, como aguardaba siempre, tres veces al día, que los turistas sacaran las cámaras fotográficas y empezaran a disparar. Estaban rodeados por las inconmensurables bellezas de la naturaleza de alrededor del Monte Ranier, pero su atención se fijaba en los ríos de hielo repartidos por la montaña como otras tantas piedras preciosas.

El guía continuó su explicación, comparando los glaciares moribundos con los extinguidos dinosaurios, siendo aquéllos una especie en peligro que se iba extinguiendo mientras ellos la contemplaban.

—¡Eh! —interrumpió un turista—. Si está muriendo, ¿cómo se explica que haga eso?

—¿Qué hace? —el guía necesitó un momento para detener la cinta grabada que tenía en la mente. Luego siguió la dirección del índice del turista, que señalaba el borde del glaciar, donde el hielo había arrancado una peña. El glaciar estaba creciendo.

Esta vez no hubo tapujos. Calcuta y Bombay no eran remotos poblados africanos. Los equipos de los noticiarios estaban allí para registrar —a veces exponiéndose a graves peligros— el hundimiento de toda una sociedad, los millones de personas que morían de sed, el ganado que se pudría en las calles con los pellejos abiertos en grietas, como el lodo seco del río.

Las moscas estaban en todas partes, arrojándose en enjambres lo mismo sobre personas que sobre animales.

La cámara seguía a un camión cisterna al que una turba paró en medio de la calle para asaltarlo. Y luego los asaltantes se atacaron unos a otros. Hubo unas imágenes confusas, una mancha, y el locutor explicó que los amotinados habían arrastrado al cameraman. Sólo se salvó la película dentro de la bien protegida cámara.

—¡Jesús! —exclamó Mark.

Hideo se encogió de hombros.

El locutor dijo que el gobierno de la India se había derrumbado. La antigua querella fronteriza con China había estallado de nuevo, puesto que centenares de miles de personas querían cruzarla y fueron detenidas.

—Esto trastorna —decía Mark—. Uno pensaría que esa situación habría de despertarnos a los que estamos aquí; que deberíamos tomar alguna medida. En pocas semanas habrá cien millones de muertos. Un centenar de millones, y aquel fulano del *Times* ni siquiera querrá hablar conmigo.

—Vaya cosa, un centenar de millones. Al fin y al cabo, la mitad de la población del planeta está muriendo de hambre. El ciclón del Pakistán, en 1970, hizo medio millón de muertos. El terremoto de Pekín mató un número todavía mayor. ¿Vas a decirme que alguno de estos dos sucesos cambió lo más mínimo tu vida?

Mark se quedó cortado un momento.

—Quizá no; pero ahora ocurrirá aquí.

—Entonces me preocuparé.

—Entonces será demasiado tarde.

—Mark, ¿no se te ha ocurrido nunca que, hicieres lo que hicieres, un día morirás, de todos modos?

—Claro que moriré; pero no pienso en ello.

—La defensa sigue en pie. El fatalismo es ciertamente una filosofía válida, cuando no hay nada más a tu alrededor.

La esposa de Hideo traía café y pasteles en el preciso momento en que Mark se ponía el abrigo y el sombrero.

—¿A dónde vas? —preguntó ella.

—Lo siento, Wendy, se me hace tarde.

—Últimamente te estás volviendo muy insociable.

Mark los miró a los dos.

—Me estoy quedando sin palabras.

—V3TAD, aquí W2QRV... Whisky, Dos, Quebec, Romeo, Victor... Doctor Singh... Doctor Singh, soy Mark Haney, de Nueva York... V3TAD... Victor, Tres, Tango, Alfa, Delta...

Durante largas horas sólo se oyó el silbido. Finalmente el doctor Singh contestó. Su señal era débil y bañada en parásitos, la voz ronca.

—Busca usted conversación muy lejos, míster Haney.

—No hay otro con quien hablar.

Hubo un silencio.

—Doctor Singh, cierro.

—Estoy aquí, míster Haney... Estuve en un concierto que duró seis horas.

—¿Seis horas? ¿Cómo diablos tiene tiempo para asistir a un concierto de seis horas?

—No hay tiempo para nada más. Podíamos ir a un concierto, o podíamos vernos unos a otros agonizando.

—Usted llamaba amiga a la Naturaleza. ¿Qué tal le parece ahora su amiga?

—¿Y nosotros? ¿Qué clase de amigos hemos sido?

Mark suspiró.

—Está bien; sea quien fuere el que tenga la culpa, podemos hacer algo, a pesar de todo.

—¿Por ejemplo?

—Todavía no sabemos, pero al menos podemos tener los canales abiertos a fin de trabajar juntos.

Ahora el que suspiró fue el doctor Singh.

—Bien, míster Haney, yo le sugiero que emita un CQ y hable con quien le conteste. Para mí es ya un poco tarde.

—Doctor Singh...

—La próxima vez que trate de ponerse en contacto conmigo, habré muerto ya, probablemente.

Mark intentó reír.

—W2QRV, le habla V3TAD. Cierro y desconecto para siempre.

—¡Doctor Singh!

Mark probó unas cuantas veces más de comunicar con él; luego envió una llamada que últimamente había oído, empleada por un médico solitario de África.

—CQ... CQ... Aquí W2QRV, de Nueva York... Hablaré con quien sea en esta frecuencia... CQ. CQ.

Bahía de Baffin, 75° Latitud Norte

Un ejército de grandes fantasmas blancos avanzaba en majestuosa formación. Algunos venían entrechocando, montaña contra montaña, con grandes estallidos de truenos, arrancándose mutuamente enormes pedazos que rodaban por las laderas para caer al mar.

Allí, alterado el equilibrio, los icebergs se revolvían, o hasta rodaban, dando pesados saltos mortales.

Eran millares, alumbrados por el Glaciar de Humboldt, alimentado a su vez por la interminable tempestad de nieve de Groenlandia.

A medida que continuaban hacia el sur, penetrando en los Estrechos de Davis, algunos iban siendo recortados en los repliegues de la costa de Groenlandia, a un lado o en la canadiense Isla de Baffin, en el otro. Con el tiempo, acaso disminuyeran y se disolvieran, cuando los gases comprimidos estallaran al derretirse el hielo. O acaso el viento y la corriente los libertasen a tiempo.

Eventualmente, aquel ejército salía de los Estrechos y desembocaba en mar abierto para ser requerido por una u otra de dos corrientes. La corriente del Atlántico Norte se llevaba algunos hacia el este, para rozar casi las Islas Británicas y Escandinavia. La Corriente del Golfo transportaba algunos al interior del Atlántico, hasta un punto tan meridional como Bermuda, donde terminarían derritiéndose y sumándose al agua del mar, para evaporarse luego y ser transportados de nuevo al Ártico en forma de vapor de agua, renovando el ciclo. Sin embargo, no todos se derretirían con tanta presteza.

Se planeó incluso remolcar icebergs a países desiertos. La idea empezó a surgir en cuanto hubo barcos a los que se supuso bastante potentes para la tarea. La lenta, cautelosa travesía por el Mediterráneo hasta un puerto africano, con seis remolcadores, requeriría medio año; pero el hielo, duro como el diamante, apenas habría disminuido, y proporcionaría agua dulce a un desierto sediento durante dos años.

Mientras un solo iceberg en el lugar adecuado podría reportar grandes beneficios, ahora los había a millares en los sitios donde más podían perjudicar.

—¡Dios mío! ¿A dónde se ha ido el agua?

Mistress Bjork contemplaba las vacas, que mugían de un modo que destrozaba el corazón, mientras mordisqueaban el grano, cada día más escaso. En las acequias de irrigación, el agua había quedado reducida a unos hilillos, y en estos momentos cereales y plantas forrajeras se volvían pardos y se marchitaban. Y cuando la granjera quiso echar a las acequias agua de pozo, los tubos espurrearon, dando aire y barro.

¡Cuán repentinamente había sucedido todo! El agua de las montañas se había secado por completo, y ahora la subterránea parecía haberse desviado hacia otra parte.

En realidad, las aguas subterráneas se las llevaba un sediento Condado de Los Angeles, unos seiscientos kilómetros más al sur. Como los depósitos más cercanos los iba secando la sequía interminable, el Condado se llevaba el agua de las comarcas septentrionales, extendiendo la requisa, cada vez más al norte, hasta que empezó a sorber el agua subterránea del Valle Owens.

Mientras los políticos locales se ponían con frenesí a imprimir circulares, recomendando que se ahorrara el agua (“No tire de la cadena del *water*... No deje correr el agua mientras se está afeitando... Riegue los campos con el agua sucia de la lavadora”), los ciudadanos de Los Angeles continuaban alegremente con sus despilfarros, lavando los coches, regando los céspedes, dejando correr el agua mientras se afeitaban, sin interesarse por la situación, cada vez más crítica, del norte del Condado más de lo que se interesaban por el colapso de la India.

Danny señalaba las cambiantes pautas de las capas de nubes en la fotografía tomada por el satélite, el avance del hielo en un sector, la sequía creciente en otro, y explicaba algunos de aquellos procesos. De pronto, se interrumpió.

—Madre, ¿te interesan de verdad estas cosas?

—¿Por qué no?

Danny, tras una pausa, dijo:

—Se me ocurría que a ti... Bueno, te gusta la gente primitiva, sus esculturas, la música rara, y cosas así.

Karen hizo pucheritos por un momento.

—Te amo, y, por consiguiente, me interesa todo lo que te interese a ti. Por lo demás, naturalmente, es el tema más importante del mundo, en estos momentos.

—Sin duda lo es.

—De acuerdo. ¿Podrías calcularme una cosa?

Danny soltó un gemido.

—Desearía complacerte, de veras.

—¿Dónde será más elevada la temperatura?

—¿Quieres decir después del hielo? Me figuro que en el Sahara.

—¿Eh? Esto no resulta muy alentador.

—Claro que no, y, además, estará más seco que nunca. Ya sabes, el hielo se lleva toda el agua.

—Muy bien. ¿Cuál será el lugar más favorable?

—¿Quieres decir para nosotros?

—Justamente nosotros.

—Bien, mamá. Pero, ¿nosotros nada más? —y fijó la mirada en su madre

—. ¿Nosotros solos?

—No podremos elegir, Danny. Si hay un esquimal de sobra, uno solo, la tribu entera perece. Ellos lo saben, y se sacrifican, si es preciso, en bien de la tribu.

—Eso..., ¿nos sucederá a nosotros? ¿Acaso yo... acaso alguien tendrá que morir?

Karen se puso a reír y le abrazó.

—No, Danny. Pero tendremos que hacer otra clase de sacrificios... renunciar a ciertas cosas, nada más.

Danny sintió un nudo en la garganta.

—¿A qué... a qué tendré que renunciar yo?

—Danny, vayamos a donde vayamos, es probable que tengamos que llevar una vida muy sencilla. Ya sabes, no podremos quemar nuestro entorno como lo quemamos ahora.

—¿Quieres decir... que viviremos como primitivos?

—Son personas muy felices, Danny. Si te hubiéramos llevado allí arriba con nosotros, lo habrías visto.

Danny titubeaba.

—Los instrumentos, mi estación meteorológica, los libros y los mapas...

—Danny, yo abandonaré todas las cosas que prefiero, toda la artesanía...

—Pero eso es distinto... Eso son... cosas, nada más.

—¿Y lo tuyo qué es?

El chiquillo estrechó el mapa del tiempo contra sí, y miró ansiosamente los instrumentos que le rodeaban.

—Necesitaremos la radio y... estas cosas. Hemos de *saber*. Hemos de ser listos.

—Danny, si nos llevamos la radio, ¿dónde la enchufaremos?

—Siempre se puede enchufar en alguna parte. En todo el mundo hay electricidad. Sólo cambian los enchufes.

—Danny...

—O hay baterías y pilas... o molinos de viento con generadores. O energía solar.

—¡Danny!

—El satélite. El satélite que tomó esta fotografía funciona con energía solar.

—Danny, ahora no tratamos de fantasías. Hablamos de sobrevivir.

—Madre, ¿qué... qué haremos, entonces? ¿En qué nos ocuparemos?

—Sólo en vivir, Danny. Y en ser felices, como los esquimales.

Danny se cogía las rodillas con los brazos y se mecía en la cama.

—Danny, aprende a aceptar la situación, como ellos la aceptan.

—Mamá... mamá, vamos a salvar al mundo. Mark y yo, entre los dos salvaremos al mundo.

Karen meneó la cabeza y cogió a su hijo por los hombros.

—¡Cállate, Danny!

El muchacho la rechazó y enterró la cabeza entre las piernas, buscando refugio en la posición fetal, cerrándola fuera de su intimidad, cerrando fuera al mundo entero, al tiempo que continuaba meciéndose y lloraba.

Manujian miraba ansiosamente desde el puente, aguzando el oído por si notaba el más leve cambio de sonido.

—Malo como los Grandes Bancos —le dijo al oficial.

Ciertamente, como si se hubieran hallado en Terranova, la niebla estaba baja, densa y singularmente fría para aquellas aguas meridionales.

Manujian pensó que en este nuevo destino se ahorraría quebraderos de cabeza. Después de la temporada de observación del tiempo, había solicitado el mando de un barco balizador, una de las naves más anodinas que se podían encontrar en los Guardacostas. Esto le sometía a unas travesías relativamente simples, conservando y colocando boyas en los canales del Atlántico, o retirándolas. Pocas veces había de aventurarse muy adentro del mar, y, ciertamente, nunca había de salir a observar tempestades. Con lo cual su

esposa, que estaba embarazada, se sentía más dichosa, y a él le importaba poco si no se topaba con ningún otro meteorólogo en toda su vida.

Esto último, al menos, se había cumplido. Y sin embargo ahora parecía que el tiempo no andaba por sus cauces normales, y a Manujian le hubiera interesado de veras escuchar la opinión de un experto. Los quebraderos de cabeza parecían acompañarle, quieras que no quieras.

El capitán se volvió hacia el subalterno.

—¿Hemos perdido el rumbo?

El oficial miró la brújula giroscópica.

—Medio grado. Quizás una milla.

—Da la sensación de que son más de dos mil.

—Sí, señor —convino el oficial, automáticamente.

Desde los primeros tiempos en que los hombres se aventuraron por los mares, la niebla acarreaba su pavor especial. La soledad habitual se convertía de pronto en desesperación, porque ahora se veían separados del resto del género humano por una cortina que colgaba todo a su alrededor, una cortina fuera de su alcance, pero que les seguía tozudamente mientras viajaban. Detrás de aquella cortina se escondían un sinfín de terrores (algunos de ellos simples productos de la imaginación, pero otros demasiado reales) que podían suprimir en unos cortos momentos barcos enteros junto con sus tripulaciones.

A pesar de los ojos y oídos electrónicos de largo alcance, el barco moderno seguía haciendo sonar la ensordecedora sirena para avisar de su proximidad, y el marinero de centinela, el vigía, continuaba estando nervioso, completamente solo, separado del mundo, consolándose más o menos con el cuerno de niebla, que le decía que su barco y él continuaban vivos.

Los dos hombres dieron un salto al oír el excitado grito salido de la timonera:

—¡El radar informa de un contacto, señor! ¡Mil quinientas yardas, en la posición de dos siete cero!

Aquello era casi enfrente mismo. Ambos hombres lanzaron una exclamación y esforzaron los ojos para ver a la distancia indicada, aunque sabían que la visibilidad apenas alcanzaba más allá del puente.

No tardó en llegar otra noticia. La voz del encargado del radar manifestaba cierta dosis de desencanto.

—Es un contacto blando, señor. Probablemente pecios flotantes.

El segundo de a bordo se tranquilizó. No habría necesidad de ninguno de los complicados planes y procedimientos para evitar colisiones, no habría que

reparar las últimas disposiciones dictadas por el mar en materia de derechos de paso.

En cambio, Manujian no se tranquilizó, sino que se puso cada vez más inquieto ante aquel tiempo tan raro.

Encendió el reflector, pero la niebla se bebió el chorro de luz.

El oficial preguntó:

—¿Supone usted, capitán, que unos pecios podrían ser la causa de...?

Manujian le impuso silencio. La situación tenía un aire de escena ya vivida anteriormente. La trama de sensaciones tenía un algo particular, eran como piezas de un rompecabezas que se iban colocando en orden poquito a poco.

El capitán aguzó el oído, y luego percibió un ruido que hubiera considerado imposible: el de unas olas rompiendo como sobre la costa. Momentos después percibió gritos de aves.

No era posible. Era como si una isla hubiera emergido súbitamente en medio del mar, y Manujian experimentó la sensación de impacto físico que suele acompañar a la desorientación total.

Su lógica no podía seguir negando lo que los sentidos le decían. Y de repente, *comprendió*. Todas las pistas se encendían súbitamente en una clarísima, aterradora, visión del cuadro.

Al instante estuvo junto al aparato de comunicación y tiró de la palanca para detener todos los motores, mientras le gritaba al timonel, con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Viraje total hacia la derecha! ¡Viraje total hacia la derecha! —... ¿qué...?

—¡So granuja! ¡*Viraje total a la derecha, marinero!*

El timonel se tragó la saliva.

—¡Viraje total a la derecha, señor!

El hombre tiró de la rueda con ambas manos a la vez, gimiendo con el esfuerzo, al tiempo que se preguntaba si el capitán se había vuelto loco.

—Posición, dos ocho cero, virando a la derecha, señor —gritó.

—Radar, ¿dónde está aquel contacto?

—A mil doscientas yardas, y acortando distancias, señor.

Manujian se preguntó qué tal quedaría la cosa en el cuaderno de bitácora, si se había equivocado.

Y a continuación se preguntó qué impresión causaría si acertaba.

—Posición, dos nueve cero, virando hacia la derecha, señor —gritó el timonel.

Toda la tripulación se dio cuenta de que los motores paraban, percibió el pronunciado giro y salió a cubierta. El murmullo de su consternación llegó hasta el puente, donde Manujian vio, multiplicado, el aprieto en que se hallaba, como si el mundo entero estuviera detrás, mirando por encima de su hombro.

—El contacto, a mil yardas, señor, y acortando distancias.

El capitán no se había sentido nunca tan impotente. El barco obedecía unas leyes que no eran las que él dictaba, describiendo el giro máximo posible, deslizándose bajo su propia inercia. Cuanto menor era la velocidad, más cerrado el círculo de giro; pero si invertía el sentido de los motores para frenarlo más todavía, la propulsión lo empujaría hacia babor, hacia una colisión inevitable. Lo único que podía hacer ahora era rezar.

—Situación, tres cero cero, virando hacia la derecha, señor.

Manujian se acordó de la gira que dio en otro tiempo a bordo de un rompehielos. Seis meses de aislamiento y desesperación, y el cansancio de las percusiones incesantes causadas por el martilleo del barco al abrirse paso por los canales helados a fin de hacerlos navegables para otras embarcaciones.

—El contacto a quinientas yardas, y cerrando distancias, señor.

No era maravilla que el servicio de un rompehielos fuese el más odiado entre los guardacostas. Destruía amistades, dejaba al descubierto odios primarios, y hacía que se dirimieran a puñetazo limpio discusiones que habrían sido cosas triviales en cualquier otro barco y océano.

—Orientación, tres uno cero, virando hacia la derecha, señor.

Sin embargo, había un miedo que eclipsaba a todos los demás. Aquel rompehielos estaba poderosamente reforzado con planchas de doble grosor, vigas suplementarias y un casco de forma especial, todo ello para que resistiera el hielo más grueso, y aun así era un mero barquito de papel contra los fragmentos del glaciar en cualquiera de las formas que flotaban por los mares.

—El contacto a trescientas yardas, cerrando distancias, señor.

Cuando la niebla se hacía más densa, o la nieve recién caída escondía los variantes campos de hielo bajo una manta común, la tripulación vivía horas angustiosas. Cualquiera de aquéllos podía ser un iceberg.

—Orientación, tres dos cero, virando hacia la derecha, señor.

No era bastante. Habían virado sus buenos cincuenta grados, y todavía no bastaba. Un capitán de barco prudente se alejaría una milla de un iceberg para estar a salvo, y a pesar de todo no lo estaría.

—El contacto a doscientas yardas, cerrando distancias, señor.

Toda arrogancia sobre construcción de los barcos modernos, patrullas contra el hielo o radar habrían estado tan fuera de lugar como la vanidad que declaró que el *Titanic* no podía hundirse. Las peculiares formas de los iceberg podían desviar y confundir las ondas de radar. Mucho más duros que el acero de cualquier barco, los icebergs solían flotar en medio de una espesa niebla, como ésta de ahora, tan bien escondidos como una mina y tan traidores como ella.

—Situación, tres tres cero, virando hacia la derecha, señor.

Al lado de un iceberg de los grandes, un transatlántico quedaba enanito; pero los menores, y los pedazos de iceberg, eran más peligrosos todavía. Al sobresalir muy poco del agua, podían pasar completamente desapercibidos, pero la masa mayor, sumergida y fuera de la vista quizá tuviera un saliente quebrado, agudo, esperando el momento de cortar el casco de un buque con la misma facilidad con que se clava un anzuelo en la boca de un pez.

—¡Orientación, tres tres cero, virando a la derecha, señor!

—¡El contacto a cien yardas, cerrando distancias, señor!

No era bastante... No era bastante...

El grito salió de un marinero que se hallaba en la proa.

—¡Dios mío, está ahí!

—¡Maldita basura!

Ante aquella presencia, los marineros retrocedieron de un salto.

Parecía un espectro, con la mitad del tamaño del barco, viniendo hacia ellos a través de la niebla como para herirles en venganza por sus pecados.

Todos miraban en medio de un silencio atónito. Parados los motores, oían todos los crujidos y gemidos de las vigas del barco, que se esforzaban en realizar el viraje mayor posible.

—¡Orientación, tres cuatro cero, virando a la derecha, señor!

Los nudillos de las manos de Manujian, crispadas alrededor del larguero de la baranda, estaban casi tan blancos como el hielo.

—¡Lo hemos esquivado! —gritó el segundo de a bordo—. ¡Santísima Madre de Dios, lo hemos esquivado!

Lenta, lentísimamente, la forma blanca pasaba junto a ellos por el costado de babor, y algunos hombres corrían por la cubierta, a su paso, para seguir teniéndole a la vista. Súbitamente, el iceberg había perdido el aspecto espantoso y se había convertido en una mera curiosidad.

El timonel estaba a punto de dejar de empujar la rueda.

—¡Manténgalo a la derecha, por completo!

—Señor, nosotros...

Fue como una explosión. De pronto, el timonel salió despedido, con los pies separándose del suelo, y la rueda se puso a girar locamente antes de que Manujian pudiera llegar hasta ella.

El barco se levantó y guiñó; sus tripulantes pudieron percibir real y verdaderamente cómo las vigas de acero se partían.

Un segundo después estallaba una confusión de gritos, mandatos y campanadas de alarma.

Luego la confusión amainó y se restableció la disciplina. Los procedimientos inculcados en ejercicios de colisión interminablemente repetidos obraron efecto. Bajo la dirección del oficial controlador de daños y conociendo todos y cada uno el papel que habían de desempeñar, el casco no tardó en ser reparado y el exceso de agua fue achicado.

Cuando el peligro inmediato hubo pasado, Manujian volvió a preguntarse qué impresión causaría el episodio en su libro de a bordo. Las colisiones con otros barcos eran peligros sabidos, pero no con icebergs que se hubieran apartado dos mil millas de su curso normal.

El capitán se acordó de las pocas ganas que antes tenía de volver a encontrarse jamás con un meteorólogo. Esto era veinte minutos atrás. Ahora, en cambio, desearía tener uno allí, le haría unas cuantas preguntas muy significativas.

Woods Hole, Massachusetts

La petición de socorro siguió el curso acostumbrado a través de la eficiente organización de los Guardacostas. Después de repetidas afirmaciones de que el barco balizador dominaba perfectamente la situación, se despachó al lugar del suceso un cúter de patrulla cercano ordenándosele que esperase allí.

Simultáneamente, se envió por radio un informe sobre el iceberg a la oficina de operaciones de la Patrulla del Hielo de los Guardacostas, en Woods Hole.

El operador de radio Pete Stojka recibió el informe y lo comentó con un prolongado silbido. Luego lo pasó al oficial cartógrafo, quien se plantó ante un mapa grande señalando con un alfiler triangular los emplazamientos respectivos de los icebergs. Cada uno tenía su propio número, con datos interesantes sobre su tamaño y la dirección que seguía. Había más de mil.

Alrededor de los alfileres periféricos serpenteaba una cuerda indicando los límites del territorio de los icebergs.

Stojka miraba en silencio mientras el oficial levantaba el hilo y lo hacía pasar por la parte de afuera de este nuevo alfiler, a 31° de latitud Norte, no lejos de Bermuda. Y sintió un miedo repentino, tuvo la impresión de que se cerraba un cerco. Había algo que perdía el control. Stojka esperó que su oficial dijera algo.

—Necesito más alfileres.

Actualmente, Danny conocía tan al dedillo la clave Morse que pudo seguir las diversas comunicaciones telegráficas entre el barco de las boyas, su base y el cúter enviado a socorrerlo. Era como seguir una novela de aventuras interesantísima. Danny se mordió las uñas, reía y al final prorrumpió en vivas lo mismo que un niño en una matinal de cine, al tiempo que le contaba a Mark cada nueva contingencia. Poquito a poco, pasito a paso, bajo las indicaciones del capitán Manujian, la situación se iba estabilizando.

Pero Mark no compartía el entusiasmo de Danny. En realidad se ponía muy serio cada vez que Danny le daba una buena noticia.

—Mark, ¿por qué no se lo dices?

—¿Te refieres a decirle a Manujian que el iceberg no era un fenómeno casual y a explicarle qué sucederá luego?

—Si alguien ha de escucharte, apuesto a que será él.'

—Sí, me escuchará, y hasta es probable que me crea.

—Entonces, ¿por qué no se lo explicas?

—Porque fuimos amigos.

Danny abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Y ahora ya no le aprecias?

—Le apreciaba mucho, Danny. Soportamos unas cuantas tempestades juntos, y en tales circunstancias uno aprende a conocer cuáles son sus verdaderos amigos.

—¿Estuviste en los Guardacostas?

—Algo así.

—¿Fuiste un héroe?

—¿Quieres que te cuente que fui un gran héroe, o quieres que te diga la verdad?

Danny titubeó.

—La verdad.

Mark se puso a reír.

—Eres el muchacho de diez años más viejo que he conocido. Bien, yo era un civil a bordo de un cúter de los Guardacostas, junto con unos cuantos civiles más del Servicio Meteorológico. Lo llamaban un barco estación oceánica, y parte de nuestra tarea consistía en observar tempestades desde dentro. Teníamos que continuar dentro hasta el final, y me figuro que, en ocasiones, la cosa se ponía bastante peliaguda.

—Apuesto a que tú eras un héroe.

Mark sonrió.

—El héroe era el sujeto que tenía que gobernar el barco. Se llamaba Manujian.

A Danny le brillaban los ojos.

—Entonces, deberías explicárselo a él.

—No le haría ningún favor.

—¿Qué quieres decir?

Mark suspiró.

—Sería decirle que arrojase por la ventana su libro de normas, sin darle nada para sustituirlo.

El chiquillo se quedó callado.

El operador de radio titubeaba cuando Manujian le contestó por el aparato de comunicación interior.

—Pues... señor... he... he recibido una llamada de un tal Mark Haney, de la ciudad de Nueva York.

—¡Oh, Jesús! Dale recuerdos de mi parte. Dile que le llamaré cuando no esté agobiado de trabajo.

—Señor, ha insistido en extremo.

—El siempre insiste. Asústale, y que nos deje tranquilos —colgó y retornó a su tarea; pero a los pocos momentos sonaba el zumbido del teléfono interior.

—Señor... mire... no se asusta, y está acaparando la frecuencia. Quizá sería más cómodo...

Manujian suspiró.

—Pónmelo.

Y saludó a Mark calurosamente.

—Haney, so gran canalla, nos hallamos en una emergencia, de modo que si no dejas de fastidiar con la radio, ¡que Dios me ayude!, iré a buscarte y apuntaré una pistola a la maldita cabezota que tienes. Y ahora, déjanos en paz.

Manujian escuchó un momento.

—Está bien, no te asustas fácilmente... Entonces, ¿qué tienes en la cabeza que vale un puesto en el gobierno?... No, Haney, tú *estás* loco, y esto lo demuestra, pero no eres tonto. Por consiguiente, cuéntamelo a toda prisa.

Mark se lo contó y, súbitamente, Manujian dejó de tener prisa.

—Está bien, Mark, me has hecho un favor. ¿Qué puedo hacer yo por ti?

Mark se puso a reír.

—Podrías traerme un rompehielos.

—Un rompehielos... —Manujian se interrumpió. Se representaba mentalmente su barco balizador con el casco curvado y reforzado y la achatada proa. Luego se imaginó un rompehielos, con el curvado casco montando encima de la masa helada y la aplanada proa inclinada para abajo, triturando. Si se exceptuaba la forma de la proa, eran realmente similares.

—Espera, Mark —Manujian llamó abajo, con el teléfono interior, al controlador de daños—. ¿Dónde está la mayor parte de la avería?

—En la proa, señor, justo debajo de la línea de flotación. Lo estamos soldando, pero el trabajo de verdad habrá de hacerlo en la Bahía de Curtis.

—¿No se podría reformar la proa y dejarla plana?

—¿Como la de un rompehielos?

A Manujian se le cortó el aliento.

—Sí.

—Pues, señor... yo creo que si se lo pedimos lo comprenderán.

Manujian habló de nuevo con Mark.

—Creo que podemos hacerte el regalo que pides, Mark.

—De acuerdo. ¿Y podrás aceptarme a bordo?

—¿Un meteorólogo? Pienso que te necesitaremos.

—No creo que me entiendas, Larry.

—Entonces, explícate.

—¿Esa línea es segura?

—¿Segura? A bordo, sí lo es. Fuera, es una emisión sin clave.

—No importa. Para los de fuera, tú y yo no somos más que un par de chiflados. Oye, voy a preparar un refugio seguro para unas cuantas personas. Llévanos allá y te invitamos a quedarte con nosotros.

—¿Sabes qué me estás pidiendo, Mark?

—Ya se han terminado las leyes, Larry.

—Todavía no.

—La cadena se está rompiendo. Por este mismo motivo no te has enterado de nada, ni te enterarás. Seréis un barco sin órdenes.

Manujian inspiró larga, profundamente.

—No te prometo nada, Mark.

—Bien, al menos continuemos en contacto.

—Sí...

La voz de Manujian se arrastró por el aire. Tenía que meditar a fondo. Estaba preocupado por su esposa y su hijo. Luego pensó, inquieto, en su empleo. Después se inquietó por su país.

La transmisión radiofónica de Mark era, ciertamente, segura. Su operador de radio respetaba la intimidad, y la llamada emitida quedó en secreto, intacta.

No obstante, había otro escucha en aquella frecuencia y se habían olvidado de él, que, por su parte, tampoco les recordó su presencia. La verdad es que se disponía a respetar la intimidad de la conversación y a sintonizar otra frecuencia; pero la llamada le había intrigado un par de segundos de más, y luego no tuvo ganas de quedar al margen.

El operador de radio Pete Stojka, de Woods Hole, acababa de oír cómo un capitán de barco se declaraba de acuerdo con un meteorólogo profesional en que el mundo, tal como ellos lo conocían, estaba llegando a su fin.

Pete Stojka creyó notar que la habitación bailaba bajo sus pies como un barco en una tormenta, notó que las rodillas le flaqueaban y la boca se le quedaba seca, y sintió una náusea en lo más profundo del estómago. Stojka inspiró profundamente varias veces, mirando al otro lado de la habitación.

—¿Ha visto jamás un iceberg tan hacia el sur? —preguntó al final.

—No, no puedo afirmar que lo haya visto nunca —contestó el oficial.

—Entonces, aquí sucede algo raro. ¿No lo cree así, señor?

El oficial cartógrafo se encogió de hombros.

—Sí, eso parece muy revuelto.

—Usted no lo había visto nunca tan mal, ¿verdad que no, señor?

—No, desde que estoy aquí, no —jugaba con los alfileres—. Dicen que el 29 también fue un año malo. Mil trescientos icebergs. Sin embargo, un par de años después, apenas vieron uno. Son cosas que vienen y van, marinero.

—Sí, señor; gracias, señor.

Después del servicio, Stojka se fue al bar con sus compañeros y cogió una borrachera de órdago. Quiso conquistar a una muchacha de la población, entró en pelea con el novio de la chica, y sus desvelos le valieron una paliza fenomenal.

Al día siguiente había olvidado por completo la conversación oída por la radio.

—WB2XQR... Aquí, W2QRV...

Mientras hojeaba números atrasados del *Journal*, Mark recordaba que en otro tiempo el nombre del autor le interesaba más que el tema del artículo. Ahora estaba desesperadamente interesado por todo lo referente a la calamidad que se acercaba: disminución de temperaturas, desviaciones de los recorridos de las tormentas, inestabilidad climática.

—Whisky, Dos, Romeo, Victor...

De allí fue al registro de radioaficionados. Al parecer, un buen número de meteorólogos habían sintonizado primero con el satélite, y luego, poco a poco, habían descubierto las otras bandas en sus receptores. Con el tiempo también se habían convertido en apasionados de la radio, de modo que ahora Mark podía hablar con colegas a los que sólo habría podido cazar por casualidad en los vestíbulos de las convenciones anuales.

—Hola, W2QRV, habla WB2XQR, que llama y contesta...

Las presentaciones y los comentarios preliminares sobre qué tal se oían el uno al otro pronto cedieron el paso a la discusión sobre la supervivencia.

—Sí, míster Haney, yo me he dado cuenta; pero hablé con uno de nuestros graduados que está en el Servicio Meteorológico, precisamente en la computadora de Maryland y me dijo que no pasa nada, que todo son rumores históricos.

—¿Usted le cree?

—Pues... él está dentro del organismo. Debería saberlo.

—Suponga que es cierto y que lo sabe. Piense en las implicaciones y dígame si se lo habría contado a usted.

Se produjo una pausa.

—Muy bien, digamos que le creo a usted y no al resto del mundo. ¿Qué pasa entonces?

—Necesitamos una base de operaciones, y expertos en otras materias con los que colaborar fructíferamente para todos.

—¿Piensa en alguna base concreta?

—Esa es una de las cosas que tenemos que estudiar, y creo que en esta cuestión podría ayudarnos algún experto en Geografía. El mejor clima, la mejor utilización del terreno y de los recursos. Y, por supuesto, no ha de haber necesariamente una sola base. Lo más importante es que permanezcamos en contacto.

—De modo que también necesitamos un buen operador de radio y algún experto en fuentes de energía, lo cual significa algún entendido en la producción de combustible... Comprendo lo que quiere decir, míster Haney. El problema se complica más y más.

—Exactamente, profesor Kaplan. Y por esto necesitamos la comunicación por encima de todo.

—Yo no puedo hablar ni con la gente de este mismo pasillo.

—¿Dónde escuché antes esa misma frase?

—Los celos terminales son el azar de nuestra ocupación.

—Si no nos esforzamos, estaremos en las terminales de todo.

Una pausa.

—Comprendo.

—Mire, profesor Kaplan, ahora sólo somos unos cuantos solitarios dispersos, pero tenemos energía suficiente para un crecimiento exponencial. ¡Poseemos los cerebros del mundo entero! Sobreviviríamos.

—Entonces, ¿hay esperanza?

—Acertado.

—De acuerdo. Nos volveremos a QSO de nuevo en el espacio de cuarenta y ocho horas. W2QVR cierra y deja el aire.

—Perfecto. WB2QRV, cierro y a la espera.

Las palabras finales de Mark indicaban que recibiría a gusto la llamada de cualquiera que les hubiera escuchado. No tuvo que esperar mucho rato. Le llamó un ingeniero con cierta experiencia en energía solar. Y le preguntó qué estaba pasando con el clima y si realmente se estaba acercando una Era Glacial.

—Peor lo pasaron los pioneros en el Valle de la Muerte —le decía Peggy Bjork a su madre.

Peggy sabía que en realidad la situación en que se encontraban ellas era mucho más grave. Los pioneros sólo tenían necesidad de atravesar el Valle de la Muerte. Ahora el Valle de la Muerte acercaba poco a poco sus tentáculos para aprisionar a las Bjork.

Un día tras otro abrían la radio para escuchar otro informe lúgubre, otra reducción del diez por ciento en las raciones de agua, otra súplica de que la ahorrasen. Hasta hoy ninguna de ambas se había dado cuenta perfecta de la cantidad de agua que gastaban: unos trescientos sesenta litros al día, en beber, ducharse, cocinar y lavar.

Los requerimientos de la granja eran mucho mayores. Un acre de tierra cultivada necesitaba el agua de tres familias.

El ganado mugía tristemente, arrancando matas aisladas de una hierba que antes estaba lozana, y en cambio ahora se les deshacía en polvo dentro de la boca. A las vacas, la piel se les ponía seca como pergamino y empezaba a formar grietas. Estaban ya demasiado débiles para espantar con la cola las moscas que iban a posarse sobre sus abiertas llagas.

Peggy espantaba las moscas, y a los tiros de caballos les daba agua de sus propias raciones, en una batea. Hacía una semana que no se bañaba, y se decía a sí misma que, a fin de cuentas, así lo hacían los pioneros y nadie se quejaba del olor corporal de los otros.

Al final, habiéndose enterado de que en el sur había agua abundante, mistress Bjork ordenó al jornalero que cargase en el camión todo lo que fuese capaz de contener (líquidos, baldes, cubos... hasta los de la basura). Emprendieron por la Carretera 395, siguiendo paralelamente al acueducto que llevaba el agua de sus tierras hasta Los Angeles.

A los trescientos veinte kilómetros hubieron de parar para llenar el depósito de gasolina. El tendero estaba lavando el coche, y al acudir para atender a las Bjork dejó que el agua siguiera manando.

Peggy le propinó un bonito vapuleo verbal.

El hombre se puso furioso.

—¿Qué escasez de agua, ni qué historias? Oye, niña, por si no te lo había dicho nadie, tres cuartas partes de la Tierra son agua.

Hacía calor, mucho calor en el terrado mientras trabajaba. Se sentía atontado por el calor, y al levantar los ojos, vio que el Sol crecía y crecía y calentaba más aún, llenando poco a poco todo el firmamento.

Se dio cuenta de que el Sol caía sobre la Tierra.

Quiso correr, pero tenía los pies cogidos en el alquitrán. Entonces levantó la vista para presenciar el choque, el Sol destruyendo la Tierra en una explosión demoledora.

Un millón de luces cayeron sobre él, los pedazos del Sol centelleando en la miríada de tonalidades del espectro. Paulatinamente, aquellos colores se congelaban en una blancura nueva, una blancura fría que absorbía calor, en vez de emitirlo.

Era la llegada del hielo, el gran glaciar desgarrando la ciudad, aplastando la civilización toda entera bajo una montaña moviente, espantosa, majestuosa, implacable.

Los edificios se derrumbaban estrepitosamente a su alrededor, simples palillos que se aparta de un manotazo.

Fijó la mirada en la faz del glaciar, la cascada de hielo, y vio las destellantes grietas, los cegadores reflejos, los colores deslumbrantes, la faz de su muerte.

Quiso correr, pero continuaba teniendo los pies atascados. Luchó, pero tenía el cuerpo débil. Se sentía lo mismo que un viejo, un anciano de cien años. Tenía los huesos quebradizos, los ojos confusos, los dientes podridos y, si bien le faltaban fuerzas para llevarse la mano a la cara, notaba que tenía el rostro tan apergaminado y surcado de arrugas como el viejo esquimal que vio en aquel poblado.

Desesperado, llamó a Karen.

—Estoy aquí, Mark, aquí...

Mark Haney se despertó sobresaltado.

—¿Qué...?

—Estoy aquí, Mark, a tu lado.

—¿Dónde? —ahora la necesitaba, la necesitaba desesperadamente.

—Aquí... —le besó—. Aquí... —buscó con la mano el pene de Mark y lo acarició hasta que se le puso duro—. Aquí... —y le guió, más adentro, más adentro—. Aquí, aquí, aquí...

El sueño, aquella blancura y aquel frío espantosos, se desvanecieron en el calor y la humedad del cuerpo femenino.

Ahora sólo había la dulce oscuridad, calmante, tranquilizadora. Estaba dentro de Karen rodeado por ella, vaciándose dentro de ella, rindiéndose por fin de una manera total, definitiva.

La oscuridad se extendió, le cubrió por completo, y su existencia desapareció.

Lentamente, Mark despertó a la luz. Era la mañana. Se volvió para ver cómo Karen retornaba a la vida.

—Hola —le dijo.

—Hola.

Karen sonreía. Se besaron y suspiraron placenteramente. Y ahora Mark supo por qué vivía con aquella mujer. Porque en el pavoroso vacío del mundo, sólo estaba ella, sólo había el Sol en su rostro en el frío oscuro, y el contacto de su cuerpo era un puerto acogedor en el mar helado.

Se acordó de la radio. Aquéllas eran voces distantes, nada más. Seres sin cuerpo... Y en cambio el cuerpo de Karen estaba aquí, para que él lo tocara y lo saboreara. Aquí estaba su razón de vivir, porque él era hombre en todos los sentidos, y sus sentidos se posaban en una mujer.

Lo vio en los ojos de Karen mientras le miraba, vio que cuando la pesadilla se hiciera realidad, cuando la ciudad se viniera abajo a su alrededor, siempre la tendría a ella, jamás estaría solo.

Y entonces, desde aquel principio, desde el hombre y la mujer originales, la civilización volvería de nuevo.

—Mark.

—Ehhh...

—¿Cómo son las tierras del Amazonas?

—¿Las qué...?

—La selva del Amazonas. Allí el hielo no llegará nunca, y casi nadie encontrará un acceso para entrar. No sé cómo son las tribus de allí, pero es probable que el departamento guarde algún trabajo sobre el terreno. Me han dicho que algunas culturas de allí corresponden, prácticamente, a la Edad de Piedra, y eso sería estupendo para nosotros...

Mark estaba solo otra vez.

Mar de Hielo, Alta Savoy a (Francia)

Los restos europeos de la última Era Glacial se hallaban dispersos por las cimas de los Alpes. Uno de los más hermosos se llamaba “El Mar de Hielo”, en la ladera norte del Mont Blanc. Los alpinistas solían iniciar el ascenso desde la ciudad de Chamonix, abajo, mientras que los turistas menos animosos solían admirar la belleza desde los transbordadores aéreos más elevados del mundo, cerca de los tres mil setecientos metros.

El “Mar” era más propiamente un río, de unos cinco kilómetros de largo cuyo movimiento parecía helado por toda la eternidad, aunque en realidad avanzaba centímetro a centímetro ladera abajo, alimentado por las nieves de la cumbre y derritiéndose en su pie sólo lo suficiente para dar la impresión de que permanecía inmóvil.

Sin embargo, los alpinistas estaban enterados de su movimiento. A veces perdían instrumentos propios de su deporte en un punto determinado, y en la temporada siguiente los recobraban unas docenas de metros más abajo. En una ocasión, unos escaladores cayeron dentro de un grieta cercana a la cima y se creyó que ya no les verían nunca más; pero treinta años después el glaciar vomitó los restos de los infelices abajo, en la terminal.

Durante años, el glaciar había ido retrocediendo, derritiéndose más aprisa que se formaba, lo cual había afectado desfavorablemente al montañismo y al negocio turístico. Sin embargo, últimamente los habitantes de Chamonix habían advertido el avance del glaciar, de manera que esperaban la temporada próxima con bastante optimismo.

Los escaladores que ascendían hasta el pico más alto de los Alpes daban noticia de que se habían desatado allí tempestades desacomodadamente fuertes, que, evidentemente, alimentaban al glaciar. Y advertían a los pocos aficionados que también quisieran trepar a la cumbre después.

Naturalmente, los habitantes de Chamonix no relacionaban lo que sucedía en el Mont Blanc con las corrientes frías que bajaban a miles de kilómetros del gran Glaciar de Humboldt, en Groenlandia. El mayor interés se lo absorbía el hielo que actualmente colgaba, espantoso, sobre un escarpado y las pequeñas hendiduras que se abrían paso, muy lentamente, hacia las costuras azules.

En la costa de Groenlandia, el proceso habría dado nacimiento a un iceberg. Aquí los resultados eran distintos.

Los pasajeros del transbordador fueron los primeros que lo vieron. Daba la impresión de un simple soplito de humo, o un esquiador levantando nieve por el aire al realizar un viraje pronunciado muy cerca del borde.

Luego el soplo de humo empezó a crecer, como una rosa que se abre en una película sobre cosas de la naturaleza. Aunque todavía con el aspecto de pequeño e inofensivo, se puso a crecer más aprisa, reuniendo dentro de sí rocas y cascotes.

El roce sobre las paredes, en su descenso a ciento sesenta kilómetros por hora, derretía enormes cantidades de hielo, saturando las peñas al tiempo que las trituraba, las desmenuzaba, formando todo junto una especie de barro abrasivo. Los pocos escaladores que se encontraban a tal altura fueron engullidos antes de darse cuenta del alud y llevados al torrente, transformándose al instante en nueva materia prima.

Y el alud seguía corriendo, aumentando de velocidad y de masa, formando una mezcla de hielo, agua, barro, piedras y, lo más destructor de todo, aire.

Un camión que baje por una carretera a gran velocidad empuja delante de sí una columna de aire tal que una persona situada algo más lejos, en la carretera, recibe el frescor de aquella brisa. Mas, el viento originado por la avalancha lo arrollaba todo. Venía a oleadas.

En primer lugar, el viento transportaba las partículas fibrosas de los detritus, polvo y nieve pulverizada que se introducían a presión en bocas, gargantas y pulmones, de tal modo que la gente se ahogaba, y moría asfixiada antes de que llegase la segunda oleada.

Esta segunda oleada la constituía la fuerza masiva del propio aire, incapaz de escapar del alud de kilómetro y medio de anchura, comprimido por consiguiente en una masa espantosa, casi con la densidad de un sólido. Esta oleada aplastaba casas y seres humanos como si fueran recortes de papel.

Luego venía el grueso de la avalancha, cada vez mayor a medida que se incorporaba materia viva y mineral. Ni siquiera las casas que no se hallaban directamente en su trayectoria se libraban de su poder destructor, pues la misma fuerza que empujaba adelante aire comprimido absorbía aire detrás de sí, creando un vacío que succionaba las ventanas de las casas, primero, y después a sus moradores.

Colgados en el espacio, los pasajeros del transbordador no podían hacer otra cosa que contemplar, horrorizados e impotentes, cómo el alud barría la

estación de transbordadores y luego los cables, como si arrancara hebras de un tejido, echando al suelo las torres de acero. Todo el tendido de cables se derrumbó, y el transbordador y sus ocupantes fueron lanzados al vacío, entre alaridos, en una caída de más de tres kilómetros.

La oleada de presión cayó de pleno sobre la ciudad de Chamonix, situada en el fondo del valle, aplastando casas y gente bajo una invisible prensa de forja.

Luego sucedió una cosa notable. La oleada de presión proporcionó una almohada a la avalancha, de modo que ésta saltó primero por encima de la ciudad sin tocarla, llevada por la inercia hasta más de kilómetro y medio arriba de la peña opuesta, dando tiempo a que el aire se dispersase. Sólo entonces, después de que la avalancha invertida, para arriba, hubiera barrido a otros muchos escaladores, el alud descendió hasta el fondo para enterrar la ciudad y a las personas que había matado ya.

Cuando el pavoroso rugido hubo cesado de retumbar por el valle, quedó un silencio mortal, como si nada hubiera alterado la belleza de aquellos panoramas desde los comienzos de la Tierra.

—¡Dios mío, Dios mío!

Karen se restregaba las manos nerviosamente mientras veía el noticiario de la TV. Veía cómo los rescatadores hurgaban los derribos con largos palos, en busca de cadáveres o (por una probabilidad infinitesimal) de supervivientes. Aquellos hombres dirigían continuas ojeadas montaña arriba, angustiados por la posibilidad de que una vibración casual desencadenara un segundo alud.

Era una cuestión de proximidad cultural más que de matemáticas. Los miles de personas muertas en la avalancha del Mont Blanc eran motivo de reportajes más interesantes que los millones que fallecían en la epidemia de hambre de la India.

—Mark, esto se acerca.

Karen esperaba una respuesta, y se volvió para ver la causa de que no se la dieran. Mark estaba ocupado, con un Danny entusiasmado, en la radio.

—Espera hasta que él diga: “Cierro y espero”. Esto significa que está dispuesto a conversar con cualquiera que esté escuchando —dijo Mark, colocando los auriculares en los oídos de Danny.

Danny aguardaba, moviendo la cabeza según la conversación que estaba escuchando y poniéndose más nervioso por momentos.

—No me escuchará —dijo.

—Sí, ya verás como te escucha.

—En mi colegio no me escucharon...

—No se lo pueden tragar todo de una vez. La verdad se les atraganta. Es como una chuleta muy gruesa; hay que partirla a pedacitos.

Danny asintió con la cabeza.

—Está a punto de terminar.

Mark le indicó, con el ademán, que esperase.

—Está diciendo: “Cierro y espero”...

—Adelante.

Danny movió el interruptor y habló:

—Hola, VE3NLW. Aquí W2QRV, Whisky, Dos, Quebec, Romeo, Victor, llamando. Cambio...

Danny se puso a mecerse, excitado, en la silla mientras escuchaba la respuesta.

—Usted está a tres cinco aquí, y se le entiende con dificultad. Cambio... Sí, las señales se han deteriorado últimamente. Tengo algunas respuestas, ¿quiere oírlas? Cambio...

Mark advirtió a Danny con un susurro teatral:

—Una sola cosa cada vez.

Y se quedó escuchando, mientras Danny se enzarzaba en una apasionada, aunque cautelosa discusión. La mano de Karen posándose en su hombro, le sobresaltó.

—¿No me has oído? Dije que esto se acerca.

—Lo sé. Estamos probando de organizar una red radiofónica. Si el registro de radioaficionados los catalogase por profesiones, en lugar de letras de llamada, podríamos...

—Oye —dijo Karen, levantando un poco la voz—, se está acercando. Quedaremos cogidos.

—Por la fecha en que hayamos montado nuestra organización y tengamos en marcha una pequeña sociedad... Ah, sí, puedes apostar a que quedaremos apresados.

—¡Jesús, Mark! ¿Qué estás haciendo? Tú hablas de radios de juguete y mapas del tiempo de juguete. ¡Yo estoy hablando de salvarnos!

—También yo, Karen, también yo.

—Entonces, ¿cómo no estamos en un avión, huyendo de aquí?

—La antropóloga eres tú. Tú sabes qué implica una sociedad en marcha.

—Una familia, un *igloo* y un trineo de perros.

—Muchísimas otras cosas. Mira por la ventana. Echa un vistazo a la biblioteca, diablos.

—Bueno, nos llevaremos unos cuantos libros.

—Yo hablo también de luchar contra este fenómeno.

—Tú sueñas.

—La civilización siempre empieza así, con alguien que sueña. Y mira cuántas cosas hemos conseguido. Hay expertos en energía solar en Holanda, existe oceanografía en el Japón, agronomía en Venezuela, manipulación del tiempo en Rusia, toda una variedad de técnicas y conocimientos, y podemos fecundarnos unos a otros mediante eso... —con un movimiento de cabeza indicó el receptor.

—¿Con eso?

—¿Sabes por qué tus esquimales continúan atascados en la última Era Glacial? Por falta de comunicación. Nosotros no sabemos descubrir cómo sobreviven al hielo; ellos no saben descubrir cómo hacemos nosotros todo lo demás. Alguien inventa la rueda en África. En Asia, alguien descubre la gasolina. En Europa, alguien inventa el motor. Pero no hay automóvil hasta que se reúnen las tres cosas. Y eso las reúne.

—¿Y de qué servirá un automóvil en el hielo?

—Allí habrá un automóvil especial. Podríamos llamarlo un trineo automóvil. O habrá una máquina para producir calor, y otra para cambiar las corrientes oceánicas, y otra para catalizar nubes de manera que sólo nieve donde nos convenga.

—No está el momento para cuentos de hadas. Vivimos en este lugar y en el día de hoy.

—Lo mismo que tus esquimales. Y ellos no tendrán nunca nada más, sino el lugar donde están y el día en que viven.

—Al menos, con estas dos cosas, han sobrevivido.

—Menos cuando el glaciar se desató.

—Nuestra sociedad se desmorona mucho más fácilmente.

—No, nosotros sobreviviremos y construiremos, gracias a nuestra tecnología, nuestra cultura, nuestras comunicaciones.

—Mucho equipaje para meterlo en una maleta.

—Me llevaré un barco.

—Ya lo tienes, por supuesto, un barco capaz de navegar por el hielo.

—En efecto, ya lo tengo.

Karen le miró.

—¡Vaya! ¿Debo creerlo?

—Está aquí —contestó él, dando un golpecito al aparato de radio—. Va todo ahí dentro.

Karen hizo una mueca de incredulidad. Un Danny muy excitado daba un empujoncito a Mark.

—Mark, está escuchando el VE3NLW, y nos cree.

Mark pasó la cara por la cabeza de Danny, en gesto afectuoso:

—Explícale qué haremos, y pregúntale en qué forma puede colaborar.

—Díselo tú.

Mark cogió el micrófono, se puso los auriculares y al cabo de un momento estaba absorto en la conversación.

Bahía de Curtis, Maryland

Incluso a esta distancia, dentro de la oficina, el ruido era insoportable. Manujian se preguntaba cómo resistían los obreros constructores el ruido de martillos y sopletes. Quizá tuvieran la buena fortuna de volverse sordos.

Manujian observaba cómo arrancaban la proa dañada y preparaban las secciones nuevas, remachando las cuadernas, reforzando las láminas de acero de doble grosor y dándoles la forma característica de proa plana del rompehielos.

No oyó al ingeniero jefe, que había venido a plantarse detrás de él.

—Eh, ¿sabe?, no tiene por qué enfocar ese problema como un paranoico.

—¿De qué está hablando?

—¿De qué estoy hablando? Aquí lo tiene —el ingeniero desplegó los planos sobre la mesa de dibujo—. Nuestros muchachos opinan que usted ya no tiene remedio.

—¿Quiere decir que no pueden hacerlo? ¿O en las alturas hay ruidos parásitos?

—Pues, sí, podemos hacerlo. Si algo se aprende en nuestro trabajo es a sortear normas. De lo contrario necesitaríamos dos muelles: uno para los barcos y otro para los papeles...

—¿Entonces...?

—Quiero decir que aquel iceberg fue un fenómeno anormal. Los icebergs no van a correr en tropel detrás de usted, ¿comprende?

—¿Qué pasa? ¿Le trae problemas la modificación?

—No, caramba. Es una modificación fácil; pero... ¿qué ocurre?

Manujian estudió al ingeniero jefe.

—Usted no me creará, pero se acerca una Era Glacial.

—¿Una... qué?

—El Atlántico se helará, las tempestades de nieve enterrarán la mitad del país, y un glaciar arrasará Nueva York.

Ahora el ingeniero estudiaba con la mirada a Manujian.

—Doy por supuesto que el dios-zumbón inclinará el Polo Norte.

—Esa es la palabra —convino Manujian.

El ingeniero jefe levantó los hombros exasperado y empujó un impreso de solicitud debajo de las narices de Manujian.

—Está bien. Perdóneme por habérselo preguntado. Firme donde se indica, nada más.

Treinta kilómetros más arriba la corriente atmosférica en jet serpenteaba alrededor del planeta, llevándose humedad o frío de un sitio, depositándolo en otro, afectados sus giros por montañas y llanuras, por todas las masas de agua, las chimeneas y los automóviles, incluso, en verdad, por el menor golpe de ala de un pájaro.

El satélite lo contemplaba todo con su calma inalterable, y tomaba y transmitía nuevas fotografías. Para la mayoría de los que, abajo, las miraban, aquellas fotografías resultaban cada vez más desconcertantes, y la pauta (si alguna había) más difícil de descubrir. Una predicción de tiempo se convertía en un conjunto de contradicciones. Lo anormal se convertía en norma.

Algunos se preguntaban si las leyes de la Física habían quedado derogadas. Otros sospechaban que, a pesar de todo, había de existir una pauta lógica y confiaban que la computadora gigante desentrañaría el sentido de todo aquello. Y aguardaban una palabra que les ilustrara: pero el gobierno se desahogaba con evasivas y excusas.

Por supuesto, unas cuantas personas sabían la verdad. A cada nueva revelación, con cada supuesta nueva catástrofe confirmando sus previsiones, se contentaban discutiendo una vez más qué medidas había que tomar. Pero no había computadora alguna que contestara los acertijos de la sociedad. Para esto no había respuesta alguna.

—Es un paraje bonito —decía Peggy. Y como mistress Bjork estaba de acuerdo, metió el coche en el área de descanso.

—Quizá podríamos comer aquí —dijo Peggy.

—Me figuro que sí —contestó su madre, procurando parecer animada.

“VISTA PANORÁMICA”, decía el rótulo, y mistress Bjork aprovechó la ocasión para mirar, mientras Peggy utilizaba la sala de descanso.

Habían remontado unos tres kilómetros, en dirección al Parque Nacional de Cañón King, en la Sierra Nevada. Mistress Bjork había esperado con ansia aquel viaje en coche y la merienda consiguiente como una manera de olvidar las conmociones sufridas últimamente, las facturas del agua (cada vez

más opresivas), las pérdidas de ganado vacuno, a pesar de sus valerosos esfuerzos transportando agua con el camión...

Pero ahora se veía obligada a recordar una vez más la escasez de agua. Delante de ella se levantaban las montañas, desnudas y calvas, sin los gorros de nieve que habían de proporcionar las aguas de primavera.

Y al mirar atrás, hacia el Valle Owens, mistress Bjork recibió todo el impacto de la terrible situación. Veía el trazado geométrico, lo mismo que un cubrecama acolchado, de granjas y ranchos, allí abajo, que en otro tiempo fueron callados matices de verde, y ahora se veían pardos y secos.

Hacia el sudeste se divisaba una especie de neblina, cosa sorprendente con aquella atmósfera tan seca. ¿Podía ser niebla, o nubes que señalaran el final de la sequía? La buena mujer temía que pudiera ser el humo de un incendio, y se apresuró a echar una moneda en el catalejo.

Lo que vio resultaba más horroroso que un mero incendio, era el mismo cuadro que había trastornado a los granjeros africanos de Bambara, lo que había acabado con sus fincas y su país.

Hacia el sudeste se hallaba el Mojave, el desierto central del Estado, treinta y ocho mil kilómetros cuadrados; una pequeñez, comparado con la inmensidad del Sahara, pero una pequeñez que iba creciendo bajo los propios ojos de mistress Bjork. El desierto avanzaba, en línea recta, hacia su rancho.

Mistress Bjork se sintió mal.

Peggy se había plantado detrás de su madre.

—¿Se ve algo bonito por allá?

La gran sequía afectaba una dilatada media luna, desde Oregon, descendiendo por California y Nevada, hasta el interior de Texas. Dentro de ese cinturón, los granjeros se enfrentaban con la primavera próxima sin apenas agua para los campos, perdiendo no sólo las mieses y los forrajes, sino también los árboles y arbustos. La única agua disponible pertenecía a una compañía particular que la cobraba a un precio diez veces superior, llevándose la tercera parte de los ingresos del granjero.

La sequía se cobraba además otros impuestos. A lo largo de los grandes ríos (el Columbia, el Colorado, el Snake) habían crecido unas industrias que se servían de ellos para el agua que consumían, como fuente de energía y como vertedero de sus residuos.

Las compañías hidroeléctricas cubrían las necesidades de energía de la mayor parte del Noroeste del Pacífico; pero actualmente reducían los suministros a fábricas, hogares y, finalmente, a otras compañías de energía. Cuando la Bonneville Power Administration redujo la energía, la medida afectó profundamente a la Pacific Gas and Electricity, mil trescientos kilómetros más al sur.

Como bolas de billar chocando con grupos de otras bolas, los impactos se multiplicaban a medida que se transmitían por el organismo social. Los talleres de aluminio de las orillas del río Columbia tuvieron que cerrar, despidiendo a los obreros, que ahora no podían pagar las facturas de mayoristas y fabricantes... mientras las simultáneas escaseces eran causa de que los precios de los artículos subieran exageradamente.

Y la sequía continuaba. Los peces se revolvían en agonías de muerte por los fangosos lechos de los ríos, las raíces de los árboles sobresalían del suelo, como entrañas, y el mismo aire se resecaba.

Obedeciendo las inmutables leyes físicas que gobiernan el tiempo, el aire cálido y seco se elevaba, y bajaba del norte un aire más frío a llenar el vacío.

Estos vientos del norte levantaban los granitos de polvo y arena recién formados. Las mismas tempestades de polvo que devastaban Oklahoma en los años treinta ahora se desparramaban por la amplia media luna de Estados, arrancando sus buenas cinco toneladas de tierra de labor por cada acre y arrojándolas para arriba kilómetros y kilómetros para llevárselas lejos, destruyendo la mejor tierra de cultivo del mundo.

Prácticamente de la noche a la mañana, los desiertos se extendieron fuera de sus límites. El Mojave, el Arizona, el Colorado, el Gran Lago Salado se apoderaron de nuevos acres de tierra, acercándose lentamente los unos a los otros.

Los moradores de Los Angeles que se despertaron al amanecer quedaron pasmados viendo cómo el Sol desaparecía casi inmediatamente de haber salido. Las nubes en bandada sobre las montañas de San Gabriel con un rugido similar al de un aspirador gigante, y luego el polvo se abatió sobre ellos con toda la fuerza, entrando por ventanas abiertas, chimeneas, respiraderos, sacando a la gente de su sueño, haciéndola toser y ahogarse en busca de aliento. Todo el mundo corría a cerrar las ventanas y a poner en marcha los acondicionadores de aire.

La gente estaba completamente desorientada. Unos vándalos habían desatado bolsas de aspiradora sobre sus casas, o bien los comunistas habían declarado la guerra y les arrojaban bombas microbianas. La gente llamaba a la policía, o a los bomberos, o a las emisoras de radio.

Los que ya estaban en las carreteras, dirigiéndose a sus puestos de trabajo, porque empezaban la jornada temprano, veían el cuadro mucho mejor, pero corrían una suerte mucho peor. Veían las nubes descendiendo sobre la ciudad como enjambres de langostas, oscureciendo el cielo, provocando torbellinos de arena y polvo por las calles y las casas, y avanzando hacia las carreteras.

En un santiamén, las nubes se introdujeron dentro de los coches, asfixiando conductores y pasajeros, corroyendo las ventanillas, arrancando la pintura hasta dejar el metal al desnudo.

Por toda la ciudad, unos coches chocaban ciegamente contra otros, formando montones de diez, veinte, cincuenta... Algunos, sorprendidos en pasos elevados, atravesaban las barreras y caían sobre las calzadas.

Las personas que lograban guiar sus coches hasta puntos seguros antes de haber sufrido ningún accidente, o antes de que la arena averiase los motores, se acurrucaban dentro, aterrorizados, esperando un hado que no podían comprender.

Algunas personas sabían bien qué se les había echado encima. Un matrimonio llamado Wilson había vivido en Arizona y se había encontrado ya en una tormenta de polvo.

Cierto número de granjeros de Oklahoma se había venido aquí precisamente para escapar de esta clase de devastación. Estos no se preguntaban si el mundo se había vuelto loco. Ya sabían que sí.

Luego, con la misma rapidez con que había venido, la tempestad se fue, dejando detrás de sí ruinas, cadáveres, un sentimiento paralizador de indefensión y vulnerabilidad, y un manto de arena tal que exigiría semanas de trabajo: la limpieza de maquinaria, habitaciones, camas, alfombras, coches, víveres...

De todos modos, aquello había pasado, y el firmamento estaba despejado. Era un fenómeno anormal, decían, y por su misma naturaleza, las anomalías sólo ocurren una vez.

En realidad, sin embargo, el polvo sólo se había reunido fuera de la vista, a más de seis mil metros de altura, y ahora se dirigía hacia el norte, por los ríos de aire que Huyen hacia el Ártico.

Una vez más, las partículas de polvo penetraban dentro de las gotitas de agua y formaban cristalitos de hielo, munición para una nueva tormenta.

El proceso se alimentaba a sí mismo, doblándose y redoblándose, extendiéndose desde Groenlandia hasta el Canadá, cada vez más voraz, engullendo más polvo y agua, cambiando de emplazamiento las zonas, rompiendo las ataduras que habían tenido sujeto al gran glaciar y preparándose para llevar al Ártico hacia el sur.

—*Bonjour, Paul.*

—*Bonjour, Therese, comment allez vous?*

—*Très bien, et vous?*

—Hablemos francés. *Radiodifusion-Télévision Française* presenta la lección cuarta de nuestro curso de conversación fácil. Hoy. Paul y Therese hablan del adjetivo...

Mark hizo rodar el botón.

El servicio de ultramar de la BBC presenta *El programa ligero*, atendiendo en primer lugar una petición de un oyente de Brisbane (Australia) que desearía escuchar “Journey into Melody” de Robert Tarnon...

Mark hizo rodar el botón.

—En la estructura de la *raga* se encuentra primero una breve incursión en la *auchar*, un solo para la *sitar* (o guitarra oriental) sin pauta rítmica, en la que el músico explora...

Mark volvió a mover el mando, pasando a otra lección de idiomas en Radio Japón, a un grupo de jazz de Radio Suecia, a un documental sobre la industria de conservas de salmón en Radio Kiev, a ópera, música popular, charlas, noticiarios (en los que faltaban ostensiblemente varias noticias) redactados por periodistas con la cabeza escondida en la arena... o en el hielo.

Mark apagó el receptor y fijó la mirada en el teléfono. Al cabo de un rato llamó al *Times* y solicitó hablar con el único periodista que conocía. Una secretaria recogió la llamada.

—¡Ah, sí! Le llamaré él a usted cuando pueda.

—Todavía no ha llamado.

—Bueno, es que está muy ocupado.

—Sí, lo entiendo perfectamente... —colgó y se volvió, para enterarse de que Danny le estaba mirando—. ¿Cómo no te has acostado ya?

—Tengo que ejercitarme en mi clave de transmisión, y he de tomar mis observaciones meteorológicas. ¿No saben que tienes razón tú?

—Resulta más cómodo tomarme por loco. ¿Te vas ya a la cama?

—Espera un momento. ¿Sabes con quiénes tendrías que hablar?

—No. ¿Cuándo te irás a...?

—Con los profesores de tu Facultad.

—¡Ah! Ya sabes cómo se portaron la primera vez.

—Sí, pero ha pasado ya la primera vez.

Mark le miró.

—Tú tendrías que estar en la cama.

—Si me voy a la cama, ¿podré asistir a la reunión?

—¿Reunión? ¿Tú piensas que aquellos idiotas asistirán a una reunión convocada por mí?

—No tengo por qué saberlo. Yo solamente soy un niño.

—Está bien, niño, métete en la cama. Si llamo y ellos vienen, también podrás estar tú.

Danny aplaudió de gusto.

—Yo había pensado lo mismo.

Mark suspiró. Danny sabía ser deliciosamente pueril, a veces, y sería una pena desilusionarle. Él sabía que no acudiría nadie, pero cogió el teléfono a pesar de todo y llamó primeramente a Fink.

Fink levantó la vista del periódico que traía en grandes titulares la tempestad de arena de Los Angeles.

—Aquel muchacho va y le pregunta: “Papá, ¿por qué pusieron Los Angeles en medio de un desierto?”. Y el padre responde: “No me fastidies, hijo, si no quieres que nos perdamos el próximo camello de Hollywood”.

Al ver que nadie reía, dejó el periódico y puso un semblante ofendido.

—Bueno, a mí me parecía muy divertido.

—Quizá sea un poquitín demasiado cierto, precisamente, para resultar gracioso —dijo Mark.

—No hay tal. El verdadero problema está en que no tenéis sentido del humor.

—Es que estos días escasea bastante —paseó una mirada por la sala—... junto con todo lo demás.

Era cierto, asistían muy pocas personas a la reunión.

—Historia, Arqueología, Geología, Meteorología... Justo las ciencias que necesitamos para salvar el mundo.

—Anímate, Mark —dijo Fink—. Al menos yo estoy convencido, esta vez. Ahora si tuvieras a Guzmán de tu parte...

—Puesto que ha sonado su nombre —dijo Helen—, ¿tienes alguna noticia sobre él, Mark?

—La policía sabe una cosa. Guzmán no quería que le encontrasen.

—¡Ah, una chica en el caso!

Fink dijo:

—Mark, si puedes encontrar una chica en un caso, apúntame para varios casos.

—Veré qué puedo hacer. Lo que quiero saber ahora es si me creen todos ustedes.

Los profesores se miraron. Hideo sonrió levemente. Los otros se encogieron de hombros o movieron la cabeza asintiendo. Fink puso cara de bobo.

—¡Vamos a cambiar el mundo! —dijo.

—Seis... —contabilizó Danny—. Siete, contando a mi madre.

—¡Oh, Jesús! De acuerdo, mi osito de astracán hace ocho y mi caballito, nueve. ¡Eh, oye, Mark! A mí no me importa que te contrates de “canguro”, pero ¿no podrías tener al niño...?

—Yo respondo de mí mismo —replicó Danny con aire terco—. Y es posible que pueda aportar algo de valor.

Fink suspiró.

—Lo lamento. Olvidé que eres un sabio enano —y volviéndose hacia Mark—: Perfectamente, tenemos unas personas más de las que yo pensaba: pero sumas las familias, los animalitos de la casa y hasta las bacterias que transportamos y no hay número suficiente ni para una fiesta de fin de semana. ¿Qué hemos reunido, entonces?

—Te diré qué hemos reunido: un puñado de expertos relacionados por radio...

—¿Como nosotros? —inquirió Helen.

—Sí, somos unos eruditos en toda regla —dijo Fink—. El equipo más erudito que haya visto en mi vida.

—Y tenemos un rompehielos, o al menos una embarcación que podrá hacer el oficio de rompehielos.

—Parece fantástico, de veras. ¿Qué liará entretanto? ¿Cortar cubitos de hielo para los refrescos?

—Es un balizador de los Guardacostas, amarrado en el puerto en estos momentos, porque lo están convirtiendo en rompehielos.

—¿Los Guardacostas? ¿Qué te induce a pensar que figuraremos en sus órdenes de embarque?

—No figuraremos.

—Entonces, ¿cómo nos recogerán?

—¡Ya sé! —dijo Fink—. Le salimos al paso con una barca de remos. Nuestra amiga Helen tira del espiche, yo me quito la camisa y la agito frenéticamente... No, eso bórralo. Yo tiro del espiche, y nuestra amiga Helen se quita la camisa...

—El capitán es un antiguo amigo mío y hará cuanto pueda.

El profesor de Arqueología tosió.

—Perdonen que hable del pasado...

—Es su campo.

—Esto sucedió poco después de Babilonia. Yo llevaba un rifle en defensa de nuestra nación, de modo que sé algo de los militares. El crimen peor, más terrible aún que el asesinato, era la desertión.

—¿Quién habló de desertión? Yo sólo he dicho que...

—Nos recogería, ya sé. Vicealmirantes, Almirantes de la Flota, Contralmirantes, todo el mundo estará formando cola... ¿Pero él nos recogerá a nosotros?

Mark hizo un gesto afirmativo.

—Eso será desobedecer las órdenes y desertar de su puesto.

—¿Las órdenes de quién? ¿Qué puesto abandonará? Estamos hablando del colapso total de la sociedad. Es posible que le hayan dado órdenes, y es posible que no. Yo me figuro que, en medio del desbarajuste, nadie se acordará de él. Los otros buscarán rompehielos, no el mísero cascarón de un repartidor de boyas.

—Deja que te diga sin rodeos, Mark. Tú no nos estás diciendo que partamos ahora, que saquemos un billete de avión para el Ecuador. Lo que nos dices es que haraganeemos por ahí, esperemos que el hielo ataque...

—No precisamente haraganear. No, hay un montón de cosas que hacer...

—Mark —interrumpió Fink—. Le estás hablando a un simpático muchacho judío cuyos padres vivían en Alemania en los años treinta. Y cuando la situación empezó a ponerse fea, aquella gente no esperó ni un momento. Cogieron el equipaje y se largaron. Yo soy un descendiente, y muy asustado, de aquel linaje.

—La diferencia está en que entonces había un sitio a donde ir, todavía. Ahora es el mundo entero lo que se derrumba. ¿A dónde irá el globo cuando muera?

—Pues... ¿A Filadelfia?

Helen interpuso:

—¿Quieres darnos a entender que estamos sentenciados, Mark?

—Os estoy ofreciendo una esperanza, la única. Mira, tú puedes coger un aeroplano y salir ahora mismo. Pero, ¿a dónde vas?, ¿cómo vives? No se trata de coger veinte kilogramos de equipaje para unas vacaciones en Europa. Porque ni siquiera habrá una Europa.

Fink objetó:

—¡Sí, la habrá! Sólo que le daremos otros nombres: Punta de Hielo de la Riviera, Carámbano Eiffel...

—Estamos hablando de una responsabilidad con el género humano, de conservar todo lo que podamos de la civilización para las generaciones venideras. No se trata solamente de nuestra mejor probabilidad de sobrevivir, sino de la posibilidad de luchar contra el desastre.

—¿Quiénes? ¿Nosotros? ¿Cuándo el gobierno entero no ha luchado?

—Ellos están atados de pies y manos, no pueden maniobrar. En estos mismos momentos, están probablemente corriendo de un lado para otro como pollos sin cabeza.

—Muy distinto de nosotros, máquinas eficientes y bien engrasadas... —comentó Helen.

—Nosotros no somos solamente las personas que nos encontramos en esta habitación —puntualizó Mark—. Estaremos conectados a una red de emisoras de radioaficionados.

—¿Emisoras de radioaficionados? ¿Para un muchacho judío?

—Es todo lo que tenemos. Sin eso, no seríamos más que un puñado de parásitos que perecerían de hambre, cuando se terminasen los víveres en conserva. En cambio, con la radio, tenemos nuestra única probabilidad; nuestra célula estará relacionada con otras células del globo, y las ideas y las acciones de unos fecundarán las de los otros. De esta manera conservaremos viva la civilización.

Todos se miraron.

—¡Eh, oye, Mark! A mí sólo me interesa salvar el pellejo. No necesito para nada ese fardo de basura del hombre blanco.

—Es la única manera que tienes de salvar el pellejo; he allí lo que trato de explicarte. Todos necesitamos una tecnología nueva, una tecnología propia de Era Glacial, hasta para cultivar plantas. El gobierno no lo hará por nosotros. Nunca lo ha hecho, ni se nota indicio alguno de que lo haga actualmente. Ellos están buscando cómo salvar sus propios pellejos. En cambio, nosotros...

—Sí, Mark, nosotros, colegas caritativos, amantes del prójimo, altruistas, que no hemos sabido, ni por un momento, qué son los celos...

—Fuésemos como fuésemos, cuando ves la alternativa... bueno, lo haremos.

Hideo había permanecido callado todo el rato. Ahora tomó la palabra:

—Mark...

—Di.

—Tú lo presentas muy complicado... cuando es muy sencillo, en realidad.

Todos los ojos se posaron en él, pues su tono tranquilo parecía indicar que había encontrado el secreto. Todos esperaban que dijese algo más, y continuaron esperando.

—No hay prisa. Tómate tu tiempo.

—No, no hay prisa. Mientras tú correteabas por ahí, llamando a tantísima gente por teléfono, parando a multitud de personas en las esquinas de las calles, levantando polvo, ¿qué te figuras que hacían los esquimales?

—Morir, probablemente.

—¿Y qué te figuras que hará el mundo, a pesar de toda esa energía, cuando el hielo ataque?

—Sucumbir, matarse unos a otros... ¡Dios sabrá qué!

Hideo hizo un gesto de asentimiento.

—¿Por qué te pusiste en Meteorología, Mark?

—Oh, por amor de Dios...

—Lo digo en serio.

—Porque la naturaleza era un misterio, y parecía que había de ser interesante encontrar las respuestas.

—Lo mismo digo yo. Bueno, ¿y has conseguido las respuestas?

—¿Estás de broma? No conseguí nada de nada.

—¿Excepto el placer de investigar?

Mark se encogió de hombros.

—Vamos, di. ¿Conseguiste algo de placer?

Mark hizo un ademán, afirmando a medias.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Así es el juego. Al salir, poseías más que al entrar; debes sentirte agradecido. Lo mismo me ha pasado a mí, y lo mismo a todos los presentes. Todos hemos avanzado un poco.

—¿Entonces...?

—Entonces, ha sido un placer, pero el juego ha terminado, y esto formaba parte de las normas del juego desde el principio.

—¿Nos estás diciendo que lo que debemos hacer es tumbarnos y morir?

—Todo el mundo muere.

—¿El género humano entero?

Cuando Hideo habló por fin, parecía más remoto que nunca.

—¿Sabes? Nosotros vamos excavando a través de las rocas y encontramos millares y millares de especies que se han extinguido por completo. No sólo dinosaurios y didos, sino monos pequeños, monos grandes, el Hombre primitivo, el Hombre posterior, y finalmente el Hombre a secas. Ya sabes, hemos tenido un buen número de Eras Glaciales. Y no dudo que, en cada ocasión, los que estuvieran ahí, fuesen como fuesen, pensaban: “Ufff, el mundo termina con nosotros...”. Bien, ahora nos toca el turno. Algo o alguien vendrá luego...

Hideo levantó los hombros.

—Todos tenemos nuestros propios caminos hacia el Nirvana, o hacia Filadelfia, o como sea que tú lo llames.

—Oh, Dios...

—¡Alégrate, Mark! —bramó Fink—. Todavía tenemos al profesorcito de nuestra parte. Él salvará al mundo, sin que nadie le ayude, si es preciso.

—Si es preciso... —repitió Danny.

El periodista le había tomado gusto a la tarea. Tenía la impresión de que el último editorial había sido rígido, hasta pomposo, pero a medida que ganaba confianza, escribía desahogado, y hasta se permitía un tono un tanto zumbón:

“Seis meses atrás, como algunos de ustedes quizá recuerden, en la época del equinoccio de otoño, escribimos la venida del otoño y el invierno. No nos lo prometíamos tan malo como fue, pero al menos llegó en su momento. Ahora, seis meses después, es un placer informar de que el Sol ha cruzado de nuevo el Ecuador Celeste, esta vez en su retorno. Jamás pensamos que estuviera aquí. Pero la primavera ha llegado, es innegable, y se porta como debe: de lo cual damos fe con mucha alegría.

”En este momento, el día y la noche duran lo mismo, aunque esta situación cambiará, y está cambiando ya mientras usted lee estas líneas. Ahora los días irán siendo más largos, y las noches más cortas. Aquellos de ustedes que lograron resistir el embate y que pensaron, durante la peor tempestad de nieve que hemos sufrido, que la Naturaleza les había abandonado, consuélense. La Naturaleza puede ser dura y apretar, pero se somete a sus propias leyes y no ahoga. ¡La primavera está aquí!”.

El periodista no acertaba del todo, en verdad, el proceso del firmamento seguía su curso como de costumbre. El Sol había empezado, ciertamente, su ascenso hacia el norte del Ecuador y pronto volvería a calentar el hemisferio septentrional: pero otros personajes de la función desempeñaban ahora papeles más importantes. La corriente en jet, las corrientes cambiantes, los campos de hielo en crecimiento, las tormentas de polvo habían tomado el mando.

Del mismo modo que el monzón de otoño no había hecho acto de presencia en la India, la América del Norte no vería primavera alguna. En realidad, las estaciones, tal como el mundo las había definido, ya no existirían más.

La muchacha encargada de revisión miraba fijamente las tarjetas de compras que Mark y Karen habían llenado.

—¡Ufff! ¿Qué quieren ustedes? ¿Abrir una tienda por su cuenta?

Mark miró a la muchacha. Probablemente, acababa de salir del Instituto y vivía con sus padres; posiblemente, ahorra dinero para entrar en la Universidad, y, muy posiblemente, esperaba matricularse en una Facultad con beca, precisamente la Facultad donde él daba clases. Pero pronto estaría muerta, junto con su familia, su novio y todos sus condiscípulos.

—No. Es que somos familia numerosa, ¿sabe? —contestó por fin. Firmó el cheque por el importe, sabiendo que jamás lo cobrarían. Hasta tuvo remordimientos.

A continuación telefoneó al muelle de la calle Morton y alquiló un largo trecho de espacio. La tarea final consistía en comprar un trineo automóvil. Tuvo suerte, era el último que quedaba, el que servía para hacer las demostraciones.

—¿Regresará a casa montado en él? —preguntó sonriendo el dependiente.

—A no tardar, tendremos aquí nieve de sobras.

—No le discutiré la idea, con el invierno que nos ha hecho... En realidad usted es listo, señor. Ahora lo compra más barato, y lo guarda. Apuesto a que esperará el invierno para comprar su acondicionador de aire.

—¡Sí! —contestó Mark—. Me ha tomado usted la medida exactísima.

El Club “Nosotros Nos Libramos” celebraba su fiesta alrededor de una piscina al aire libre, con una banda de rock tocando estrepitosamente. Como

toda la población del Nordeste era elegible, el elitismo no podía constituir el atractivo principal del club. Y no lo constituía.

—Hola. Bueno, ¿qué nos cuenta usted? —chillaba un joven, dominando el ruido.

—¿De qué?

—De la tormenta de nieve.

—¡Ah, sí! Pues... Un amigo y yo... —la chica se interrumpió—. Nos dimos calor uno al otro.

La chica se puso a reír, y el hombre sonrió, acercándose un poquito más.

—Vaya, vaya. Bueno, usted podría necesitar un poco más de calor.

—¿Por qué lo supone?

—Pues, uno nunca sabe cuándo se volverá a enfriar la atmósfera.

—Ahora que lo menciona... —la muchacha se puso a temblar. Se estaba despertando la brisa—. Creo que será mejor...

—¡Eh, no se vaya! Le prestaré mi chaqueta.

La brisa se había convertido ya en viento, y las demás personas que se hallaban junto a la piscina dejaban los refrescos, se ponían las chaquetas y entraban en el edificio.

El cielo se oscurecía apreciablemente, y ahora empezaban a revolotear unos copos de nieve, que al tocar el suelo se derretían.

—¡Oh, no! —lamentóse el hombre cuando los copos descendieron en mayor cantidad y empezaron a acumularse—. No volvamos a las andadas...

La gente percibió de inmediato que aquella tormenta de nieve sería distinta. No era la tempestad furiosa, en vendaval, del invierno. Esta era de primavera, lenta y suave, callada, casi confortable, como el dulce viaje hacia la muerte.

El aire estaba transparente y la ciudad parecía volverse súbitamente silenciosa, como si sus millones de habitantes hubieran interrumpido lo que estuvieran haciendo para levantar los ojos al cielo esperando la Segunda Venida.

—¿Eso es... lo que anunciabas? —preguntó Karen, mirando por la ventana.

Mark dejó de empaquetar y siguió la mirada de la mujer.

—Eso es. ¿Te parece familiar?

—Como... como en Groenlandia.

—Entonces deberías sentirte a gusto.

Ella meneó la cabeza.

—¡Oh! Aquella vieja leyenda de los padres que desean que su difunto hijo vuelva, y el hijo vuelve en forma de cadáver viviente... —Karen apoyó los dedos en el cristal de la ventana—. El frío entra en seguida. No es como en los *igloos*... —Karen se volvió para mirar a Mark: luego dijo—: Abandonemos todo eso y cojamos un avión antes de que sea demasiado tarde.

—Ya es demasiado tarde. Mira, lo tenemos todo dispuesto para marcharen coche. Tranquilízate.

—Quedaremos sumergidos. Olvidemos todo ese material y marchémonos ahora mismo.

—De todos modos, tampoco podríamos. Recordarás los atascos que se producen en la ciudad. El histerismo reinará por doquier. Espera hasta que termine.

—¿Qué ha de terminar, el histerismo o la ciudad?

—Vamos. Karen, no pierdas la cabeza. La ciudad estará sobrecargando todos sus circuitos. Aguardemos hasta que estalle la espoleta.

—¿Y cómo lo sabremos?

—Por la radio.

Ambos volvieron los ojos hacia el aparato y vieron a Danny escuchando con los auriculares puestos.

—¡Diablos, vale la pena! ¿Queréis oírlo? —y pasó el sonido al altavoz.

En la banda de los radioaficionados, un canal tras otro empezaron a llenarse con irritados lamentos: conductores afectados por embotellamientos del tráfico y por accidentes; camioneros que se veían imposibilitados de entregar su carga; y amenazas, cada vez en aumento, a medida que los comunicantes se empezaban a interferir unos a otros y se negaban a retirarse.

Aquello se convirtió en un algarabía, y Karen se tapó los oídos.

—¿Cuándo terminará eso?

—Terminará, mujer —sentenció Mark, lúgubrementemente—. Terminará.

En el Zoo de Bronx, el ratón resopló de alivio, holló con fuerza la nieve del ancho patio de que disfrutaba y se sintió en su ambiente.

La nutria apartaba y alisaba la nieve abriendo poco a poco una red de túneles. Luego practicó unos agujeritos verticales hasta la superficie, para procurarse aire y luz.

El venado escarbaba la nieve a medida que caía, dejando al descubierto la hierba enterrada, que pasaba a mordisquear confortablemente.

En la gran jaula de las aves, el águila se acurrucaba en un rincón, agitaba las aceitosas alas para librarlas de nieve y luego escondía el cuello debajo de ellas cuanto podía.

En la jaula de los leones, los grandes felinos rugían de cólera y resentimiento, al notar que el celador dejaba de presentarse a la hora señalada.

Un oficial de mapas cada vez más nervioso entregó al marinero Pete Stojka los nuevos datos. Stojka estiró el cuello, abrió la llave y emitió el primero de los dos boletines diarios sobre el hielo:

—... Se estima que los icebergs más meridionales se encuentran a los 46° 10' N. y los 51° 05' O...

En el mar, un centenar de barcos recibieron la noticia y modificaron sus rumbos, describiendo un arco hacia el sur. Llegarían a sus destinos con retraso.

Por todo el Nordeste los ríos empezaron a helarse. En el Ohio, el hielo impedía el paso de cargamentos de carbón y petróleo hacia las centrales de energía eléctrica. En el Susquehanna, el hielo bloqueaba las entradas de los mecanismos de refrigeración, haciendo que la maquinaria se recalentase. En el Niágara, las cataratas perdían velocidad, se volvían perezosas, y las turbinas movidas por agua empezaron a pararse como un fonógrafo viejo.

Por todo el Nordeste, las lámparas eléctricas oscilaban y proporcionaban una luz mortecina. Los usuarios, exasperados y atemorizados, corrían por sus casas encendiendo una bombilla tras otra, para compensar. Luego, cuando los radiadores se enfriaron, enchufaron las placas eléctricas multiplicando la carga de las sobrecargadas líneas.

Las emisoras de radio y televisión recurrían a sus generadores eléctricos de emergencia para emitir frases alentadoras, recomendar que no se malgastase nada, que se evitara el pánico, y suplicaban a la gente que no saliera de casa.

Recomendaban también que se mantuvieran frescas las baterías, se conservara el calor del cuerpo, se tuviera éste seco además de caliente y se evitara el licor. Una simple vela, en un recinto cerrado, puede proporcionar el calor suficiente para continuar con vida. Varias capas de ropa delgada dan más calor que un solo abrigo de tela gruesa.

Pero lo que más se le recomendaba a la gente era que conservara la calma, se abstuviera de escuchar y propalar rumores alarmantes, y que visitase a sus vecinos para escuchar los boletines de noticias.

Ciertamente, los poseedores de aparatos de radio y televisión alimentados por pilas se sentían tranquilizados al ver caras y escuchar voces conocidas, que despertaban sensaciones y recuerdos de autoridad y compasión. Y las creían cuando aquella caras y voces afirmaban que la emergencia era grave, pero que al fin pasaría.

Luego apareció el alcalde con su propia valoración del momento, especialmente en lo referente a la oleada de compras en los supermercados, motivada por el pánico.

—No hay motivo de inquietud —dijo, evitando palabras tales como “grave” y “crisis” que podían provocar un pánico mayor—. La mayor máquina de producción y distribución de víveres del mundo todavía funciona correctamente. Las escaseces locales pueden significar un pequeño inconveniente durante unas horas, pero las máquinas quitanieves y de distribución de sal sobre las calzadas ya están actuando y se han repartido comestibles. Hemos movilizado a la Guardia Nacional, que ayuda en la tarea...

No se mencionaba cómo se las arreglarían los miembros de la Guardia Nacional para llegar a sus puestos, pero la gente de todos los barrios se calmaba ante aquellas seguridades, y, por el momento, la ola de compras provocada por el pánico se moderó.

Lago Oroville, California

El Lago Oroville se encontraba a cerca de doscientos cincuenta kilómetros al nordeste de San Francisco y era el corazón del suministro de aguas de California. Durante la prolongada sequía, había descendido tanto que, por vez primera, una buena parte de su fondo quedaba al descubierto.

El lago había alimentado un buen número de depósitos por todo el valle de San Joaquín, con unos nombres que guardaban la fragancia propia del Estado fronterizo: Sly Creek, Lost Creek, Camp Far West, Little Grass Valley (o sea, Riachuelo Taimado, Riachuelo Perdido, Campo Oeste Lejano, Valle Hierbecita). Todos habían sido drásticamente vaciados.

Ahora un peligro nuevo amenazaba el suministro restante. A medida que los niveles del agua descendían, la Bahía de San Francisco empezó a dilatarse, trepando río arriba kilómetro a kilómetro. Los que visitaban las orillas de los ríos podían contemplar la extraña progresión de las aguas saladas, nauseabundas y oleosas de la ciudad portuaria subiendo por los lechos de los ríos Feather y Yuba hasta el lago, para, desde allí, envenenar las miríadas de depósitos.

No habría agua para las personas, las industrias, las granjas... ni contra los incendios.

Bosques y parques estaban secos como la yesca. Las chispas de un incendio volaban para iniciar otros, y éstos, a su vez, provocaban otros nuevos, descendiendo por el Estado, desde Trinity Forest (Bosque Trinidad) hasta Shasta y Plumas y Eldorado, gran cinturón que se extendía y penetraba en la Baja California y en varios saltos y brincos atravesaba todo el Sudoeste.

Actualmente, sobre Los Angeles, el aire estaba saturado de humo y arena, de modo que la gente se asfixiaba, jadeaba y corría hacia los grifos, que espurreaban más aire que agua.

Se producía un fenómeno nuevo. La gente desplazada del norte, granjeros y rancheros, llegaban a la ciudad con sus camiones y furgonetas, en busca de agua, alimento y trabajo. Tres cosas de cada una de las cuales había poco, muy poquito, y las calles y playas estaban llenas de gente desorientada, gente no habituada al papel de refugiados.

Mistress Bjork compró nuevos mapas de carreteras, contó los litros que les quedaban en la cisterna y vio cómo los míseros residuos salían del grifo mezclados ya con aire.

—¿Cómo habrían resuelto esta situación tus pioneros? —le preguntó a su hija.

—Simplemente, continuarían en marcha hasta que encontrasen lo que estaban buscando.

Mistress Bjork estudió el mapa. San Diego estaba unos doscientos kilómetros más al sur, y la frontera se encontraba poco más allá. Mistress Bjork se preguntó qué tal había de parecer México.

Un desconcertado marino Stojka mecanografió los nuevos datos.

“Los icebergs presentes se calcula que están a 33° 10' N. y a 61° 19' O...”.

Aquello quedaba, prácticamente, a la altura de su ciudad de Savannah (Georgia). Stojka se volvió para mirar al oficial cartógrafo, esperando que le tranquilizase.

—Nunca se había producido algo tan terrible...

El oficial se mordió el labio.

—No, nunca.

—¿Qué pasa, señor?

—No... no lo sé. Limítate a seguir las órdenes tal como las vayamos recibiendo.

Pete Stojka dejó el receptor abierto y se quedó esperando. Nunca había deseado tanto que le dieran nuevas órdenes.

Atlántico medio: 33° 10' N., 61° 17' E.

—¡Dios mío!

El operador de radio acababa de llamar por la comunicación interior al capitán Dlugatch para comunicarle las nuevas coordenadas de los icebergs. Miró desde el puente y pudo ver, justo en el horizonte, la cima de lo que debía de ser un iceberg descomunal, en el punto exacto indicado por el despacho y viniendo en línea recta a chocar contra el barco.

El operador volvió la cabeza y dirigió una mirada a los otros barcos del convoy, que habían efectuado ya un cauteloso viraje hacia una ruta más meridional. Había sido, sin duda, una maniobra expuesta; pero la que él se vería obligado a hacer sería mucho peor.

Los mercantes se habían habituado a navegar en grupos, apiñándose contra los peligros de la mar de modo muy parecido a como lo hicieron en la Segunda Guerra Mundial.

Ahora Dlugatch estaba pensando en su propio barco. Dio la alarma y ordenó un viraje de noventa grados, a realizar en un espacio tan reducido como fuese posible. No había tiempo que perder, y menos teniendo en cuenta que la nave necesitaría varias millas para completar la maniobra. Dlugatch se decía que los otros habrían recibido los mismos datos y responderían con la misma medida.

Pero no lo hicieron tan pronto, y sus radios de giro fueron aún mayores. Cuando el segundo barco abordó al mercante de Dlugatch, embistiéndolo por el centro y saliendo despedido de costado a su vez, fue como cuando se produce una colisión múltiple en una carretera.

La reacción en cadena se prolongó a medida que los barcos chocaban unos con otros, el acero astillando el acero producía estridentes rugidos que ahogaban los alaridos de los hombres al ser arrojados a las heladas aguas. Las ropas quedaban empapadas a los pocos momentos, y el agua les robaba el calor del cuerpo con una rapidez varias veces mayor que en el aire. A los seis minutos, habían perecido todos.

El viejo refrán decía: “Entre Ohio y el Polo Norte no hay más separación que una alambrada de espino”. Claro, no había ninguna barrera de montañas que atravesara la América del Norte de este a oeste, protegiéndola de los vientos del Ártico, que se precipitaban por un terreno prácticamente abierto, llano, enterrando coches, deteniendo trenes, arrollando mangos. La maquinaria de rescate (arados rotatorios y toros mecánicos) se veía atascada a su vez. Los cables eléctricos y los telefónicos se partían bajo el peso de las envolturas de hielo.

Los cítricos y las cosechas sólo necesitaban el contacto de la escarcha para marchitarse y morir. Té, trigo, centeno, maíz, avena, arroz, mijo, caña de azúcar, soja, algodón, cáñamo, especies y subespecies en interminable variedad, todas dependiendo del complicado equilibrio entre suelo, agua y aire, se marchitaban cuando este equilibrio se destruía. Las cosechas de raíces y tubérculos, tales como las zanahorias y las patatas, quedaban perfectamente aisladas, pero el suelo helado era duro como una roca, y no se podían arrancar ni con perforadoras neumáticas.

Los peces de lagos y ríos no tardaron en verse aprisionados entre bancos de hielo en crecimiento constante, y se revolvían en un espacio cada vez más angosto hasta que morían.

Los pájaros realizaban interminables descubiertas hasta que percibían el calor que salía a través de las ventanas. Entonces batían la alas frenéticamente contra los cristales, aterrorizando a los moradores. Al cabo de un rato, la gente abría las ventanas con cautela y encontraba montones de pájaros muertos, helados. Los que sabían reprimir la repugnancia tenían alimento para unos días más.

El ganado vacuno sólo comía el pienso que se hallaba a su alcance inmediato, ignorando el que dejaban caer unos pilotos valerosos. Lo que hacía, en cambio, era ponerse de espaldas al viento, de forma que el voluminoso cuerpo les protegía más o menos tiempo: pero las áreas huérfanas de pelo, las rodillas y las pezuñas, eran vulnerables. Pronto las tenían demasiado en carne viva y heladas para poder andar ni siquiera los pocos metros que los separaban de algún mísero abrigo. Por otra parte, tenían demasiado miedo para tenderse, simplemente, sobre la manta aislante que constituía la propia nieve, y tampoco bebían el agua que podía proporcionarles. El moco, exagerado por el frío, colgaba de sus narices en forma de carámbanos de hielo sanguinolentos, y así permanecían de pie, soportando el dolor y la sed hasta que se desplomaban y morían.

Los cerdos son los animales de corral más inteligentes. De ahí que se apiñaran todo lo que podían, reuniendo el calor corporal, montando incluso unos encima de otros para aumentar la superficie de contacto. De este modo la muerte tardaba varios días más en sobrevenirles.

Los caballos luchaban, saltando, para situarse sobre la nieve: pero a los pocos momentos, los angostos cascos volvían a hundirse en ella. Y así seguían, saltando y volviendo a saltar, luchando infructuosamente por permanecer fuera de la helada capa, hasta que se cansaban. Poco a poco, las tiesas patas se iban reuniendo, excavando pequeños espacios hasta que los lomos formaban arco. Llegaba el momento que ya no podían conservar el equilibrio, y entonces sus tiesos armazones caían de costado y se hundían en los montones de nieve.

La voz tenía un acento perfectamente jovial.

—Las cosas marchan muy bien aquí en Miami. La recepción de turistas es muy buena, considerando la situación. Hace un tiempo fresco, pero no francamente frío. Las hermosas jovencitas no visten hoy sus bikinis, y es una pena; pero cuente usted las bendiciones que le envía el cielo. Aquí esperamos, como los bravos, a que se despeje la situación. Cambio.

Mark miró por la ventana y meneó la cabeza.

—Increíble. Pat, increíble. Supongo que ya estás enterado de los detalles enojosos de nuestros contornos.

—Sí, y también resulta increíble nuestro caso. No sé qué decir de todos esos barullos de comunicaciones. Sin duda, alguien recibe las noticias. Aquí la gente llega a raudales; en coche, bicicleta, moto, patines de ruedas, y los que se te antoje. ¡Qué pena no pertenecer al gremio de hoteleros! Son los que están haciendo su agosto, aquí. Ya empiezan a ponerlos en pilas de tres de alto en los pasillos.

—No me sorprende. Todo el que puede marcharse, se marcha: y la situación no mejorará. Pero no envidies a los hoteleros. Pronto estarán hartos de tanto negocio.

El profesor Pat Keegan hizo una ligera pausa antes de contestar, y su espontánea jovialidad se moderó un poco.

—Oye, Mark, si puedes ultimar tu proyecto, serás bien recibido entre nosotros. Os alojaremos a ti y a tu familia en alguna parte. La casa tiene una parte trasera que podemos despejar, y la Universidad reservará un puesto, en

verdad, a un muchacho que fue bastante listo para ver anticipadamente lo que está sucediendo.

—Me lo pones tentador. Pat; pero será mejor que decline el ofrecimiento.

—¿Qué diablos? Ahí arriba quizás os quedaseis sin primavera; pero aquí entre nosotros hace un tiempo excelente.

—Lo que me inquieta es el verano.

—Limpieza el 21 de junio, por si no lo sabías.

—Permite que disienta, Pat. Nosotros no hemos tenido primavera, y vosotros no tendréis verano.

—¿De veras? De todos modos, aquí abajo siempre lo pasaremos mejor.

—No mucho. Si no hay verano, ¿qué cultivaréis?

Hubo unos momentos de silencio.

Mark añadió:

—Cambio, Pat.

—Sí, Mark, te oí bien. Bueno, mira, esto queda fuera de mis dominios... Pero tenemos un departamento de Agronomía, dirigido por unos muchachos realmente listos. Dales tiempo y producirán unos granos alimenticios que no necesitarán verano. Y vosotros, chicos, acaso tengáis ahí arriba alguna clase de semilla, para ponernos en marcha; trigo de invierno, o como le llamen.

—También queda fuera de mis dominios, pero imagino que todo ese género se ha perdido. De todos modos, no creo que resulte. Miami es el fin del mundo, y la gente que llega ahí, ahí se quedará, amontonada. Quizá puedan hacer salir barcos, o quizá no; pero si el suelo no da productos alimenticios, la partida parece perdida de antemano. Deja que yo te haga una contraproposición. Ven tú con nosotros. Un oceanógrafo encajaría muy bien en nuestra cisterna de cerebros.

Pat Keegan probó de deshacer el nudo de la garganta antes de contestar.

—Yo creo que en tu depósito de cerebros hay burbujas, Haney. Nosotros te ofrecemos alegría y comodidades, y tú nos ofreces un billete sin regreso para un *Titanic* errante.

Mark hizo una pausa, y finalmente asintió:

—Está bien, Pat, quizá tengas razón. Da recuerdos de mi parte a las chicas de Miami, y continúa en contacto conmigo.

—De acuerdo, Mark.

Mark siguió el ritual de cierre acostumbrado, apagó y se volvió hacia Karen.

—¡Increíble! —exclamó.

En el otro extremo, el profesor Keegan se volvía hacia su esposa y murmuraba:

—Increíble...

A la perrita de aguas la habían mimado siempre. Durante toda la vida, le habían servido carnes de la mejor calidad, y a las horas exactas. Para cama, tenía un cesto adornado con cojines de satén. Le cortaban el pelo, formando matas de dibujo atractivo. Los criados, o bien profesionales del arte de pasear perros, la sacaban periódicamente al aire libre, precavidamente atada a una correa sujeta a un collar tachonado de piedras preciosas falsas, de imitación.

A ella las piedras preciosas de imitación le interesaban menos que la comida; pero ahora, por motivos que no podía comprender todo aquello se había evaporado.

Ahora se encontraba sola por la calle, en medio de las acumulaciones de nieve, y tenía la sensación de que el hambre le perforaba los intestinos. Y el frío era peor aún. En las áreas de piel sin pelo, cada nuevo copo de nieve era un alfilerazo.

Hambre, frío y abandono, tres elementos nuevos, y aterradores, para ella. La perrita soltó tres ladridos, que en el pasado habrían sido la llamada que hubiera atraído a su dueña o a una criada, corriendo, con un derroche de mimos y palabras dulces, apaciguadoras. Ahora, en cambio, no le respondía nadie.

No le quedaba hogar, ni calor, ni cama, ni alimento. No tenía más que aquella blancura y aquel frío.

Cierto oscuro, apagado, instinto de supervivencia la empujó, un mísero residuo de lobo, que se suponía desterrado definitivamente por la educación. La perrita escarbó la nieve con las patas, como lo, habían hecho sus antepasados; pero las cortadas uñas le dejaban solamente la blanda carne, mordida por el frío, de los dedos. Tampoco sabía qué podía cazar.

Ahora el corazón le galopaba, aumentando su terror. Lo mejor que podía hacer —opinaba— era quedarse allí y ladrar. Sin duda, acudirían pronto. Sólo se habían olvidado de ella temporalmente.

La línea de vapores Great Lakes St. Lawrence Seaway formaba una red de comunicaciones en lo que antes fueron más de doscientos cuarenta mil kilómetros cuadrados de superficie acuática. Ocho Estados bordeaban los

lagos, y otros once adyacentes dependían asimismo de aquel tráfico acuático. Ahora los lagos empezaban a helarse, aprisionando gabarras cargadas de mineral de hierro, carbón, caliza, yeso... En total, una cuarta parte del transporte de toda la nación.

En el cuarto de la radio, a Pete Stojka le entregaban nuevas órdenes que transmitir. Todo rompehielos que figurase en la lista, o del cual se tuviera noticia, recibía la orden de dirigirse hacia el Estrecho de Cabot, cruzar el Golfo de San Lorenzo y el estuario del mismo nombre, para entrar en los Grandes Lagos y abrir nuevas rutas.

La comunicación se embarullaba por momentos, pero a pesar de los ruidos parásitos y la maraña de conversaciones, el teniente comandante Manujian oyó la orden citada. No se mencionaba al *Briarwood*, pues había poca necesidad de atender a las boyas cuando unas señales muchísimo mayores cambiaban casi todos los días las rutas transatlánticas.

En vista de la gravedad y el carácter movedizo de la emergencia en curso, todos los demás barcos habían de dedicarse a tareas de búsqueda y socorro según se precisara, y a discreción de su capitán.

—A mi discreción...

Manujian inspiró profundamente, firmó las órdenes y las hizo anotar en el libro de a bordo, junto con el nuevo rumbo del barco, hacia la ciudad de Nueva York. Nadie discutió su decisión. Veían que tenía muchas cosas en la cabeza, y no había que maravillarse.

Hacía días que el perro esperaba en la casa desierta. A ratos aullaba, otros ratos mordisqueaba la alfombra o los muebles en su soledad, para castigar al dueño en sus posesiones por haberle abandonado. Era grande, medía más de sesenta centímetros de altura en los hombros, con un armazón poderoso y pelaje espeso, gris y blanco. Sin duda podía verse todavía al lobo dentro del perro.

Llevaba la cabeza alta, y su cráneo ligeramente abovedado proclamaba que debajo había un cerebro desarrollado, una perspicacia poco común que ahora le decía al perro que su dueño no volvería más.

Por el fondo de la puerta, olisqueaba el extraño aroma. Aquel olor evocaba en su mente recuerdos que no sabía situar inmediatamente, pero que asociaba con algo profundamente placentero.

Buscando una salida, tentó todas las puertas y ventanas: pero no sabía descifrar la manera de abrirlas. Al final descendió a los sótanos, oscuros por

estar cerrada la ventana. A ciegas, buscó el cierre de muelle y la cadena de la que había que tirar para abrir.

Después de largos minutos de tentativas, de frustrado morder y tirar hasta que la cadena empezó a ponerle zarpas y boca en carne viva, acertó de pronto con la combinación de fuerza y ángulo adecuados, y la ventana cayó para adentro, arrojándole al suelo del sótano entre un diluvio de nieve.

El perro se quedó atontado unos momentos: pero al rodar para ponerse de pie, mordió la blanda sustancia. Inmediatamente supo que podía apagar la sed con ella, y la lamió codiciosamente.

Luego trepó hasta la ventana y escarbó vigorosamente la apretada nieve con sus robustas patas, jadeando desesperado hasta que de pronto asomó a la luz del día, al aire frío, vivo, punzante.

El perro aullaba con deleite, rodaba y se revolcaba por la blanda manta: levantaba las patas al aire al tiempo que torcía el espinazo para un lado y para el otro como si quisiera desprenderse de los años de civilización. Esto le habría valido una fuerte palmada de su dueño; pero ahora no había dueño alguno que se la diera.

El perro ladró con toda la fuerza de sus pulmones, luego todavía más fuerte, y más aún.

Estaba dotado de dos capas de pelo, una capa suave y espesa debajo, y otra de pelo lacio y áspero encima. Estas dos capas le habían fastidiado terriblemente durante los cálidos veranos de Nueva York, causándole picores insoportables. En cambio ahora, la nieve parecía un edredón suave, refrescante, aplicado a su cuerpo.

El perro sabía que ésta era su patria.

El dueño, las disciplinas, la civilización, todo se disipaba mientras iba hollando la nieve. De vez en cuando, levantaba más la cabeza y sacaba la lengua para cazar al vuelo los copos que caían.

Escarbó en las acumulaciones de nieve y no tardó en desenterrar montones de basura, que el frío había impedido que se pudrieran, y sació el hambre con ellos. Luego, sin miedo, giró hacia el norte, donde percibía que se hallaba su hogar ancestral. Sus oscuros ojos en forma de almendra centelleaban ante la deleitosa hermosura de aquel mundo blanco, previendo nuevos retos, nuevas aventuras, sin la sujeción de correas ni cortapisas.

Primero alteró el silencio el ruido de cristales al romperse; luego vino un coro de gritos gozosos.

La nieve se derramaba dentro del supermercado, y la gente seguía detrás. Algunos se deslizaban por el montón de nieve lo mismo que niños en un tobogán. Luego, ya dentro, todos se desmandaron locamente, concediéndose caprichos que hasta entonces habían sido mantenidos en jaque, reprimidos por cerraduras, policía y la simple falta de recursos. Ahora se les brindaba la gran ocasión; ahora que el resto de la ciudad estaba tan hambrienta como lo estuvieran ellos siempre, cuando la policía y hasta la milicia se hallaban paralizadas, y cuando tenían a su alcance, sin obstáculos, todo lo que habían deseado.

Apilaban víveres, lo mismo los exóticos que los familiares, el caviar y el *paté* que no habían probado nunca (y que pronto escupirían con asco, preguntándose qué hallaba en aquello la gente rica), la carne que necesitaban tan desesperadamente y que el frío había conservado tan bien, y, por supuesto, los licores.

Luego alguien descubrió un acopio de carbón y una barbacoa. Pronto brilló una fogata en medio del pasillo. Todos se reunieron a su alrededor, se emborracharon, hicieron el amor... Hubo algunas peleas disputándose algo; pero había cantidad suficiente de todo para todo el mundo.

Al lado había una tienda de electrodomésticos, y, naturalmente, también penetraron en ella, llevándose todo aquello que no habían poseído nunca, que siempre había permanecido fuera de su alcance, detrás de aquel cristal, sin darse cuenta (o sin que les importase) que no había electricidad para poner en funcionamiento aparatos de TV y estereofónicos. Los saqueadores más listos se llevaban aparatos de radioaficionados alimentados por pilas, y *walkie-talkies*.

De todos modos, la ley no perseguiría a unos ni a otros. Con un poco de suerte, no perseguiría a nadie, nunca más.

Los pacientes se tambaleaban, daban traspiés, eran arrastrados o transportados, y a veces eran milagrosamente descubiertos por unos enfermeros que estaban a punto de derrumbarse también.

Muchos tenían los miembros paralizados, helados. La mayoría de éstos habían sobrepasado ya los grados primero y segundo, con ampollas y despellejadas, entrando en el tercero, con las manos y los pies hinchados por los fluidos y el tejido profundo destruido. Los pacientes necesitaban antibióticos e inyecciones antitetánicas para evitar la infección, anticoagulantes para impedir la formación de coágulos en los vasos

sanguíneos, así como operaciones quirúrgicas para extirpar el tejido muerto, o hasta amputar miembros enteros, antes de que se extendiera la gangrena.

Había también ataques cardíacos debidos a los excesivos esfuerzos y la fatiga impuestos por la nieve; hipotermia (que es cuando la temperatura del cuerpo desciende por debajo de lo normal, reduciendo todas las funciones orgánicas); fracturas ocasionadas por resbalones y caídas, complicadas a veces por asfixia, si los pacientes habían estado inconscientes o inmóviles algún tiempo; y, finalmente, quemaduras debidas a los incendios que se iban multiplicando.

Pero, ni era posible traer medicamentos, ni hacer salir las ambulancias. El personal sanitario, sitiado en los diversos centros, quedaba rendido de tantas horas, interminables, de trabajo; se les empañaba la vista, se les embotaban los sentidos y los procesos del pensamiento se les volvían confusos.

Había una gracia salvadora. A pesar de los cortes de energía, del mal funcionamiento de los aparatos de refrigeración y la recogida de basuras, no se producía ninguna de las epidemias que habrían asolado a la comunidad en un clima más moderado. Disentería, cólera, difteria y sus congéneres no salieron a escena. El frío esterilizaba los víveres, el agua y hasta los desperdicios y las aguas residuales. A pesar de la gran cantidad de defunciones, la comunidad se veía libre de enfermedades, vivía en el clima más sano del mundo.

Aquel hombre había aprendido la lección de la pasada tempestad de nieve. Ahora sabía, por ejemplo, que había que dejar un poquitín abierta la ventanilla, a fin de que pudiera salir el aire viciado, especialmente el venenoso monóxido de carbono que se acumularía en el interior del coche. Conocía también la conveniencia de poner el motor en marcha sólo de vez en cuando, a fin de ahorrar gasolina.

Y sobre todo, había instalado un aparato emisor-receptor, de radioaficionado, no sólo para desterrar la soledad, sino, en casos como el presente, para comunicar a otros que necesitaban asistencia.

Durante un buen rato, todos los canales estaban atiborrados de demandas de socorro e instrucciones en las confusiones provocadas por la catástrofe. Sin embargo, él logró establecer contacto. Alguien le contestó, le preguntó en qué punto se hallaba, y le aseguró que pronto estarían allí para socorrerle.

Al fin los vio: un grupo de muchachos avanzaba lentamente por la nieve. No eran lo que esperaba, exactamente: pero imaginó que serían libertadores

voluntarios. Aunque, a medida que se acercaban más, el hombre se inquietó un poco. Parecían necesitar que alguien les socorriera a ellos, precisamente.

Abrió la ventanilla para saludarles... y entonces vio las armas.

—¡Muy bien, señor cabrón, fuera de ahí!

El hombre protestó, con voz ahogada.

—Os advierto que la policía está al llegar. Les he llamado.

—¿Sí? —replicó el muchacho, levantando su emisor-receptor portátil—. Hemos contestado nosotros...

El momento siguiente fue de gran confusión. El hombre sólo vio la culata del revólver descendiendo hacia él. Y se sumió en la oscuridad.

Cuando volvió en sí, le dolía la cabeza. Se llevó la mano al punto doloroso, y la retiró luego manchada de sangre. Le habían quitado la chaqueta: habían despojado al coche de todos los objetos de valor, incluso el emisor-receptor de radio. Entonces notó que la sangre se le enfriaba en la mano, y luego vio cómo cristalizaba. El pobre hombre comprendió que muy pronto iba a morir.

Mientras la humedad penetraba a través de sus ropas y le robaba el calor del cuerpo, le sacudieron una serie de escalofríos. Era un intento del organismo por conservar el calor mediante el movimiento.

A continuación se le puso “carne de gallina”, lo que en parte era un vestigio de la reacción que se producía en aquellos viejos tiempos en que el hombre era un animal peludo. Esta disposición de la piel levantaba los pelos, aumentaba el grosor de la capa y, por ende, el aislamiento. A falta de capa, sin embargo, la reacción dilataba al menos la superficie de la piel, para que pudiera aprovechar al máximo el poco calor que existiera.

A medida que el frío penetraba más adentro, el cuerpo se movilizó con objeto de preservar el calor de los órganos vitales centrales, reduciendo la afluencia de sangre en las extremidades.

Primero, los dedos de las manos y los pies se entumecieron, fenómeno que el individuo agradeció, porque sentía disminuir el dolor. Lo cierto era que ahora el frío congelaba y destruía una capa de piel tras otra. Al menor contacto, la piel se desmenuzaba y caía.

Los fluidos orgánicos, hasta este momento mantenidos en equilibrio gracias a complicados mecanismos, ahora se desconcertaron peligrosamente. Dichos fluidos acudían raudos a llenar las grietas de la piel, con lo cual manos y pies se hinchaban.

El hielo trató luego de penetrar en el organismo por la boca del sujeto. Este tenía unas cavidades en los dientes, con rellenos de metal, que, a causa

del frío, se contrajeron y saltaron fuera, dejando nervios al descubierto y produciendo un dolor irresistible.

El vapor de la respiración era agua que se marchaba del cuerpo y no sería sustituida nunca más. El frío chupó humedad hasta de los globos de los ojos.

No obstante, el cuerpo se benefició pronto de una misericordia especial. A medida que la sangre se enfriaba y congelaba, la corriente que regaba el cerebro disminuía. El estado de *shock* vino como una somnolencia placentera. La víctima hasta tuvo alucinaciones; le pareció que veía a su hijo, allí, a su vera, rogándole que se levantara, pues le había prometido que le llevaría al museo, a ver los dinosaurios.

Ahora estaban ambos de pie, ante las enormes criaturas, y él tuvo la sensación de que hacía un calor asfixiante. Los empleados ¿no sabían cuándo tenían que apagar la calefacción?

El chico lloraba, por alguna misteriosa razón, porque el dinosaurio moría, como si él hubiese preferido que siguiera viviendo. El hombre creía haber sacado, a copia de argumentos, a su hijo de semejante error; pero entonces el muchacho le preguntó, inesperadamente:

—Papá, ¿y nosotros también desapareceremos?

Una pregunta endiablada, de veras. El hombre estuvo unos momentos sin saber qué contestar. ¿Le explicas a tu hijo qué es la muerte, o no? En ambos casos, te habrás metido en líos.

—No nos extinguiremos —contestó, en tono concluyente—. No como ellos, al menos.

Luego la visión se desvaneció y un dulce océano negro pareció reconfortarle. El hombre se sometió, y se entregó.

El corazón dio unos latidos más, luchando con la sangre más viscosa.

Al poco rato estaba cubierto de nieve.

—Estas son las noticias...

Estaba cansado y demacrado, parecía haber envejecido varios años justo en unos días. El traje, exageradamente arrugado, y la cara, sin afeitar, se combinaban para darle un curioso aspecto de vagabundo. Las frases tranquilizadoras pronunciadas, que siempre habían tenido el peso de la autoridad, ahora sonaban vacías, tan débiles como la propia imagen que mostraba la TV.

Para que la nación no se creyera la única afectada, las noticias —al menos las que se recibían— hablaban de otras crisis, en otros puntos del planeta. El

antiguo conflicto fronterizo entre India y China, exacerbado por los refugiados indios que cruzaban en masa la línea divisoria, se deterioraba y convertía rápidamente en una guerra pura y simple. El comentarista hacía notar secamente que —como ambas naciones habían desviado sus recursos, apartándolos de la producción de víveres para dedicarlos a la de armas atómicas— el curso de los acontecimientos había quedado claramente determinado desde hacía mucho tiempo.

Había, además, otras crisis; antiguas querellas que el desarreglo del clima aventaba y convertía en francos incendios. Se rumoreaba que Israel planeaba incursiones en los campos petrolíferos de la Arabia Saudí, al habersele cortado la fuente iraní. Gentes de varios Estados africanos negros habían cruzado la frontera y penetrado en el África del Sur, blanca, perseguidas por un desierto del Sahara que se iba dilatando. Refugiados rusos habían cruzado Hungría y actualmente los estaban deteniendo en la frontera yugoslava. Las tres naciones mencionadas enviaban tropas, precipitadamente, al lugar citado. Y así sucesivamente.

Mientras un locutor hablaba, fuera, el hielo se acumulaba en el enrejado de acero del transmisor, centímetro a centímetro, hasta que los travesaños metálicos empezaron a doblarse bajo el espantoso peso.

En la pantalla, la imagen del hombre se iba volviendo gris y pálida. Los danzantes granitos de interferencias parecían apiñarse y crecer. Simultáneamente, el ruido de fondo se hacía más perceptible, y los telespectadores de todo el país vieron cómo el locutor desaparecía poco a poco detrás de una tormenta de nieve de cosecha propia.

De todos modos, él continuaba explicando que los EE. UU. habían entrado en negociaciones pacíficas con México y los Estados de la América Central para aceptar en cierta medida la inmigración de personas desplazadas. No había que esperar verdaderos problemas de nuestros amistosos vecinos. Pronto nos daría nuevas informaciones.

Fuera, la torre de transmisión acabó doblándose bajo el peso del hielo. La imagen del locutor se apagó como una vela.

De súbito, las familias se quedaron sin saber nada de lo que ocurría más allá de las cuatro paredes de su hogar. Dentro de ellas, se apiñaban todos en busca de calor y coraje, mientras veían disminuir sus reservas. Al poco tiempo, hasta los lazos con los vecinos inmediatos quedarían cortados por recelos mutuos.

En algunos hogares, sin embargo, se conservaban algunos lazos de unión con el siglo xx. Los radioaficionados que disponían de unidades móviles

alimentadas por pilas podían continuar comunicando; hasta podían crearse una red propia. Eran como débiles centellas en la creciente oscuridad.

Habitualmente, en tiempos de grandes catástrofes, estos radioaficionados transmitían noticias, diferenciaban los hechos auténticos de los rumores, prestaban servicios y suministros de urgencia, reducían todo lo posible el pánico hasta que la emergencia cesaba y la sociedad exterior, intacta, restablecía su pleno acceso.

Pero esta vez no había sociedad exterior.

—¡Socorro...! ¡Socorro...! ¡Socorro...! Aquí K2XAN con problemas de tráfico en el sur de Manhattan sur... Tengan la bondad de responder las estaciones de Manhattan sur, o de sus proximidades...

Mark había dejado la radio para el final, empaquetando primero todos los otros objetos de valor (víveres, ropa, libros, notas y registros necesarios) en el trineo automóvil. Tenía el propósito de cursar instrucciones entre el barco de Manujian y su propio grupo. Del resto del mundo se olvidaba casi por completo. Pero ahora, ese resto del mundo se entrometía, bramando en la abierta frecuencia.

—¡Socorro...! ¡Socorro...! ¡Socorro...! —el comunicante repetía la señal de llamada y el mensaje, esta vez más desesperadamente.

Mark se puso tenso, y titubeó.

—Emisoras del sur de Manhattan, o de sus proximidades, tengan la bondad de contestar... Tengan la bondad de contestar... ¡Socorro...! ¡Socorro...!

Mark dirigía ya la mano al botón cuando Karen le detuvo.

—No es asunto tuyo.

—¡Karen, por amor de Dios, alguien necesita ayuda!

—Todo el mundo necesita ayuda.

—Yo salvé a un hombre de debajo de aquella marquesina...

—¡Magnífico! De todos modos, ha perecido ya...

La llamada continuaba.

—¡Tengo un problema de tráfico de *urgencia* en Manhattan sur! Las emisoras de Manhattan sur, o sus cercanías, tengan la bondad de contestar. ¡Tengan la bondad de contestar!

Mark sintonizó el aparato.

—K2XAN, aquí W2QRV... Whisky, Dos, Quebec, Romeo, Victor..., adelante.

—W2QRV, Dios sea loado... Oiga, tenemos problemas de urgencia a una milla de aquí... Hay un edificio de viviendas en llamas en la esquina Primera Avenida y calle Houston. El fuego se propaga, sin que nada lo detenga. No hay agua, no hay teléfono, no hay electricidad. Llame al Departamento de Bomberos. Tenemos un anciano con un ataque cardíaco; necesita una ambulancia. Tenemos víctimas del hielo y de la intemperie; necesitan asistencia médica...

La lista continuaba con llamadas pidiendo medicamentos, víveres, agua, calor, ayuda de toda especie.

Mark se volvió y clavó los ojos en su caja de provisiones.

—¡No! —gritó Karen—. No dejes que te la quiten. Ya has hablado demasiado.

—Pero, si no he dicho nada...

—Sí, has dicho. Has dado tus letras de llamada. El registro les dirá dónde vives. ¿Cuánto tiempo crees que tardarán en llegar aquí para cogerte?

—¿A cogerme? ¿De qué estás hablando?

—De supervivencia. Mark. Has contestado a la llamada, lo cual significa que puedes contestar, lo cual significa todo lo demás que sean capaces de imaginarse, incluyendo que... —y, con la cabeza, indicó las provisiones.

—¡Pero ellos no saben que tenga nada!

—No, todavía no.

Mark tragó saliva.

Al perro pronto se le pasó el alborozo. La libertad se había convertido en una caza constante de unos pobres restos de comida cada vez más elusivos. Aun así, había en aquella situación un sentido de reto, una mezcla de sufrimiento y de la emoción de descubrir algo antiguo, al actuar con unos poderes atrofiados. Olfateaba, seguía una pista, escarbaba, cogía, tiraba, de modo que cuando por fin aplastaba el bocado entre los dientes saboreaba la placentera sensación de la recompensa al trabajo realizado. Esto era, sin duda alguna, más justo que el tácito convenio con su dueño, en el cual el alimento y el afecto se le daban, o se le retenían, por un capricho incomprensible.

Con todo, el estar solo tenía sus desventajas. Una vez el Husky^[3] encontró a una ardilla solitaria, desamparada. Y a pesar de los latidos de la sangre en las arterias, de la estremecida emoción de la caza, hubo de abandonar, desconcertado, y más cansado y hambriento que nunca.

En aquel momento se dio cuenta de la necesidad que tenía de otros, de una manada capaz de seguir pistas, rodear presas y luego cogerlas en la trampa.

Ahora, mientras escarbaba la nieve para sacar una piltrafa, oyó un ronquido bajo. Al levantar la vista, se encontró con un perro pastor alemán, igualmente hambriento e igualmente determinado.

Husky restañó los dientes, exhibió los caninos en son de amenaza y de declaración de propiedad; pero el perro pastor respondió de la misma manera. No retrocedía.

El Husky era, entre los dos, el de temperamento natural más agresivo, y fue el primero en atacar. Sus colmillos se clavaron debajo del corto pelo del flanco del Pastor y le produjeron un desgarrón de varios centímetros de longitud.

El Pastor gruñó y se lanzó contra los flancos del Husky; pero no logró profundizar hasta debajo de aquella doble capa. Mientras rodaban los dos por la nieve, frenéticamente, el Pastor buscaba con desesperado intento un centro vital con la piel desnuda. Más por suerte que ex profeso, sus agudas uñas rozaron el ojo derecho del Husky.

Este chilló de dolor, parcialmente ciego; pero sus instintos le empujaron a continuar la pelea, hasta que sus colmillos cogieron al Pastor limpiamente por la garganta. Al instante, bajo esta amenaza de muerte, aquél se sometió y cayó de espaldas, con la garganta al descubierto, en actitud de rendición.

El Husky olfateó al Pastor, lo lamió y esperó mientras el Pastor rodaba de costado, se levantaba y le rendía pleitesía.

El alborozo anterior renació, junto a la sensación de dominio, de ser el dueño, eclipsando así el dolor espantoso que sufría.

El Husky tomó ahora la mayor parte del pobre bocado, mientras el Pastor esperaba sumisamente. Luego, cuando se sintió saciado, el Husky se levantó y emprendió el trote, siguiendo detrás el Pastor.

El Husky comprendía que estaba destinado a ser jete, justo como sabía también que encontraría otros, que los derrotaría en el combate, y que los vencidos se le unirían y le seguirían.

Ante él se extendía el universo blanco, su propio universo, dispuesto a ser conquistado.

—W2QEV, aquí el Cúter *Briarwood*. Cambio.

—Cúter *Briarwood*, aquí W2QRV. Cambio.

—Míster Haney, tengo un mensaje del patrón para usted. Comillas, BETA 1.500, por consiguiente, trae tus posaderas aquí, cierro las comillas. ¿Lo ha captado?

—Perfectamente. Dígale que mis posaderas están en camino, si las suyas también lo están.

Mark cortó y pasó a la frecuencia de los radioaficionados.

—W2QRV a Móvil Uno. Conteste.

Hubo unos ruidos parásitos y unos berridos incomprensibles; finalmente se destacó la voz de Fink.

—¿Cómo demonios lleva uno este condenado asunto, Haney?

—Lo lleváis muy bien. Escucha, la cita es para las tres. Transmite la noticia. Cambio.

—¡Ah, entiendo! Nuestro barco ha llegado. A las tres, en el muelle de la calle Morton, ¿no?

—¡Gracias! Ahora quizá no tengas necesidad de comunicar la noticia.

—¿De qué diablos estás hablando?

—De supervivencia, Fink, de supervivencia... —y levantó la vista para sorprender a Karen sonriendo.

—Quizá no haya nadie escuchando —comentó ella.

Mark refunfuñó incómodo y se volvió hacia el receptor.

—Haré tarde. Tengo que empaquetar unas cosas.

—¿Has de empaquetar? ¿Cómo no lo has hecho antes?

—Tengo que empaquetar esta radio, ¿recuerdas?

Hubo un silencio.

—Ah... Por un momento confié en no ser yo el único idiota. Muy bien, Mark, cambio y cierro.

—¡Eh, Fink! “Cambio y cierro” es una contradicción. No se puede...

Pero Fink había cerrado ya.

Mark suspiró. ¿Noé también tuvo estos problemas cuando lo del arca?

Le esperaba una gran cantidad de trabajo. Arrastró el trineo automóvil y el remolque portapaquetes al pasillo y regresó para ponerse a desmontar la radio.

Como había intentado recibir señales en toda la anchura del espectro radiofónico, tenía una multitud de antenas, cada una de longitud distinta, cada una sintonizada a una banda de longitudes de onda diferente. Había alambres cortos, aisladores, empalmes, y había que desmontarlo todo con sumo cuidado.

Karen le miraba angustiada.

—Eso durará una eternidad.

—No tanto.

—El glaciar te sorprenderá aquí.

—Confío que no...

Sonreía.

—¿Estás seguro de que el barco esperará?

—¿Queda algo que pueda darse por seguro?

La mujer refunfuñó, paseó de un lado para otro, salió al pasillo, se acercó al trineo automóvil y, al ver el montón de objetos cargados en el remolque, meneó la cabeza.

—¡Cuántas cosas acumulamos, Señor! Los esquimales lo cargan todo en un pequeño trineo. Somos prisioneros de nuestras posesiones, Mark.

—Es la nostalgia de la marcha... No olvides el verdadero material que apilé en el muelle.

—¡Dios mío! ¿Cómo lo cargarán a bordo?

—Del mismo modo que cargan las boyas. No te apures por ello.

Karen se apuraba. Y siguió mirando cómo Mark iba cargando las complicadas piezas. Ella había reducido sus utensilios esquimales al menor número posible, enorgulleciéndose incluso de las escasas dimensiones del intrincadamente acoplado paquete.

Entonces se fijó en los voluminosos instrumentos de observación meteorológica de Danny, cuyas formas raras impedían que pudieran empaquetarse en poco espacio.

—¡Oh, Señor! Danny, ¿de veras necesitas eso?

El muchacho suspiró.

—Mamá, en la situación presente, no deberías hacer preguntas tontas.

Con gesto vivo embutió sus cosas en los espacios disponibles, apartando algunos objetos de Karen.

—Podemos colocarlo bien, si tú renuncias a algunas de esas cosas tuyas. Por ejemplo, madre, ¿qué vamos a hacer con una estatuilla de piedra?

—Mira, Danny, yo no discuto contigo. Una vez te dije que tendrías que desprenderte de algunas cosas que te gustan, y que una de ellas serían tus juguetes.

—¡Juguetes! ¡Madre, eso no son juguetes! Los juguetes son para los niños. Eso son instrumentos de trabajo. Te informan de qué tiempo hará...

—¡Excelente! Pero Mark ya tiene otros. No necesitas esos... —estiró el brazo para cogerlos.

—¡Madre! —ahora gritó más fuerte, y se puso a tirar de aquellos objetos —. Los he construido yo. Los hice yo... ¡Tus esquimales fabricaron los suyos, pero yo hice éstos!

—Mira, Danny, cuando seas mayor, hablaré contigo del significado del arte; pero ahora salvemos lo que sea más importante —volvió a dirigir la mano hacia ellos, y el muchacho tiró con más fuerza.

—¡Mamá, esto es importante! Es mío... Y funciona. ¡Es importante!

Danny se puso a llorar, y unos momentos después golpeaba la pared.

—Una pataleta no te servirá de nada, Danny. Hemos de tomar decisiones, y eso es duro para todo el mundo. Aprende pues a aceptar lo que es preciso que aceptes. No salimos de merienda, precisamente...

Mark la interrumpió:

—¡Eh! ¿Puedo hablar contigo? —se la llevó pasillo abajo, a donde Danny no pudiera oírles—. Mira, no quiero minar tu autoridad ante Danny...

—Muy bien. No la mines.

—Pero aquellos instrumentos son importantes.

—Sobre este punto habíamos llegado a una conclusión.

—Son ciertamente importantes para él.

—No, no lo son. Aquí no hay más que el apego de un niño mimado a un juguete.

—Para él, no.

—Estamos hablando de supervivencia, Mark, y de lo que tenga verdadera importancia para el grupo.

—Entonces, ¿cómo justificas esos objetos esquimales?

Karen suspiró.

—Antropología en doce segundos... Son el compendio de una cultura en un paquete lo más reducido posible. Los esquimales viajaban con poca cosa, pero eso no lo abandonaban... —la mujer se interrumpió unos momentos—. Ahora habrán muerto todos, probablemente, y eso es lo que queda. Es lo que me legaron ellos a mí...

Mark tuvo la precaución de hacer una pausa antes de replicar:

—Muy bien. Para ti, tus esquimales significan algo, del mismo modo que la estación meteorológica significa algo para...

—¡Maldita sea, Mark! Objetivamente, y quiero decir objetiva y desapasionadamente, tú tienes tus instrumentos científicos, y los necesitaréis. ¡Magnífico! Danny sólo tiene unas versiones de juguete...

—Llámalas modelos.

—No importa cómo las llame.

—Muy bien, pero no son ellas el recurso valioso, sino...

—Bien, entonces, ¿qué?

—Sino que lo es Danny. Un día, si salimos con vida de todo esto, tomará el mando él. Yo no quiero impedir su crecimiento, ni en el terreno físico ni en el mental. Esa estación meteorológica para ti es un juguete, y hasta quizá lo sea para mí; pero para él es una escuela, y la adora.

—Pero ocupará...

—Estamos malgastando tiempo.

Mark se volvió hacia Danny.

—Bien, chico, hemos tomado una decisión. Termina de cargar.

El rostro del muchacho se iluminó al instante.

—¡Burra!

Mark no pudo menos que sonreír al ver aquel fardito de pieles trepando al remolque y arrastrándose sobre las cajas como una oruguita atareada.

—Gracias por no minar mi autoridad —murmuró Karen.

—Lo siento. Era una cosa demasiado importante.

Ambos guardaron un silencio tenso. Mark quiso cogerla por los hombros y ella se apartó. Él la cogió de nuevo.

—Lo siento... Lo siento de veras, Karen. Mira, yo te amo a ti, y le amo a él... No me pidas que escoja.

Trastornada, la mujer permitió que la besara.

—Deseo que nunca tengas que escoger.

Danny gritó:

—¡Eh! ¿No estamos preparados?

Karen y Mark levantaron los ojos y le vieron encima de la pila.

—¿Quieres ir montado ahí?

—Así lo vigilo todo —respondió el chico, moviendo la cabeza.

Mark dijo a Karen, en un murmullo:

—Todavía le haremos ser niño...

Abrió la puerta de escape para casos de incendio y contempló la ciudad.

La nieve llegaba hasta sus pies, en el segundo piso; pero a pesar de toda su previsión, no hubiera sabido predecir el aspecto que tenía la ciudad, enterrada bajo la mayor capa de nieve que hubiera caído en diez mil años. Las calles no existían; los edificios sobresalían como estacas de madera en la arena de una playa.

De todos modos, aún no se había helado, porque se divisaban incendios y el humo que desprendían formaba un manto bajo en el cerrado firmamento.

Muchos edificios habían sido derruidos ya, y sus vacíos cascarones estaban llenos de nieve.

Los vientos habían actuado de manera caprichosa y contradictoria con las capas de nieve de las calles y los contornos de los edificios: de manera que éstos ofrecían costados casi completamente libres de nieve, mientras en otros se veían acumulaciones de una media docena de pisos de altura.

Mark estuvo un buen rato con la vista clavada en aquel cuadro, y cuando Karen y Danny miraron al exterior, también se quedaron callados.

—¿Dónde estará la gente, a vuestro entender? —preguntó Danny por fin.

—Muerta —respondió Karen.

Mark le disparó una mirada.

—La gente no muere tan fácilmente. Andarán por ahí.

Un sonido emergió a través del silencio: los aullidos y los ladridos apesadumbrados de innumerables perros.

—Eso demuestra que hay gente —afirmó Mark.

—Precisamente eso demuestra que no.

Mark hizo una mueca y dio la vuelta a la llave del encendido. El trineo no arrancó a la primera, y hubo de pisar varias veces el acelerador; pero luego cobró vida con un rugido pasmosamente fuerte y penetrante, mucho más de lo que Mark esperaba.

—¡Cristo!

El sonido reverberaba agudo y claro en el silencio de la ciudad, repetido por las desnudas paredes de piedra y amortiguado por las espesas capas de nieve.

—Esto no es un trineo tirado por perros.

Sabía que aquel ruido se propagaba docenas de manzanas más allá. Si había algún ser viviente, fuese hombre fuese mujer, ahora se enteraría de la existencia de Mark, sin duda alguna.

Cautelosamente, Mark introdujo la primera velocidad. Con los delicados instrumentos en la trasera, y Danny encima de todo, no se atrevía a correr demasiado. La cadena giró libremente unos momentos, hasta que se hincó en la nieve, arrojando montones detrás, lo mismo que un arado rotatorio, hasta que por fin consiguió puntos de apoyo y se puso en marcha.

—Al menos no hay excrementos de perro.

Al virar hacia el oeste y avanzar por la calle Bleeker, tuvo que orientarse fijándose en algunos edificios notablemente altos, reconocibles. Los rótulos de las calles, y hasta las calles mismas, habían desaparecido.

Cuando pasaban cerca del primer edificio alto, Danny levantó la vista ansiosamente hacia los pisos superiores.

—Mark. ¿Crees que nos miran?

—Bueno, puedes estar completamente segura de que si no nos ven, al menos nos oyen.

—No pasa nada, Danny. Allí no hay nadie.

—Sí, están —objetó tercamente Mark.

—¡Ah, sí, muertos! De frío, o de hambre, o quizá de sed, porque los tubos del agua reventaron. Las causas pueden ser muchas; pero todos han muerto.

—Digamos, simplemente, que no lo sabemos, Danny —objetó Mark, con un suspiro.

Danny se agarraba inquieto a sus instrumentos meteorológicos.

En la Séptima Avenida, una marquesina de un teatro colgaba, sostenida en un extremo por unos tirantes retorcidos, mientras su otro extremo descansaba en el banco de nieve.

—¿Supones, Mark, que el anciano a quien salvaste sigue con vida?

—No lo sé, pero me alegro de haberle salvado.

—Lástima que te perdieras todos éstos.

Al llegar a la manzana siguiente, Mark viró hacia el sur, abriéndosele un amplio panorama en dicha dirección y ofreciéndose a su vista los altos edificios del barrio de Wall Street.

—Apuesto a que un buen número de personas salieron de la ciudad y en estos momentos se dirigen hacia el sur —dijo Mark.

—Sí, todos los que tenían esquíes en casa.

Mark la miró con ojo airado.

—Este no es el único trineo automóvil del mundo, ya sabes.

—Es el único que oigo.

—¿Qué me dices de los esquíes? En la ciudad había muchos esquiadores de fin de semana.

—Yo no veo ningún rastro. ¿Tú sí?

—¡Por amor de Dios, Karen! La civilización no se tiende sobre el suelo, sin más, y perece. La civilización lucha, como nosotros estamos luchando.

—Yo pensaba que estábamos huyendo.

—Creo que más bien lo llamarían una retirada estratégica, un reagrupamiento de fuerzas para, luego, contraatacar mejor.

—¿Acaso hay alguien por ahí para llamarlo de este modo o del otro?

Pasaban junto a las tristes torres grises de una cárcel.

—Mark —preguntó Danny—, ¿qué habrá sido de los presos?

—No lo sé. Imagino que los transportaron al sur.

Karen replicó:

—Según los últimos datos que recogí en una clase de Sociología, teníamos más de trescientos mil presos. Supongo que los han metido a todos en un trineo automóvil gigante y con barrotes.

—Bueno, no se contentarían cerrando las puertas, simplemente, y dejándolos abandonados.

—Entonces, ¿qué hicieron? ¿Soltarlos, simplemente?

—No lo sé, Karen. No lo sé.

—Chico, tu campo es la meteorología. El comportamiento humano corresponde al mío —Karen levantó la vista hacia los barrotes de las ventanas—. Probablemente golpearon las paredes de las jaulas hasta que murieron —aquí miró nuevamente a Mark—. Muy civilizadamente, por supuesto.

Danny se estremeció.

—Si de verdad hay gente por ahí, ahora nos estarán mirando.

Nadie dijo nada más, pues los muelles aparecían a la vista. En las orillas, el río Hudson estaba cubierto de una capa de hielo, que se iba ensanchando, pero por el centro aún se movía perezosamente, acarreando grandes pedazos de hielo desde los Montes Adirondack, a quinientos kilómetros de allí. Los barcos yacían de costado, o se agitaban encima de los muelles. Muchos tenían los cascos aplastados, las cubiertas rotas. Todos llevaba mortajas espectrales de diversos grosores.

Luego vieron el balizador, con cerca de sesenta metros de longitud, el negro casco contrastando llamativamente con el entorno blanco, la segunda faja roja cerca de la proa como una sardinetas en una manga y, encima, el penacho de los Guardacostas. El rasgo más destacado lo constituía su botolón de carga, levantándose como un anacrónico mástil de barco velero.

Mark divisaba ya en la cubierta de proa una docena de personas yendo y viniendo ansiosamente, quizá para conservar el calor, quizá realizando sus tareas, o quizás empujadas por el puro nerviosismo.

Danny intentó ponerse en pie sobre la carga para agitar el brazo.

—¡Por amor de Dios, siéntate! —Mark le cogió. Al mirar al frente de nuevo, vio que unas cuantas figuras de cubierta correspondían al saludo del mismo modo.

Mark dio un codazo a Karen y le dijo:

—¡Ahí tienes nuestra civilización! —y aceleró el motor. El tono y el volumen del ruido aumentaron a medida que la cadena del trineo automóvil giraba más de prisa.

Mark no vio las figuras del suelo hasta que casi se les echaban encima. Debían de haber salido de detrás de un edificio, y les estaban esperando.

Se habían plantado allí, cruzadas en su camino, formando una barrera móvil entre él y el barco, y se acercaban lentamente. Mark volvió la vista atrás. Por aquella parte habían salido también otras figuras.

A la izquierda tenía la pared del edificio; a la derecha, el borde del muelle. Estaba completamente acorralado.

—¡Cristo!

Viró a la derecha hasta que vio el abismo, y en su fondo el río helado. Danny soltó un alarido, al notar que faltó poco para que saliera disparado del portaequipajes, al virar el automóvil. Mark levantó los ojos y vio que aquellos hombres cerraban filas a su alrededor. Se cubrían la cara con telas, lo mismo que los árabes del desierto; el resto del cuerpo se lo cubrían con una colección de harapos bien atados, una miscelánea de variadas y destrozadas prendas. En algunos trechos descubiertos, podía ver la carne mortificada, descolorida por los severos mordiscos del frío; pero lo más aterrador de aquellos desdichados era la condición de fieras que se descubría en ellos, como si ya no fuesen seres humanos, sino animales hambrientos y enloquecidos.

Entonces viró de nuevo, dirigiéndose hacia ellos en línea recta, con la esperanza de que se dispersarían; mas, lo que hicieron fue continuar acercándose, sus manos más parecidas a garras abiertas temblando de expectación.

Un momento después oía el alarido de Karen, cuando una de las figuras tiró de ella. Por su parte, dio un puntapié a otra que se le había echado encima repentinamente, blandiendo los brazos. Mark lanzó el vehículo derechamente sobre un tercero, y el vehículo se estremeció de punta a punta y rodó de costado.

Danny gritó de terror cuando el remolque se tumbó, arrojándole contra la nieve y derramando instrumentos y provisiones sobre él.

Con aullidos de gozo, las otras figuras se precipitaron hacia el montón, pisoteando a Danny mientras arrancaban cajas y más cajas. Al final, tres se pusieron a pelear por la gasolina del depósito, intentando recoger la que se derramaba con cualquier cosa que pudiera servir de recipiente.

Danny chillaba y probaba de detenerlos. Entonces uno de ellos le dio un cachete con el revés de la mano, tan fuerte que el pobre niño retrocedió un par de metros casi de un salto, chillando y gritando mientras le salía sangre por la boca.

Mark intentaba echar el brazo para atrás para coger a una persona que parecía tan elusiva como la misma nieve. Una persona que tiraba de su chaqueta hasta que los botones saltaron. Mark lanzó el borde agudo del codo derecho para atrás, describiendo un arco, y notó que daba sobre hueso. Siguiendo el movimiento, se volvió y concentró toda la fuerza de su cuerpo en la abierta palma de la mano derecha, dando al individuo un golpe terrible en la mandíbula.

El agredido abrió la boca en busca de aire y soltó la presa, derrumbándose de espaldas sobre la nieve. Pero ahora un segundo atacante había saltado sobre la espalda de Mark y le rodeaba el cuello con los brazos. Mark cayó para atrás, encima del nuevo asaltante y sintió el frío y la humedad de la nieve en la piel, mientras le arrebataban la chaqueta. Forcejeando, libertó los brazos y dio unas patadas, al tiempo que intentaba recobrarla.

Entonces le rodeó otro brazo, vigoroso y firme, que le puso en pie. Mark se revolvió, cerrados los puños; pero dos fuertes brazos le inmovilizaron. De pronto Mark se fijó en una manga que ostentaba dos sardinetas.

—Déjelos y marchémonos de aquí —decía el marino.

—¡Necesito los suministros!

—Al diablo los suministros. Marchémonos de aquí... Perdone, señor.

Mark miró a su alrededor y vio a Karen tendida en la nieve, casi inconsciente. Le habían quitado el abrigo. Corrió hacia ella y la levantó.

—¿Danny? —gimió la mujer.

Mark volvió la vista. Danny se portaba como un tigre joven, gimiendo, chillando, dando puñetazos mientras los asaltantes cruzaban el tumbado remolque, arrojando hacia todas partes sus instrumentos, rompiendo las esculturitas de Karen, dando puntapiés a la radio.

—El muchacho... —gritó Karen.

—Ya le veo.

El marino cogió a Danny y señaló con el ademán la escalerilla distante, donde otros aguardaban para subirla.

Mark avanzaba por la nieve, jadeando, con Karen en brazos. Al mirar atrás, vio a individuos que continuaban la tarea destructora, abriéndose paso a zarpazos por los montones de nieve con la misma ferocidad con que revolvían las provisiones.

Sonó la bocina.

—¡Haney, sube las posaderas aquí arriba!

Mark levantó la vista hacia el puente y vio a Manujian junto al micrófono.

—¿Cómo no has empleado las armas, por amor de Dios?

—Nosotros somos guardacostas, no somos la Mafia.

Dio unos pasos más, y Mark llegó a la pasarela, que se movía sobre las ruedas a cada vaivén del buque de forma que daba vértigo.

—Subiré sola... —murmuró Karen, cuando él la depositó sobre el suelo, llevando la mano a la barandilla.

En aquel mismo momento, una manga destrozada rodeó el cuello de Mark y le hizo bajar al muelle de nuevo. Mark dio una patada para atrás con toda la fuerza posible, y la figura salió despedida y cayó.

—Bueno, apartaos... —ordenó la voz de Manujian. La pasarela ascendió y se dobló sobre cubierta, al tiempo que los motores se ponían en marcha y Mark percibía sus latidos a través del suelo de cubierta.

Luego se encontró con la vista clavada en la faz torva del capitán Manujian.

—Gracias por todo... —dijo Mark.

—No me fastidies. ¡Estás vivo!

—¿Qué diablos te ha dado contra mí tan de repente?

—Acabo de decírtelo. Ahora, si me permites, tengo un barco que gobernar... —con esto, giró sobre sus talones y volvió a subir al puente.

Mark le siguió con los ojos un momento, y luego volvió a fijarlos en el muelle. La gente luchaba y se lanzaba sobre las provisiones, destrozando el trineo automóvil, peleándose por la gasolina.

Más allá se extendía la ciudad, amortajada de blanco. Sudarios de humo negro se elevaban por el aire procedentes de incendios dominados y otros sin dominar, mientras la ciudad se devoraba a sí misma para conservar el calor.

Mark se volvió hacia el norte, mirando Hudson arriba. El hielo descendía, formando masas cada vez más compactas. El barco las apartaba a un lado, con unos choques sordos que resonaban por todo el casco, dejándolas atrás para que girasen y se tumbaran en su estela.

A continuación miró hacia el sur, allá donde el río desembocaba en la Bahía de Nueva York para luego abrirse sobre el Atlántico. Aquí había un hielo de una clase distinta, hielo de agua salada, recién formado y delgado, que se desplazaba al empuje del viento, parecido a franjas de aceite en el agua.

El barco no tardó en cruzar hielo de varios días y de varios centímetros de grosor, reunido en innumerables pequeñas agrupaciones.

Cuando el barco penetró en la Corriente del Golfo, Mark comprendió que cruzarían hielo más viejo todavía, más grueso y fuerte; hielo formado semanas atrás, o años atrás, y hasta con una antigüedad de siglos, procedente

de las antiguas puntas de hielo del Ártico. Si les acompañaba la mala suerte, se enfrentarían incluso con el hielo, absolutamente impenetrable del propio gran glaciar.

Un momento después se le acercaba el oficial de órdenes.

—Señor, su grupo está en la cocina.

—Ha pasado bastante tiempo, míster... —Mark miró el marbete del oficial Redfield. Tendrá que acompañarme.

Avanzando por el pasillo, el teniente Redfield delante Mark detrás, habían de ponerse de costado para deslizarse entre las pilas de cajas de cartón de víveres y provisiones diversas levantadas apretadamente en todos los espacios imaginables.

—Esto está muy atiborrado.

—Por lo que he oído, hemos partido para una larga travesía.

Mark vaciló un momento.

—Míster Redfield, ¿puedo preguntarle una cosa? ¿Qué tiene el capitán Manujian contra mí?

Redfield le miró francamente.

—A ninguno de nosotros le gusta demasiado esta situación.

—Entonces, no está disgustado contra mí en particular.

El teniente movió la cabeza negativamente.

—La cocina está ahí mismo, enfrente, señor. Cuidado con las cajas —el oficial encontró un nichito donde meterse para dejar paso a Mark. Un instante después, había desaparecido.

Mark suspiró y entró en la cocina, donde encontró a su grupo reunido alrededor de una mesa, con aire desamparado, bebiendo café.

Fink movió la cabeza en débil saludo.

—Hacía una eternidad glaciar que no te veíamos.

—¿Dónde está?

Hideo sonrió.

—Karen está de canguro en la cámara principal.

—¿De *canguro*? —repitió Mark, parpadeando.

—Les ha dicho a mis pequeñas que parecían esquimalitos, y esto les ha puesto en movimiento.

Mark sacudió la cabeza, maravillado.

—¿Danny está allí?

—Ha descubierto el cuarto de derrota y el cuarto de la radio.

—Sí —añadió Fink—. Cuando descubra la timonera, yo me largo.

—Pero, ¿estamos aquí todos los que habíamos de estar?

Hubo un momento de silencio.

—Falta nuestro arqueólogo.

—¡Oh! —exclamó Fink—. Precisamente el talento que necesitábamos para que nos sacara a la luz.

—¿Sabe que se muestra usted bastante cruel e injusto con una persona que probablemente habrá muerto? —replicó Helen, con enojo.

—Bueno, si me dejan escoger entre injusto y difunto, prefiero injusto.

—¡Muy bien, basta ya! —cortó Mark—. ¿Qué hay de las cajas? ¿Están a salvo en la bodega?

—¿Cajas? ¡Jesús, Mark! Podemos considerarnos afortunados al estar *nosotros* aquí.

—Quieres decir que todavía están en...

—Usando la expresión de su capitán, subimos muestras posaderas a bordo, y no hay más que contar. Ya viste lo que pasaba en el muelle.

Mark soltó un gemido y se dejó caer sobre la silla.

—De modo que nuestro material ha quedado allá, y todos los esfuerzos se perdieron —aquí meneó la cabeza tristemente—. Apuesto a que Karen se ha reído de lo lindo.

Todos se miraron.

—No ha dicho nada.

—Pues debería haber dicho algo. Dios mío. Otro regio traspié. Todo lo que teníamos para salvar la civilización... —y miró la portañola desesperado.

El grosor del hielo iba en aumento, formando ahora una corteza, como la de una naranja. El barco lo hendía limpiamente, dejando un canal bien delimitado detrás, hasta donde alcanzaba la vista de Mark, una cinta oscura desenrollada a través de la blanca superficie. Mark esforzó los ojos para seguirla hasta la ciudad distante.

—Apuesto a que alguien lo pasa en grande con aquel material.

El tuerto Husky había sumado otros tres perros a su manada, todos corpulentos y con buena cepa, todos ignorados, maltrechos y hasta víctimas de brutalidades tiempo atrás, de tal modo que habían aprendido a sobrevivir sin depender de ningún ser humano.

Otros canes (los pequeños, los afeitados, mimados e idolatrados) languidecían y morían en la nieve, añorando anhelantes a unos dueños que no volverían.

Después del pastor alemán, vino el gran mastín, con su cuadrada cabeza de *bulldog* coronando un cuerpo macizo y poderoso. Luego, el *schipperke*, negro más pequeño, sin cola y con cabeza de zorra. Criado por un capitán de gabarra para vigilante y cazador de ratas, ahora gozaba mucho más cazando piezas mayores.

Luego, la perra mestiza, negra con una banda blanca alrededor del cuello. Tenía un genio arisco, inestable incluso, siempre protegiendo al cachorro que se estaba formando en su seno.

Todos habían prestado acatamiento y se habían sometido al tuerto Husky, y a medida que recorrieron la ciudad, fueron puliendo poco a poco su estilo de caza. Cada uno aprendió su función y su puesto en el grupo, el arte de perseguir, de acorralar, de arrojar al ataque inicial, o de lanzarse después. Eran, ciertamente, las mismas técnicas de la manada de lobos.

Hasta el momento, se habían sustentado con la caza menor de la ciudad: ratas, gatos, palomas y alguna que otra ardilla. Basuras y sobras cada día resultaba más difícil encontrarlas, aparte de que no proporcionaban el placer y el entusiasmo de la caza viva. Además, al buscar basuras y sobras se corría más riesgo de entrar en contacto con los odiados humanos.

Aparte de comida, necesitaban una madriguera para que la perra mestiza pariese. En sus merodeos, llegaron hasta el embarcadero. El edificio era cavernoso y oscuro, lo mismo que las cuevas que antaño protegieron a sus antepasados. Las cajas de embalaje aparecían levantadas y su contenido desparramado, un contenido que parecía pedazos de rocas.

La perra reclamó en seguida como suya una de aquellas cajas, y se acomodó en ella, arrimando objetos a su alrededor, a guisa de barricada.

Un gemido bajo motivó que los perros se pusieran al momento erguidos y tensos.

El hombre iba cubierto de harapos y se arrastraba casi, acercándose peligrosamente a la madriguera, para buscar albergue contra la nieve.

El Husky clavó las patas en la blanca alfombra, descubrió los dientes y gruñó.

El hombre dio un grito, buscó por la nieve, dio con un libro (uno de los muchos desparramados por allí) y lo arrojó.

El Husky soltó un aullido, más de rabia que de dolor, retrocedió y emitió un gruñido bajo, recargado. Un momento después el hombre se veía rodeado de una amenaza mucho más aterradora que la simple muerte por inanición: una manada de perros grandes y feroces daban vueltas a su alrededor,

recelosos, descubiertos los colmillos, las bocas babeando, las gargantas emitiendo ronquidos bajos, ominosos.

Acobardado, el hombre volvió a tentar por la nieve, y encontró un objeto más pesado, una extraña escultura de piedra, que constituía un proyectil más pesado.

Lo arrojó, e hizo blanco en el *schipperke*. El perro rodó por la nieve, lanzando aullidos; pero se levantó de nuevo.

Esto galvanizó a la manada, y sus miembros empezaron a cargar en rápida secuencia, dando mordiscos fuertes y rápidos, y saltando para atrás antes de que el hombre pudiera herirlos. En cuanto un perro retrocedía, otro venía al ataque desde una dirección nueva.

El hombre buscaba frenéticamente, y acabó sacando otra rareza de la caja de embalaje: un látigo con una correa de nueve metros de longitud. Era imposible utilizar aquel objeto para lo que estaba destinado, especialmente desde tan poca distancia; pero al final el hombre lo empuñó por el otro extremo, utilizando el mango como garrote.

Los perros esquivaban los golpes, aullaban ferozmente cuando el mango se abatía sobre sus cabezas o sus flancos; pero todo aquello sólo servía para aumentar su furor y para que arreciaran en sus ataques. Cada dentellada sucesiva abría y desagarraba más los andrajos que cubrían al desdichado, hasta que, súbitamente, Husky cortó una vena del muslo del hombre.

El perro sintió en la boca un jarabe cálido, delicioso, que le dio a su lengua un placer tan vivo como el que la nieve había proporcionado a su piel.

¿De modo que el odiado y temido ser humano no era más ni menos que la ardilla y el gato, una mera composición de carne y sangre? El Husky se sintió libertado. Sus cuerdas vocales respondieron a la sensación, expresaron sus sentimientos. Echando la cabeza atrás, profirió el grito de sus antepasados. Luego, enloquecido por la plenitud de sus sensaciones, arremetió contra el ser humano.

El hombre consiguió dar otro golpe, antes de que el látigo se le cayera de la mano.

Danny apenas levantó la vista cuando Mark entró en el cuarto de derrota.

—¡Es interesantísimo!

Estaba acurrucado delante de un pequeño receptor de radio que trompeteaba ruidos parásitos y chillidos.

—El operador de radio me ha dicho que podía escuchar aquí dentro, donde tiene este pequeño aparato suplementario.

El receptor transmitió súbitamente:

—Cabo May, aquí Uno-Cuatro-Cero-Ocho, descendiendo a cuatro-dos después de hora...

—Es uno de sus helicópteros de socorro. Tienen el deber de recoger algunos casos de urgencia.

Después de una pausa, la radio volvió a emitir:

—Cabo May, aquí Uno-Cuatro-Cero-Ocho, en el punto de rescate. Aquí hay una gran multitud; no quieren dispersarse. Aconséjennos, por favor. Cambio.

—Cero-Ocho, aquí Cabo May. Los servicios hospitalarios están recargados. Elijan solamente los casos más urgentes; a los otros díganles que esperen. Cambio.

—De acuerdo. Cabo May. He descendido, pero... —su voz se hacía palmariamente nerviosa—. ¡Eh! Esa gente no retrocede...

Al pararse el motor, llegó un ruido nuevo, el de una multitud que gritaba.

—Se precipitan para acá en enjambre... empujan, y... —luego vino el eco de su voz, al hablar por el altavoz destinado a dirigirse al público—. ¡Apártense! Apártense, por favor. Hemos de recoger casos de urgencia. Apártense, por favor...

—Cero-Ocho, utilice armas blancas, si es necesario. Mantenga a la turba alejada de la nave.

Ahora el piloto chillaba:

—Están volcando camillas... Pisotean a los pacientes... Eh...

Los momentos siguientes fueron una Babel de vidrios rotos, gritos, alaridos, desgarraduras y golpes. Se oyeron dos disparos y, súbitamente, la señal se desvaneció.

—Cero-Ocho, aquí Cabo May. Cambio... Cero-Ocho, comunique... Cero-Ocho...

Pero la única respuesta fue un silbido vacío.

Danny permanecía inmóvil, petrificado, los ojos clavados en el receptor y visiblemente trastornado. Luego, reprimiendo las lágrimas, se volvió hacia Mark.

—Mark, ¿por qué hacen eso?

—Todo el mundo tiene miedo de morir, Danny. Esta vez, la gente mira a su alrededor y ve que el mundo entero muere.

—Mark, ¿vale la pena salvar al mundo?

—Ya sabes que sí, Danny.

—¿Qué harán aquellos hombres con mi estación meteorológica?

Mark no contestó.

—Probablemente, ya está destrozada en un millón de pedazos... —las lágrimas acudieron a sus ojos—. Esa gente no merece que la salven... —sollozó—. Deberían morir...

Mark lo rodeó con sus brazos, lo estrechó dulcemente, pero no dijo nada.

Finalmente, al cabo de varios minutos, las lágrimas cesaron.

—Mark... —resopló el chico.

—¿Qué, Danny?

—¿A dónde vamos?

—No lo sabemos todavía. Hemos de estudiarlo.

—¿Supones que donde sea que vayamos... tendrán cocinas?

—¿Cocinas? Me figuro que la mayoría de viviendas las tienen. ¿Por qué?

—Entonces, tendrán tubos... y mangos de escoba... Con eso podré montar un anemómetro.

Mark le acarició el cabello.

—Estoy seguro de que sí, Danny —en seguida lo soltó y se puso en pie.

—¿A dónde vas?

—A utilizar el cuarto de la radio.

—¿Para qué?

—Para una persona que merece que la salven.

Fuera, en el pasillo, nuevamente tuvo que pasar casi de costado entre las cajas de víveres y suministros diversos. Cuando salió a cubierta, vio una formación de hielo nueva y extraña, el paso siguiente en el aumento gradual de espesor.

El hielo se había roto en innumerables pedazos individuales que luego chocaban y se restregaban unos contra otros, engrosándoseles sus bordes al mismo tiempo que se redondeaban, de modo que parecían montones de tortitas grises y blancas extendiéndose hasta el horizonte.

Ahora el barco encontraba más resistencia del hielo, de forma que se abría paso más a golpes que hendiendo.

Cuando Mark entró en la timonera, reinaba un ambiente callado, a pesar del número de tripulantes que atestaban la habitación. Cada uno estaba atento a su tarea particular: examinar los mapas, cuidar de la rueda, del radar y escudriñar el horizonte con los gemelos.

Un altavoz crepitaba con los mismos ruidos parásitos y los mismos silbidos que Mark había oído abajo.

—Supongo que lo has oído tú mismo —dijo Mark.

Manujian contestó con un cabezazo afirmativo.

—Ha ocurrido repentinamente. Mas, ¿qué hacemos, Mark: salvar gente o matarla a tiros? —de un codazo, lo apartó a un lado, al tiempo que cogía el aparato de comunicación interior.

—Cuarto de la radio. Habla el capitán. ¿Han recibido comunicados ya?

—Todavía no, señor.

Manujian refunfuñó y se volvió hacia Mark.

—Haney, ¿dónde vamos?

—Al sur, espero.

—Concreta un poco más.

—No es tan fácil. He de consultar con algunas personas.

—¿Qué personas y de dónde?

—De Miami, Cleveland, Londres; de todas partes.

—¿De qué diablos estás hablando?

—De tu cuarto de radio. Tengo comunicaciones que mandar.

Manujian le miró fijamente.

—No puedo traspasarte mi radio a ti.

—Lo siento, Larry, no traje conmigo mi permiso de radioaficionado. Estoy ocupando un espacio; permite, pues, que lo justifique. Hay un puñado de expertos diseminados por el globo, y la frecuencia de radioaficionados es nuestro lazo de unión.

Manujian meditó unos instantes.

—Vamos sobrecargando los servicios, ¿verdad? —y volvió a coger el aparato de comunicación interior.

—Cuarto de la radio.

—Habla el capitán. Les envío un paisano llamado Mark Haney.

—¡Ah... ése!

Manujian dirigió una mirada guasona a Mark.

—¡Has causado impresión! —en seguida se volvió hacia el teléfono—. Está autorizado para utilizar la radio durante... —y otra vez miró a Mark.

—Cuanto más, mejor. Hemos de realizar un montón de cálculos.

—Una hora de cada guardia —dijo Manujian, torciendo el gesto.

—Necesito...

—Estás malgastando tu hora, Mark.

Mark soltó unas maldiciones, saltó fuera de la habitación, bajó corriendo las escaleras, de nuevo pasó de costado entre las pilas de cajas del pasillo y saludó al operador de radio, que abría la puerta.

—No destruya el aparato, Haney. Lo necesitamos.

—También yo.

El operador de radio refunfuñó y se quedó mirando cómo Mark situaba esferas y mandos, hasta que se dio por satisfecho y convencido de que Mark sabía lo que tenía entre manos.

Con el tiempo, Mark volvió a establecer contacto con sus comunicantes.

Podía considerar una dicha que el inglés fuese el lenguaje internacional de los científicos, porque después de las abreviaturas “Q” de los radioaficionados, habían de hablar de cinturones climáticos, desviaciones de corrientes oceánicas, concentraciones de energía, configuraciones de terrenos, pautas de precipitación, cinturones de vegetación, grupos de tierras cultivables, concentraciones minerales...

Las noticias que le daba el geógrafo no resultaban muy alentadoras. Incluso antes de las alteraciones climáticas, sólo el diez por ciento del planeta estaba en condiciones de ser cultivado. En las tierras de labor que quedasen, habría que practicar una agricultura esmerada, bien estudiada, y sólo podrían cultivar las plantas que administrasen mejor la energía, el trigo, hacía observar el agrónomo, convertía y almacenaba más energía que ningún otro producto agrícola.

Química podría producir alcohol comercial a partir del trigo, e Ingeniería podría adaptar los motores de combustión interna de modo que funcionaran con alcohol.

—Se le ha terminado el tiempo, míster Haney.

El encargado de la radio estaba allí. Mark hubo de retirarse de la red.

Tres horas después, en la guardia siguiente, estableció contacto de nuevo. Las combinaciones necesarias de clima y suelo laborable para el cultivo del trigo habían sido determinadas ya, pero con los cambios que se producían en el primero de estos dos factores, habría nuevos equilibrios de luz del sol y precipitaciones. Hubo que realizar nuevos cálculos y la hora se agotó con excesiva rapidez.

Al salir de nuevo a cubierta, con aire cansado. Mark vio que el hielo había cambiado otra vez. Las tortitas habían desaparecido; ahora estaban cruzando hielo de varios meses, con ligeros matices verdes.

El barco ya no majaba el hielo fácilmente. Con la aplanada proa, montaba levemente sobre él, utilizando el peso del propio barco para tritularlo y mandando mezclas de hielo y agua por encima de la proa. El barco subía y bajaba, como brincando sobre grandes oleadas con un movimiento

extremadamente lento, y Mark tuvo que agarrarse a la baranda, al emprender el camino de regreso a su camarote.

Tuvo un sueño reparador; soñó que montaba encima del gran glaciar, caía dentro de grietas que se abrían debajo de sus pies, y perecía aplastado, al volverse a cerrar el hielo.

Cuando llegó la hora de la sesión siguiente, la nueva combinación de clima y suelo había sido estudiada ya. Ahora la Ciencia Política tenía algo que decir. Los gobiernos se encaminaban hacia el desastre. Había que prever nuevas pautas de migraciones, que traerían choques fronterizos y guerras. Los campos se reducirían más aún.

En Norteamérica, la única posibilidad consistía en ocupar una provincia de México, parte de la península que se internaba en el Golfo.

Mark pasó y repasó el nombre por su mente. Campeche. En la actualidad había allí, principalmente, poblados pesqueros muy dispersos: más tarde sería el centro de la tecnología que sobreviviese.

La última Era Glacial había barrido a los dinosaurios: y quizás el Hombre retrocediese más y más, en la venidera, pero en Campeche montaría su último parapeto. El Hombre sobreviviría, y quizá se impusiera. Derrotaría a la Naturaleza en su propio juego, y rechazaría al hielo hacia sus lares.

Mark se lo dijo a Karen, antes que a nadie más. Ella quiso noticias sobre aquella gente y su cultura.

Mark la miró con aire inexpresivo.

—Yo pensaba enseñarles la nuestra a ellos.

Karen meditó unos instantes.

Por supuesto. Mark sabía que hablaría más desahogadamente con Danny, y le encontró en el cuarto de derrota, todavía sombrío y con el oído pegado al pequeño receptor.

Cuando Mark le dio la noticia, Danny levantó la cabeza vivamente, y se excitó más aún cuando Mark bajó unos mapas y le enseñó el punto exacto, concluyendo:

—Pienso que también tienen cocinas.

—Sí. Y quizá tu amigo el capitán nos regale este aparato de radio suplementario.

—Quizás. O acaso haya por allí alguna persona que posea uno. O también podría ser...

—¿Qué?

—Pues... que si el capitán no recibe órdenes de la superioridad, nos vayamos todos allí. Ya sabes, este barco es, por sí mismo, todo un centro de

tecnología.

Pensando en los recursos de la nave, los ojos del muchacho bailaron detrás de las gafas. Luego una nube cubrió su rostro.

—Pero, ¿por qué no ha de recibir órdenes?

Mark soltó un gruñido, y ambos quedaron en silencio.

El receptor se animó de nuevo, carraspeando una nueva emergencia: un motín en Los Angeles alrededor de un camión cargado de agua. La turba se agolpaba, había combates a puñetazo limpio, y la belicosa confusión, cada vez más acentuada, escapaba al control de la policía local. Se pedía el envío de tropas federales. Pero nadie respondía a la petición.

—Se está derrumbando, Danny; el gobierno entero se está derrumbando. Manujian no recibirá ninguna orden.

Ahora el barco se encaramaba arriba de una manera alarmante, al ponerse a golpear un hielo más viejo y grueso. Mark no se sorprendió al mirar por la portañola y descubrir vetas azules a través del verde. Los campos de hielo se estaban convirtiendo en un mosaico irregular de colores y espesores, al entremezclarse y amontonarse campos de hielo distintos por obra de la corriente. De vez en cuando, la proa golpeaba un hielo de resistencia especial, y el barco retemblaba como alcanzado por una explosión.

De pronto sonó el altavoz, reclamando la presencia de Mark en el camarote del capitán.

—He recibido un comunicado —fueron las primeras palabras de Manujian cuando entró Mark.

Lo dijo sin ninguna emoción aparente, y, por un momento, Mark no comprendió. Luego sí.

—¿Has recibido órdenes?

Manujian hizo un gesto afirmativo.

Mark sintió la herida del miedo.

—¿Qué dicen?

—Guantánamo.

—¿Guantánamo? ¿Qué diablos se nos ha perdido en Guantánamo?

—Por si no lo sabías, es una base militar recondenadamente grande.

—Pero, no es viable. Depende del exterior, y en el exterior no hay nada, excepto una nación que, para empezar, no nos quiere allí.

—Estas son las órdenes.

—Tú ya sabes qué pasará. ¿Verdad que sí que lo sabes, Lar? Aquello se llenará tanto de gente, que tendréis que andar unos sobre los otros. Y como no podréis producir, únicamente, almacenar, será una sociedad parásita. Tendréis

que penetrar dentro de Cuba, para sobrevivir, y los cubanos no lo consentirán. Antes de una semana, estaréis en guerra. La semana siguiente, habréis perecido.

—De una sola palabra has sacado una película entera.

Mark titubeaba.

—Larry, una vez dijiste que hay una palabra demasiado sucia para pronunciarla.

Manujian le miró en silencio.

—Lo que yo profeticé que pasaría ha pasado. La cadena se ha roto. El estamento militar está en los estertores de la muerte, y en idéntica situación se encuentra el gobierno entero. Esas órdenes lo demuestran.

—De modo que te vas acercando a la palabra.

—¡Escúchame! Campeche, provincia de México. Lo tenemos bien estudiado. Será una colonia activa. Este barco posee los recursos para asegurar su buen funcionamiento, sobre todo la radio. Créeme, y si no me crees, te remitiré a los expertos. Larry, yo soy una parte, ni más ni menos, de toda una red en actividad; lo único que queda en el mundo que parece funcionar debidamente. Nosotros tenemos la única posibilidad de salir vivos de la prueba y salvar algo.

—Estás a punto de pronunciar la palabra.

—Voy a pronunciarla: deserción. Pero el que deserta ahora eres tú. Desertas de la civilización. Vete a Guantánamo y te reunirás con los dinosaurios.

—Las órdenes dicen que salgamos. No dicen que tengamos que regresar.

—Entonces, ¿por qué someterse a las ordenanzas?

—Porque no hay otra probabilidad.

—Ha de haberla. De otro modo, tú actualmente estarías más arriba en la escala jerárquica. Te quedaste abajo porque había algo que significaba muchísimo más que las ordenanzas y el escalafón.

Siguió un silencio largo, muy largo.

—Sí... —confesó por fin Manujian—, pero ahora no hay nada más.

Aquellas palabras fueron como un cachete en el rostro de Mark.

—¡Oh, Dios mío, lo siento! Tu familia... —Mark notó que las fuerzas le abandonaban—. Lo siento, Larry. ¿Qué pasó?

—El caso es que no lo sé —inspiró profundamente. Fue lo único que pudo tomarse como un signo externo que manifestase su emoción—. Los teléfonos estaban estropeados. No hubo manera de comunicar. —Volvió la vista hacia

la portañola para mirar, allá lejos, la ciudad—. Ningún miembro de la tripulación pudo comunicar.

El barco pareció chirriar súbitamente al chocar el acero con hielo endurecido; luego se levantó formando un ángulo muy abierto y arrojando a los dos hombres contra la pared.

—Jesús...

Un instante después, sonaba el teléfono interior. Manujian lo cogió.

—Sí, ya voy. Subo en seguida —y, volviéndose hacia Mark, agregó—: De todos modos, quizás eso sea una cuestión puramente académica.

Al subir a cubierta, detrás del capitán, Mark pudo ver la causa. El barco había ascendido hasta quedar sólidamente encallado fuera del agua, con la proa sobresaliendo del hielo, en un ángulo increíble. El hielo sostenía perfectamente aquella nave, de la cual sólo la mitad se apoyaba en él.

La escalerilla que subía al puente estaba casi vertical. Mark tuvo la sensación de escalar una montaña.

El segundo de a bordo los saludó con voz trémula.

—Nos íbamos abriendo paso por el hielo blanco. No sé qué diablos ha sucedido.

—Ha sucedido, míster Redfield, que han chocado con hielo azul cubierto de nieve.

El oficial se estremeció.

—No podemos permitirnos muchas equivocaciones...

—¡No hemos de permitirnos ninguna! Muy bien, déme toda la velocidad a popa.

El telégrafo de órdenes de los motores cambió. Y los motores respondieron.

El barco retrocedió, bajando del hielo lentísimamente.

Casi antes de que cesara este movimiento, Manujian ordenó marchar adelante a toda velocidad, mientras él movía el timón atrás y adelante. Detrás de ellos, la popa se movía describiendo un ancho arco; la proa se movía un poquitín.

—Adelante, a toda máquina.

Tripulación y motores respondieron de nuevo.

Manujian volvió a ordenar un retroceso, moviendo el timón, como cuando uno quiere desprender un cuchillo que se ha quedado clavado. Y otra vez adelante, y de nuevo para atrás.

Por fin el barco quedó libre, cayendo a través del hielo hacia la superficie líquida, y levantando un gran surtidor de hielo y agua.

La tripulación vitoreó su primera victoria; pero luego el vigía dio aviso de nuevos campos de hielo que bajaban del norte. La masa blanca les iba asediando.

Bajo sus miradas, unos campos de hielo chocaban con otros, con un estrépito de quebraduras y truenos. La superficie, horizontal, del hielo se levantaba bruscamente formando serranías y montículos en las líneas de colisión.

—Como te decía, Mark, es posible que todo sean solamente discusiones académicas.

Ambos miraron silenciosos cómo los campos de hielo parecían cerrarse a su alrededor.

—Señor —dijo el segundo de a bordo—, ¿no deberíamos probar de abrirnos paso antes de quedar aprisionados dentro?

—Muy bien, míster Redfield, ¿tiene la bondad de indicarnos dónde encontraremos la capa de hielo más delgada?

—Bueno, señor, yo... no querría cometer dos veces la misma equivocación.

—Entonces, ya somos dos los que no queremos cometerla.

—Bien. Pues, ¿qué hacemos?

—Esperar.

El oficial parpadeó y no dijo nada. Esperaron. Entretanto, Mark se revolvía y angustiaba, los campos de hielo entrechocaban, levantando nuevas cordilleras, hasta que lo que antes era una llanura de hielo acabó pareciendo más bien un paisaje lunar.

De pronto el vigía gritó:

—Vía libre, señor; por la parte de la amura de estribor.

Casi parecía un milagro: Dios partiendo las aguas del Mar Rojo para que Moisés pudiera pasar. El hielo parecía despejar, retroceder, dejando al descubierto un río de ribazos dentados, extendiéndose directamente hacia el sur y que parecía abierto sin interrupción hasta mares más cálidos, con una anchura más que suficiente para dejar paso al barco.

El timonel aguardaba las órdenes de Manujian; pero éste vacilaba.

—Es como navegar por un laberinto —le confesó a Mark—. Además, este laberinto nuestro va cambiando a medida que lo recorres. Podemos descender por ese río y...

Lo estudió un buen rato con los gemelos.

—Allí hay otro.

Era una hendidura mucho menos prometedora, un riachuelo pequeño abriéndose hacia el noroeste.

—Rumbo cero seis cero.

—Señor, el canal...

—¡Cero seis cero, marino!

Lentamente, el barco giró hacia el noroeste, y durante unos minutos Manujian fue indicando los rumbos al timonel para guiarle por aquel riachuelo angosto.

Luego todos vieron el fenómeno, todos presenciaron cómo el hielo se partía, cómo parecía abrirse ante ellos para darles paso, orientándose hacia el sur, mientras el otro río se hacía más angosto y el hielo se juntaba, hasta cerrar el paso por completo.

—Jesús...

—Sí —dijo Manujian—. Ahora lo único que necesito son otras cien conjeturas acertadas, una tras otra.

El resto del día fue una pesadilla, un entrar y retroceder por callejones sin salida. Una sucesión de canales que se abrían en aguas corrientes para luego cerrarse de pronto.

El *Briarwood* trepaba con estrépito por el hielo, como si fuera a encallar, y el impacto lo hacía retemblar como golpeado por martillo macho gigante. Los marineros perdían el equilibrio, y los objetos que no estaban bien atados a un punto firme salían disparados.

Si había suerte, el peso del barco bastaba para romper el hielo. En tal caso, volvía a posarse en el agua, balanceándose y levantando rociadas de trocitos de hielo. Luego el proceso empezaba otra vez, retrocediendo y golpeando luego los bloques —o esperando— hasta que encontraban otro canal abierto.

De vez en cuando, el barco quedaba firmemente sujeto, y Manujian enviaba marineros con barras a partir el hielo en sus costados. Si así no se lograba, utilizaba explosivos, colocados por medio de un taladro que era como un sacacorchos gigante.

El motor de gasolina del taladro rugía, dominando el rumor del hielo. Luego los explosivos levantaban géiseres de vapor y hielo. A continuación, Manujian volvía a probar, retrocediendo un poco, meciendo la nave por medio del timón y arremetiendo adelante de nuevo.

El avance pronto se midió por metros. Las viguetas cedían, remaches y soldaduras se desprendían y constantemente se producían filtraciones. El petróleo no quemado empezó a acumularse formando una capa de lodo en la chimenea y se inflamaba continuamente. En medio del mar y el hielo, el

peligro mayor que acechaba a la nave era el de un incendio. Entonces había que suspender todas las operaciones, mientras una improvisada brigadilla de bomberos dirigía los chorros de las mangueras sobre la chimenea, produciendo capas de hielo hasta que la cubierta quedaba enterrada debajo de una gruesa mortaja blanca.

En el cuarto de derrota, Danny se tapaba los oídos, chillaba contra el ruido e intentaba concentrar su atención en los mapas, la radio o cualquier libro de texto que encofrase.

En la cámara principal, Karen procuraba distraer a los niños explicándoles nuevas historias de otros pueblos y otras sociedades.

En la cocina, una colisión particularmente fuerte hizo volar comida por todas partes.

—¡Ah, qué asco...!

Fink se quitó comida del traje, aguardando pacientemente en medio de la serie de nuevos balanceos, motores forzados y explosiones.

—Creo que necesitan mi ayuda —dijo por fin. Y salió de la cocina, subió las escaleras y entró en la timonera.

La boca se le abrió automáticamente ante el cuadro.

—¡Cristo! Subo aquí para que me reconforten y encuentro al capitán leyendo el libro de instrucciones.

—Tengo que darle una noticia, míster Fink. Soy teniente nada más.

Fink se tragó el nudo de la garganta y miró a Mark.

—Esa era la graduación que te daban cuando salías de la R.O.T.C. Lo dirá en broma, ¿verdad?

Mark movió la cabeza negativamente.

—Es un poco más elevada. Teniente Comandante.

—¡Eh, Mark! ¿En qué clase de viaje nos has metido?

—En el único que puede llevarnos a alguna parte.

—Bueno, ¿podemos cambiar a ese sujeto por un capitán de verdad?

—Es un capitán de verdad.

Fink refunfuñó:

—Quizás un Cachorro Explorador algo más crecido. Muy bien, ¿qué dice el manual del buen explorador?

—Me explica la manera de bombear agua entre los depósitos de lastre para que el barco se balancee —contestó un Manujian notablemente sosegado.

—Entonces, ¿qué le detiene?

—Este manual es para un rompehielos, míster Fink. Nosotros no tenemos depósitos de lastre.

—Ah...

—¿Nada más, míster Fink?

Un míster Fink muy desalentado contestó con un movimiento de cabeza, y estaba a punto de salir cuando vio la oportunidad de fabricar otra frase graciosa:

—Podríamos correr todos a la vez de un lado para el otro.

—¡Gracias!

—No tiene sentido del humor... —comentó Fink, meneando la cabeza. Y se fue.

Poco a poco, los ojos de Manujian fueron a posarse en el botalón de carga. Y se imaginó al barco meciéndose y el botalón de carga oscilando como un péndulo.

Un instante después estaba junto al teléfono interior.

—Habla el capitán. ¿Qué tenemos en la bodega?

—Montones de víveres, depósitos de combustible...

—¿Alguna boya que se olvidaran de arrojar al mar?

Hubo un titubeo.

—Vamos, hombre.

—Pues, sí, una...

—Colgadla y subidla.

La brigada de operaciones se preguntó si Manujian se había vuelto loco, pero todos obedecieron las órdenes.

La boya fue sacada de la bodega como un enorme pescado rojo colgando de una caña, grande como una habitación y pesado como un camión. Bajo las órdenes de Manujian, el botalón de carga la hacía pendular sobre el costado de estribor como para arrojarla por encima de la borda.

Abajo, los niños chillaban, al notar que el barco se mecía e inclinaba ligeramente.

El botalón se tumbó para atrás, llevando la boya al costado de babor, y el barco crujió, siguiendo el movimiento. La boya iba y venía, como un péndulo enorme, hasta que el barco empezó a mecerse al mismo compás, diez grados en cada costado.

Y de pronto volvió a resbalar hacia el mar, con un fuerte crujir de acero, cabeceando y serpenteando mientras recobraba el equilibrio.

Los vítores de debajo de la cubierta no levantaron el ánimo de Manujian, que inspeccionaba la línea del horizonte, con la apretada mandíbula

destacando claramente su línea más abajo de los gemelos.

—Habéis salvado el escollo.

—¡Por el diablo lo hemos salvado! —y entregó los gemelos a Mark, señalando el horizonte—. Aquello es lo que tenemos que vencer.

Mark miró.

—¡Oh, Señor...!

Veía la procesión interminable, lenta, de icebergs, empujados por el viento y arrastrados por la corriente. A pesar de su marcha de cortejo fúnebre, todavía aventajaban al celador de boyas, constantemente obstaculizado. Despacio, muy despacio, se iban reuniendo, y en ocasiones chocaban, produciendo truenos que rodaban por el paisaje helado como una tormenta de verano. Si llegaban a soldarse unos con otros, formarían una barrera impenetrable.

—Me fastidiaría verme aprisionado entre ellos —dijo Mark, devolviendo los gemelos.

—Puede resultar todo perfectamente académico... —murmuró Manujian, escudriñando el hielo en busca de una nueva abertura.

Le gritó el rumbo al timonel, empujó el telégrafo de la sala de motores indicando avanzar a poca velocidad, y el barco giró en dirección a una abertura infinitamente pequeña, más riachuelo que río, demasiado angosta para internarse en ella.

El hielo tenía el azul más intenso que Mark hubiera visto en su vida. Quizá lo hubieran hollado los primeros esquimales cuando emigraron a Groenlandia.

Lenta, cuidadosamente, el barco fue abriéndose paso a través de las costuras. Los témpanos de hielo cedían de mala gana.

De pronto, ocurrió el desastre; un leve cambio de dirección del viento, un sutil movimiento de unos campos de hielo distantes... Fue como si se hubiera cerrado la trampa. El agua clara desapareció, y los grandes témpanos de hielo se juntaron de repente como unas mandíbulas gigantes dando un bocado.

Un instante después, se oyó un ruido de resquebrajamiento, de acero que se partía, y el barco se estremeció como apresado en un vibrador descomunal. De súbito, la vibración cesó, y el barco pareció libre... casi demasiado libre.

Un segundo después, Manujian estaba en el teléfono interior comunicando con la sala de máquinas.

—¿Qué diablos ha sido eso?

—Lo hemos notado por los ejes. La hélice está destrozada. La palas han saltado, arrancadas de cuajo.

Manujian conectó con el controlador de daños, para interrogarle sobre posibilidades de reparación.

—Aun suponiendo que tuviéramos una hélice de recambio, con esa agua necesitaríamos un traje aislante, de buzo.

Manujian dijo en un suspiro:

—Tendremos que enviar una petición de socorro.

—¿Estás seguro de que te contestarán? —inquirió Mark.

—Cuando puedan, sí. Todo el mundo está en apuros.

—Entonces, ¿que aconseja tu manual en este caso?

Manujian levantó la vista y refunfuñó.

—Recomienda que se tenga paciencia. Con el tiempo, el hielo se derretirá. Al fin y al cabo, cuando llega la primavera, siempre se derrite.

—Deseo que vengan a socorrernos, Larry, porque la primavera no vendrá...

La tripulación salió a cubierta para ver, calladamente, cómo el hielo empezaba a empujar contra el casco. Volvieron a oír ruidos de abrasión y golpes, y el barco empezó a inclinarse ligeramente de banda.

Por el Atlántico, otros barcos aprisionados de manera similar quedaban aplastados lo mismo que barquitos de papel, pero en este caso el hielo empujaba una superficie curva; una superficie que se deslizaba para arriba como una pepita de naranja. El barco fue levantado en vilo fuera del hielo, quedando inclinado sobre el costado de estribor, cuando el hielo se cerró irrevocablemente debajo de él.

Acto seguido, la tripulación empezó a prepararse para una espera larga, muy larga, hasta que acudieran a rescatarlos. Izaron sobre cubierta la enseña con los colores naranja y negro de situación de peligro, a fin de que el helicóptero pudiera localizarlos más fácilmente. Sacaron todos los líquidos que pudieran helarse y pararon los motores. Cerraron herméticamente portañolas y aberturas de ventilación. Almacenaron los aparatos de cubierta y aseguraron la maquinaria. El barco siguió todas las instrucciones del manual relativas a un cierre para resistir un largo invierno ártico... salvo que ahora estaban en primavera y a poca distancia de Nueva York.

Las chicas se aburrían más y más, y Karen pasaba la mayor parte del tiempo con ellas, en la sala principal, hablándoles de Groenlandia y de los esquimales, que vivían muy a gusto en ambientes como aquél, sin tener siquiera ninguna de las comodidades del barco. Al contrario, ellos fabricaban sus casas con hielo y nieve. Y nunca se resfriaban. Sí, sí, los niños esquimales a veces jugaban desnudos sobre la nieve.

—Ooohhh...

—Consideraban que su mundo era, indiscutiblemente, el más hermoso de todos, y nos compadecían, a las demás personas. De noche, se oía el trunco del glaciario, que iba moviéndose. Las auroras boreales llenaban el cielo de luces de colores, formando conjuntos más vívidos que ninguna pantalla de televisor.

—Ooohhh...

—Viajaban en trineos tirados por perros, rápidos como el viento, en medio de un silencio espectral, lo mismo que si volaran por el aire sostenidos por unas grandes alas de águila.

—¿Y dónde compraban? ¿A qué distancia estaban del supermercado?

—No había ningún supermercado, ni siquiera una tienda. Todo lo que comían habían tenido que cazarlo.

—¡Uy! A nosotros no nos gustaría eso.

—¡Vaya! ¿Acaso el abrir un bote de conserva es tan excitante? ¿No sabéis imaginaros protagonizando todos los días vuestra propia película, superando en astucia a la pieza, y luego saltando sobre ella? ¿No habéis imaginado alguna vez que erais tigres merodeando por la selva en busca de caza? Esta vez podríais ser, realmente y de verdad, los tigres.

—Ooohhh...

La tripulación seguía laborando; realizaba sus tareas, conservaba la nave y el material, hacía guardia y se sometía al racionamiento más severo de la comida y el agua.

Hasta esperaban con ilusión y excitado interés unos ejercicios para casos de incendio, para casos de choque, de rescate y auxilio, de navegación por la niebla.

Cada mañana izaban la bandera, y luego los diversos departamentos se reunían bajo sus supervisores para discutir los deberes del día. A la puesta del sol, arriaban la bandera, y los marineros cumplían los turnos de guardia de noche que les correspondían.

De día, izaban la bandera de emergencia; de noche, encendían las luces; pero sabían que habían de esperar su turno, y que los barcos civiles tenían preferencia.

Arriba, en el cuarto de derrota, Danny escuchaba la radio cada vez con más aspecto de estatua de piedra, prestando oído a señales que parecían apagarse incluso mientras las estaban escuchando.

—*Mayday, Mayday, Mayday*^[4]... Este es el barco *Oleander*. Nos encontramos en los 36° 16' Norte, y 41° 29' Oeste. Aprisionados en hielo.

Los víveres se han agotado... Quince miembros de la tripulación murieron... Otros veintidós necesitan asistencia médica...

—*Mayday, Mayday, Mayday*... Somos el *Congo Star*. Somos el *Congo Star*... Doscientas millas al Sudoeste de la Isla Faial, con un rumbo de dos-dos-seis... Hemos chocado con un iceberg y nos estamos hundiendo...

—*Mayday, Mayday, Mayday*... Este es el barco de pasajeros *Huron*... Este es el... Estamos a 42°... casco aplastado... agua... necesidad desesperada de... *May*...

Al final, por pura desesperación, fue a reunirse con las chiquillas en la sala principal. Y escuchó los cuentos sobre esquimales con oído escéptico; pero escuchó.

En la cocina, Hideo enseñaba meditación trascendental y yoga a su esposa, e intentaba enseñárselos a los otros; pero ellos no querían saber nada del asunto.

Aunque Fink creía que la situación estaba como cortada a medida para llevar a Helen a la cama, no hacían otra cosa que reñir.

—No es cosa de guasa. Allá la gente está muriendo.

—Ah, bueno; perdóname el delito de sobrevivir.

En el ínterin, a Mark le concedieron más tiempo en la radio, y lo aprovechaba.

—... En una cosa tuviste razón, Pat. Actualmente esto tiene el aspecto de un billete sin regreso sobre el *Titanic* andrajoso. ¿Qué tal van los negocios con las hermosas pollitas de Miami? Cambio.

—Tu definición vale para nosotros, Mark. Es una situación sin remedio. Una helada acabó con toda la cosecha de Florida. Por si esta pérdida no fuese bastante por sí misma, ahora tenemos doscientos mil trabajadores inmigrados sin empleo, ni manera de marcharse. Se están muriendo de hambre, encallados aquí. Andan por las calles, cada vez más hambrientos, y entretanto va llegando más gente todavía. Algo habrá de estallar.

—¿Puedes salir?

—Como dijiste, es el fin del mundo. Es un tráfico en un solo sentido, agolpándose más y más. Me han hablado de gente que sale en cualquier cosa que flote: barcas que hacen agua, bañeras, tubos... La Corriente del Golfo los coge y los envía hacia el norte. Es una situación sin salida, Mark.

—Mientras sigas viviendo, tienes la posibilidad de encontrar una salida. Mantente en contacto.

—Perfecto. WB2XQR, cierro y me retiro del aire.

—W2QRV, cierro y a la espera...

Mark movió el mando y esperó que surgiera algún otro comunicante. No tuvo que aguardar mucho tiempo.

La voz sonaba vieja y cansada.

—Hola, Mark. Lamento de veras tus problemas.

Mark parpadeó.

—Hola, aquí W2QRV. Tenga la bondad de identificarse. Cambio.

—Sí, Mark, lo lamento de veras, y muy de veras... Hasta confié a medias que te bajarías acá conmigo. Eras el menos estúpido de todo el grupo.

Mark abrió la boca estupefacto.

—... ¿El profesor Guzmán?

—Ya sabes, Mark, uno sueña en una cosa, y sueña en cómo será; pero nunca llega a ser... Yo pensaba poder huir de todo aquello, pero... pero olvidé que me llevaba a Henry Guzmán conmigo.

—Profesor Guzmán, ¿dónde está?

—Ya sabes, otros tipos a mis años... consiguen un poco de dinero o un divorcio, y se largan. Los viejos tenorios ricos, visten trajes de jóvenes, se acercan a las muchachas y les dicen... “¡Jodamos por mil dólares... o un cheque... o lo que sea...!” —hizo una pausa y suspiró—. Ojalá pudiera darme el bote, Mark. Ya sabes, cuando uno se está muriendo de hambre, la comida tiene más valor que un coche. “Jodamos por un par de patatas”. Diablos, aceptarían.

De nuevo hizo una pausa, y Mark intervino:

—Profesor Guzmán, ¿dónde diablos está usted?

Guzmán emitió una risita como un relincho.

—Vaya, pues, ¿dónde te imaginarías, profesor Haney? En el Edén, donde querías estar tú. Pero no te tomes la molestia de venir. Hice vallar todo el jardín.

—¿En Campeche?

Guzmán soltó la carcajada.

—Lo siento. Por supuesto, tú no puedes venir. Tú no irás a ninguna parte. Da lo mismo. Ya no me fío de nadie en particular, ni siquiera del Ejército de Guzmán... Me estoy preguntando si no os había de dotar de armas, aunque, de todos modos no habría sido un ejército muy digno de tener en cuenta, ¿verdad que no?

—¿Quién... quién está ahí con usted?

—¿Conmigo...? Nadie está conmigo... Todo el mundo está contra mí. He ahí el problema. Cuando uno es el dueño de todas las buenas piezas de caza

de la ciudad, del alimento, el combustible, las amias... No, nadie está conmigo, Mark.

—Profesor Guzmán, uno no puede volverse de espaldas a los otros seres humanos. Ha de compartirlo todo.

—¿Compartir qué? ¿Compartir el crédito? ¿Compartir la riqueza? ¿Compartir las investigaciones? ¡Qué se fastidien! Tú compartiste tu documento científico y ahora estás subiendo por la calle de la amargura. Yo me lo guardaré todo para mí, gracias, incluso las *señoritas*.

—Profesor Guzmán...

—Lamento los trabajos que te tomaste, Mark. Cambio y cierro.

—Profesor Guzmán...

Pero sólo le respondió el silencio.

Trastornado. Mark cerró la radio y anduvo por el pasillo con caminar pesado, inseguro. Ahora, consumidas ya las cajas de víveres, se andaba más libremente.

A su alrededor, la tripulación continuaba ocupada en sus quehaceres habituales. Entonces vio al operador de radio.

—A su disposición, si la quiere.

El operador dio las gracias con una inclinación de cabeza, y volvió a sintonizar con la frecuencia de los Guardacostas para el rescate que había de venir.

Fuera, el tiempo estaba despejado. Hacia el este pudo ver cómo los grandes icebergs se soldaban unos con otros, apostándose entre los campos de hielo.

Hacia el oeste, hasta llegar a la tierra firme, el hielo se había soldado firmemente.

—No hay nada que hacer —murmuró.

Llamó a la puerta de la sala principal. Karen entretenía a los niños con otro cuento de esquimales felices cuando él entró. Mark escuchó un ratito el cuento, y por fin interrumpió.

—¿De verdad se vivía tan bien?

La mujer afirmó con el gesto.

—Hablemos un momento fuera.

Los chicos se lamentaron, al oír que Karen pedía excusas por dejarlos solos.

—¿Lo decías de veras, aquello?

—Los esquimales no mienten.

—¿Aprendiste otras cosas, además del puro y simple sobrevivir?

—Pues, mira... les observaba...

—No es exactamente igual.

—Si lo fuese, yo sería esquimal, en lugar de antropóloga. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque hemos perdido la posibilidad de llegar al Edén. Allí abajo morirán todos, y en este barco también morirán.

Ella le miró pasmada.

—Entonces, ¿qué posibilidad queda?

Mark movió la cabeza indicando el oeste.

La sorpresa de Karen iba en aumento.

—¿Quieres decir que hemos de volver a la ciudad?

—No queda más remedio.

—Pero, aquí estamos bien. Vendrán a socorrernos. Eso dicen los marineros.

—No saben qué otra cosa decir. No vendrá nadie, y no hay ningún lugar a donde llevarnos.

Ella se volvió, colérica.

—¡Tú nos metiste en esto! Pudimos coger un avión hace un mes, y hasta hace dos meses... Pero tú tuviste que explicar el caso a la gente con tu maldita radio. ¡Tus gentilezas nos han perdido!

—Está bien, Karen, lo siento. Yo no quería que la humanidad pereciera, y no conocía otra manera de salvarla. Ahora te pido que hagas lo que ambos deseamos, continuar viviendo.

Karen fijó la mirada en el hielo.

—Ni siquiera sé si ese hielo es firme.

—Sostiene al barco, al menos por ahora.

Karen movió la cabeza lentamente, asintiendo, paseó la mirada por la interminable llanura blanca y dijo:

—Mira la dirección en que van las líneas azules. Allí hay un camino sólido.

—Estupendo. Te seguiremos.

—¿Seguirme...? Es posible que me equivoque.

Mark le rodeó los hombros con el brazo y la besó cariñosamente.

—Pero también es posible que aciertes.

Ella se puso a temblar, y él la arrimó más a sí.

Unas risitas les interrumpieron. Los pequeños Kashihara habían abierto la puerta de la sala principal. Karen, turbada, se soltó y se volvió hacia ellos.

—Niños, ¿os gustaría vivir como los esquimales?

—¡Oooh! —exclamaron ellos con unos ojos como naranjas.

—¿De qué está hablando mi madre, Mark? —inquirió Danny.

Mark se lo llevó aparte y se lo explicó.

—Pero, seremos unos primitivos... ¿Qué haremos?

—No somos primitivos, Danny, somos náufragos. Somos personas civilizadas que utilizan todas sus facultades para sobrevivir.

—Pero... ¿qué haremos? ¿Cazar? —el muchacho torcía el rostro con asco.

—Danny, enfócalo como el problema científico más sobrecogedor, misterioso e importante con que nos hayamos enfrentado nunca.

El chiquillo meditó largos instantes.

—Quizá no destrozaran mi estación meteorológica...

—O quizá tú puedas reconstruirla.

Lenta, muy lentamente. Danny empezó a poner buen semblante.

—La reconstruiremos...

Mark hizo un signo afirmativo.

—No somos primitivos, Mark.

—En modo alguno.

—Todavía salvaremos al mundo, tú y yo.

Mark asintió de nuevo, viendo cómo en los ojos de Danny parecía encenderse una lucecita.

Luego Mark reunió a los otros en la cocina y se lo explicó.

Fink quedó estupefacto.

—Mark, ¿cómo es que a cada idea nueva que se te ocurre parece que te has vuelto más loco todavía?

—Todo se está volviendo más loco.

—Sí, ya recuerdo cómo pensábamos que Guzmán había enloquecido. De modo que si él está loco por haberlo escondido todo allá abajo, en México, me figuro que nosotros obramos muy cuerdamente regresando a la ciudad para que se nos hiele el trasero.

Hideo sonreía.

—Esto parece un regreso, y en más de un aspecto precisamente —mirando por la portañola, añadió—: Es como describir el círculo completo. Está muy bien... es perfecto.

—¡Ay, Señor! —lamentóse Fink—. ¿Es eso una muestra más de la basura aquella de aplaudir con una sola mano?

Hideo lo miró con aire tolerante.

—¡Vosotros los occidentales sois tan... transparentes! Lo que yo estoy diciendo es que regresemos a nuestras raíces, a nuestra verdadera naturaleza, que nos desprendamos de los atavíos de la civilización.

—Sí, bueno, pero a mí esos atavíos me gustan. ¿Cómo los llamaríamos? ¿Tres comidas diarias completas, una cama calentita, acceso sexual?

—Ellos lo tenían todo eso mejor que nosotros, Fink. Un esquimal te cedería su cama, su comida y su esposa para la noche. —Hideo notó que su esposa había clavado los ojos en él, y se volvió hacia ella—. Bueno, si la comida fuese esperma de ballena, imagina cómo estaría la mujer.

Helen tomó la palabra:

—Entonces, ¿por qué preocuparse. Mark? Si todo está pereciendo, ¿por qué preocuparse?

—Porque no perece todo. Por el globo hay otros jardineros del Edén preparados por nosotros; lugares de Indonesia, de Nueva Zelanda, de África del Sur... Otras personas llegarán a ellos. Nosotros resistiremos, continuaremos en contacto y sobreviviremos.

—¿Qué me dices de nuestro capitán?

—Estoy seguro de que nos dará provisiones para regresar.

—¿Por ejemplo? —preguntó Fink—. ¿Una barca rompehielos movida con remos?

—Viveres, mantas, sacos de dormir, productos químicos para calentar las manos... Todo lo que pueda.

—¿Y no querrá ir con nosotros?

—No —respondió Fink—. Se quedará aquí, donde está cómodo y calentito, donde tiene comida, combustible, comunicaciones por radio y la posibilidad de que le rescaten. ¿Quién querría que un idiota semejante le acompañara?

A pesar de la irónica expresión de Fink, todos veían aquella desesperada situación algo mejor de como la veía el capitán.

—¡Estás loco! —dijo Manujian, cuando Mark le comunicó la idea—. Estamos abastecidos, los Servicios de Socorro conocen nuestro paradero. Ya sabes, no es la primera vez que un barco queda sitiado por el hielo. Esperemos que terminen las urgencias, y nos rescatarán a nosotros.

—Tú has estado en el puente. Larry, pero yo estuve en la radio. No vendrá nadie. Estás sentenciado a quedarte aquí.

Manujian dio un fuerte puñetazo a la mesa, empujado por una cólera repentina.

—¡Basta ya, Haney!

Hubo un silencio estupefacto, y Mark vio que a su amigo le temblaban los labios.

—Pienso que no querías pegar a la mesa, sino a ti.

Manujian contestó con un pausado movimiento afirmativo.

—No se pueden poner en duda todos los principios fundamentales que han regido la vida de un hombre. Si el Servicio puede rescatarnos, nos rescatará. Si no puede, pues... no. Pero esto ya lo sabía yo desde el comienzo.

—Una actitud excelente en tu caso; pero mi grupo no puede sentirse obligado por tus principios.

—El obligaros a permanecer en el barco significa también rescataros, y acaso signifique impedir que cometáis un suicidio.

—No irás a retenernos.

—Podría hacerlo, por vuestro propio bien —Manujian sacó un manojo de llaves y abrió un gabinete de acero.

—No lo harás —dijo Mark, dirigiéndose hacia la puerta—. Yo confiaba que nos dejarías coger algunas provisiones; pero si no nos dejas, tampoco nos detendrás —y en este punto vio el arma del 45 en la mano del capitán.

Hubo un silencio prolongado.

Manujian puso el arma, con gesto firme, en la mano de Mark.

—Allá la necesitarás, probablemente.

Mark hizo un gesto de asentimiento, agradecido.

—Coge todo lo que necesitéis, de lo almacenado. Si arrancáis los forros de las chaquetas salvavidas, podréis utilizarlas como mochilas. Resultan unas mochilas muy manejables.

—¡Gracias, Larry! —vacilaba—. ¿Puedo coger todo lo que necesite? ¿Lo dices de veras?

—Sin duda.

—Yo... he visto el almacén. Allí hay justo lo que necesitamos para poder regresar.

—¡Ah, no te inquietes por nosotros! En la bodega tenemos toneladas de provisiones. Luego mandaré que las suban.

Mark hizo un signo afirmativo, y giró sobre sus talones, para salir. Ya en la puerta, se volvió un momento.

—Larry, deseo y espero que vengan a buscaros.

—Vendrán.

Y se estrecharon las manos.

El sol rompía sobre el horizonte y teñía las cimas de los grandes icebergs de oro pálido, hasta que relumbraban como hogueras en lo alto de unas montañas.

Los niños charlaban entusiasmados, y los adultos cuchicheaban de miedo mientras descendían por la escalerilla y ponían los pies en el suelo. Cada uno de ellos, por turno, tentaba la blanca superficie, por si proporcionaba buen apoyo y era de fiar, negándose a aceptar la evidencia de la persona que le había precedido, y hasta la del propio barco, que se sostenía tan seguro sobre la capa de hielo.

El sol ascendió por el firmamento, y el oro se iluminó más. La incandescencia descendía por los icebergs como lava fundida. Con el barco amarrado muy alto en su helado dique seco, la cubierta quedaba muy arriba de donde estaban ellos. Todos estiraban el cuello, doblándolo para atrás y veían la baranda atestada de marineros mirando abajo, contemplándolos.

Los niños saludaban con las manos, y los hombres del barco correspondían del mismo modo. Era una escena muy parecida a la que se produce en el comienzo de todas las travesías oceánicas, aunque ahora singularmente invertida.

—Muy bien, amigos...

Fink remedó:

—Supongo que se están preguntando por qué les he convocado hoy aquí.

—¿Ya empiezas de nuevo?

—Sí, igual que tú.

Mark suspiró.

—Esto es terriblemente peligroso. Fink. Aquí estamos jugando con nuestras propias vidas. Oídmelos todos... Karen tiene el mando. Ella nos guió a unos cuantos de los que nos encontramos aquí, a través de una gran tempestad invernal de nieve, y puede guiarnos a todos, ahora, en este viaje de regreso. Pero hemos de seguirla sin discusiones. Ella guía nuestras vidas.

Karen miró al grupo de adultos y niños, y vio que todos esperaban sus palabras. Luego levantó los ojos hacia el barco, hacia los cincuenta marinos que también la observaban. Entonces se estremeció y titubeó, hasta que el grupo dio muestras de desazón.

Mark le oprimió el hombro y le susurró:

—Te amo...

Karen sonrió a medias y tomó la palabra:

—Lo primero de todo, lo más importante es adoptar una actitud positiva, asegurar el dominio de la mente sobre el cuerpo.

Fink murmuró:

—¡Dios mío, para este viaje nos ha tocado una psicoanalista!

—El esquimal sobrevive porque ignora que no puede sobrevivir. Los niños juegan desnudos en la nieve porque desconocen que podrían helarse. Si al esquimal le sorprende una tempestad de nieve, se vuelve de espaldas, simplemente, se sienta y espera días enteros hasta que cese. He aquí unas cosas que vosotros podéis hacer (los niños mejor aún que los adultos) si creéis firmemente que sois capaces de hacerlas. Una raza entera ha sobrevivido durante millares de años en este clima, y nosotros también sobreviviremos.

Fink murmuró:

—Lo que yo creo es que voy a vomitar, hete aquí lo que creo.

Los otros le impusieron silencio.

—Lo primero que hay que aprender es la manera de andar por el hielo. Se hace así... —dio el ejemplo andando despacio, de un modo raro, con los pies planos, y luego ordenó que todos se entrenaran.

—¡Miradme a mí! —dijo Fink—. Estoy andando sobre el agua.

—¿Cómo sabremos a dónde vamos? —preguntó Helen.

—El sol sale por el este, de modo que en la parte opuesta está el oeste... —y extendió las manos—. Se va escogiendo una alineación de accidentes del terreno. Aquella elevación, allá, a varias millas de distancia, será nuestra meta para el día de hoy. Mañana la utilizaremos para prolongar la línea.

—¡Terriblemente listos, los esquimales!

—Tuvieron seis mil años para aprender. Nosotros tendremos que acelerar un poco el aprendizaje.

—Por consiguiente, andemos aprisa.

—No, andaremos despacio... Sígueme, en fila india. Andamos por la parte más azul del hielo... Hay que aprender muchísimas más cosas, pero las aprenderemos.

Karen se aseguró la improvisada mochila y, después de inspirar nerviosamente, dio el primer paso (el pie bien plano) de la travesía.

Mark volvió la vista y divisó a Manujian en el puente. Levantó, pues, el brazo con un movimiento tímido, de saludo, y Manujian respondió blandiendo firmemente el suyo.

—¡Eh, Mark! —interrumpió Fink—. En este instante me acordé de lo que le pasó al último sujeto que anduvo sobre el agua.

Mark miró a Danny. El chiquillo tenía el rostro inclinado, como si llorase.

—¿Te encuentras bien Danny?

—¡Oh, sí! Estaba estudiando el hielo. Aquí lo ves nublado, mientras que allá se ve claro, con líneas nubladas, oscuras. ¿Por qué ocurre eso?

—Esto corresponde al departamento de Hideo.

Hideo fue amable y le explicó al muchacho las diferencias que se aprecian en el hielo, los procesos mediante los cuales se va expulsando la sal del hielo marino. Cuanto más antiguo el hielo, más dulce.

—El sol formará charquitos de agua. Aprovecha la formada de hielo azul, y tendrás el agua más pura y cristalina que hayas bebido en tu vida.

—¡Esto es muy interesante! —exclamó Danny—. Cuénteme más.

Pronto pareció haberse olvidado del frío.

Cuando habían andado cerca de un kilómetro, llegó, del altavoz del barco, una voz delgada, penetrante que rebotaba por los campos de hielo.

—Vamos, primera llamada para la bandera. Primera llamada para la bandera.

Todos volvieron la vista hacia el *Briarwood*. Casi parecía una maqueta, incongruentemente encaramado, como un juguete negro encima de un mar blanco. Luego los marineros empezaron a reunirse en cubierta, y la maqueta cobró vida.

—Mark, ¿qué hacemos nosotros aquí, con este frío? —gimió Fink—. Ellos viven en una fortaleza con calefacción, y por lo demás nosotros sólo tenemos lo que llevamos sobre nuestras espaldas.

—Es todo lo que había, Lew.

—¿Qué demonios estás diciendo?

—Como Manujian me dijo que en la bodega tenía toneladas de provisiones, yo limpié los estantes.

—¿Y qué?

—Después miré. En la bodega no hay nada, salvo una boya roja.

Fink inspiró profundamente.

—¡Qué tonto ha sido!

—Sí, Lew, muy tonto.

En aquel preciso momento, la enseña nacional reflejó la luz del sol al subir por el mástil de la cubierta de popa. Alguien tocó un silbato, y cincuenta hombres se pusieron firmes y saludaron.

Luego se oyeron tres pitidos seguidos. Los hombres pusieron fin al saludo y reanudaron las tareas del día.

Mark murmuró:

—¡Buena suerte, Larry! —luego se volvió para seguir a Karen, y los demás formaron en hilera detrás de él.

Los campos de azul intenso se iban decolorando, convirtiéndose en azul pálido, y luego pasaban al verde, a medida que los caminantes cruzaban un hielo cada vez más nuevo.

Por la noche, se apiñaron todos al abrigo de las sierras de hielo más altas, multiplicando el calor corporal. Los niños reían. Las parejas gozaban de aquella posición calladamente, exceptuando un solo caso.

—Esto es lo que hacen los cerdos para conservar el calor —recordó Fink.

—Tú has de saberlo bien —replicó Helen.

Fink hizo una mueca y se volvió hacia Mark.

—¡Eh! ¿No quedamos en que esta sociedad me daría derecho al combate sexual?

—A entrar en combate, no a vencer en el combate.

A la mañana siguiente, despertaron envarados y helados; pero despertaron. Y el proceso se repitió. Cuando el sol se elevaba sobre el horizonte, acentuando las sierrecitas de hielo con las largas sombras, Karen logró señalar y elegir un nuevo promontorio hacia el oeste; otro día de marcha.

El frío parecía menos molesto, fuese porque se adaptasen a él, fuese porque se les embotaban los sentidos. Las mochilas pesaban menos, fuese porque los portadores se volvían más fuertes, o porque realmente se aligeraban. El andar con los pies planos parecía más natural. Recorrían distancias mayores con menos descansos.

Llegaron a discernir y estimar las diferencias de color, transparencia y forma del hielo.

—Los esquimales tienen más de cien palabras distintas para el hielo —explicó Karen—. Me figuro que empezáis a ver la causa.

—De todos modos, sigue pareciéndome una conversación muy limitada —objetó Mark.

Al tercer día, el frío no sólo había dejado de ser una enojosa molestia, sino que se había convertido en un tónico. Los adultos más maduros comentaban entre ellos que las infecciones de nariz y garganta que antes sufrían parecían sanar. Karen les explicó que el Ártico proporcionaba un entorno estéril.

—Helen también —refunfuñó Fink.

El grupo habría jurado que en aquellos pocos días la piel de cada uno había aumentado de espesor. Verdaderamente, en sus organismos se estaban operando cambios lentos, sutiles. Cada célula individual, quizá sensible a su manera primitiva, o bajo el control de procesos más elevados, realizaba una miríada de ajustes, adaptándose a sus nuevas condiciones de vida. Los vasos

sanguíneos se congelaban, las células grasas se multiplicaban, el moco se volvía más espeso; todo ello de un modo tan imperceptible que no se podía medir aún; pero lo cierto era que se había iniciado un proceso.

Al final del cuarto día, las agujas distantes de los edificios de la ciudad fueron su accidente orientador. Al entrar de nuevo en la Bahía del Nueva York Inferior, vieron buques aprisionados y medio enterrados, cascos aplastados, chimeneas que apenas sobresalían.

La ciudad se les echaba encima con pasmosa rapidez. La distancia era una ilusión. Los rascacielos les habían parecido situados en el horizonte lejano; pero aquel horizonte era, en realidad, la línea de la nieve.

Al acercarse más, veían ahora los rascacielos levantándose directamente de las acumulaciones de nieve sin su base acostumbrada, piedras sepulcrales sin tumbas, dedos no sujetos a ninguna mano.

Les costaba trabajo orientarse. Al parecer, la geografía entera de la ciudad había cambiado. El Brooklyn Inferior estaba casi completamente erradicado, y los escasos edificios del centro de la ciudad que asomaban fuera de la nieve resultaban irreconocibles en este contexto nuevo.

En cambio, el puente de Verrazzano Barrows señalaba la entrada en la Bahía del Nueva York Superior. Sus torres continuaban tan tiesas y altas como siempre, aunque enfundadas en una espesa capa de nieve helada, como formaciones cristalinas monumentales de setenta pisos de altura.

Sin embargo, las calzadas se habían hundido en diversos puntos bajo el peso añadido y colgaban desde una altura de más de sesenta metros hacia el hielo, grotescamente retorcidas, cual tiras gigantes de papel de serpentina, mientras arriba, los cables de acero de suspensión colgaban inútiles, con los extremos descantillados, lo mismo que otros tantos cordoncitos de borla con las hebras al aire.

Las lisas acumulaciones de nieve iban apareciendo cada vez más onduladas con complicados remolinos y salientes. Incluso a esta distancia, a más de once kilómetros de Manhattan, las torres de la ciudad habían alterado la trayectoria de los vientos, de modo muy similar a como las rocas introducen continuas turbulencias en la corriente de los ríos.

Más cerca de la ciudad, los suaves hoyos se convertían en trincheras, las ondulaciones se volvían muros, y todo ello convergía y se entremezclaba poco a poco hasta que las pautas y los trazados perdían toda coherencia.

Ahora podían apreciar mejor que nunca los aparentes caprichos en la formación de acumulaciones. Edificios pequeños que hubieran debido quedar totalmente enterrados estaban relativamente libres. Rascacielos que de

ordinario habrían quedado despejados, mostraban nieve arrimada a sus paredes hasta gran altura. La mayoría sostenían grandes conos, como gorros de dormir blancos.

Los vientos que bajaban del norte habían barrido la nieve del abierto río Hudson y de los muelles de sus orillas, de manera que el grupo pudo distinguir fácilmente los diversos atracaderos y volver a dirigir sus pasos hacia el de la calle Morton.

Karen hizo un ademán pidiendo silencio, y todos obedecieron. Escuchaban como si esperasen que los asaltantes les estuvieran esperando todavía, escondidos detrás del cobertizo semienterrado.

Sólo había silencio, pavoroso, interminable. La nieve había enterrado los sonidos de la ciudad tan por completo como a sus calles y habitantes.

El silencio quedó interrumpido súbitamente por un estallido distante, seguido de chasquidos y repiqueteos increíbles, y luego volvió a reinar el silencio.

—¡Qué diablos...!

A kilómetro y medio de allí, hacia el noroeste, una nube de humo blanco se levantó y en seguida se posó.

—¿Habrà algún ser viviente allá?

Mark meneó la cabeza.

—Un edificio se está hundiendo.

—¿Por qué ahora precisamente?

—Todos fueron contruidos de manera distinta, y las acumulaciones también son distintas... —explicó, encogiéndose de hombros.

—Como dijiste una vez —le interrumpió Hideo—, Groenlandia es preciosa cuando se queda en Groenlandia.

—Esto todavía no es Groenlandia.

Todos guardaron silencio mientras subían una margen de nieve hasta el nivel de cajas rotas. En el protegido costado sur del cobertizo había maderos sueltos de cajas rotas, páginas de libros desgarradas, piezas y cables de instrumentos y el trineo automóvil terriblemente abollado y oxidado.

—¡Mira esto! —señaló Fink, sacándolo de la nieve—. Podríamos llenarlo en cualquier estación de servicio de una esquina... si supiéramos hallar la esquina.

—Hay una cosa más importante aún —dijo Mark, apartando la nieve con un pedazo de madera y desenterrando una caja de metal, negra—. La radio.

—¡Ah! Yo pensaba que hablabas de algo útil; una nevera, por ejemplo.

—Pon las prioridades en orden, Fink. Comida, la encontraremos. Conservaremos la vida, pero esto nos da la razón de vivir.

—¿Una maldita y cochina radio?

—Las personas, Fink, las personas son nuestro lazo de unión con la red.

—¿Qué haremos, derretir un poco de electricidad congelada para hacerla funcionar?

—Si la radio está aquí, el generador también estará.

—Y lo llenaremos de combustible en la misma estación de servicio.

—Tenemos algo más, y en gran abundancia.

—¿Te refieres a esta preciosa materia blanca? ¿Cómo la quieres, normal o super?

—Me refiero al viento.

—Ah, sí, de eso también tenemos de sobra, y todo sopla en tu dirección.

—Está bien, Fink, déjalo ya.

—¡No, caramba! ¿Tú eres quien ha hablado de prioridades?

—¡Déjalo!

Fink hervía de rabia en silencio y miraba cómo los otros hurgaban la nieve desmayadamente, buscando los restos de sus propias posesiones. Después de contemplar la escena un rato, maravillado, dio un puntapié a la nieve.

—Estamos muertos, sólo que no lo sabemos. ¿Porqué no nos enterramos a nosotros mismos ahora, y nos ahorraríamos un sinfín de molestias?

—¡Estamos vivos! —replicó Karen.

Fink se volvió y la encontró, muy risueña, con una esculturita esquimal en la mano.

—Estamos vivos, y seguiremos viviendo...

Los otros dejaron lo que estaban haciendo y la miraron.

—Supongo que te lo ha dicho una morsita de piedra.

Karen movió la cabeza afirmativamente.

—Otra lela.

—Estamos vivos. Lew, porque una raza entera ha vivido de este modo y nos ha legado estas cosas —y pasó la mano amorosamente por la estatuilla—. ¡Viviremos, sé que viviremos!

Fink levantó los hombros, exasperado, pero los demás se apiñaron alrededor de Karen como si la estatuilla tuviera un poder mágico. La cogían, la manejaban con viva admiración y se la pasaban unos a otros, murmurando palabras sueltas tales como:

—... Hermosa...

—Hermosa, quizá; pero no comestible —refunfuñaba Fink.

Danny continuaba desconsolado y se apartó del grupo, yéndose a la entrada del cobertizo. Una vez allí vio un objeto brillante. Apartó la nieve y profirió un grito. Era un embudo.

Cavó con las manos hasta que emergió todo entero; una rueda con embudos en el extremo de unos radios.

—¡El anemómetro!

Ahora él también percibía algo de aquella misma magia, sabía que también sobreviviría la civilización.

Al cavar más hondo, sacando otros instrumentos, no se dio cuenta de unas sombras que surgían de otra sombra mayor.

Luego oyó un sonido que no tenía nada de humano, un gruñido bajo, suave.

Danny levantó la vista y abrió la boca en una exclamación muda. Allí había un perro que casi tenía más de lobo que de perro y pesaría sus buenos cincuenta kilos, hecho un laberinto de costuras y cicatrices, abierta la boca y las poderosas mandíbulas chorreando saliva. El can enseñó los dientes, los restañó de nuevo y luego se puso a correr en círculo, recelosamente.

—¡*Mamá!* —fue un gemido de terror absoluto. Danny miró en torno suyo, buscando una escapatoria, y lo que vio, en cambio, fueron otros perros que aparecían, todos con cicatrices y desgarrones en el pellejo, enormes y hambrientos.

Uno tras otro se pusieron en línea detrás del jefe, hasta completar el número de diez. Los ojos les brillaban esperando el festín y no se apartaban del muchachito, mientras la jauría entera describía el círculo.

—¡*Mamá!*

Karen fue la primera que los vio.

—¡Danny, no te muevas!

La jauría no prestaba atención a los otros seres humanos. Habían elegido a Danny y le tenían perfectamente aislado de los demás. Al girar, iban reduciendo el círculo más y más, hasta que Husky salió del corro y lanzó un fingido ataque contra el muchacho, retirándose satisfecho, convencido de que no ofrecería resistencia.

—*Mamá...*

Mark levantó el arma y apuntó con dudado.

—¡No! —Karen casi le arrancó el arma de la mano de un golpe.

—¿Qué diablos estás haciendo?

—No podrías matarlos con la rapidez suficiente. Dispara, y Danny habrá muerto. Además, necesitamos los perros.

—¿Necesitarlos? ¿Estás loca?

—¡Dadme un pedazo de carne, pronto! —ordenó ella, al tiempo que cogía un madero roto.

El Husky hizo un segundo amago, acercándose más, y los otros perros se estremecieron, aullando expectantes. Luego todos empezaron a salir del círculo.

Todos los componentes del grupo humano hurgaban en sus mochilas. Sacaron los pedazos de carne que les quedaban y los entregaron a Karen, preguntándose, al mismo tiempo, qué se proponía. Ella dejó la carne en el suelo, a su alcance, siempre con la mirada fija en el Husky.

Luego cogió una piedra de buen tamaño y la arrojó contra el perro. Este aulló, molesto, y le enseñó los dientes. Por un momento titubeó, decidiendo contra qué presa arremetía. Al recibir el golpe de una segunda piedra, se volvió y arremetió contra Karen, seguido de los otros perros.

Mark le apuntaba con el revólver, y el dedo se le puso tenso.

—¡No dispaes!

Karen sostenía el madero entre ella y el Husky, atizando cuando el perro se acercaba y girando en círculo cuando el perro giraba.

Luego arrojó un trocito de ternera en la trayectoria del animal. Este lo ignoró y arremetió de nuevo contra ella. Y de nuevo recibió un golpe de madero en los flancos.

Karen retrocedió, dejó que el perro se acercase más y le incitó en dirección a la carne.

El Husky titubeaba. Detrás, los otros canes esperaban.

Finalmente, pasando por alto el bocado en la nieve, saltó a la carga otra vez, y otra vez chocó con el madero. Vaciló una vez más, miró la carne con ojo hambriento, le dio un bocado y volvió al ataque.

Esta vez le bastó con ver el madero. Gruñó, retrocedió unos pasos, dio un segundo mordisco y tiró del pedazo de carne, al mismo tiempo que lo sostenía y empujaba con las patas delanteras.

La jauría gruñó, y luego empezó a ladrar, como discutiendo su jefatura.

El Husky se volvió y contestó con otro ladrido mostrando los colmillos. Los otros retrocedieron.

—¡Dadle más! —gritó Karen.

—Casi no queda nada...

—Lo que quede, dádselo.

Los otros iban a arrojárselo a toda la jauría.

—¡Sólo a él! Es el jefe.

Todos obedecieron el mandato, tirando vivamente las provisiones cerca del perro esquimal.

El Husky comió hasta saciarse, luego gruñó, retrocedió y permitió que los otros despacharan el resto. Sus compañeros se peleaban, se revolvían, lanzaban zarpazos unos contra otros; entretanto él se mantenía aparte, observando.

—¿Qué pasará cuando se terminen eso y queden con hambre todavía? —preguntó Mark.

—Intentarán matarnos.

Siempre con la mirada fija en el Husky, Karen se quitó la chaqueta salvavidas, sacó un cuchillo y cortó las correas.

—Entonces, ¿por qué no los matamos ahora?

—Ese es un Husky, Mark. Un Husky de Groenlandia... Y es el jefe —Karen casi exultaba de gozo.

El grupo humano miraba, incrédulo, mientras Karen se acercaba al perro, atando las correas para formar una cuerda larga. Al mismo tiempo dirigía al Husky un murmullo, una cantilena singular de extrañas palabras. Acaso fuese el canturreo, una antigua herencia que enlazaba con otra a través de sendas místicas, quizá fuera, meramente, el tono general apaciguador, el caso es que, asombrosamente, el Husky se relajó y permitió que Karen le pasara la correa por el collar.

Sólo entonces Karen abandonó la tensión nerviosa. Las rodillas se le doblaban, y Mark tuvo que cogerla antes de que se desplomase.

—¿Te encuentras bien?

La mujer movió la cabeza débilmente, pero sin soltar la correa.

—Los otros... los otros le seguirán... Podremos atarlos.

—¿Atarlos? ¿A qué, y para qué?

—Al trineo automóvil. Tenemos un tiro de perros.

—Al tri... Karen, ¿es que te has vuelto...?

—No discutas, Mark. No hay tiempo. Hideo... sujeta fuerte, pero mantente fuera del alcance de sus colmillos... y no lo sueltes —Karen se volvió hacia los otros—. Los demás: sacad aquella máquina del hielo y traedla aquí —ahora estaba dando órdenes como un sargento instructor—. Sacad del interior todo lo que podáis. En realidad, lo único que necesitamos es el armazón y las cadenas, y si están oxidadas, echad agua encima y dejad que se hiele.

Los otros se miraban extrañados.

—¡Vamos! Aquí tenemos tigres cogidos por las colas. Ni podemos soltarlos, no podemos detenerlos. Hemos de estar en movimiento, si no queremos morir.

Todos se precipitaron a obedecer las órdenes.

Fink se había apartado del grupo y meneaba la cabeza maravillado.

—Lew, tú me ayudarás para el segundo perro.

—¡Eh, yo no soy aquí más que un turista! —contestó él, retrocediendo.

—Aquí no hay turistas —replicó Mark—. Te necesitamos.

—¿Cómo no me invade un dulce calorcillo al escuchar esas palabras de tus labios?

—No es únicamente por ti mismo, Fink. Llevamos la civilización sobre nuestras espaldas.

Fink se puso a reír.

—Lo siento, Marcus. A mí eso me suena a disco rayado.

Mark le cogió por el cuello de la chaqueta con la mano izquierda. Con la derecha, le apuntó la pistola a la cabeza.

—Mira, Lew, aquí se acabaron los inútiles, los turistas y los aprovechados. Si hemos de vivir como los esquimales, viviremos como ellos desde el principio hasta el fin, en todos los aspectos, hasta que todo marche debidamente.

Atónito, Fink miró el cañón del revólver.

—No hablas en broma, ¿verdad que no, Mark?

Mark movió la cabeza negativamente.

—Tampoco este revólver es de broma. Lew. Los guardacostas lo cargaron y me enseñaron a manejarlo.

—Tú... no matarías a un colega.

—Aunque tuviera grandes cualidades, lo haría en caso necesario.

—Me... me has impresionado, Mark. Ayudaré... a atar los perros.

El gran mastín gruñó y enseñó los dientes al ver que Fink se le acercaba. El científico retrocedió.

—Has dicho que el arma estaba cargada.

—Necesitamos los perros —replicó Karen—. No nos obligues a elegir entre ellos y tú —cogió la segunda correa y se acercó al can—. Debes recordar siempre dos cosas muy importantes. Una es que estos animales son básicamente vulnerables y están asustados, lo mismo que cachorros —y se puso a murmurarle algo, en tono apaciguador, al mastín, tocándole al flanco respetuosamente. El animal soltó un gruñido bajo.

—¿Y la otra?

—No olvides nunca que son animales que matan.

Sin hacer caso del ronquido, Karen empezó a pasarle la correa alrededor del cuello. El perro sacudió la cabeza, descubrió los dientes y quiso pegarle un mordisco.

Con un movimiento pasmoso, Karen le dio un golpe fuerte en el hocico. El perro aulló, intentó otro ataque, y Karen volvió a pegarle, más fuerte todavía. El perro gimoteó y agachó la cabeza un momento. Limpia, rápidamente, Karen deslizó el lazo sobre su rostro y lo aseguró bien alrededor del cuello.

—¡Demonios! —exclamó Fink.

—Son animales de presa, pura y simplemente. Así han sobrevivido tanto tiempo.

—Pero tú nos enseñarás la manera de domesticarlos.

—No, nunca los domesticaremos. Los dominaremos, quizás, a duras penas...

El mastín tiraba de la cuerda, volviéndose para atacar de nuevo a Karen, como si descubriera de súbito que le habían cogido en la trampa. Los otros perros miraban, cada vez más inquietos, y Karen fijaba en ellos sus ojos recelosos.

—Lew... —Karen entregó el extremo de la cuerda a Fink, que se apresuró a cogerlo—. Ten sus mandíbulas apartadas.

—¡Uf! Hummm... deseo que él esté de acuerdo.

—¿Está a punto el trineo? —preguntó Karen al grupo, con voz fuerte.

Se lo trajeron. No quedaba mucho del antiguo vehículo, aparte de las cadenas y el armazón montado sobre ellas. El resto descansaba sobre la nieve, formando un montón de metal herrumbroso y piezas diversas.

Con gran precaución cogió la correa del Husky de manos de un Hideo tembloroso y, manejándola de modo que ella quedase fuera del alcance del animal, condujo a éste hasta el trineo y lo ató en la parte delantera con un nudo complicado.

Luego repitió el proceso, cogiendo de manos de Fink la correa del mastín, al cual ató detrás del Husky. De repente, los dos perros se pusieron a pelear, regañando los dientes y tirándose mordiscos.

Karen cogió un madero y les pegó a los dos. Los perros gimotearon y guardaron silencio.

—Será mejor que nos demos prisa. Se están dando cuenta del juego.

En el caso del *schipperke*, perro más pequeño y movido, hubo de cogerse a su pelo, además de sujetar la correa, para dominarle. Una vez más

alternando murmullos apaciguadores con golpes, logró llevar el perro al trineo; pero cuando trataba de atarlo en su sitio, los tres animales se pusieron a pelear, con lo cual los perros todavía libres empezaron a enseñar los dientes y escarbar la nieve.

—¡Sírvelte del látigo, Lew!

—¿Del... qué?

—¡Del látigo, maldita sea! —y le señalaba el látigo con la correa de nueve metros reposando sobre la nieve.

Fink lo cogió.

—¿Qué haré con esto?

—¡A ellos! —señalaba la jauría—. ¡Por el amor de Dios, date prisa!

—Yo... yo nunca manejé... —Fink arreó un latigazo a los perros con una torpeza casi cómica—. ¿Cómo te figuras que me ganaba la vida yo?

—¡Oh, Cristo...! —Karen cogió el látigo y le entregó el madero—. Toma, esto resulta más fácil.

Karen abatió el látigo sobre los perros, acercándose peligrosamente a ellos. El cuero se enrollaba en los cuerpos y golpeaba los flancos de los animales y Karen tenía que retirarlo prestamente, antes de que se enredase en exceso, al tiempo que maldecía su propia incompetencia.

Al final, sirviéndose del látigo y el madero, Karen logró colocar un lazo alrededor del cuello de otro perro. Ahora, al atarlo junto a los anteriores, fueron cuatro los perros que se pusieron a pelear.

—¡Dios mío! —gritó Fink—. ¿Hasta cuándo ha de continuar la maniobra?

—No podemos interrumpirla, si queremos salir de aquí con vida.

—Vamos —dijo Mark, cogiendo una correa y probando de atar al quinto perro por sí mismo—. Creo que hemos captado el procedimiento.

—Y ellos también, Mark —gimió Fink.

Al final, con la agotada ayuda de todos los presentes, toda la jauría quedó atada y relativamente quieta.

—¿Y cada vez tendremos que repetir todo eso? —exclamó Helen.

—Me temo que sí.

—Es lo mismo que tener el patio trasero lleno de tigres.

—Esta es la cuestión. Son cazadores. Los soltaremos, y dejaremos que avancen.

—Yo pensaba que nos bastaría con decir: “Arre”, y ellos irían a donde quisiéramos.

—“Arre” no, Helen —corrigió Fink—. Lo que hay que decir es: “Por favor”...

—No se les deja escoger —replicó Karen—. Sencillamente, hemos de ser más medrosos que los animales que cazaremos.

—Ah, ah... ¿Por ejemplo?

—Conejos...

—De acuerdo, si no son demasiado malos.

—Gatos.

—¿Gatos? ¿Vamos a comer gatos?

—En esta Tierra, los seres humanos han comido todo lo que nade, ande o vuele. Y la mayoría vomitaría ante un esternón. Todo depende de lo que se diga uno a sí mismo.

Fink deglutió con dificultad.

—Muy bien. ¿Qué más?

—Zorras, lobos, lemmings, osos, focas...

—¿Osos? ¿Quieres decir osos polares?

—Todo lo que encontremos. Lew.

—Osos polares, ¡oh, Jesús!, osos polares...

Fink levantó la vista hacia la ciudad, las calles que habían desaparecido, los edificios que apenas sobresalían de la nieve, los conos de nieve y los rectángulos transformados en montes y líneas curvas por las acumulaciones de nieve.

Karen se volvió hacia el grupo.

—Apenas nos queda tiempo. Estamos sin víveres; hemos de empezar a cazar inmediatamente.

—¡Oh, no, Karen, tenemos que descansar!

—Lo único que conseguiríamos sería que el hambre nos debilitase más, y entonces nos habríamos hundido sin remedio. Primero hemos de guiar a los perros, si no podemos gobernarlos. Mark, ¿recuerdas cómo usaban el látigo los esquimales para...?

Entonces se dio cuenta de que Mark no estaba allí, y Danny tampoco.

Karen tragó saliva y entregó el látigo a Hideo.

—Tú viste cómo lo utilizaban los esquimales. Prueba de enseñárselo a todos.

—Sí, los vi, pero...

—Bueno, yo no he sabido hacerlo mejor —Karen le dejó y se fue a donde estaba Mark.

Hideo la siguió con la mirada unos momentos, luego se volvió hacia el grupo e intentó enseñarles el manejo del látigo. La correa se enredó detrás de

él, se le enrolló alrededor del cuello y faltó poco para que le asfixiase. Se la desenroscó soltando una serie de maldiciones.

El grupo estaba indeciso entre compadecerse o soltar la carcajada.

Hideo volvió a probar. Esta vez consiguió tenerlo en la línea recta, y la correa rodaba y pegaba.

—Los esquimales tienen un arte en hacerlo restallar...

—Un arte que tú no posees.

—Y Karen tampoco posee. Los esquimales hacían maravillas con el látigo. Desde el trineo, gobernaban a los perros. La correa salía disparada, silbando, daba exactamente en el camorrista, y los perros se tranquilizaban al instante.

—Bueno —dijo Helen—, tú no posees ese arte, Karen tampoco lo posee... Por consiguiente es muy lógico deducir que nosotros no lo poseeremos. Entonces, ¿qué haremos?

—Lo que podamos —contestó Hideo, encogiéndose de hombros.

Junto al cobertizo, Karen estaba mirando cómo Mark y Danny se esmeraban limpiando la radio.

—Mark —anunció por fin—, tenemos los perros enganchados.

—Bien —contestó él, levantando los ojos de la tarea para sonreírle—. Sabía que justificarías mi...

—No sabemos con qué toparemos, y tú tienes el arma.

—Sí —la sonrisa de Mark se desvaneció.

—Bien, o nos la das, o...

—¡No! Soy el único que recibió cierta instrucción militar.

—... te vienes con nosotros.

—Esto es demasiado importante.

—¿La radio? Estamos hablando de supervivencia.

—También yo, Karen; de nuestra razón de vida.

—¿Y dónde la enchufarás?

Danny tomó la palabra.

—Mamá, cuando te lo expliqué, dijiste que era una fantasía. Y no lo es. Tenemos un generador.

—¿Qué carburante utilizaréis?

—El viento, mamá. Mark montará un molino de viento.

Karen movió la cabeza con aire escéptico.

—Cada cosa a su tiempo. En estos instantes, te necesitamos, con el arma.

—Karen, al fin y al cabo, sólo tengo unas cuantas balas. ¿Qué sucederá cuando se me terminen?

—Confío que para entonces hayamos encontrado ya mis otras armas esquimales, y habremos aprendido la manera de usarlas. Entretanto...

Mark suspiró malhumorado, dirigiendo una mirada a la radio y a las tareas que aún precisaba.

—¡Mark! —dijo Karen, tirando de él con una sorprendente falta de consideración—. Tú pusiste la supervivencia en mis manos. A mí no me gustaba, no lo quería; pero está en mis manos. En estos instantes, te pido una cosa... o, si lo prefieres, te lo mando.

Danny miró a su madre, pasmado, y luego a Mark, para ver de qué manera reaccionaría.

También Mark se quedó atónito unos momentos. Estaba a punto de pronunciar una frase ocurrente acerca de haber creado un Frankenstein hembra, pero lo pensó mejor y asintió calladamente con un movimiento de cabeza. Luego se volvió hacia Danny.

—Bien, será preferible que ayude a tu madre. ¿Por qué no te quedas aquí y nos esperas?

—¿Esperar? —el muchacho pareció perdido unos momentos—. Quizá sea una cosa que yo deba conocer...

Karen dijo:

—Creo que no deberías venir, Danny. Podría ser peligroso.

—¿Por los conejos, madre?

—Los perros, Danny, los perros...

El calor parecía huir del rostro del chico, que se estremeció, inspiró profundamente varias veces y sonrió forzosamente.

—Estarán atados, ¿verdad? Además, Mark tendrá la pistola.

Karen suspiró.

—Está bien, Danny.

Mark se la llevó aparte.

—¿Cómo permites que decida él?

—Los esquimales lo hacen así.

—¿Qué diablos significa eso?

—La única manera que tenemos de sobrevivir es imitando a los esquimales, imitándolos punto por punto, desde el principio hasta el fin, en todo lo que hacen. Y los esquimales dejan que los niños sean dueños de sí mismos.

—No sé por qué, si una cosa es claramente peligrosa...

—No, Mark. Su sociedad se desarrolló a lo largo de seis mil años. En ella, todo tenía su razón de ser, y todo funcionaba perfectamente.

—Pero, ¿qué tiene que ver la supervivencia con que un niño...?

—No lo sé. Esto no formaba parte de mi estudio, pero si los esquimales no imponían unos mandatos a sus hijos, nosotros tampoco se los impondremos. Danny deberá escoger su propia conducta.

—Él no conoce los peligros.

—Tampoco los conocemos nosotros. Por consiguiente, ¿cómo se puede decir quién decide mejor?

Mark inspiró fuerte.

—Karen, tú sabes lo que significa Danny para mí...

—También significa algo para mí, Mark. Es mi hijo.

Cuando regresaron junto al tiro de perros, los animales olfateaban el aire y ladraban, al mismo tiempo que tiraban de las correas. Era evidente que habían olido algo. Hideo probaba de contenerlos, azotándolos desde los puntos más próximos en que osaba situarse.

Al ver aquel cuadro, Danny palideció, deglutió con dificultad y luego adoptó el semblante más valeroso que pudo.

—No cabe duda que huelen un animal grande.

—¿Cómo podrá ser de grande? —Karen se volvió hacia Danny, preocupada—. ¿No sería preferible que te quedases?

—¡Madre, deja de tratarme como a un niño!

Ella movió la cabeza despacio, asintiendo, y con el ademán indicó al chiquillo y a Mark que subieran al trineo. A Hideo le ordenó que corriese al lado, haciendo restallar el látigo junto a los perros que quisieran salirse de la hilera.

—¿Hacerlo restallar? Digamos mejor golpear el suelo —comentó Hideo con una sonrisa apagada.

Karen le devolvió otra sonrisa y luego, cuidadosamente, desató la soga de amarraje.

El Husky tiraba de las correas, casi estrangulándose cuando la inercia le retenía. Después de unas cuantas aguijadas con el madero, pareció adquirir una especie de ritmo, y entonces todos los perros le siguieron, ladrando y aullando. El trineo crujió y arrancó.

—Retenedlos... Arrastrad los pies...

Así lo hicieron, y Karen empezó a conseguir cierto control sobre los vaivenes y la dirección del vehículo.

—¡Viva...! —exclamó Danny, alborozado, cuando el viento frío empezó a azotarle el rostro y los edificios rápidamente quedaron atrás. Luego su

entusiasmo se apagó. Los perros evacuaban sus necesidades todos a la vez, y el trineo pisaba los excrementos.

Hideo corría al lado de la jauría, probando de azotar a los perros que se mordían o alteraban la línea de alguna manera, y procuraba hacerlos volver a su puesto.

De esta manera anárquica, caprichosa, el tiro giró en ángulo agudo hacia una calle lateral, casi volcando el trineo antes de que Karen pudiera restablecer el equilibrio.

Entonces encontraron la primera de una serie de huellas dejadas por un pie enorme. Los perros se apiñaban alrededor, husmeando, y acto seguido enloquecieron. Karen tuvo que arrojarles piedras desde el trineo, mientras Hideo los azotaba furiosamente.

—Eso no es un conejo —dijo Mark—. ¿Qué será?

—No lo creerías.

—¿Después de todo lo que ha pasado?

Los perros seguían las huellas, tirando furiosamente, y Karen había de embutir sogas debajo de las cadenas para aumentar el roce.

De pronto vieron al animal.

—¡Jesús! Tienes razón, ¡no lo creo!

La bestia se volvió hacia ellos con un aullido espantoso. Ciertamente, al principio parecía un ente salido de un sueño, un oso blanco sobre un fondo blanco, de tal modo que casi resultaba invisible, a pesar de su media tonelada aterradora. De todos modos, cuando se irguió y rugió en tono de desafío, su tremenda mole destacaba sobre ellos y se recortaba hasta demasiado bien sobre la piedra negra del edificio.

—¿De dónde diablos ha salido eso?

—Del zoo, me imagino. Es probable que los animales del Ártico hayan sido los únicos seres que han podido sobrevivir.

Los perros tiraban de las correas, poniéndolas tensas, y Karen estiró el brazo hacia los nudos.

—¿Qué estás haciendo?

—¡Los suelto!

Antes de que Mark pudiera impedírselo, Karen había desatado ya los nudos. Inmediatamente, los frenéticos perros se lanzaron sobre el oso, rodeándolo, saltando y tirándole dentelladas, lo mismo que habían hecho con otras criaturas.

Siguiendo la pauta habitual, el Husky atacó primero. El oso aulló y de un zarpazo le despidió para atrás, contra la nieve. A continuación atacaron los

otros perros, echándose encima, esquivando, atacando y retrocediendo. También ellos fueron rechazados y mandados a rodar sobre la nieve; pero se levantaban inmediatamente para atacar de nuevo, hasta dar la impresión de una masa única, aullando continuamente.

El oso se puso a caminar entre ellos, dando golpes y zarpazos, perdiendo sangre y avanzando en línea recta hacia el trineo.

—¡Mark!

Mark apuntó a la cabeza del animal y disparó. El oso retrocedió y se puso furioso, revolviéndose histéricamente por la nieve. Los perros atacaron de nuevo, en avalancha.

Mark disparó de nuevo, y otra vez, y de pronto el oso quedó quieto.

A continuación, Karen e Hideo apartaron a los perros, usando el látigo y el madero hasta que los animales gimotearon y se quedaron quietos.

Los ojos de Danny bailaban incontrolablemente de puro entusiasmo.

—¡Viva! —fue lo único que supo decir—. ¡Viva...!

A Mark no le gustaba la expresión.

Encendieron fuego dentro del cobertizo, y la mujer de Hideo fue la principal cocinera. Las chuletas de oso tenían cierto olor raro y estaban duras, pero todos los miembros del grupo tenían hambre y nadie se anduvo con remilgos. A los chicos hasta les gustó. Después de comer, se sentían saciados y calentitos, y no les costó mucho esfuerzo encontrar cierto atractivo en aquella manera de vivir, que casi parecía un viaje de acampada hacia unos bosques del norte.

—Lo malo es —comentó Mark— que unas vacaciones sólo son vacaciones si uno las puede interrumpir cuando le apetezca.

—Hay otro problema todavía —dijo Karen—. Y es que tendríamos que cazar un oso todos los días, durante todo lo que nos quede de vida. ¿Cuántos os figuráis que había en el zoo?

—Tú dijiste que por ahí había otros animales.

—Probablemente. Unos venados silvestres, acaso unas cuantas aves, unas zorras, todos los animales silvestres que se vengan para acá por casualidad...

—Karen exhaló un suspiro—. No habrá demasiados para poder cubrir nuestras necesidades.

Hubo un silencio, largo y lúgubre, mientras contemplaban el fuego, que se apagaba paulatinamente.

Mark estaba a punto de arrojar unos cuantos maderos más a la lumbre, y Karen le detuvo.

—Los necesitamos para construir más trineos.

—¿Más trineos? ¿No basta con uno?

Karen negó con la cabeza.

—Cada familia tendrá que cazar por su cuenta.

Todos sintieron un nudo en la garganta.

—¿Y los tiros de perros...?

—Habrá otros perros, no os inquietéis.

Se produjo un nuevo silencio.

—Martas y lemmings —farfulló Mark, desconcertando al grupo.

—¿Qué?

—Emigraban. Fue uno de los primeros signos que descubrí del enfriamiento de la atmósfera. De modo que si las martas y los lemmings emigraban, ¿por qué no habrán de emigrar los caribúes, las focas y los osos polares? Y no me refiero a los de los parques zoológicos.

—Pero ni aun con el frío emigrarían tan lejos.

—Algo los perseguiría —admitió Mark, moviendo la cabeza.

—¿Qué? —preguntó Helen.

—Algo muchísimo peor que el frío.

—Por amor de Dios, ¿qué?

—El hielo. Todos los pequeños glaciares, desde Groenlandia hasta el Monte Ranier, juntándose en uno solo.

—¡Ay, Dios mío! ¿Cuánto tiempo tardarán en...?

Hideo la interrumpió, risueño.

—No te preocupes por ello, Helen.

—¿Que no me preocupe?

—Al fin y al cabo, no tendrá gran importancia. Tranquilízate.

—¡No tendrá importancia! ¿Qué diablos estás...?

—Si seguimos en este mundo, habremos salido del trance. Y si no... bueno, entonces no tendrá importancia alguna.

Se levantó, atizó el fuego y reavivó las brasas.

—Imagina, chica. Quien sea, o lo que sea, que venga después de nosotros, los profesores del futuro, excavarán aquí nuestros restos... y dirán: “Interesante, muy interesante. Esto quizá me sirva para redactar un documento científico”.

El día siguiente no encontraron ningún oso, ni polar ni de otra parte, pero en la calle Octava, los perros cazaron un conejo y dos gatos. A pesar del hambre, los miembros del grupo no se decidieron a comer gato, con lo cual,

dejaron los dos gatos para los perros. Entonces Karen sacó su vieja lanza esquimal.

Mark se quedó para seguir excavando y trabajar un poco más en su molino de viento. Danny le ayudó un rato, pero habló más de la caza del oso que del trabajo que estaban haciendo.

El tercer día, los perros llegaron a la calle Duodécima antes de que el tiro se dispersase y se enredaron con las correas. Una manzana más allá encontraron un venado que se estaba muriendo de hambre, y el grupo hubo de luchar contra los perros, azotándolos, antes de que Karen pudiera alancear a la víctima, que, con lo débil que estaba, resultó una presa fácil.

Entretanto Mark había reunido unas láminas de metal, dándoles la forma de molino de viento; mas, el aparato giraba de manera irregular, caprichosa. Danny sentía interés, cierto; pero no entusiasmo. Prefería ver cómo el grupo se entrenaba en el manejo de la lanza, y fue allá para sugerir que convirtieran el entrenamiento en juego. Incluso eligió los blancos y formuló algunas reglas sobre el mismo.

Mark tuvo que recordarle cariñosamente qué era lo que tenía verdadera importancia.

Bajo la dirección de Karen, el grupo reunió clavos y madera de otras cajas de embalaje y construyó otro trineo. Salió tosco y mal hecho, pero cuando frotaron los patines con agua resbaló bastante bien.

Las gemelas Kashihara, viendo el nuevo trineo ocioso, supusieron que lo habían destinado a juguete, y en este sentido lo aprovecharon, simulando que una de las dos era el cazador, y la otra el perro, utilizando torpemente el látigo. Daba la impresión de que podían lastimarse, y Wendy las reprendió; pero Hideo le recordó las costumbres de los esquimales, que ellos tendrían que seguir. De modo que dejaron a las niñas en paz, para que se desarrollaran espontáneamente.

Las gemelas invitaron a Danny a jugar; pero éste replicó que ni él era un niño ni el trineo era de juguete.

—Entonces, ¿para qué es?

—Para perros de verdad.

Las gemelas se rieron; pero pronto aparecieron, ciertamente, otros perros extraviados, grandes, bien cubiertos de pelo y salvajes. Uno tras otro, a todos los apalearon o los azotaron hasta que se sometieron el rato suficiente para atarlos, y pronto hubo un segundo tiro de perros en acción.

Con lo cual ahora tenían doble número de perros que alimentar, doble número de “tigres en el patio trasero” que dominar y gobernar. Las luchas

entre perros se hicieron cada día más frecuentes y más salvajes, y de vez en cuando los animales pegaban un mordisco a sus dueños humanos.

Ahora el grupo encontraba otros animales: nutrias, martas, zorras y ratas, maestras estas últimas en el arte de cavar madrigueras y que parecían sobrevivir en los rincones oscuros de edificios semienterrados. Las ratas las dejaban para los perros.

El despellejar a los animales componía un cuadro repugnante, que daba náuseas. Al principio, sólo Karen y Wendy resistían. Para Wendy, el pasar de su pescado crudo habitual a los animales terrestres crudos no resultaba demasiado difícil. Danny observaba desde cierta distancia. Al principio, vomitaba, a pesar de lo cual no sabía abandonar la contemplación. Se tragaba la saliva con dificultad, estirando el cuello, pero se acercaba cuando veía cómo cortaban al animal en pedazos y preguntaba sobre los parecidos entre la anatomía de aquellos seres y la suya propia.

Ciertamente, cada día tenía menos interés en ayudar a Mark en el perfeccionamiento del molino de viento.

De pronto, todo cambió. Mark logró eficientemente los engranajes, y el generador crepitó y soltó chispas. Durante un tiempo giró caprichosamente, dando un exceso de corriente, a ratos, y una corriente muy débil en otros; pero Mark improvisó un volante y un regulador para tener un flujo seguido, y Danny volvió a interesarse enteramente por el invento. Merodeó por los desocupados edificios hasta que hubo hallado una lámpara eléctrica y unos hilos conductores, y ayudó a instalarlos.

Ya en este punto, todos miraban atentos. El rotor chirrió, el tren de arranque traqueteó y rozó, saltaron unas chispas, y la bombilla eléctrica se encendió, oscilando, encendiéndose y apagándose, hasta que Mark hubo realizado los ajustes precisos.

Al final, la lámpara brilló de modo seguido, como un sol en miniatura. Durante un rato, el grupo la contempló en medio de un silencio sorprendido, respetuoso.

—¡Misterio! ¡Magia blanca! —murmuró Fink, danzando y cantando a su alrededor y echándole unas rociadas de nieve para cerciorarse de que no le mataría de repente. Luego hasta osó acercarse más.

—¡Civilización! —exclamó Helen, maravillada—. Yo creía que ya sólo pertenecía a la Historia.

Hideo dio una palmada en la espalda de Mark.

—Bien, me figuro que sería mejor que tú te quedaras aquí y dejases que nosotros nos encargáramos de la caza. Tienes que cuidar de ese milagro.

Mark sonrió y miró a Danny.

—Yo también quiero quedarme —manifestó el muchacho—. Hemos de conectar la radio. Este será el verdadero milagro.

Aun antes de probar, Mark ya sabía cuál sería el resultado; pero, a pesar de todo, aquél había de ser su primer mensaje.

—Oiga, CGC *Briarwood*, aquí W2QRV, Whisky, Dos, Quebec, Romeo, Víctor, llamando. Cambio.

Sólo respondió el silbido.

Probó una y otra vez, a veces preguntando por el Oficial Comandante Manujian; pero no obtuvo respuesta.

Danny empezó a sentirse incómodo y volvió a su estación meteorológica. Tomó las lecturas, comprobó el viento con el anemómetro y observó que soplaba de manera aburridamente seguida, ideal para generadores movidos por molinos de viento.

La previsión continuaba siendo la misma de siempre, condiciones desapacibles y sin variación. Mientras estaba contemplando lúgubrementes sus instrumentos, oyó una voz en la radio de Mark.

Sonaba muy distante y casi ahogada por los ruidos parásitos.

—Llamarada Brillante, habla Mensaje Oscuro. Hay un negativo en movimiento. Entraré en contacto con usted en nuevas coordenadas dentro de unos dos cero minutos. ¿Comprende? Cambio.

Hubo una respuesta afirmativa y una señal de cierre de Llamarada Brillante.

—¿Qué significa eso?

Mark suspiró.

—Era la Base de Guantánamo, en Cuba... Quizá fuesen unas maniobras, o acaso de verdad —miró a su alrededor—. Necesitamos una antena mejor. ¿Quieres ayudarme?

—¡Claro que sí! —entonces Danny volvió la vista hacia la ciudad. Oía los ladridos distantes de los tiros de perros luchando, regañando, mordiendo, y los gritos de los cazadores—. Me gustaría saber qué han encontrado.

Karen abrió unos ojos como naranjas.

—¡Por fin han venido!

—¿Quiénes “han venido”? —gritó Fink.

Tenían el aspecto de unos venados hipertrofiados, torpes, con un pelaje áspero en los lomos y colgante en los cuellos. Pero el rasgo más palmariamente destacado de todos lo constituían las exageradísimas astas que se curvaban adelante en grandes semicírculos.

—¡Es sorprendente! Ahí están... —exclamó de nuevo la mujer.

Había rebaños enteros, errando confusamente por las calles, apretando suavemente la nieve con sus grandes pezuñas, cohibidos por los edificios, asustados por sus propias imágenes en las vidrieras y retrocediendo para chocar con otros miembros del rebaño y originar un barullo indescriptible.

Los perros se habían puesto frenéticos; ladraban furiosamente, fuera de control, y luchaban unos contra otros, tratando de perseguir al rebaño en direcciones distintas.

El trineo volcó, mandando a Fink a rodar por la nieve. Fink tuvo que dar unas volteretas más para apartarse de la trayectoria del tumbado trineo, que se le echaba encima, tirado por unos perros que habían llegado al estadio superior del histerismo.

Karen apuntó con la lanza contra uno de aquellos animales, sólo para que otro, que venía detrás, casi la pisoteara.

Al cabo de unos momentos, el histerismo se había convertido en revuelta franca... Los perros ladrando y arrastrando el volcado trineo; el rebaño dando saltos en varias direcciones a la vez; y los seres humanos gritando mientras trataban, simultáneamente, de cobrar piezas y luego apartarse del paso tanto del rebaño como de los perros.

El rebaño se dispersó, desapareciendo por varias calles y avenidas, dejando a su paso una nieve bien pisoteada y un caos total.

Al final, el volcado trineo obligó a los perros a detenerse, y los ladridos de los canes fueron cesando y convirtiéndose en una especie de lloriqueo, al tirar y esforzarse inútilmente contra aquel peso muerto.

Los miembros del grupo humano se ayudaron unos a otros a ponerse en pie, y emprendieron la tremenda y peligrosa tarea de desenmarañar las correas de los perros.

Karen continuaba con su expresión de pasmo, sólo que ahora mezclándose poco a poco con una sonrisa deslumbrada.

—Han venido.

—¿Sí? —replicó Fink—. Pues, mira: yo sólo desearía que se fueran, sean lo que fueren.

—Son caribúes, Lew.

—¿Y qué?

—Están emigrando.
—¡Magnífico! Yo no los detendré.
—Sí, los detendremos, Lew —corrigió ella, risueña—. Justo como los detenían los esquimales.

—Dios mío, Mark Haney. ¿Dónde estuviste? Cambio.
La señal era débil, la voz se entendía con gran dificultad.
—En ninguna parte, Pat —suspiró Mark—. Volvemos a encontrarnos exactamente en el punto de partida. ¿Qué tal me oyes? Cambio.
—Estás a tres-dos solamente, Mark. ¿Puedes darme algo más?
—Por el momento no, Pat. Necesito una antena mejor. Todo está construido de baratillo, hasta nuestra existencia aquí. ¿Cómo va por Miami?
Hubo una pausa antes de que Pat Keegan contestase:
—Va marchando, Mark. Todo va marchando... Tengo la casa protegida por una barricada, pero... Bien, diablos, puedes oír lo que sucede ahí fuera...
Se oía una confusión de ruidos, en su mayor parte gritos de una multitud, casi completamente apagados por los ruidos parásitos dominantes; pero Mark pudo imaginarse la situación.
—Es una pena que no me fuera a Campeche, Mark. Me habría gustado reunirme contigo y con los demás de la red. Me figuro que tendréis que continuar la tarea sin mí.
Ahora fue Mark quien titubeó.
—Pat, hemos de continuar en contacto, pase lo que pase. Oye, hemos de cortar la evaporación de los océanos para romper este ciclo. ¿Sugieres algo?
—¿Cortar la evaporación...?
Su voz se apagó unos momentos, y Mark hubo de llamarle de nuevo, manipulando los mandos de la radio y los del generador.
—Pues... una película de petróleo cortaría la evaporación.
—Muy bien. ¿Cuánto? ¿De qué clase? ¿Y cuáles serían los mejores puntos para que las corrientes lo esparcieran?
—Hummm... no sé. Parece una cosa un poco lejana en estos momentos.
—Jesús, Pat, estamos hablando de sobrevivir.
—Sobrevivir... Ah, sí... Yo he probado de entrar en contacto con Los Angeles... Supongo que las tempestades de arena interfieren... Eh, Mark, yo no quiero impedir que el agua se evapore. Allá necesitan lluvia.
—De acuerdo, Pat, tendremos que elegir los lugares. Dame los datos y yo elaboraré el proyecto.

La voz de Pat se animó.

—Eh, Mark, ¿tienes una computadora ahí? Estupendo, entonces nos queda una posibilidad.

Mark se tragó el nudo de la garganta.

—Pues... sí... Es lo que trataba de explicarte. Tenemos muchísimas posibilidades.

—Bueno, cierto que tenemos una probabilidad —decía Karen, trazando un diagrama en el piso de nieve—: Los caribúes se dirigen hacia el sur, por las avenidas principales. En la parte norte del Village, las calles son paralelas; pero en la Decimotercera hay otra que forma ángulo... ¿Cómo se llama?

—Lo siento, tengo otras cosas en la cabeza.

Todos se pusieron a pensar antes de que Helen brindase:

—Avenida Greenwich.

—Sí —dijo Fink—. Ahora ya pertenece a la Historia tu departamento.

—Perfecto. La Avenida Greenwich termina en unos bancos de nieve. Es una calle sin salida. Hemos de empujar los rebaños hacia la calle citada.

—¡Ajá! —exclamó Fink—. Uno de nosotros se sitúa en aquella encrucijada y dirige el tráfico. Tengo entendido que nuestro amigo Hideo procede de una antigua y noble tradición suicida.

—No —replicó Karen—, necesitamos algo que los asuste de veras, algo singular, extravagante, totalmente fuera de lo que ellos conocen.

—Bueno, Helen, aquí presente, está totalmente fuera de mi experiencia...

—Con buena razón, tío guapo —replicó Helen.

—¡Estamos hablando de nuestras vidas! —dijo Karen, cortando la discusión con un tono tan seco e imperativo que los dos quedaron atónitos y callados. Luego miró a Mark—. Tu molino de viento, en aquella encrucijada...

Mark movió la cabeza negativamente.

—No es un juego, amigo. Es para que podamos sobrevivir.

—Para eso lo utilizo yo, precisamente. Lo siento.

Hubo un silencio, hasta que Danny tomó la palabra:

—Mi anemómetro.

—Tú ¿qué?

—Gira lo mismo que un molino de viento. Aunque es un poco menor...

Mark le miró fijamente.

—Danny, ¿has perdido el juicio?

—Habría de resultar interesante.

Mark gimió y meneó la cabeza.

—Sólo deseo que esto no lleve a ninguna parte.

Mark tuvo motivos sobrados para lamentar la ausencia de Danny. Estaba metido en una tarea dura, que resultaba aún más dura y solitaria sin la ayuda del muchacho. Cada banda de su receptor de radio tenía características y usos distintos, y cada una funcionaba mejor con una antena independiente, colocada en el lugar más elevado posible. Había de llegar al tejado de un edificio suficientemente alto, quitar toneladas de nieve y desenrollar alambres para abajo, hasta el receptor. Por lo demás, todos aquellos alambres conductores tenía que procurárselos saqueando las instalaciones eléctricas del edificio. Si estaba muy de suerte, quizá tuviera una banda en actividad al terminar el día. Era un trabajo agotador, y al mismo tiempo había de tener mucho cuidado en no sudar, porque el sudor se le hubiera helado. Y no sólo agotador, sino, peor aún, terriblemente aburrido.

Quizás hasta Danny lo hubiera hallado aburrido.

—¡Allí vienen!

Era un cuadro sorprendente, un bosque en movimiento, un desfile de astas bajando por la avenida, el vapor de sus alientos y sus cuerpos formando una especie de niebla misteriosa que avanzaba con ellos.

—¡Viva! —gritó Danny, con la sangre martilleándole por todo el cuerpo y sintiendo que era capaz de morir de puro excitado. El muchacho volvió la vista primero hacia su anemómetro, girando sobre un poste en el centro del camino que seguía el rebaño, y luego hacia el fondo de la Avenida Greenwich, donde esperaban sus amigos distanciados una manzana uno de otro, igualmente tensos, igualmente excitados.

Por un instante, capaz de paralizar el corazón, semejó que el rebaño no se detendría, cargaría de frente contra la rueda que giraba, continuaría luego Avenida Edison abajo y desaparecería para siempre, dejando sólo unos destrozados pedazos de madera y unos embudos de cocina.

Luego, de pronto, se produjo el fenómeno. El animal que iba en cabeza se detuvo, echó la cabeza atrás con un balido asustado, y sus majestuosas astas describieron un arco.

El pánico se propagó, otras astas giraron en oleadas sucesivas, y unos animales chocaban con otros mientras los primeros pugnaban por retroceder.

En el otro lado de la calle, Karen salió de un salto de su escondite, con el abrigo de pieles sobre la cabeza, agitando los brazos y aullando como un lobo.

Aterrorizado, el caribú retrocedió y se volvió hacia la única ruta libre, Avenida Greenwich abajo.

Entonces saltaron los otros cazadores, vestidos de modo similar, aullando de modo parecido, haciendo que los animales avanzaran más aprisa por la nueva dirección tomada.

En este punto, Danny dio un salto, aullando con toda la fuerza de sus pulmones. Era embriagador. Danny corría entre el rebaño, agitando los brazos y haciendo que los animales huyeran adelante.

La avenida terminaba dos manzanas más abajo, y los caribúes tuvieron que pararse. Los cazadores corrían tras ellos, aullando sin cesar y cerrando el círculo.

Los asustados caribúes chocaban unos contra otros. Algunos caían y eran pisoteados por los otros en su precipitación por encontrar una salida.

Los cazadores arremetían con sus pobres garrotes y sus lanzas para rematar a los heridos.

Mientras contemplaba el cuadro, el propio Danny se sorprendía de no sentir nada de miedo, porque el alborozo desterraba todas las demás emociones. Tenía la sensación de que todo sucedía como tenía que suceder, de que el destino había dispuesto que él se encontrara allí y actuase como actuaba. Era como si hubiera regresado a su hogar.

—Hola, Mark. ¿Cómo te va?

La señal era clara, la voz inconfundible, y a pesar de la opinión que le merecía aquel hombre, Mark no pudo menos que utilizar, respetuosamente, su título completo al responder:

—Muy bien, profesor Guzmán. ¿Y a usted?

—Como bien, como bien. Satisfago todos mis apetitos, si quiero... si quiero —hizo una pausa—. He conocido a un neoyorquino aquí —Guzmán aguardó alguna reacción audible de Mark, un gruñido al menos, pero Mark no manifestó ninguna. El profesor continuó—: Se llama Herbie y es un ladronzuelo nato. Habría medrado de lo lindo en nuestro departamento. Me hizo reír infinito explicándome el dinero que ganó durante la tormenta de nieve, haciendo pagar a la gente por bajar por una escalera. Bien, el fulano ha crecido a marchas forzadas. Me ha ofrecido una chica para la noche, a cambio de un poco de comida solamente, y estoy seguro de que negociará la comida

en otra parte —aquí soltó una risita—. Sin duda ha calculado bien quién anda escaso, y de qué.

Mark pudo notar que se había inclinado para acercar la boca al micrófono, y su tono se volvió súbitamente furtivo.

—Mark, ¿qué hago en cuestión de armas? Aquí estoy metido en conflictos hasta la coronilla.

Mark notó que le recorría el cuerpo un escalofrío.

—¿Por qué se dirige a mí, profesor Guzmán?

—Porque eres el único con quien puedo hablar.

—Bueno, lo siento, profesor, pero tengo otras personas con las que...

—Espera, espera —dijo Guzmán precipitadamente—. He pensado, he pensado mucho sobre el hielo... sobre la manera de hacerlo retroceder.

Mark se irguió en el asiento.

—Todo lo que pueda decir, dígamelo, por amor de Dios.

Guzmán casi suspiró de alivio.

—Es un placer hablar contigo, Mark. Dios mío, nadie más quiere escuchar a nadie.

—Bien, escucho. ¿Qué haremos?

—Nada.

Mark estuvo a punto de cerrar de disgusto, movimiento que Guzmán debió de percibir, porque tomó la palabra de nuevo, con cierta precipitación.

—Lo digo en serio, Mark. Yo lo dejaría en paz. Se trata de un proceso que se corregirá por sí mismo. El vapor de agua desciende, las partículas en la atmósfera también, y no hay elementos que disparen tempestades. Cuando el ciclo se rompa, se invertirá. Sencillamente, siéntate y resiste un tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Bueno, yo habré muerto ya, de modo que no me tomé la molestia de calcularlo. Apuesto a que tú también habrás fallecido, de modo que tampoco deberías molestarte. Mi consejo de “jefe del departamento” es que olvides la estupidez aquella de querer salvar al mundo. La naturaleza resolverá el problema mucho mejor de lo que lo resolverías tú; por consiguiente, siéntate, sosiégate y disfruta de la vida. Y alégrate de que ahí arriba no tengáis moscas.

—Adiós, profesor.

Mark cambió de sintonía, haciendo girar el botón hacia una frecuencia nueva. Durante un buen rato, sintió una extraña desazón.

La sangre corría por la nieve formando un arroyuelo cálido y pegajoso; luego saltaban los verdosos intestinos en una masa humeante. Días atrás, el grupo habría sufrido una fuerte revulsión; en cambio ahora miraban todos, fascinados.

Los perros estaban histéricos, dando dentelladas a los desmenuzados pedazos que les arrojaban.

Karen los miraba inquieta, y finalmente le arrojó unos cuantos pedazos mayores al Husky. Los otros perros trataban de cazárselos antes, pero el Husky descubrió los colmillos y les arreó unos mordiscos. Entonces los otros retrocedieron, huraños.

—Espero que esto los calmará un rato.

Luego reanudó la lección, enrollando de nuevo el pelaje, el cuero y la grasa.

—La piel proporciona las prendas de vestir más calientes y ligeras que existen en el mundo, mucho mejores que las que llevamos. Por no mencionar que con las astas fabricamos unas trampas perfectas... Si necesitamos tiendas, podemos hacerlas con el cuero.

Luego cortó más profundamente, hasta el hueso.

—Con esto fabricaban utensilios y ganchos sujetadores para las prendas de vestir. Quizá también aprendamos el arte.

Luego llegó hasta los tendones.

—Cuando lo sequemos, esto será más resistente que las sogas. Podremos utilizarlo para cuerdas de arco, tirantes mejores para los perros e hilo para nuestras prendas. Las astillas de huesos nos servirán de agujas. No se desperdicia nada.

—De este modo un caribú nos ayuda a cazar otros —comentó Danny.

Karen movió la cabeza afirmativamente.

—Fue la relación más estrecha con la Naturaleza que tuvieran jamás los hombres.

Danny se sentó en cuclillas a su lado.

—Déjame el cuchillo, mamá. Quiero probar de cortar.

—Hola, Mark, nos hemos divertido y hemos aprendido muchas cosas.

Lo único que Mark supo hacer al principio fue mirar horrorizado.

La chaqueta de Danny estaba cuajada de trocitos de carne y de sangre seca.

—¡Dios mío, Danny! ¿Qué diablos te ha pasado?

—¿Qué me ha pasado? —Danny se limpió la nariz con la manga, dejando una gran mancha de sangre en su rostro.

Mark sentía náuseas y cogió al muchacho.

—Danny, mañana te quedas conmigo.

—¿Mañana...? Mañana tenemos que ir a cazar. Esta vez podemos llevar una piel y utilizar las astas... Yo empuñaré una lanza y me pondré a matar...

—¡Basta ya! —chilló su amigo, zarandeándole.

El muchacho soltó una exclamación y levantó los brazos para protegerse.

—¡Lo siento...! No me pegues, Mark, por favor, no me pegues... ¡No me pegues, por favor! —gritaba, arrojándose sobre la nieve.

—Jesús, Danny... —Mark se inclinó sobre él—. Danny, yo nunca te he pegado... Y nunca te pegaré, nunca... Danny, yo te quiero...

Al final, el chico se sosegó.

—Danny, mira, he puesto en marcha, aquí, una cosa estupenda, interesante de verdad. He colocado casi todas las antenas y recibo señales de todas partes. Ahí fuera, hay todo un mundo de personas, Danny, y yo estoy en contacto con ellas.

Danny le miraba abriendo los ojos muy redondos. Durante unos momentos pareció que no sabía de qué le estaba hablando Mark.

—La radio, Danny. Hablo con expertos de Indonesia, África del Sur, Inglaterra... Danny, vamos a salvar al mundo; tú y yo...

—Oh... sí... Vamos a salvar al mundo —lo dijo con un acento nada convencido.

—Hola, Whisky Dos, aquí en Pretoria está usted a cuatro-cuatro. Creemos que podremos sostener la línea defensiva contra el desierto; pero pienso que lo miramos a la ligera. Probamos de vallar el Kalahari con un gran cinturón... listamos plantando pinos de Aleppo en una faja de más de treinta kilómetros de anchura; pero tendríamos que asegurar las plantaciones mediante el riego, y el agua está desapareciendo.

—TL8, habla Whisky Dos. Estáis perdiendo agua que se va a las sabanas de hielo. ¿Habéis intentado extender una película de petróleo para impedir la evaporación?

El sudafricano soltó una carcajada triste.

—¿Petróleo? ¿Qué petróleo? Todo el que quedaba lo tienen los militares. Están protegiendo las fronteras... Allá debe de haber negros a millones, y el desierto avanza detrás de ellos... Mire, nosotros tenemos las armas, el

petróleo y los víveres. Ellos tienen la desesperación. ¿Quién se figura usted que vencerá...? Conque, dado este conjunto de circunstancias, preséntese usted ante el gobierno y dígales que quiere proteger unos cuantos pinos.

—Entendido, TL8. Ustedes han cerrado las fronteras, pero ¿qué pasará con nuestro grupo de científicos? ¿Queda una puerta de entrada para ellos?

—Lo siento. Whisky Dos, yo no formo parte del gobierno, yo no dicto las leyes. Lo único que sé es que nos hemos encerrado dentro de nuestra concha y la hemos cerrado herméticamente... En estos mismos instantes, veo venir una humareda del oeste. Alguien está quemando algo; quizá los campos de cultivo...

Hubo un silencio antes de que tomara la palabra de nuevo, abrumado ya por el cansancio:

—TL8-Zed-Y, cierro y abandono la atmósfera.

—Oiga, TL8, ¿cuándo podremos continuar la QSO?

Pero sólo llegaba el silbido.

Mark volvió los ojos hacia Danny.

—Probaré de comunicar con ellos de nuevo. Todavía tenemos un sinfín de lugares a donde ir, hasta junto a mi antiguo jefe Guzmán. Todos luchamos conjuntamente.

Mark probó de nuevo con Pretoria infructuosamente. Danny perdía interés, y un Mark exasperado pasó a otra sintonía. Al hacer rodar el mando, las voces llegaban a chorro.

—Llamada Brillante, aquí Misión Oscura... Debe empezar el fuego en las coordenadas Cuatro Zebra Tres. ¿Me comprende? Cambio.

—*Mayday... Mayday... Mayday...* OUA23, Oscar, Uniforme, Alfa, Dos, Tres. Copenhague, Dinamarca. La montaña de hielo se acerca... Necesitamos rescate con helicóptero... Todos los recursos desaparecidos. Sigán las coordenadas...

—*Mayday. Mayday. Mayday.* Este es el Beechcraft Tres Dos Dos, cerca del aeropuerto de Sedaba (Missouri). Fallado el despegue... Tengo las costillas rotas, creo... La nieve se acumula. Me va enterrando vivo. *Mayday.* Por favor, *Mayday...*

Se oyeron ruidos de explosiones.

—CLA *Tres cuatro.* Antilla, Cuba... ¡Socorro! ¡Los americanos nos están atacando...! ¡Socorro! ¡Socorro, por fav...!

Danny se llevó las manos a los oídos y gimió:

—No quiero oír nada más... Nada más, Mark, nada más...

—Mira, Danny, nosotros somos los que hemos de mantener unido todo lo que queda de la civilización.

—No podemos, Mark —gimió el niño.

—Sí que podemos, Danny...

—El hielo está por todas partes, Mark... Se extiende por todas partes... Cubre el mundo entero. No podemos salvar al mundo entero.

—Escucha, Danny. Ennegrezcamos el hielo...

—¿Ennegrecerlo...?

—Con negro de humo. Cuando sostienes un objeto sobre la llama de una vela, se ennegrece. Extendamos el negro de humo sobre el hielo, y entonces absorberá la luz del sol y se derretirá.

Danny le miró atónito.

—¿Por todo?

—Es una posibilidad. Aquí tienes otra: el Estrecho de Bering. El nivel del océano desciende, ¿no es cierto? El Estrecho se hará más y más angosto hasta tal punto que será fácil cerrarlo con un dique. Podemos cortar toda la Corriente del Ártico... Todavía otra posibilidad. Podemos pulverizar petróleo (una delgada película nada más) sobre los desiertos para que la arena no se levante. Hasta podemos plantar árboles en el desierto, porque la delgada capa de aceite conservará el agua dentro.

Danny miró a Mark, extrañado.

—Hay otras cosas, Danny, muchas otras cosas, y cuando las has aprendido todas se te ocurren otras nuevas a ti mismo.

—Pero ¿cómo lo haré yo...? Quiero decir, Mark, que el problema abarca todo el planeta.

Mark cogió la mano de Danny y la hizo descansar sobre la radio.

—Con esto, Danny. Sí, hay gente que muere, pero hay gente que resiste, como nosotros. Y salvaremos al mundo entre todos.

Danny afirmó con la cabeza, pausadamente.

—Entonces, tendré que escuchar.

—No solamente escuchar, sino mantener el contacto. ¿Te acuerdas de que dije que somos como náufragos? Pues, ésta es la hoguera de señales. La tenemos encendida día y noche para que otros nos encuentren, o para que nosotros los encontremos a ellos. Los náufragos lo sacrifican todo por conservar el fuego encendido, pues saben que sin él morirían. El fuego importa más que todo lo demás.

Danny volvió a mover la cabeza en débil signo afirmativo.

Oían los ladridos distantes de los perros y los gritos de los cazadores.

Danny volvió la vista hacia aquella parte.

—Algo pasa, no cabe duda —dijo. Y los ojos le llameaban de excitación. Luego la expresión se desvaneció, y los ojos volvieron a posarse en Mark—. Sí, me figuro que hemos de tenerlo encendido —dijo con voz monótona.

Mark luchaba a brazo partido con sus cálculos matemáticos, a la luz de la bombilla eléctrica, royendo distraídamente un hueso de caribú cuando Karen tomó la palabra:

—Hemos visto una foca en el hielo, allá en el Hudson. No hemos tenido tiempo de cazarla. Se ha metido en su agujero.

—¿Son comestibles?

—Son todo lo bueno que puede haber. Su esperma arde con llama fija en la lámpara...

—Mi lámpara es mejor.

—Pero no durará siempre.

—Arrebataré otra.

—Si nos limitamos a servir de parásitos, no saldremos adelante, Mark.

—Bueno, yo no soy un parásito. Yo soy... —de pronto se fijó en el hueso de caribú que tenía en la mano. Luego miró a la mujer, y hubo un momento embarazoso—. ¿Me estás diciendo que soy una carga?

Karen no respondió.

Mark dirigió la mirada hacia Danny y vio que el chico le estaba observando con ojo penetrante.

—Yo pensaba que estábamos de acuerdo sobre la importancia que tiene...

—Trata de comprenderlo, Mark. Estamos viviendo marginalmente, y en estos precisos instantes nos encontramos en el lado equivocado del margen. Si no tiramos todos con todas nuestras fuerzas...

—Lo cual quiere decir que yo me como el caribú de otro. Muy bien, Karen, ¿me siento a tu lado en el trineo?

—Es lo único que nos haría falta. Un error en el trineo, y salimos con unos perros lisiados. No, aquella foca es nuestra gran oportunidad. Una caza que puedes llevar a cabo tú solo.

—Sí, es mi departamento —comentó él, con una sonrisa.

Ella hizo un signo afirmativo.

—Sí, bien, no quiero que nadie muera por mí, Karen.

—Lo sé.

Mark miró a Danny.

—Prometo hacer todo lo posible por mantener al grupo con vida.
Danny sonrió, visiblemente orgulloso de Mark.

—¿Una foca hizo esto?

La mujer movió la cabeza afirmativamente.

Un rompehielos quizá no habría sido capaz de atravesar el hielo, con el grosor que tenía actualmente; pero un agujero milagroso lo atravesaba todo entero, hasta el río que seguía Huyendo debajo.

—Ha de haber realizado un montón de trabajo taladrando eso.

—A la fuerza. Es su orificio para el aire.

—¿Qué debo hacer, echar una cuerda de pescar ahí abajo?

—Todo lo que se salga de lo corriente asusta a la foca y la hace huir — replicó la mujer, riendo—. No, tienes que esperar, y, cuando salga a respirar, clavarle la lanza.

—¿Y cuándo saldrá?

—Antes o después.

—¿Cuánto puede abarcar ese después?

Karen levantó los hombros.

—Todo el día, quizá.

—¿Y qué hago yo mientras tanto?

—Nada.

—Bien, podré seguir con mis cálculos o leer algo...

—Nada significa nada, Mark. Las focas son listas y espantadizas, a un tiempo. Tienen el oído muy fino, perciben las menores vibraciones a través del agua. Te verá como una sombra en el hielo, y esto la pondrá nerviosa, para empezar. Y como no subirá hasta que se haya convencido de que eres una piedra grande, habrás de ser una piedra grande.

Mark la miró, y luego miró el agujero.

—Entonces, sólo tengo que estar sentado...

—Inmóvil como una roca. Los esquimales lo hacían continuamente. Tal como tú dijiste, los esquimales no se han movido ni una pulgada en seis mil años.

Mark inspiró profundamente.

—Lo comprendo, es una cosa importantísima.

—Para todos nosotros, Mark —Karen le dio un beso ligero—. Buena suerte.

Mark la siguió con la mirada mientras retrocedía hacia la orilla con aquel andar a pies planos que ahora se veía tan natural en ella y tuvo la sensación de que ya no la conocía.

No pudiendo aprovechar los libros para otra cosa, los colocó de modo que le sirvieran de asiento y esperó.

Estuvo sentado, casi perfectamente quieto, un intervalo que le parecía de largas horas. Se enorgullecía de sí mismo, aunque poco a poco empezó a preguntarse por qué había de estarlo. Mientras él permanecía sentado allí, el mundo seguía girando, promoviendo las corrientes de aire que eran sus enemigas.

Su mente probó de ocuparse de las complicadas ecuaciones. Veía números, signos, símbolos; probaba de conservar en la mente una fórmula mientras trataba de acordarse de la segunda, reformando cada una de ambas a la luz de la otra, para luego elaborar aún más las dos a la luz de una tercera.

Chapuceó el cálculo, perdió la pista, se dijo que había de estar quieto, al mismo tiempo que probaba de coger de nuevo los hilos mentales.

Sintió un picor debajo del abrigo, pero no hizo caso.

“Estáte quieto”, se decía, “mientras el mundo muere, mientras la civilización se hunde y busca desesperadamente un poco de calor”.

El picor no quería pasar desapercibido. Empeoró, arreció, se hizo más exigente.

“Sigue quieto”, se ordenó nuevamente Mark. Se acordó de la radio, de las voces que llamaban desamparadamente, pidiendo socorro, su socorro, mientras probaba de continuar inmóvil.

El picor le enloquecía. Seguramente que un ligero movimiento, el rascarse un poquito nada más...

Despacio, muy, muy despacio, se puso la mano debajo del abrigo...

El hecho se produjo de un modo tan vertiginoso que Mark apenas pudo seguirlo. Un chapoteo, la breve visión de un morrito negro y chato, con unos bigotes debajo, un gemido suave, casi humano... y luego desapareció. Mark veía la sombra escabullándose debajo del hielo, confundiéndose más y más hasta que se borró por completo.

—Es cuestión de meditar —decía Hideo.

—¿Y cómo se hace?

—Esencialmente, es cuestión de no pensar en nada.

Mark refunfuñó ante la ironía encerrada en ello.

—Habláis de una cosa que se le hace a uno muy cuesta arriba...

—Requiere un tiempo —dijo Karen—. Tú no te hiciste profesor en un solo día.

—Pero ahora no me quito de encima mi condición de profesor. Mira, Hideo sabe meditar; deja que medite él. Yo soy el encargado de la radio, el salvador de la civilización. Como cazador, soy una estupenda nulidad, y lo reconozco. He de ser útil de la única manera que sé.

Karen exhaló un suspiro.

—Creo que hiciste cuanto pudiste.

—En cuanto a ser un primitivo, sí, en efecto. Pero lo que podía hacer antes era mucho mejor... para todo el mundo.

Mark dirigió la mirada hacia Danny. El muchacho tenía una expresión distante que él no sabía interpretar. En parte, el comentario siguiente iba destinado al muchacho.

—Mi trabajo quizá no dé frutos mañana; pero los dará en su momento, y si no los da estando yo, los dará estando Danny.

Karen miró a su hijo.

—Danny, ¿qué cosa prefieres?

—¿Eh? —pasaron unos momentos antes de que Danny diera la impresión de haber regresado a la Tierra. Al pasear la mirada a su alrededor se dio cuenta de que todos tenían la vista clavada en él. Un poco cohibido, parecía querer evitar los ojos de Mark cuando contestó—: Hemos de salvar al mundo, mamá. Mark y yo hemos de intentar salvarlo.

Se produjo un silencio total.

—Oye —dijo Mark—, lo salvaremos. No somos dinosaurios. Somos la especie más industriosa, resistente y adaptable que el mundo haya visto nunca. Hemos superado todas las adversidades que la Naturaleza ha levantado sobre nuestro camino, y superaremos ésta. No estamos luchando contra los dioses, sino solamente contre el maldito hielo.

Mark esperaba una respuesta. Nadie dijo nada.

—Solamente contra el maldito hielo, eso es todo.

Alimentados por el polvo y las aguas del mundo, los glaciares crecían, descendiendo lentísimamente de sus nidos de las montañas, los de la Costa, las Rocosas, los Himalayas, los Alpes, los Andes, los Pirineos, extendiendo sus garras ciega pero inexorablemente. Enviaban delante largos y fuertes dedos de nieve a explorar a través de los pasos montañosos y luego seguía en

masa detrás de ellos, desparramándose cuando penetraban en los valles, lentas inundaciones blancas empujadas sin cesar por el peso de la nieve que las tempestades acumulaban en las montañas.

Cada glaciar tenía su propia personalidad. Este insinuaba sus caminos calladamente, serpenteando por una lisa pendiente de montaña, permaneciendo así liso y atildado, con un hermoso brillo, sorprendiendo en emboscada a los incautos que se hallaban en su pie.

Aquél anunciaba su llegada desde kilómetros y kilómetros atrás con resquebrajamientos y cañonazos ensordecedores, y la lisa superficie del hielo quebraba muy pronto en interminables hendiduras y espiras mientras pugnaba por salvar un terreno accidentado.

El de más allá actuaba como un escoplo, cortando roca del lecho y roca de las márgenes, cubriéndose de una capa de desechos, desde pedruscos gigantes hasta la arena más fina. Parte de estas acumulaciones descendía por la lisa superficie, rodando delante del glaciar en avalancha continua, de forma que las ciudades quedaban enterradas por las piedras mucho antes de serlo por el hielo.

En otro glaciar, las grandes fricciones generaban un calor intenso en su interior, derritiendo una parte del hielo, de forma que el agua brotaba en grandes corrientes que, a su vez, excavaban túneles, para emerger finalmente en la superficie del glaciar, enviando al valle unos torrentes que descendían con una fuerza tan enorme como cuando se derrumba el dique de un embalse.

En otro todavía, el bien regado suelo de su cima había dado origen a un frondoso bosque. En simbiosis perfecta, el glaciar daba humedad al bosque, y el bosque protegía del sol al glaciar. Y de este modo avanzaban juntos.

Con el tiempo, los valles quedaban inundados, lo mismo que copas llenas hasta el borde, añadiendo trillones de toneladas de nuevos derribos, los triturados restos de Tacoma, Seattle, Vancouver, Berna, Andorra, La Paz, Santiago.

El proceso se multiplicaba por un factor nuevo, cubriendo áreas de la Tierra con hielo que reflejaba la luz del Sol hacia el espacio, con lo cual el planeta se enfriaba todavía más en mitad del verano.

Con rapidez creciente, el hielo invadía las grandes llanuras y se extendía, acabando por juntarse unos frente a otros, conservando sus respectivos aspectos y personalidades durante un tiempo mientras fluían paralelamente, aunque terminaban por unirse completamente y formar vastas y gruesas sábanas.

Había bolsas aisladas de vida luchando por perdurar en algunos terrenos más elevados, aunque cada vez reducidos en un espacio menor, islas desamparadas en una marea ascendente, hasta que por fin el hielo alcanzaba un nivel superior y las asfixiaba.

Para alimentar aquellas grandes sábanas, el hielo sorbía agua de los océanos, por todas partes del globo. Los depósitos subterráneos se agotaban, lagos y ríos se evaporaban, y los desiertos se dilataban, hasta que, a su vez, también se reunían, formando mares enteros de arena. A semejanza de las pirámides, los rascacielos de las ciudades acabaron por no dominar más que desiertos.

Mientras las hoces de hielo y arena cortaban sus ringleras de mies a través del planeta, la gente huía hacia las regiones verdes que quedaban. Allí chocaban, saqueaban, hacían la guerra y morían.

La señal era débil, poniendo más de relieve la debilidad de la propia voz de Guzmán. Sus jadeos y sus pausas para cobrar aliento se confundían con el debilitamiento de la señal, de forma que se hacía difícil distinguir la diferencia.

—No... Nunca había visto cosa parecida... Niños... ancianitos... ojos salientes, piel arrugada... Y ni siquiera lloran, Mark. Se limitan a mirarte, los ojos saltándoseles, y un momento después han fallecido... resbalan hacia la muerte tan calladamente que... Es toda la raza humana que muere... Los huevos de los dinosaurios devorados por... Nos hemos reunido con los dinosaurios, Mark.

—Seguimos viviendo, profesor, y si nosotros vivimos, también otros...

—No, no hay nadie más... La radio ha muerto... los niños han muerto... estamos muertos.

—No, no lo estamos. Hay un millar de razones posibles de que no se oiga nada por la radio, ¡pero sigue habiendo gente por el mundo!

—¿Por qué quieres combatir, Mark...? Se te ha concedido el mayor don que un mortal puede obtener... Cuando tú mueras, el mundo morirá contigo —soltó una carcajada—. Yo la gozo —luego jadeó, como si luchara por un último aliento—. Ah, mierda... —gimió. Y luego quedó el silencio.

—¡Profesor Guzmán!

No hubo respuesta.

—Profesor Guzmán, conecte, por favor.

Mark miró a Danny. El muchacho había levantado la vista del libro. Mark deseaba que no hubiese oído la conversación.

—¿Recuerdas lo que lees?

Danny se encogió de hombros.

—Muy bien, Danny, ¿qué es un viento del gradiente?

—Viento del gradiente... viento que sopla a lo largo de líneas isóbaras... donde la fuerza de presión... la fuerza de presión, y además alguna otra cosa... No es divertido, Mark —y miraba anhelosamente al otro lado del cobertizo.

Las gemelitas Kashihara reían, jugando a su juego de caza en el que una de las dos era el perro y la otra el conductor del trineo, y ésta blandía un látigo improvisado con un hueso de caribú y tendones.

Mark se estremeció.

—Mira, chico, quizás ya no sea “divertido”; pero el ser hombre, el ser adulto, a veces no lo es. Esta será tu carga algún día. ¿Sabes qué hay a nuestro alrededor?

—Nieve.

—¿Y debajo de la nieve, por todas partes, allá fuera?

—Calles.

—Civilización, Danny, diez mil años de civilización, todo lo que hemos construido desde la última Era Glacial. ¿Y esto...? —posaba la mano sobre el receptor.

—Ruidos parásitos casi todo.

—Los delgados, débiles hilos que mantienen juntos a los supervivientes. Si nosotros sobrevivimos, los demás sobrevivirán. Pero hemos de mantener el contacto.

—Ahí, por el mundo, no hay nadie, Mark. Él lo ha dicho.

—Guzmán es un viejo solitario y amargado. Preferiría ver cómo todo muere junto a él; pero yo quiero vivir, y quiero que tú vivas... Vamos, veamos cómo lo haces —y entregó el micrófono a Danny, que lo cogió con aire desabrido.

—Vamos, el profesor Kaplan primero... WB2QXR.

—WB2QXR... —repitió Danny, al micrófono.

—Esto es...

—Habla W2QRV, W2...

—¡Deletrea, Danny!

—Whisky, Dos, Quebec, Romeo, Víctor al habla. Cambio —Danny se volvió hacia Mark—. No responde, no hay nadie.

—Prueba otra vez.

—Nadie.

—Insiste un rato.

—Mark, ¡esto es *aburrido*!

—Sólo hasta que responde alguien.

—El profesor no responderá.

—Estará, probablemente, en su laboratorio, o trabajando en el generador.

—Ha muerto. Todo el mundo ha muerto.

—¡Si nosotros vivimos, ellos también viven! Muy bien, está ocupado en este momento. Pasemos a Pat Keegan, de Miami... en la sintonía de los veinte metros.

Mark volvió la vista hacia las pequeñas gemelas Kashihara, que seguían riendo, entregadas al juego. En el cobertizo, Helen y Wendy cosían, cocinaban y hasta mascaban piel para ablandarla. Un cuadro que daba pena contemplar, especialmente a Helen, cuyo cerebro, tan bien trabajado, parecía degenerar a medida que su dueña se aclimataba a la domesticidad esquimal.

Los otros (Karen, Hideo y Fink) estaban en la ciudad, o en el helado río, cazando algún animal. Estaban perdidos, ciertamente.

Con ello, sólo quedaba Danny para seguir levantando la antorcha, y hasta Danny iba sucumbiendo.

—Pat Keegan... Pat Leegan... Pat Schmeegan... —dijo Danny riendo.

—¡Danny!

—Ya sé... ya sé... —el muchacho volvió nuevamente a la radio—. W2QRV...

Otros animales cruzaban la ciudad. Liebres del ártico, lemmings, zorras polares, armiños, aves. Algunas aves descansaban brevemente en los pisos superiores de los rascacielos antes de continuar su migración. Otras descendían cerca del suelo, y se las cazaba más fácilmente.

Karen enseñaba a Fink a cazar las golondrinas del Ártico, utilizando una red hecha de tendón de caribú sujeta en la punta de una percha larga. Karen se escondía detrás de un montoncito de nieve y esperaba hasta que el ave se encontraba a distancia conveniente. Era como espantar una mosca elusiva con un espantamoscas de mango largo. Fink fallaba el golpe una y otra vez. El ave huía, pero al poco rato se acercaba otra, y Fink probaba de nuevo, con sus juegos de palabras habituales, invitando a las gol... gol... ondrinas a meter gol... gol... clavándose en la red.

Pero Karen observaba que iba progresando lentamente, que se entregaba a la tarea en cuerpo y alma, como ella sabía que Mark no se entregaría nunca.

Karen se acordó de los otros, de las mujeres con sus tareas caseras; los hombres, cazando; los chicos, entregados a sus juegos. A medida que iban aprendiendo los recursos de los esquimales para sobrevivir, se adaptaban automáticamente a sus respectivos papeles en la familia esquimal.

No era una cosa ideal, acaso ni siquiera agradable, singularmente para Helen, que se resistía a su papel y se irritaba al ver que los estudios cursados no le servían de nada. De ahí que su vida con Fink fuese una sucesión interminable de discusiones y pullas. Pero habían sobrevivido.

Karen pensaba, de verdad, con profundo deseo, que si alguna vez volvía a existir una universidad, escribiría una tesis sobre la cuestión.

—¡Cogí uno! —Fink saltaba de gozo, prácticamente, y le brindó orgullosamente el pájaro enredado en la red a Karen.

Karen metió la mano dentro, cubrió las agitadas alas con las manos, y poco a poco el pájaro se calmó. Luego, sin el menor asomo de emoción, Karen apretó con fuerza la cabeza de la golondrina con el pulgar y le rompió el cuello.

Fink hizo una mueca.

—No sé habituarme a esto.

—Yo me habitué. Lew.

Él movió la cabeza afirmativamente, inspiró hondo y dijo:

—Cojamos otra.

Y de nuevo se puso a esperar y vigilar. Si era preciso, se pasaría el día entero esperando.

Ninguna de las normas valía para la familia de la propia Karen. La unidad familiar se rompió al continuar Mark fiel a sus viejas costumbres, teniendo a Danny ocupado en los libros y la radio y preparándose para unos acontecimientos que no se darían jamás.

Karen estaba preocupada. Al seguir adelante, en sus migraciones, los animales, había sido necesario reducir cada vez más las raciones de los componentes del grupo, y cada día tenían que recorrer mayores distancias para cazar algo.

Los cachorros habían crecido tan rápidamente que el grupo podría utilizar tres tiros de perros en cuanto hubieran terminado de construir otro trineo tosco. Pero, por otra parte, esto significaba más bocas que alimentar.

Pronto habría que tomar algunas decisiones trascendentales.

—Eh, mirad aquello —interrumpió Fink, señalando la cima de un rascacielos.

Tenía el aspecto de una vaharada de humo, quizás una extraña condensación de vapor de agua transformándose en nubecilla visible.

Sin embargo, en vez de elevarse, la nubecilla rodó por el costado del rascacielos, envolviendo cornisas y salientes.

Luego Karen oyó el rugido, un sonido que conocía demasiado bien, pernos y mortero cediendo, tirantes de acero saltando disparados, brea y asfalto desgarrándose como papel.

—¡Corre! —gritó—. ¡Corre!

Fink continuaba paralizado, incapaz de comprender qué estaba ocurriendo.

—¡Es una avalancha! ¡Sal de ahí!

Fink saltó sobre el trineo, cogió el látigo y lo abatió sobre los perros, chillando. El látigo golpeaba y rodaba, pero no alcanzaba al perro delantero. Con lo cual, los de la zaga echaron a correr alocadamente, chocando con los de delante, y al cabo de un instante aquello se convirtió en una confusión de colisiones, de perros que se tiraban mordiscos y de correas que se enredaban en una telaraña imposible.

—¡Mierda!

Karen acudió a la carrera y cortó las correas. Los perros huyeron, aullando, en distintas direcciones, alguno atados todavía en grupo. El trueno se acercaba, retumbando de edificio en edificio.

—Déjalos. ¡Tú corre, y corre sin parar!

Arrastraban los pies por la nieve. Las gotas de sudor les bajaban por la frente y les quemaban los ojos.

La avalancha se deslizaba calle abajo como una gran oleada del océano, alcanzando ya a Fink, formando remolinos a su alrededor.

—¡Nada, Lew!

—¿Qué?

—¡Que nades! ¡Salva la vida nadando!

Desconcertado y lleno de pánico, Fink realizó los movimientos propios de la natación, moviendo brazos y piernas con energía mientras la nieve le iba envolviendo y le cubría, y luego empezaba a rodear a Karen.

La mujer luchó, perneó, nadó, excavándose una bolsa de aire mientras la nieve la sumergía.

Luego quedó el silencio total.

Karen emergió a través de la superficie, se levantó de un tirón y vio el montoncito de nieve allí al lado.

Desesperadamente, se arrastró hasta allí, apartando nieve y derribos con unas brazadas como de nadadora estilo mariposa, cavó furiosamente con las manos, y al final penetró en una bolsa de aire del fondo.

Fink inhaló el aire puro que entraba, inspiró profundamente varias veces y dio las gracias con un movimiento de cabeza.

—¡Viva...! ¡Vaya regalito del cielo nos han mandado los pájaros!

Cuando uno tiene hambre, cualquier manjar sabe mejor que de costumbre, se confesó Mark mientras comía el pájaro. Le había costado trabajo y tiempo el habituarse a que cada vez cocieran menos los alimentos. Karen hasta les había recomendado que comiesen la carne completamente cruda. Por lo visto era necesario, hasta vital, en un terreno en el que no había frutas ni hortalizas, y lo cierto es que los esquimales habían empezado a enfermar a causa de su dieta de proteínas cuando la civilización introdujo entre ellos el arte culinario.

Bien, pensaba Mark, a medida que aumentaba el hambre, disminuían en él los remilgos. Luego su atención volvió a centrarse en el relato que Karen hacía de la avalancha.

—¿Qué pasa, Mark? Parece que todo va empeorando. El frío aumenta, los animales desaparecen.

Mark asintió con la cabeza.

—Viene el glaciar. El aire frío desciende por encima del hielo, y cuando llega aquí provoca acumulaciones de hielo en los altos edificios.

Hubo un silencio.

—Entonces, los animales se retiran. Tendremos que seguirlos.

Mark sonrió tristemente.

—Ojalá recibiéramos el Socorro Móvil en este mismo instante.

Karen no se rió, ni sonrió siquiera.

—Eh, vamos, la situación no es tan terrible. Tenemos tres trineos, y perros suficientes...

—Perdimos algunos en la avalancha.

—Todavía quedan bastantes, ¿no es cierto?

Ella se encogió de hombros y guardó silencio, mirando a Mark que se terminaba el ave y se lamía los dedos.

—Sigo teniendo hambre. ¿Hay algo más?

Karen movió la cabeza negativamente.

—Bueno —refunfuñó él—. No quiero ponerme tonto por este motivo.
Hubo un silencio.

—Muy bien, Karen, la situación mejorará. Alcanzaremos a los animales, fuere donde fuere que se hayan ido.

—Mark... esto no funciona.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no somos esquimales. ¿Alcanzar a los animales? Andamos unas cuantas manzanas nada más, y el tiro de perros se descompone. Todos se pelean. El separarlos es una tarea que pone los pelos de punta...

—Es la misma historia que me contasteis cuando empezamos. Parece que después de tanto tiempo...

—Yo no he dispuesto de seis mil años. Dios mío, Mark, si ni siquiera ninguno de nosotros aprendió todavía a manejar bien el látigo, que es el instrumento principal que tenemos para sobrevivir. Es el instrumento que impone la disciplina a los perros...

—De acuerdo, hay cosas más importantes...

—No, no las hay. Yo estoy... estoy atontada. Soy demasiado vieja.

—Demasiado vieja. A los treinta, esas arrugas sin duda...

—Mark, una bailarina de ballet empieza a los siete años.

—Muy bien, entonces, ¿cuál es la edad mejor para empezar como esquimal?

—¿Quién lo sabrá? Pero, sea cual fuere, para mí ha pasado ya. Ahora nos hallamos en un momento crucial. Hemos de convertirnos en nómadas.

—Nómadas... Todo está en el día del traslado, nada más. Necesitaré un día para desmontar la radio, el sistema de antenas, el generador eléctrico...

—Mark, no podemos llevarnos todo eso.

—Claro que podemos.

—No hay sitio, nunca conseguiríamos...

—Lo conseguiremos, y no hay más que hablar. Te repito tus propias palabras: Lo que nos digamos que debe hacerse, lo haremos. Un enfoque positivo.

Mark quiso rodearle el hombro. Ella se apartó.

Se quedaron callados.

Y entonces oyeron aquel sonido, en el silencio de la noche; un sonido distante, pero inconfundible; un sonido que helaba los huesos mucho más que un viento frío, retumbando a través de un vacío inmenso, una serie de desgajamientos, pero de un tono tan profundo que lo percibían en la boca del

estómago. A continuación se produjeron una serie de escopetazos y desgarramientos, a veces alternándose y a veces combinándose en un rodar de trueno, al que respondía otro antes de que sus ecos se hubieran apagado.

Al final, Mark dijo:

—Hemos de conseguirlo, y, por lo tanto, lo conseguiremos. —Se arropó con la piel de oso, se tumbó de costado y no tardó en dormirse.

Karen permanecía despierta, temblando.

El tiempo cambiaba. Mark percibía el viento frío del norte, bajando arrollador desde el lejano glaciar. Mentalmente, veía las alteraciones de las corrientes, y no podía menos que pugnar de nuevo con cálculos sobre la manera de combatir y hacer frente a la adversidad... extender negro de humo sobre el hielo, una película de aceite sobre el agua, cerrar con un dique este estrecho, abrir allá un canal...

Mark levantó los ojos y vio a Danny nuevamente distraído por las gemelas, entregadas a su juego de caza. Por unos instantes, Mark sintió vivo remordimiento. Danny no había sido jamás un niño, y ahora, sencillamente, no era el momento.

—Danny...

—¿Eh...?

—La fuerza de Coriolis.

—La fuerza de Coriolis... Es... es una cosa que... que tiene algo que ver con los vientos.

—Jesús, Danny, se trata de una cuestión elemental.

Danny le miró con un semblante inexpresivo.

—Muy bien, Danny —refunfuñó Mark—, ¿qué prefieres? ¿Quieres volver a ocuparte de la radio?

—Sólo quiero jugar.

—Es una pérdida de tiempo, Danny.

—¿Qué me dices del cazar? ¿Eso no es perder el tiempo?

—De cazar se encargarán los otros. Nosotros hacemos una cosa muchísimo más importante. Ea, yo voy a ocuparme de repasar el generador del molino de viento. ¿De acuerdo?

—Claro —respondió el muchacho, sin entusiasmo.

—Entonces, trabajaremos en la transmisión radiofónica, emitiremos unos CQ durante un rato, y si no contesta nadie, nos enfrascaremos en los libros.

Danny suspiró.

Cuando levantó la vista hacia el generador del molino de viento, Mark vio al grupo varias manzanas más allá, reunido cerca de los trineos, gesticulando y trazando dibujos en la nieve. Quizá dibujaran las rutas de las migraciones animales, o planearan la caza. Confiaba que estarían elaborando alguna manera de transportar la radio y el generador. Era preciso, absolutamente necesario llevárselos, y Mark daba por seguro que lo comprenderían todos así.

Fink borró sus garabatos con el pie.

—No dará resultado, Karen. En el mejor de los casos, hay una probabilidad marginal, y nos encontramos en el costado malo del margen.

La mujer no dijo nada.

—Mira, tú conoces las circunstancias tan bien como yo, y eres la capitana de este bote salvavidas.

—¿Cómo lo resolverías. Lew?

—No pertenece a mi departamento.

—Gracias.

Fink se encogió de hombros.

Karen inspiró profundamente y se puso a ir y venir, cruzando y separando los brazos con gestos nerviosos.

—Ya sabes, en realidad no habría de ser yo. Soy la persona emocionalmente implicada con el problema.

Hideo tomó la palabra.

—Justamente por eso has de ser tú. La verdad, Karen, es que el círculo se completa. Todos hemos sobrevivido siguiéndote a ti, y tú has seguido el ejemplo de los esquimales. Ahora tienes que dar el paso siguiente. Es el más duro, acaso el más duro que tengamos que dar nunca; pero es inevitable... y si no lo damos...

—... no sobreviviremos —Karen dirigió la mirada hacia el tiro de perros, fijándose un poquitín más en la descendencia del Husky; una descendencia que ya formaba parte del tiro, arrastrando el peso que les correspondía.

Luego dirigió la mirada hacia la ciudad y notó el soplo de aquellos nuevos vientos fríos, penetrantes. El glaciar estaba tranquilo... por el momento...

Había oscurecido ya cuando el grupo regresó. Mark se figuraba que habrían pasado tanto tiempo hablando que hubieron de retrasarse en la tarea de cazar.

No cabía duda, aquel día habían cobrado muy poca cosa: unos lemmings, unos pájaros, una liebre. Mark contempló la escena ritual, el atado de los perros con los golpes, de madero y de garrote, casi constantes para mantenerlos quietos en sus ataduras.

Sometidos por fin los perros, Karen volvió la vista hacia él. Cuando el rostro de la mujer quedó perfectamente a la vista, bajo la bombilla eléctrica, Mark quedó sorprendido. No recordaba cuándo la había visto sonreír con tanto cariño. ¿Habrían sido muy buenas las noticias? Mark sintió un vago malestar.

—Hola —saludó ella.

—Hola —respondió él, automáticamente—. ¿Habéis...?

Ella le cortó con un beso tierno y prolongado.

—¡Viva!

—Mmm-mmm.

Los recuerdos volvían en avalancha; los recuerdos de aquella primera vez cuando hicieron el amor porque ella estaba agradecida de todo lo que él había hecho, de que hubiera sido bondadoso con ella y cariñoso con Danny. Ahora también estaba agradecida; pero ¿de qué?

Luego, junto con los recuerdos, volvieron todas aquellas emociones, al percibir el estremecimiento de su cuerpo, incluso a través de las recias, chapuceadas pieles.

Mark se inclinó, le rodeó las piernas con los brazos y la levantó hacia él. Estaba más ligera que nunca, más frágil, más vulnerable. Incluso mientras se preguntaba por qué, Mark sabía que Karen le amaba, que tenía confianza en él, se le entregaba, y que a pesar del extrañamiento que había surgido entre ellos, estaban enamorados. A despecho del frío, se habían puesto febriles, con una excitación tan intensa que Mark comprendía que se volvería loco si no podía satisfacerla en aquel mismo instante.

Cuando llevó a Karen a la improvisada cama e introdujo la mano debajo de las pieles, encontró la carne femenina cálida y temblando de deseo tan intensamente como la suya propia. Al descender, la mano de Mark hubo de entretenerse torpemente en ganchos y cierres primitivos, y por un momento el hombre temió que su excitación se desvanecería, que el miembro se le aflojaría; pero luego, cuando tocó la humedad, comprendió que podría penetrar fácilmente en Karen.

Hasta en medio del frío, Mark se sofocaba de calor, y el sol llameaba, cada vez más ardiente. Era a mediados de verano y él se encontraba en el terrado del edificio científico, levantando su antena. Mark repasaba todos sus

pasos, estudiándolos cuidadosamente, sabiendo que habría de invertir el procedimiento cuando llegara el glaciar.

El negro suelo ardía a través de los zapatos, y cuando probó a levantar los pies, no pudo. Bajó la vista, y los vio pegados al reblandecido alquitrán.

Levantó la vista hacia el sol, suspendido, enorme y blanco, en el firmamento. Un astro cada vez más ardiente, que parecía desplomarse sobre la tierra y que crecía hasta llenar el cielo.

Mark intentaba correr, pero tenía los pies cogidos en la trampa de alquitrán. Levantó los ojos para ver el choque del Sol con la Tierra en una explosión destrozadora. Y lanzó un alarido... ¿o quizás era Karen la que gritaba?

Mark se sintió morir, agotado, vacío. La luz se apagaba, se enfriaba paulatinamente; luego pasaba de la frialdad a la entropía, al cero absoluto, a la muerte total. Los planetas habían muerto, ya no eran sino caparazones helados.

La blancura ya no irradiaba calor, sino que lo devoraba, lo sorbía avariciosamente de todo el universo. Aquella blancura era el gran glaciar, que desgarraba la ciudad, aplastando toda civilización bajo una montaña en movimiento, pavorosa, majestuosa, implacable.

A su alrededor, los edificios se derrumbaban estrepitosamente, meras maquetas construidas con mondadientes que había que barrer, echar a un lado.

Mark fijó la mirada en la superficie del glaciar y vio las deslumbrantes grietas, los cegadores reflejos, aquellos colores que daban vértigo, la faz de la muerte.

Probó a correr, pero continuaba con los pies clavados al suelo. Luchó, pero su cuerpo estaba débil. Se sintió viejo, un viejo de cien años. Tenía los huesos quebradizos, los ojos apagados, los dientes podridos y, si bien le faltaban fuerzas para llevarse la mano a la cara, notaba que había de tenerla tan surcada y arrugada como aquella anciana esquimal que vio en aquel pueblo.

Mark gritó... llamó a Karen... llamó a la única mujer amada.

Pero no hubo respuesta.

Llamó de nuevo, y volvió a llamar; pero sólo había el silbido, el ruido parásito vacío de un planeta muerto.

Karen ya no estaba a su lado, ni estaría nunca más. Ya no gozaría jamás de su contacto, de su cuerpo suave y dulce, ni siquiera de su simple presencia.

Y en lugar de Karen, sólo el abrazo obsceno y letal del hielo.

¡Era ya tan viejo, tan y tan viejo! La vida se había convertido en un profundo dolor; quizás hubiera llegado el momento de recibir con gusto a la muerte. Quizá pudiera resignarse alegremente a su destino, y dar la bienvenida a la helada blancura como a su última amante.

Luego se dio cuenta de que él era, probablemente, aquel esquimal que esperaba la muerte, y que había de considerarse feliz, porque pronto se libraría de este dolor. Estaba solo, porque los otros habían sido misericordiosos. Se habían marchado, dejándole allí para que muriese, y para salvarse ellos de morir.

El hielo le rodeaba, y al volverse para hacerle frente, comprendió. En aquel último instante, antes de que el hielo aplastase su vida y su mente, *comprendió*.

Se despertó de súbito.

Se encontraba debajo de una piel de oso, en un cobertizo cercano al helado río, y fuera despuntaba una aurora gris y fría. La luz entraba apenas, mortecina, en el cobertizo; no obstante, pudo ver a Karen tendida a su lado. Por un momento se tranquilizó. Aquello no había sido más que un sueño y Karen le amaba.

Luego vio las lágrimas, quietas, en la cara de la mujer. Se había dormido llorando. Le amaba, ciertamente, y había llorado porque sabía que no harían el amor nunca más.

Oyó ruidos fuera, los perros agitándose inquietos mientras la gente iba y venía por allí cerca. Hizo un esfuerzo, se levantó y miró por una rendija de la madera. Vio que cargaban en el trineo víveres, pieles, armas...

—¡Karen! —la despertó zarandeándola.

—¿Mmm-mmm? —durante unos momentos, Karen continuó aún bajo el hechizo de la noche que habían pasado juntos y extendió los brazos hacia él, adormilada, gozosa.

—¡Me abandonáis, me dejáis aquí!

Karen no respondió, pero Mark pudo ver el cambio que se operaba en sus ojos, y la náusea le desgarró, le partió las entrañas, hasta que tuvo que abrir la boca y respirar profundamente varias veces para no vomitar.

—No se podía elegir —contestó ella por fin.

—¿Qué significa eso de elegir? No existe otra elección excepto la de continuar como hasta hoy, exactamente.

—No podemos, Mark. Ahora somos nómadas. Hemos de seguir las migraciones de los animales, y apenas podemos hacerlo tal como estamos. Si te llevamos con nosotros, moriremos todos.

—¡Oh, Jesús! —gimió por fin Mark—. Está bien, cazaré. Me uniré al grupo. Mataré, descuartizaré...

Karen movió la cabeza negativamente.

—Nunca lo conseguirías. Tú mismo lo dijiste. Eres demasiado... civilizado.

—Oh, Jesús...

—Mark, tú eres la esencia mejor de lo que representábamos nosotros anteriormente, de lo que acaso volvamos a ser; pero ahora eres una carga que nos arrastraría a todos al abismo.

—Podría obligarte —le dijo con acento duro.

—Tú me nombraste jefe, Mark.

—Diablos, entonces no esperaba una cosa así.

—No la esperaba nadie. Ayúdame a ser jefe, Mark.

—¿Te has vuelto loca? Me estás pidiendo que me suicide.

—Entonces, ¿cómo te preocupabas por la radio, o por Danny?

—¡Danny! ¡Ah, ya! ¡Todo esto es a causa de Danny!

—Ya sabes que no dices la verdad.

—No sé tal. —Y gritó—: ¡Danny!

No hubo respuesta. Mark se revolvió dentro del abrigo, y al andar pesadamente hacia la entrada, tropezó.

El higrómetro... Danny no se marcharía sin su estación meteorológica.

Entonces miró en dirección al trineo. Danny estaba ayudando a cargar armas de caza.

—¡Dios mío! —Mark retrocedió y hurgó en una pila de instrumentos y piezas de electrónica hasta que encontró la escondida pistola.

—¡Mark!

Karen se vistió rápidamente y le siguió.

—Muy bien —dijo él, dirigiéndose al grupo—, devolvedlo todo donde estaba.

—Lo siento, Mark, no podemos hacerlo —contestó Fink.

Mark le apuntó con la pistola, y vio que los otros formaban círculo a su alrededor.

—Es una automática. Os podría despachar a todos con suficiente presteza.

—Y luego, ¿qué? —dijo Karen—. Solo, tampoco podrías sobrevivir.

—De todos modos, soy hombre muerto. ¿Acaso me estás diciendo que hay alguna diferencia?

—Tú sabes que sí, Mark.

—Para mí, no. Si yo muero, ¿qué me importan los demás?

—¿Como quién te expresas ahora?

—¿Quién...? —de pronto se acordó—. Como Guzmán.

—Tú sabes que lo que importa es lo que dejamos detrás de nosotros.

Hubo una larga pausa. Al final, Mark movió la cabeza, asintiendo.

—Lo que dejamos detrás de nosotros —aquí volvió los ojos hacia Danny—. ¿Qué será de aquel chiquillo, al fin y al cabo? Yo le quería como a un hijo, pero ¿qué vida le espera?

—Será la que debe ser, y mejor que la que tú le hubieras dado. Tú le destruías; en cambio, conmigo seguirá el buen camino.

Mark quiso agarrar al muchacho, pero Danny retrocedió.

—No... Mark, por favor, no me condenes a morir.

—¡Danny! ¿Cómo puedes decir eso? ¡Yo te amo!

—Tú vas a morir, Mark. Déjame marchar, te lo ruego. ¡Yo no quiero morir!

Estupefacto, Mark se volvió hacia los otros.

—He ahí vuestra tarea.

Sin dejar de apuntar al grupo con el arma, cogió a Danny con la otra mano y lo arrastró hacia sí.

—¡Es mi hijo, Mark!

—No, ya no lo es.

Ahora Danny chillaba, forcejeando para librarse de la mano de Mark.

—Lo siento, Danny. Ahora no te gusta; pero después te gustará. Volverá a gustarte cuando se hayan marchado —volviéndose hacia los otros, exclamó—: Idos ya.

—Sin Danny, no —replicó Karen.

—Pues, lo siento.

—Mark, si tú no puedes sobrevivir, ¿cómo sobrevivirá él?

Permanecían todos clavados en sus puestos, inmóviles. Un segundo después oyeron el terrible ruido, aquel sonido de resquebrajamientos y de truenos retumbando desde el norte.

—¡Oh, Jesús...!

Mark soltó al niño. Este quedó paralizado de terror.

—Vete con tu madre, Danny.

El muchacho corrió a echarse en brazos de su madre, llorando. Karen miró a Mark; luego, antes de que las lágrimas acudieran a sus ojos, se volvió de cara a los perros, emitió un alarido animal y azotó el tiro hasta donde le alcanzaba el látigo.

El trineo dio una sacudida y arrancó. Los demás siguieron tras ella. Karen dirigió el trineo margen abajo hacia la superficie del helado río Hudson.

Después volvió la cabeza para mirar atrás. Mark estaba de pie en el muelle, siguiéndoles con la mirada, encarnación de un desafío solitario, con la radio, el molino de viento y la bombilla eléctrica (una sola) contra la inmensidad de una ciudad medio enterrada.

Los perros empezaron a perder el paso de nuevo, tirándose bocados a las piernas recíprocamente, entrando y saliendo de los puestos que les correspondían y enredando las correas. Karen probaba de darles con el látigo, pero no alcanzaba a los primeros de la hilera. Finalmente, hubo de embutir una soga bajo las cadenas para frenar el vehículo; luego bajó y arreó unos golpes con la mano a los perros, aunque procurando que no pudieran morderle.

Al final, los animales volvieron a ordenarse, y pudieron partir de nuevo.

Mark los vio desaparecer Hudson abajo; tres barquitas navegando al azar.

Le habían dejado comida suficiente para un par de días. Después ¿quién sabía? Algo encontraría por ahí...

De todos modos, lo primero era lo primero.

—WB2QXR, aquí W2QRV. Whisky, Dos, Quebec, Romeo, Víctor al habla. Cambio.

Probó de nuevo. Luego, uno tras otro, llamó a todos sus amigos y corresponsales, todos ellos componentes de la red radiofónica, las personas que habían de salvar a la civilización.

—CQ, CQ, CQ —pregonó por fin—. Habla W2QRV, que espera una llamada. Hablaré con cualquiera que salga por esta frecuencia. CQ, CQ, CQ... —fue sincronizando todas las sintonías, todos los canales posibles.

El viento soplaba más y más frío, y Mark sintió un escalofrío que penetraba a través de las mal cosidas costuras de su tabardo.

El trueno estaba más cerca que nunca.

Hasta ahora la lentitud era para vagos, holgazanes, rezagados. Implicaba vacilación, debilidad, cansancio, estupidez. En la naturaleza, la velocidad era para el caballo, el tigre, el huracán. La lentitud era para el caracol, la tortuga, el gusano.

El ejército que avanza despacio es que está mal dirigido, pregona su inseguridad, da tiempo para que su enemigo se reagrupe, se reordene y lance nuevos ataques.

Pero contra el glaciar no había ataque ni defensa posibles, ni siquiera sumando las fuerzas de todas las armas y todos los ejércitos de la Historia. De modo que su espantosa lentitud constituía su mayor horror. Su avance, reptante, era completamente predecible y absolutamente inexorable.

El glaciar se había arrastrado ya por la cima de algunas montañas, había asolado las cumbres de otras, excavando grandes lechos de ríos, había rellenado otros, había levantado el suelo hasta la capa de roca dura del fondo en algunos puntos, para depositar aquellos materiales nuevamente en otros. Ahora llegaba a una simple ciudad.

Al principio rezumaba por calles y alrededor de algunos edificios, extendiendo pseudópodos como una ameba gigante, buscando los caminos de menor resistencia.

Luego, a medida que se reunía y acumulaba mayor cantidad de hielo, sus dedos crecían, se hinchaban. Su presión aumentaba desde unos pondios por centímetro cuadrado hasta toneladas, de forma que el viejo sueño de una fuerza irresistible se convertía en una aterradora realidad.

Materiales distintos reaccionaban de maneras diferentes. Los ladrillos se mantenían firmes, primero, y luego se partían súbitamente; las viguetas de acero se doblaban despacio, cediendo elegantemente, pero en cierto momento también se desplomaban. El vidrio se partía por toda su superficie, simultáneamente y con el tiempo sus pedazos, triturados, volvían a convertirse en arena.

Secciones enteras de edificios altos se desprendían, rodaban a lo largo de la reptante orilla y terminaban sobre la superficie del glaciar, que resbalaba cómodamente sobre el favorable lecho de nieve, al tiempo que apisonaba sus copos y los convertía en nuevo hielo de glaciar.

A medida que se trasladaba hacia el sur, una vecindad tras otra (Inwood, Fort George, Washington Heights, Harlem) perdían sus identidades. Al final llegó a la universidad.

La biblioteca, con más de un millón de volúmenes, se encontraba en la punta septentrional de los terrenos universitarios. Muchos libros habían sido inutilizados ya por las filtraciones y la nieve que había penetrado a través del tejado. El glaciar derribó la pared, mandando diluvios de cascotes contra las estanterías; luego el propio hielo se echó sobre los montones de libros, reduciendo el papel a pulpa.

Luego avanzó sobre otros edificios, el de la Administración, con su computadora, los de Ingeniería, Música, Arte, Leyes. Disciplinas, ocupaciones, departamentos que antes se habían mantenido cuidadosamente aislados, se confundían por fin, completamente.

En la sala principal de conferencias había una pintura mural representando la historia de la Tierra. En una tabla había dinosaurios, muy envarados, como reyes posando para un retrato. En verdad, su reinado había durado muchísimo más que ninguna dinastía humana (cincuenta millones de años), pero ahora el hielo los diezmaba por segunda vez.

Y el hielo seguía adelante, dios destructor infatigable, destruyendo con la misma ignorante indiferencia.

Era como un rugido continuo, cual olas machacadoras oídas desde el interior de una cueva, y Mark había de apretarse bien los auriculares para oír las señales de radio.

Lo malo era que no había nada que oír.

Cambió de llamada, eligiendo la de *Mayday* y narraba el aprieto en que se hallaba, pidiendo a quien le oyere que respondiese... Pero desde un extremo al otro de la escala de frecuencias, desde la Banda de Emisoras Comerciales, a la de Aficionados, la de Ciudadanos, Seguridad Pública, Marítima, Industrial, Militar... sólo se recibían ruidos sin significado.

Entonces, ¿todos sus intentos eran esfuerzos en vano? ¿Había de abandonarlo todo, por fin, y probar de salvarse?

Y en aquel instante lo oyó, confuso al principio, pero aumentando de volumen hasta eliminar por completo el silbido de la radio. Era la señal del satélite meteorológico, tan fuerte como nunca, un conjunto de pitidos y gorjeos, como una música electrónica. Al cabo de tres minutos se desvaneció del todo, y sólo volvió a quedar el silbido vacío.

Pero había estado allí, y Mark sabía que había de volver, una y otra vez, día tras día, durante millares de años, todo el tiempo que el satélite continuara en órbita.

He ahí que una obra del Hombre continuaba existiendo. Y si Mark había sobrevivido, ¿por qué no otras personas? Por el momento presente no podían poner sus aparatos de radio en marcha; pero algún día los pondrían. Entonces oirían aquella señal, y suponiendo que hubieran olvidado el objetivo de la misma, su posible significado les obsesionaría, e inevitablemente encontrarían unos las señales de otros. Un hilo tras otro, la red se reconstruiría otra vez,

desde un campo aislado hasta otro, hasta que el saber y las civilizaciones fuesen restaurados.

Él no podía desertar de aquel frente de combate. Había de llevarse la radio consigo, por mucho que le estorbase.

Desmontó pues las diversas partes: sostén, controlador, refrigerador, transportador, regulador. Enrolló los alambres de la antena, cada banda con su longitud particular y su montaje, aisladores, introductores, separadores, sueltos. Luego el transmisor y el receptor, el micrófono, los auriculares, el mando de mano, los libros de anotaciones.

Mark arrastró una brazada hasta una manzana más allá, y luego regresó una y otra vez a buscar más. Después transportó material otra manzana más allá, y retrocedió de nuevo en busca de otra brazada. Deseaba ansiosamente disponer de un trineo automóvil, o uno de perros, o hasta cualquier vehículo de fondo plano que pudiera arrastrar él mismo; mas, en este aspecto estaba más pobre que un hombre primitivo.

El glaciar avanzaba despacio, pero él avanzaba más despacio todavía.

Diluvios de derribos rugían por las calles llenas de nieve, en una arremetida tan generalizada como el ojo fuese capaz de abarcar. Sin embargo, si lo hubiera abandonado todo y hubiese echado a correr, o incluso a andar solamente, habría podido salvarse todavía.

El glaciar no avanzaba en un frente rectilíneo. Había llegado más al sur en la Octava Avenida que en la Novena. En ésta, un edificio que se derrumbó estuvo a punto de aplastarle. Mark lo contempló un momento, espantado, mientras el edificio se venía abajo, sobre las calles, formando una oleada de acero y piedra. Mark retrocedió, boqueando en busca de aire, y dejó la radio en el suelo un momento.

Luego miró atrás. Una brazada más. Titubeaba. Aquello eran piezas sueltas, cada una de ellas perfectamente inútil sin el concurso de las demás.

Mark meditó unos momentos, calculó. Sí, podía conseguirlo. Si de verdad quería hacer una cosa, la haría. Retrocedió corriendo, cogió una brazada de piezas y dio media vuelta.

El hielo le había aventajado. Los escombros se amontonaban ya delante de él, derramándose por todas las calles laterales y cerrando todas las grietas. Estaba cogido en la trampa. Delante, los escombros; detrás, el hielo.

Mark se volvió para enfrentarse con el hielo, y vio una montaña en movimiento, llena de fisuras y surcos, lo mismo que una cara esquimal increíblemente vieja. Levantó los ojos. La montaña blanca sobresalía muy por encima de los edificios más altos. Ni siquiera distinguía su cima.

La superficie del hielo iba cambiando al tiempo que avanzaba, un rasgo se disolvía en otro. Unas partes estaban cubiertas de montones de escombros, mientras en otras se lavaba con las aguas formadas por la fricción. Allí, relucía asombrosamente, pasando por todos los colores del espectro, dando la sensación de que se abría en cavernas serpenteantes y sin fondo de cristales centelleantes.

El espectáculo le tenía hechizado. Estaba contemplando el seno del infinito, unas complejidades mucho mayores que cualquier sistema meteorológico, unos misterios mucho más profundos que los de su propia vida y su propia muerte. Sabía que si se decidía a penetrar en aquella caverna y avanzar hacia el fondo, le serían dadas todas las respuestas. Cerraría el círculo de toda existencia, sería parte de la naturaleza, se identificaría con el comienzo y el final de la vida. Los colores giraban en torbellino a su alrededor, invitándole a someterse.

Luego se recobró. Él había superado a la Naturaleza, y la superaría de nuevo. Lucharía hasta el último momento.

Pero ¿Para qué?

Tenía el arma. La levantó y disparó las últimas balas. El rugido del glaciar ahogaba las detonaciones, y el hielo parecía tragarse los proyectiles sin dejar rastro.

Entonces ya no le quedó nada, sino su propia persona, y su voz que lanzó gritos de desafío hasta el final.

El glaciar seguía avanzando, arrasando las atiborradas torres del centro financiero antes de describir un lento arco a través de la Battery, para continuar luego hasta la helada bahía.

Finalmente, lo mismo que en el péndulo que ha llegado al extremo de su oscilación, las fuerzas contrarias empezaron a manifestarse. La corriente en jet, el misterioso viento estratosférico que se había alejado de su curso normal, alcanzó el límite de su desviación.

A medida que las sábanas de hielo acaparaban más agua, quedaba menos para alimentar nuevas tormentas. Las partículas de combustión y polución originadas por el hombre habían sido barridas, finalmente, de la atmósfera. Las nevadas se distanciaron y el espantoso peso en la cabeza del glaciar empezó a disminuir.

Los procesos de la Era Glacial cedieron, y el glaciar entró en reposo.

Algún día, con el tiempo, el péndulo empezaría a describir su arco de regreso. El hielo se retiraría, dejando una gran línea de escombros para marcar hasta dónde llegó en su mayor avance.

Los mayores de aquellos escombros los llamaban los “cantos erráticos” y tiempo atrás fueron mirados con espantada extrañeza por un granjero de Ohio, que se preguntaba cómo habían llegado allí. Quizás en el futuro hubiese otros granjeros que se maravillasen a su vez. Quizá no.

Por el momento, sólo había un silencio inmenso.

—Primero el sol derretirá el hielo de la superficie exterior, y el agua formada se abrirá paso hacia abajo, hasta el mismo corazón del glaciar. El agua se convertirá entonces en un verdadero río subterráneo que excavará y excavará hasta que se haya abierto un túnel y otro túnel, y otro, y otro... y entonces la gran montaña, simplemente, se derrumbará. El agua quedará libre y saldrá al exterior como un gran manantial, que irá creciendo a medida que el hielo se derrita. Aquel manantial limpiará las rocas y los escombros, y durante muchísimo tiempo no pasará nada; pero cuando penséis que no ha de pasar nada, entonces, de pronto, sucederá algo.

—¡Ooooh! ¿Qué?

—Una florecilla llamada lirio de las avalanchas, luchará por su existencia entre las rocas. Luego crecerá la hierba, y también crecerán árboles y arbustos. Poco después, los animales que marcharon regresarán, y las personas también.

—¿Otras personas? ¿Hay otras personas?

Hideo titubeó y miró a Karen.

—¿Te encargas de resolver esta cuestión?

Karen inspiró profundamente.

—En algún lugar, por la superficie del hielo, hay otras personas que, exactamente igual que nosotros, viven lo mejor que pueden. Entre ellas hay niños y niñas como vosotros.

—Entonces, ¿por qué no vamos a visitarlos? —inquirió Danny.

—No sabemos dónde están, y no podemos hacer viajes demasiado largos. Mucho menos peleándose los perros como se pelean.

—Entonces esperaremos hasta que se derrita el hielo.

—Tardará largo tiempo, muchísimos años —dijo Hideo.

—¿Cuántos?

—Me temo que vosotros no lo veréis.

—¡Oh...!

Quedaron visiblemente defraudados. Finalmente, una de las gemelas dijo:

—Salgamos a jugar —su hermanita hizo un gesto de asentimiento y ambas salieron a gatas por el pequeño túnel.

Danny las siguió con la mirada; luego se volvió, brillándole los ojos de entusiasmo.

—Iremos allá. Yo guiaré los perros todo el camino, y me llevaré conmigo a las gemelas, y a mi hermanito pequeño, cuando haya nacido. Iremos allá, a conocer a otras personas. Ellos nos contarán sus historias y nosotros les contaremos las nuestras.

—¡Sí! —dijo Karen—. Claro que se las contaréis.

Danny sonrió.

—Me voy a jugar —y salió a gatas a reunirse con las gemelas.

Hubo un momento de silencio. Todos se dieron cuenta súbitamente de que la habitación se había vuelto más oscura. El sol poniente enviaba un fulgor rojizo a través de la membrana de caribú que servía de ventana. Karen encendió la lámpara de petróleo. La llama osciló y humeó un poco, y el humo se levantó para escapar por la pequeña abertura de ventilación de la cima del *igloo*. Al cabo de unos momentos, la llama se afianzó, y su luz, clara, brillante, despejó la lóbreguez.

Entonces Fink dijo:

—¿Por qué no le has dicho la verdad?

—Bueno, ¿qué es la verdad, después de todo? La mejor verdad es lo que él quiere oír, lo que le hace feliz.

—¿Eh? ¿Más filosofía esquimal, todavía?

—Ea, también es la filosofía de Mark. Si nosotros seguimos viviendo, ha de haber otras personas en otras partes que también siguen viviendo.

—Muy bien, ahora una ración de filosofía estilo Fink: Nosotros estamos muertos; por consiguiente, han de estarlo todos los demás.

—¿Por qué estamos muertos?

—Matemáticas, Karen, son la más alta verdad. Tú puedes conocer a tus esquimales, pero yo conozco mi cálculo. Bueno, al menos solía conocerlo —levantó los ojos con una expresión momentáneamente distante—. Estos últimos tiempos noto que hay partes de mi cerebro que se han oxidado... —aquí descendió de nuevo al suelo—. Pero todavía sé hacer divisiones largas.

—¿Entonces...?

—Tu base, la unidad esquimal (padre, madre, hijos, tiro de perros y acaso un antropólogo) necesita cuatrocientos caribúes al año, o su equivalente. Esto significa un caribú todos los días, hoy sí y mañana también, y además un caribú suplementario tres veces al mes. Y esto ha de ser así un mes y otro, un

día y el siguiente, durante el resto de nuestras vidas, a menos que nos quedemos cortos, y entonces el día siguiente hemos de cazar dos.

—Así lo hemos hecho. Ha sido duro, pero lo hemos conseguido.

—Enfréntate con las matemáticas, Karen. Hemos cazado nuestro caribú diario, pero los suplementarios no. Cazar uno ya nos deja derrengados, sin energías. Contraemos una deuda que va subiendo paulatinamente y que, poco a poco, nos está destruyendo.

—No todos somos unidades completas. Lew. Tú y Helen, por ejemplo...

—Tienes razón. Pero, ¿quién sabe? Cualquier día quizá nos estrechemos las manos, y baste para que ella quede embarazada en aquel mismo instante. Con lo cual viene a cuento hablar de ti. Estás de siete meses. ¿Por cuánto tiempo podrás seguir cazando?

—Después del parto estaré pronto en condiciones. Las mujeres esquimales, sin excepción, lo estaban.

—Sí, estupendo. Sólo que tendrás que recuperar los días perdidos, cosa que no hemos logrado todavía. Por otra parte, tendrás una boca más que alimentar.

—Que un día será otro cazador.

—Bien, bien... si resistimos hasta entonces. Agrega este factor a la ecuación: a medida que nos debilitamos, resulta más difícil cazar, de modo que nos iremos quedando más y más cortos hasta que muramos. Será peor que morir, nos extinguiremos poco a poco.

Reinó un silencio total. A través de la piel, Karen palpó su creciente protuberancia. Desde que el pequeño empezó a dar puntapiés, tenía la sensación de que Mark vivía dentro de ella, y esta sensación de que la vida continuaba, perduraba, le daba ánimo.

Wendy la miraba.

—Cuando yo tuve las gemelas, la universidad lo pagó todo: médicos, enfermeras, anestesista... —exhaló un suspiro.

—Los esquimales se las componían sin nada de todo eso.

—¿Cómo lo hacían?

—La mujer se mete dentro del *igloo* sola. Nadie la asiste. Se queda de pie, se agarra a lo que sea, y deja que el niño caiga sobre la nieve, sencillamente.

Wendy hizo una mueca.

—¿Tú lo harás así? ¿Te quedarás sola?

—No se puede escoger. No te apures, Wendy, es un procedimiento acreditado por los siglos.

Wendy soltó la carcajada, pero luego se estremeció.

—Yo no sería capaz.

—Sí, lo serás.

Wendy miró a Karen, y en sus ojos se encendió una lucecita de esperanza, un poco de fe en el futuro.

—No puedo creerlo —intervino Fink—. ¡Dos dinosaurios hablando de métodos pediátricos para el cuidado de los niños!

Hideo había guardado silencio todo el rato, con los ojos cerrados, y los otros se habían olvidado de él, creyéndole dormido. De forma que ahora casi dieron un salto, cuando tomó parte en la conversación.

—¿Qué crees que nos sustituirá, Fink?

—¿Qué? ¿A quién?

—A los dinosaurios que somos nosotros, tal como nosotros sustituimos a los primitivos.

—He aquí un tema pavoroso en que pensar, ¿no te parece?

—No, ya no lo es. Yo he aceptado la realidad, y ahora hasta me gusta especular sobre ella. Después de todos los rompecabezas de nuestra vida, llegamos al definitivo. En tiempos pretéritos, ¿quién habría dicho que, de entre todas las poderosas y bellas criaturas que andaban por nuestro planeta, un simio vulgar, de tamaño mediano, iba a encasquetarse la pesada corona del *tyrannosaurus rex*? ¿Cuál es el próximo canijo que ya esta realizando ejercicios de precalentamiento?

—¡Ea, puedes estar perfectamente seguro de que yo no me caliento con ejercicios ni sin ellos! —comentó Fink—. Si me lo preguntas, te diré que el oso polar es el que corre por la lateral. Parece, en verdad, el dueño del iceberg.

—Pero no cuando se derrita. Lew. Entonces estará regresando al Polo.

—Muy bien, entonces, los simios; algún simio. Son los parientes más cercanos del Hombre, si no tienes inconveniente en confesarlo.

—Bueno, eso suponiendo que quede alguno. Yo creo que el Hombre ha enviado a pique el barco de toda la familia simia. Si los monos tuvieron las ventajas del hombre, también habían de tener sus inconvenientes, de manera que también deberían quedar excluidos.

—¿Cuentan algo las criaturas del mar? —preguntó Wendy.

—No se me había ocurrido, pero hay libertad de opinión, y es probable que en el fondo de las aguas quede algo de vida. ¿En cuál piensas?

—En los delfines. Se dice que son muy inteligentes.

—De acuerdo, pero, ¿dónde están los libros escritos por delfines, o las ciudades o incluso las más sencillas herramientas construidas por delfines? Se

necesita un pulgar oponible para coger un garrote, y para escribir, y para realizar cualquiera de las tareas sobre las que se edifica una cultura. En cuanto uno posee este elemento, el cerebro se desarrolla para satisfacer las exigencias.

—Y si no lo posee, se anquilosa —murmuró Fink—. Muy bien, Karen, ¿cuál es tu candidato?

Hubo una pausa.

—Lo siento, Lew, preferiría no tomar parte en el juego.

—Vamos, ¿por qué quieres hacer el papel de aguafiestas?

—Simplemente, no quiero pensar en esas cosas —Karen bajó los ojos y se quedó repentinamente callada.

Al cabo de un rato, Hideo tomó la palabra de nuevo.

—Bueno, yo arranqué con ventaja. Yo acepté la situación hace mucho tiempo.

Todos aguardaron a que continuase.

—Creo que será una criatura que viva en madrigueras.

—¿Por qué?

—Una criatura que viva en madrigueras está protegida de los elementos. Debajo de la nieve no hace tanto frío, debajo de la arena del desierto no hace tanto calor; por consiguiente, la criatura sobrevive. Más tarde, esa criatura sigue excavando, se hunde más, y ¿qué encuentra? La Biblioteca del Congreso, el Salón de Memorias, la Smithsonian.

—Vaya, ¿y de qué le sirve todo eso? Le preguntarás qué piensa de Shakespeare, y te contestará: “¡Ah, sí, *Hamlet*! ¡Estaba riquísimo!”.

—Con el tiempo sabrá interpretar las obras. La tensión desarrollará su cerebro, y entonces aprenderá que Shakespeare no sólo tiene un sabor diferente del de Einstein, sino también un aspecto distinto. En su momento, descifrá el lenguaje, y a continuación vendrá todo lo demás.

—¿De modo que piensas en algún animalillo particular?

Hideo movió la cabeza afirmativamente.

—Necesitamos un ritual —dijo Fink—. ¿Tiene la bondad de darme el sobre...? Y el vencedor es...

Hideo permaneció un momento callado, para causar más efecto, y finalmente dijo:

—El wombat de hocico peludo.

Fink le miró de hito en hito.

—Ese te lo inventas.

—No, no me lo invento. Es una criaturita pequeña, pero con aspecto de oso; lleva a sus pequeños dentro de una bolsa y...

—¿El wombat de hocico peludo?

—¡Oh, sí! Te digo que estoy en lo cierto. Tiene pelaje, aunque ligero, de modo que puede adaptarse a distintos climas. Posee un pulgar oponible rudimentario que podría evolucionar...

—¿El wombat de hocico peludo?

—No es de gran tamaño, y su aspecto tampoco impone; pero ¿quién ha dicho jamás que nosotros fuésemos muy corpulentos o imponentes? Estoy convencido de que en estos instantes, el wombat sobrevive dentro de su agujero, y ha dado con el primer...

—¿El wombat de hocico peludo?

—Ha dado con alguno de nuestros edificios, o alguna herramienta, o lo que sea, y el hallazgo le tiene intrigado. Con el tiempo, poquito a poco...

—¡Santo Dios! Kashihara, ¡eso es repugnante!

Hideo parecía ofendido.

—Bueno, para ti quizá lo sea; pero para una wombat hembra...

—¿Te das cuenta de lo que has hecho, so sádico perverso? El Louvre, el Empire State Building, las Pirámides, la Capilla Sixtina, Beethoven, Rembrandt, Newton, las leyes de la termodinámica, el viaje a la Luna, diez mil años de Historia de la Humanidad... ¡todo esto lo has entregado al wombat de hocico peludo!

—Mira, Lew, a mí no me gustaba más que a ti, pero he...

Por un momento, Fink dio la impresión de querer darle un cachete a Hideo, luego pareció que iba a soltar una carcajada, la más estruendosa y prolongada de su vida; pero, cosa asombrosa, acabó por estallar en llanto.

—¡Oh, Dios!

Los otros le miraban, paralizados, confusos. Esperaban un chiste, una salida ocurrente, un juego de palabras; pero Fink continuaba llorando.

—¡Oh, Dios, oh, Dios!

Por fin se calmó.

Wendy rompió el silencio.

—¡No!

Todos se volvieron para mirarla. Había sido siempre tan tímida, tan amiga de quedar en la penumbra que ahora su tono imperativo fue como una descarga eléctrica.

—No —repitió, mucho más bajo y como incómoda ante la atención general y absoluta que se había ganado—. Serán los perros. Escuchad nada

más.

A través de los muros de nieve llegaban los ominosos sonos de más de treinta perros: gruñidos y, de vez en cuando, unos aullidos como los de los lobos.

—Están enterados. Están enterados de que nos vamos debilitando y no tienen que hacer otra cosa sino esperar. Un día, antes de no mucho tiempo, nosotros moriremos, y sólo quedarán los niños... sólo los niños para enfrentarse con los perros.

Hubo una pausa prolongada, atónita.

Fink inspiró hondo.

—Voy a hablar con Helen de si adoptamos un wombat. Quizá sea nuestro sostén en la vejez —se despidió con un movimiento de cabeza y se arrastró fuera del túnel.

Karen aprovechó la salida de Fink para emprender también la retirada, pero Wendy la detuvo.

—Lo siento. No sé por qué he dicho aquello.

—No pasa nada. Has dicho lo que pensamos todos. Quizá, personalmente, yo pudiera resignarme también, como Hideo... pero tú tienes razón, están los niños.

Wendy sintió un nudo en la garganta.

—En cuanto a tu hijo...

—No me pasará nada malo —besó a Wendy en la mejilla, salió a gatas, y una vez fuera se puso en pie.

El sol poniente iluminaba la nieve en rojo y oro, haciendo resaltar montículos y ondulaciones con oscuras y largas sombras.

Karen ya veía el brillo de la lámpara de aceite en el *igloo* de Fink y unas sombras moviéndose dentro. Se oían unas voces fuertes. No cabía duda, Fink y Helen discutían por algo. De súbito, una parte del *igloo* se derrumbó entre un diluvio de nieve. Se oyó un fuerte grito de:

—¡Ah, diablos! —y un instante después la pareja emergía y probaba afanosamente de reconstruir la vivienda, sin dejar de discutir ni un momento.

Karen contempló el cuadro preocupada, hasta que la conmoción de los perros le llamó la atención. Sólo el jefe, el gran Husky de Groenlandia, la miraba calladamente, con unos ojos que reflejaban la mortecina luz del atardecer. Karen tuvo la sensación de que, por unos instantes, el perro y ella se comprendían. Era cierto, ella estaba muriendo, y el perro no había de hacer otra cosa que dar tiempo al tiempo.

Karen sintió unos puntapiés del niño en sus entrañas.

Los esquimales ni siquiera pensaban en el futuro, y quizá fuese mejor. Lo que haya de suceder, sucederá.

Los pequeños continuaban entregados a su ruidoso juego de caza.

Uno de los gemelos probaba de hacer restallar el látigo contra Danny, que había asumido el papel de perro de trineo.

—¡Hala, perro!

El cuero rodó caprichosamente y cayó sobre la nieve en un montón inerte, como una serpiente muerta.

Karen estaba a punto de decirles que tuvieran cuidado, pero se mordió la lengua. Los esquimales nunca castigaban a sus hijos, nunca les regañaban, ni les decían siquiera cuándo habían de acostarse o tenían que venir a comer. Les prodigaban amor y mucha simpatía, pero, por lo demás, dejaban que buscasen sus caminos por sí mismos. Hasta el momento, su grupo y ella habían sobrevivido siguiendo fielmente las tradiciones esquimales, y ella había de continuar por este mismo camino, llevase a donde llevase.

Si ellos sobrevivían, también habían de haber sobrevivido otros, y algún día, en verdad, los niños irían allá y conocerían a aquellas otras personas. Si...

—Déjame a mí... —chillaba la otra melliza, intentando coger el látigo.

—¡No, a mí! —gritó Danny, probando de adelantarse a las dos.

Karen vio que por fin había adquirido la condición de niño, mas, ¿para qué? Y sintió unas ganas inmensas de llorar.

Pero en vez de dar paso a las lágrimas, se volvió y se metió a gatas dentro de su *igloo*.

—Yo, yo, yo... —gritaba Danny, gesticulando para coger el látigo.

—No.

—Tú eres el perro. ¡Vamos, perro! —y sacudió el látigo, sin arte, hacia ella.

—Ya te lo ha dicho, tú eres mejor como perro.

—No. Quiero otra oportunidad.

—Vamos.

Danny retrocedió.

—No te muevas. Yo soy el gran cazador —probó de nuevo. El látigo rodó y dio un golpe, dibujando una línea ondulada en la nieve.

—Vamos, Danny.

El chico retrocedió más aún, y volvió a probar. Esta vez el látigo produjo un leve sonido que antes no había producido.

—Ya está, ¿ves? Estoy descubriendo el secreto.

—No estás descubriendo nada, como no sea un golpe en el ojo.

—No te acerques, te lo advierto. Soy el gran cazador.

Probó una vez más. El sonido fue adquiriendo fuerza hasta convertirse en restallido claro, seco.

Una niña gritó:

—¡Eh, eso duele!

Danny seguía probando, y ahora las niñas retrocedían con temor.

—¡Soy el cazador! —gritaba él. El látigo giraba y la punta de la recia y larga correa produjo un restallido seco como la detonación de un disparo. Exultante, el muchacho corrió hacia los perros.

—¡Danny, no te acerques: te comerán vivo!

Al ver que el muchacho se acercaba, los perros se pusieron en pie y sus gruñidos ominosos se convirtieron en ladridos frenéticos. Tiraban furiosamente de las correas, enseñando los colmillos.

Por un momento, Danny retrocedió, temblando, sacudido por los viejos miedos que volvían precipitadamente.

—¡Soy el cazador! —se dijo en voz alta.

Y se puso a lanzar latigazos contra los perros una y otra vez, con una puntería que mejoraba por momentos.

Ahora los perros dirigían su rabia contra el látigo en sí, le tiraban mordiscos, saltaban para cogerlo, probaban de amarrarlo contra el suelo. Pero cada latigazo acertaba contra un perro, e inmediatamente la correa parecía danzar fuera de su alcance, más ágil y feroz que ellos, dotada a su vez de una dentellada penetrante e infalible. Al final los aullidos fueron cesando. Los canes se acobardaban, gimoteaban y se tendían sobre la nieve en callada sumisión.

Habían encontrado su dueño.

El último satélite meteorológico puesto en órbita era sin duda el más complejo (muchísimo más complejo y logrado que los otros) de una serie que empezó en 1960 con Tiros I. Seguía una órbita de Polo a Polo en ángulo recto con la rotación de la Tierra, regulada de tal forma que todos los días escudriñaba la superficie entera del planeta que giraba debajo.

El satélite seguía el curso de las corrientes de aire y de agua, que dibujaban sus lentos, sinuosos caminos del Ecuador a los Polos, y los seguía con unos ojos de mirada mucho más vasta, penetrante y sutil que los ojos humanos. Ciertos sentidos de aquellos ojos sintonizaban con segmentos

invisibles del espectro. Otros estaban dirigidos hacia el espacio y registraban las emisiones del sol y las estrellas en el espacio mismo. Todos los factores conocidos que influyeran sobre el clima y el tiempo eran registrados y transmitidos abierta, libremente, a todos los receptores de la Tierra.

Con sus pilas solares proporcionándole una energía inagotable y su órbita perfectamente equilibrada, el satélite funcionaría en el vacío protector del espacio exterior durante miles de años, transmitiendo incesantemente aquella complejidad de datos, sin inquietarse por si alguien los recogía, sin preguntárselo siquiera.

Por las noches brillaba con la luz del Sol que reflejaba, pareciendo una estrella, excepto por su gran velocidad y por seguir una ruta completamente distinta de la de las estrellas. Acaso un hombre primitivo, el miembro de una tribu, contemplando el firmamento nocturno, se fijase un día en aquella curiosa luz y se pusiera a meditar.

Arnold Federbush (Nueva York, 1935 - 1993) fue un escritor de novelas de ciencia ficción de la década de 1970. Era hijo de un fabricante de ropa que había sido colega en Palestina de Vladimir Jabotinsky. Estudió en la escuela de cine de la Universidad de California, Los Ángeles donde tuvo como compañeros, entre otras personas, a Francis Ford Coppola y Noel Black; su ambición era ser guionista.

Tras algunos años de trabajo como editor, y al darse cuenta de que los guiones de cine eran (en ese entonces) mejor recibidos si estaban basados en libros publicados, escribió sus dos novelas, las cuales fueron lo suficientemente exitosas como para ser traducidas en varios idiomas europeos.

The Man who Lived in Inner Space (1973), ISBN 0-395-14074-9, la historia de un biólogo marino que es transformado en una nueva especie de hombre anfibio, que puede vivir en las profundidades del océano, es decir, el espacio interior (inner space) de la Tierra.

Ice! (1978), ISBN 0-553-12151-0, que describe un regreso a la Edad de Hielo en meses, en vez de siglos. Su argumento trata de un científico que rescata a un niño en una ciudad de Nueva York congelada; este, además de otros detalles tales como la trama, personajes y su portada, son casi idénticos a la película de 2004 *The Day After Tomorrow*, posiblemente por convergencia de género.

A pesar de ser un hombre con un estilo de vida bastante saludable, fue diagnosticado con un cáncer al pulmón espontáneo. Falleció dejando una tercera novela inconclusa.

Notas

[1] Las corrientes de aire (viento) “en jet” las descubrieron los aviadores americanos durante la Segunda Guerra Mundial. Circulan por altitudes que oscilan entre los seis mil y los quince mil metros. (*N. del T.*) <<

[2] Me tomo la libertad de recordar que el Estado de Washington no está donde la capital de los EE. UU, sino en el costado opuesto del país, tocando el Océano Pacífico. (*N. del T.*) <<

[3] A partir de aquí, el autor da nombre propio a este perro. Husky, como nombre común, significa “perro esquimal”. (*N. del T.*) <<

[4] *Mayday* es una palabra aceptada internacionalmente en las comunicaciones por radio para pedir socorro. Es una alteración de la expresión francesa *M'aidez*. (N. del T.) <<

EL HIELO!!!

Un joven meteorólogo neoyorkino, analizando los últimos datos suministrados por los satélites meteorológicos, descubre que la Tierra está entrando en una nueva Era Glaciar.

Pero sus predicciones son ridiculizadas. A pesar de ello el avance de los hielos polares es, día a día, más amplio. Las poblaciones esquimales emigran hacia el sur y los primeros ejemplares de la fauna polar aparecen cerca de Nueva York.

De pronto se desencadenan los acontecimientos y un inmenso glaciar avanza hacia el sur. Las cosechas, las comunicaciones, todo el sistema de suministros de las naciones, se ven destruidos por el hielo. La gente huye desesperadamente hacia zonas tropicales y la civilización se derrumba con el incontenible avance del hielo...

**LA ATERRADORA NOVELA DEL MAYOR PELIGRO
QUE ACECHA A LA HUMANIDAD: EL HIELO**

**UNA NUEVA ERA GLACIAR INVADE LA TIERRA
Y EL HOMBRE REGRESA A SU TENEBROSO PASADO**

**LA CIVILIZACION SE HUNDE ANTE EL ATAQUE
DE UN ENEMIGO TRAGICO: EL HIELO**